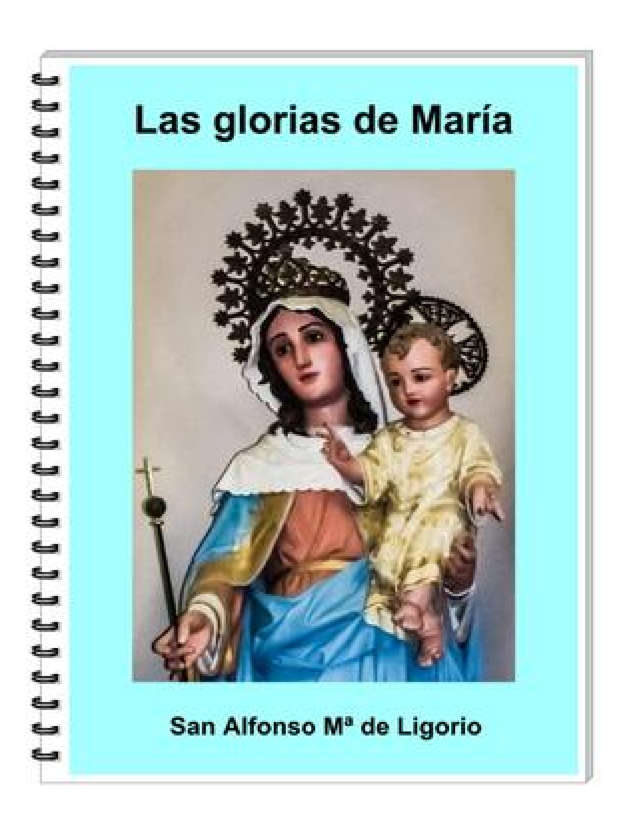
Las glorias de María



San Alfonso Mª de Ligorio



Este libro también puede imprimirse



GLORIAS DE MARIA.

OBRA

DE SAN ALFONSO LIGORIO,

DIVIDIDA EN DOS PARTES Y TRADUCIDA

POR EL P. RAMON GARCIA,

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

2.ª EDICION.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



TOLOSA : IMPRENTA DE MODESTO GOROSABEL Y COMP.ª

1868.

INDICE.

Parte 1ª

Parte 2ª

GLORIAS DE MARIA

Parte 1ª

DE LAS GRACIAS ABUNDANTISIMAS QUE REPARTE A SUS DEVOTOS LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA, DECLARADAS EN LA SALVE REGINA.

CAPITULO 1.

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia.

§. 1.°

De la confianza que debemos tener en la Virgen por ser Reina de misericordia.

Con justa razon venera la santa Iglesia á la Virgen Maria, exhortando á los fieles á invocarla bajo el título glorioso de Reina, por haber sido ensalzada á la dignidad de Madre del Rey de los reyes. Si el Hijo es Rey, dice san Atanasio, justo título tiene tambien la Madre para llamarse Reina (1). Desde el instante en que dió su con-

(1) Serm. de Deip.

sentimiento para ser Madre del Verbo eterno, añade san Bernardino de Sena, mereció ser proclamada por Reina de todo lo criado (1). Si la carne de Maria no fue diversa de la de Jesus, ¿como puede la Madre, en espresion de san Arnoldo abad, ser ajena de la monarquia del Hijo? Así es que entre ambos la dignidad real no es comun como quiera, sino una misma (2). Y Ruperto abad: Si Jesus es Rey del universo, Maria tambien lo es (3). Y san Bernardino: Todas cuantas son las criaturas que sirven á Dios, otras tantas deben igualmente servir á Maria, pues que estando los ángeles y los hombres y todas las cosas sujetas al imperio de Dios, lo estan del mismo modo al dóminio de Maria (4). De aquí es que hablando Guerrico abad con la soberana Señora, le dice lleno de afecto: Seguid, Señora, disponiendo á vuestra voluntad de todos los bienes de vuestro santísimo Hijo, porque siendo Madre y Esposa del Rey del universo, pertenece á vos como Reina el dominio de todas las criaturas.

Es Reina, pues, Maria. Pero nunca olvidemos para nuestro consuelo, que es Reina dulce, Reina clemente, Reina siempre inclinada á favorecer á los miserables pecadores. Por esto quiere la santa Iglesia que la saludemos llamandola Reina de misericordia. El mismo nom-

---

(1) Tom. 2. ꝫ. 51. (2) De Laud. Virg. (3) Ibid. (4) Tom. 2. cap. 61.

bre de Reina está diciendo piedad y clemencia, pues como observaron Séneca y Alberto Magno, la magnificencia de los reyes consiste especialmente en aliviar y consolar á los infelices, causa porque distan entre sí tanto tirano y rey, pues el tirano se propone su propia utilidad, pero el rey debe tener por fin el bien de los vasallos, y por eso á los reyes cuando los consagran, les ungen la cabeza con aceite, símbolo de misericordia, para darles á entender que han de abrigar en el pecho, mas que otra cosa, pensamientos de piedad y beneficencia; si bien esto no ha de quitar el justo castigo de los malhechores.

Pero Maria no es Reina de justicia para castigar, sino solamente de misericordia, siempre dispuesta para usarla con los pecadores, por lo cual la santa Iglesia quiere que la invoquemos con tan glorioso título. Considerando el canciller de Paris Juan Gerson aquellas palabras del Profeta Rey: «Dos cosas oí, y fueron que en Dios hay potestad y misericordia (1),;» dice, que consistiendo el gobierno de Dios en justicia y misericordia, le dividió reservando para sí la justicia, y cediendo á su Madre la misericordia, para que todos los beneficios que se dispensen á los hombres, pasen por sus manos virginales, y ella los reparta segun quisiere (2). Lo mismo siente el angélico santo Tomas (3).

---

(1) Psal. 61. (2) Trat 2. 4. (3) In praef. ad epist. can.

Constituyó el eterno Padre á Jesucristo Rey de justicia, haciendole Juez universal, como cantó el Profeta (1): «O Dios, da tu juicio al Rey, y tu justicia al hijo del Rey,» sobre cuyas palabras dice un docto intérprete: Señor, á vuestro Hijo Rey disteis la justicia, y la misericordia á la Madre del Rey; cuyo testo acomoda san Buenaventura diciendo acertadamente: Señor, da tu juicio al Rey, y tu misericordia á la Madre del Rey; que es tambien doctrina de Ernesto, arzobispo de Praga. Por esta razon el Real Profeta predijo que el mismo Dios habia de consagrar á Maria, por decirlo así, como Reina de misericordia, ungiendola con oleo de alegria: *unxit te Deus oleo laetitiae* (2), para que nosotros, miserables hijos de Adan, nos alegrasemos al considerar que tenemos en el cielo á esta santísima Reina, llena de uncion de piedad y misericordia, como dice san Buenaventura (3).

¡Cuan bien se aplica á este propósito la historia de la reina Ester, figura de Maria! Leemos en el libro de Ester (4), que reinando Asuero salió una orden que mandaba quitar la vida á todos los judios cautivos en sus estados. Al instante acudió Mardoqueo á Ester su sobrina, suplicandole con instancia que se interpusiese con el rey para obtener la revocacion de la sentencia. Ester lo rehusaba temiendo indignar mas el ánimo del rey; pero Mardoqueo replicó, que no habia de pensar en salvarse

---

(1) Ps. 44. (2) Ps. 44. (3) In Spec. c. 7. (4) Esth. 4.

á sí sola, habiendola Dios elevado al trono para bien de todos los judios (1). Así dijo Mardoqueo á la reina Ester, y así podemos decir nosotros á nuestra Reina sacratísima, si es que alguna vez rehusase alcanzarnos el perdon de las penas justamente merecidas por nuestros pecados: Señora, no creais que solo para gloria vuestra os haya Dios ensalzado á la dignidad de Reina del mundo, sino para que, constituida en tan alto lugar, podais mejor ampararnos y favorecernos. Luego que el rey Asuero vió á Ester en su presencia, le preguntó afablemente qué queria, y respondió la reina: «Mi rey y señor, si he hallado gracia en tus ojos, dame á mi pueblo: esto es lo que pido.» Asuero accedió mandando al instante revocar la sentencia. Ahora bien, si este rey, porque amaba á su esposa, le concedió la gracia, ¿como podrá Dios, amando infinitamente á Maria, dejar de oir los ruegos que le presente en favor de los pecadores que recurran á su patrocinio, cuando ella le diga: Señor y Dios mio, si hallé gracia en tus ojos (y bien sabe que la halló, bien sabe que es la bendita, la bienaventurada, la única que halló la gracia perdida por el hombre; bien sabe que es la amada del Señor, y mucho mas amada, que todos los ángeles y santos juntos), si me amas, Señor, dame estos pecadores por quien te ruego? ¿Es posible que Dios no escuche tan amorosas palabras? ¿Quien no sabe la eficacia que tienen los ruegos de su

---

(1) Prov. 31.

Madre? *Lex clementiae in lingua ejus* (1). Toda súplica suya es como una ley que Dios ha dado, para que se use de misericordia con todos aquellos por quienes interceda. Pregunta san Bernardo, por qué la Iglesia la llama Reina de misericordia, y responde: Para que sepamos que ella es la que abre los tesoros infinitos de la misericordia divina á quien quiere, cuando quiere, y como quiere, tanto que no hay pecador, por grande que sea, que se pueda perder, si le protege María (2).

Pero viendonos tan pecadores, ¿se podrá temer que se desdeñe de interponerse en nuestro favor? ¿ó siendo tanta su santidad y majestad, esto nos ha de retraer acaso de echarnos á sus pies, é implorar su poderoso valimiento? De ninguna manera, dice san Gregorio, pues cuanto mas santa es, y en lugar mas elevado está, tanto es mas dulce y piadosa con los pecadores arrepentidos que recurren á su proteccion (3). Aquella majestad de que estan rodeados los reyes de la tierra causa temor en los vasallos, y muchos no se atreven á estar en su presencia. ¿Pero qué temor, dice san Bernardo, puede nadie tener de presentarse á esta Reina de misericordia, cuando en ella nada hay que sea terrible ni austero, sino que toda es dulzura y afabilidad? A todos nos ofrece y da leche y lana (4); leche de misericordia para animarnos á la confianza, y lana de refugio para defendernos de los rayos de la ira divina.

---

(1) Cap. 4. (2) In Salv. Reg. (3) Libr. 1. cap. 47. (4) Super Sing. magn.

Cuenta Suetonio, que Tito emperador no acertaba á negar cosa alguna de cuantas le pedian, antes bien que á veces prometia mucho mas, diciendo que el príncipe no es bien que despida descontento á nadie. Con todo, ni decia siempre la verdad, ni cumplia siempre sus promesas. Pero nuestra poderosísima Reina, que no puede mentir, tiene en sus manos inagotables tesoros que dispensar, y corazon tan benigno, que no le sufre despedir á nadie descontento de su presencia (1). ¿Ni como podriais, Señora, le dice san Bernardo, desechar á los miserables, siendo vos la Reina de la misericordia? ¿Quienes son los súbditos de la misericordia sino los miserables? ¿Pues siendo vos la Reina, y yo el mas infeliz de vuestros esclavos, se sigue que debeis tener mas cuidado de mí, que de todos los demas (2).

Usad, pues, de clemencia con nosotros, o Reina de misericordia, para que nos salvemos. No digais «no puedo» viendo la multitud de nuestros pecados, porque mayor que todos ellos es vuestro poder y la piedad de vuestro corazon. No hay cosa que pueda resistir á vuestro poder, porque el Criador, que os honra como Madre, estima como propia la gloria vuestra; siendo indudable, que si es infinita la obligacion que teneis para con vuestro Hijo por la dignidad á que os elevó, tambien es grande la suya para con vos, de quien recibió el ser

---

(1) Ludov. Blosio lib. 4. c. 12. (2) In Salv. Reg.

humano ; y por eso ahora que gozais de su gloria , os concede pór especial honor todo cuanto le pedis (1).

¡Cuanta debe ser nuestra confianza en esta dulcísima Reina sabiendo lo que puede con Dios y la abundancia de su misericordia! No hay persona en la tierra que no participe de sus favores. Así lo reveló á santa Brígida la misma Virgen , diciendo: yo soy la Reina del cielo, Madre de misericordia , alegria de los justos y puerta de salvacion para los pecadores ; ni vive en la tierra pecador alguno tan infeliz , que esté del todo privado de mi bondad y misericordia , porque los que menos , logran por mi intercesion no ser tan molestados de tentaciones, como sin mi favor lo serian. Nadie , sino el que ya es maldito (se entiende con la maldicion final é irrevocable de los condenados) se ve tan desechado por Dios , que, si me invoca , no encuentre propicia mi propensa misericordia. Todos me llaman Madre de misericordia, y verdaderamente, la que usa Dios con los hombres, hace que yo tambien sea con ellos tan misericordiosa como soy. Por lo mismo, el que pudiendo acudir á mí no lo haga, será infeliz en esta vida, y en la otra lo será para siempre (2).

Acudamos , pues , acudamos todos á los pies de esta Reina dulcísima, si queremos salvarnos con seguridad; y cuando la multitud de nuestros pecados nos desaliente , acordemonos que fue elegida Madre de misericordia

(1) Greg. Nicom. Or. de exitu B. V. (2) Rev. lib. 1. cap. 6.

para salvar con su proteccion poderosa á los pecadores, por grandes que sean, que recurran á ella. Estos han de ser en el cielo su corona, como se lo prometió en los Cantares su divino Esposo: «Ven del Líbano, Esposa mia, ven del Líbano, ven, y serás coronada..... de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos (1).» ¿Y estos quienes son sino los pecadores, cuyas almas se hacen por el pecado cuevas de monstruos espantosos? Pues estos mismos, como interpreta Ruperto abad, Reina soberana, salvos por vuestro medio, os han de servir en el cielo de diadema de gloria, porque su salvacion será corona vuestra, corona propia, corona digna de la Reina de misericordia (2). Aquí viene bien el siguiente

EJEMPLO.

Se cuenta en la vida de Sor Catalina de san Agustin, que en el pueblo donde moraba, habia tambien una mujer llamada Maria, que habiendo sido escandalosa en la juventud, no era mejor siendo ya vieja, por lo cual la echaron del pueblo, y se refugió á una cueva, donde al cabo murió medio podrida, sin sacramentos y abandonada de todo el mundo, y así la enterraron en el campo como á una bestia. Sor Catalina, aunque acostumbraba encomendar á Dios muy de veras las almas de todas las personas que allí morian, habiendo sabido la desgracia-

(1) Cant. 4. 8. (2) Lib. 3. in Cant.

da muerte de la vieja, no pensó en pedir por ella, teniendola, como ya todos la tenian, por condenada. Al cabo de cuatro años se le aparece de pronto un alma en pena que le dice: »Catalina, ¿he de tener yo tan mala suerte? Tú encomiendas á Dios á todos los que mueren aquí, ¿ y solo de mi alma no tienes compasion?—¿Quien eres? le preguntó la sierva de Dios.—Soy Maria, la que murió en la cueva.—«¿Como? ¿tú en carrera de salvacion?—Sí, volvió á decir el alma , lo estoy, gracias á la misericordia de la Reina del cielo. Oye como fué. Cuando ya vi cerca la muerte, mirandome tan abandonada y llena de pecados, volví los ojos á la Madre de Dios, diciendo: Señora, no hay quien me valga en este último trance; pero vos acogeis á todos los desamparados; vos sois mi única esperanza; vos sola me podeis ayudar: tened compasion de mí. No se hizo sorda la Virgen sacratísima; me alcanzó de Dios la gracia de hacer un acto de verdadera contricion, morí entonces, y así me salvé. Ahora en el purgatorio me ha obtenido tambien el favor de que se me abrevie la pena, haciendo que sufra con mas intension lo que hubiera tenido que padecer por muchos años; y solo me falta que se celebren algunas misas por mi alma, las cuales te pido que me mandes decir, y yo te prometo rogar siempre en el cielo por ti á Dios y á su santísima Madre. »Cuidó Sor Catalina que al instante se aplicasen las misas, y á pocos dias se le volvió á aparecer el alma, mas resplandeciente que el sol, dandole gracias por el

beneficio, y diciendo que iba á la gloria á cantar para siempre las misericordias del Señor y á rogar por ella.

ORACION.

Aquí me teneis, Señora, delante de vos, como un pobre andrajoso y lleno de llagas en presencia de una reina poderosa; aquí estoy delante de la Reina del cielo y de la tierra. Desde ese trono tan elevado, no os desdeñeis de volver á este miserable pecador vuestros ojos misericordiosos. Dios os colmó de tantas riquezas para que socorrais á los pobres, y os hizo Reina de misericordia para que ampareis á los miserables. Miradme, pues, y compadeceos de mí. Miradme, y no me dejeis hasta mudarme enteramente de pecador en justo. Bien conozco ser indigno de todo favor, y aun merezco ser privado por mis ingratitudes, de todos los beneficios que por vuestro medio he recibido de la mano divina; pero vos, como Reina que sois de misericordia, no buscais méritos, sino miserias para remediarlas. ¿Pues donde habrá en el mundo otro mas necesitado que yo?

O Virgen excelsa, siendo vos la Reina de todo el universo, sois tambien Reina mia, por lo cual me ofrezco á serviros con mas empeño que hasta aquí, para que en todas las cosas dispongais de mí segun fuere vuestro mayor agrado; y así os diré con san Buenaventura: regidme y gobernadme, Señora, regidme, y nunca me dejeis

á mi discrecion. Mandád y decid lo que tengo de hacer, y si falto alguna vez, castigadme como querais, porque para mí será muy saludable cualquier castigo que venga de vuestra piadosa mano. En mas estimo ser vuestro esclavo, que señor de toda la tierra: *tuus sum ego, salvum me fac*. Recibidme, Virgen soberana, como cosa vuestra, y cuidad continuamente de mi salvacion. Ya no quiero ser mio ; todo me entrego á vos. Si hasta ahora por mi desgracia os he servido mal, si he dejado perder tantas ocasiones en que pude agradaros , propongo ser en adelante uno de vuestros siervos mas leales. No, no quiero ya que ninguno me aventaje en amaros y serviros, o Reina mia amabilísima. Así os lo prometo, y así espero cumplirlo con vuestro auxilio poderoso. Amen.

§ 2.

Que debemos tener mayor confianza en la Virgen Maria por ser nuestra Madre.

No en vano llaman sus devotos Madre á la santísima Virgen Maria, ni parece que aciertan á invocarla de otra manera, sin cansarse nunca de darle tan dulce nombre. Madre, sí, porque verdaderamente lo es, no carnal, sino espiritual de nuestras almas, para conseguirnos con amor de Madre la eterna salvacion. Cuando por el pecado perdimos la gracia divina, fúe perder la vida del alma; es-

tábamos muertos miserablemente; vino al mundo nuestro divino Redentor, y muriendo en cruz con exceso grande de misericordia y amor, nos recobró la vida que habiamos perdido, segun él mismo aseguró: »Vine para que tengan vida, y mas abundante» (1). Mas abundante; porque dicen los teólogos que fue mas el bien que Jesuchristo nos trajo con la redencion, que el mal que Adan nos habia causado con la desobediencia. De este modo el Señor, reconciliandonos con Dios, se hizo Padre de nuestras almas en la nueva ley, conforme á la prediccion en que el profeta Isaias anunció que el Salvador habia de ser nuestro Padre (2). Pero si Jesus es Padre de nuestras almas, Maria es Madre, porque habiendonos dádo á Jesus, nos dió la verdadera vida, y habiendole ofrecido en el monte Calvario por nuestra salvacion, fue como darnos á luz, ó hacernos nacer á la vida de la gracia.

Dos veces se hizo nuestra Madre espiritual, dicen los santos Padres: la primera fue cuando mereció concebir en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios, pues al dar para ello su consentimiento, empezó á pedir con afecto ardentísimo nuestra salvacion, y se dedicó de tal suerte á procurarnosla, que desde entonces nos llevó en su seno como amorosa Madre (3). Refiriendo san Lucas el nacimiento del Señor, dice que Maria dió á luz á su Hijo primogénito (4). Luego si fue su primogénito, se debe

(1) Joan. 10. (2) 9. 6. (3) Bern. Sen. Tr. de B. V. serm. 6.
(4) 2.

inferir, añade un autor, que tuvo despues mas hijos. Pero siendo artículo de fe, que hijo carnal no tuvo ninguno fuera de Jesus, se sigue claramente que los demas fueron hijos espirituales, y estos somos todos nosotros.

Lo mismo reveló el Señor á santa Getrudis, la cual leyendo un dia en el Evangelio aquellas palabras, quedó confusa, sin alcanzar cómo podia ser que no habiendo tenido la Virgen mas Hijo que á Jesus, allí se dijese que fue su primogénito. Dios le esplicó que Jesuchristo habia sido el primogénito segun la carne, y los demas hombres los hijos segundos segun el espíritu. Así tambien se entiende lo que se dice de Maria en los Cantares: »Tu vientre es como un monton de trigo cercado de azucenas» (1): lugar que esplica san Ambrosio diciendo, que aunque en el seno purísimo de Maria hubo solamente un grano, que fue Jesuchristo, no obstante se le llama monton, porque en aquel grano estaban encerrados todos los escogidos, de los cuales Maria habia de ser Madre (2). Y por esta razon añade Guillermo abad, que al dar á luz al Salvador del mundo, nos dió tambien á todos la vida y la salud (3).

La segunda fue cuando en el monte Calvario le ofreció con gran dolor al eterno Padre por nuestra salvacion; y así dice san Agustin, que habiendo entonces cooperado con tanto amor á que los fieles naciesen á la vida de la

---

(1) 7. 2. (2) De Instit. Virg. (3) In Cant. 4. 13.

gracia, se hizo igualmente Madre espiritual de todos nosotros, que somos miembros de Jesuchristo nuestra cabeza (1): y es precisamente lo que testifica en los Cantares la misma bienaventurada Virgen: »Me puso á guardar sus viñas; pero la mia no la guardé (2).» Por salvar nuestras almas sacrificó la vida de su dulcísimo Hijo, como esplica Guillermo, diciendo que á este fin de tanta caridad entregó á la muerte la suya. ¿Y cual es el alma de Maria? ¿Quien es su vida y su amor, sino Jesuchristo? Así vemos por qué le anunció Simeon que habia de llegar un dia en que su pecho se viese traspasado con cuchillo de gran dolor, como lo fue la lanza que abrió el costado de Jesus, donde vivia el alma de la Madre. Entonces fue cuando con sus dolores nos dió la vida, y vida eterna; y así podemos todos llamarnos justamente hijos de sus dolores. Siempre estuvo esta Madre amorosa conforme en todo con la divina voluntad, y de aquí reflexiona san Buenaventura, que viendo el infinito amor del Padre para con los hombres en querer que su Hijo amantísimo muriese por ellos, y el del mismo Hijo en aceptar la muerte, dió tambien su consentimiento, uniendose con rendida y entera voluntad al beneplácito divino por la salud del hombre (3). Es verdad que en el negocio importante de nuestra salvacion quiso el Señor ser solo (4); mas viendo el deseo ardentísimo que tenia tambien su piadosa Madre del humano remedio, dispuso que con el

(1) De Virg. cap. 6. (2) 1. 5. (3) S. Bon. (4.) Isai. 63.

sacrificio y oferta de su mismo Hijo cooperase á nuestra salvacion, y así viniese á ser Madre de nuestras almas. Esto es lo que significó cuando poco antes de espirar, mirandola desde lo alto de la cruz, y mirando al discípulo amado, dijo á Maria: »Ese es tu hijo;» como si le dijese: »Ves ahí el hombre que en virtud del ofrecimiento que por su salvacion haces de mi vida, ya nace á la vida de la gracia; y dirigiendose despues al discípulo, añadió: »Esa es tu Madre;» con cuyas palabras quedó constituida por Madre, no solo de san Juan, sino tambien de todos los hombres, á quienes tanto amó: siendo por esto muy de advertir que el Evangelio no pone el nombre de Juan, sino de discípulo, para dar á entender que el Salvador la dió por Madre á todos los que por la profesion de cristianos son discípulos suyos.

»Yo soy la Madre del amor hermoso» (1) dice Maria; porque su amor, al mismo tiempo que hace á las almas hermosas á los ojos de Dios, la estimula á recibirnos por hijos como amorosa Madre. ¿Y qué madre ama tanto á los suyos? ¿Qué madre mira por ellos con tanta solicitud, como vos lo haceis, Reina y Madre dulcísima?

¡Felices los que viven bajo la proteccion de Madre tan amante y poderosa! El profeta David, aunque en su tiempo no hubiese aun nacido Maria, ya se daba por hijo suyo, y esto alegaba á Dios para que le salvase, diciendo: »Salva, Señor, al hijo de tu esclava (2).» ¿De qué

(1) Eccl. 24. (2) Ps. 85.

esclava? pregunta san Agustin ; de la que dijo al angel: Aquí está la esclava del Señor (1). ¿Ni quien tendrá la osadia de arrancar á sus hijos de aquel seno materno, habiendose refugiado ellos allí para librarse de los golpes de sus enemigos? ¿Qué furia infernal, ó qué pasion, por violenta que sea, podrá nunca vencer á los que han puesto toda su confianza en el patrocinio de esta gran Madre? (2) Cuentan de la ballena, que si por la furia de alguna tempestad ó por temor de los pescadores ve á sus hijos en riesgo, abre la boca y los guarda dentro del seno, mientras pasa el peligro. A este modo nuestra dulce Madre, cuando ve á sus hijos espuestos al furor de las borrascas que levantan las tentaciones ¿qué hace? Movida de su grande amor los esconde dentro de sus entrañas, y allí los tiene y protege hasta colocarlos en el puerto de la gloria eterna (3). ¡O Madre amantísima, o Madre piadosísima! Bendita seais para siempre, y bendito sea el Señor, que os dió á nosotros por madre y seguro refugio en todos los peligros de esta vida! Dijo la misma Virgen á santa Brígida, que á la manera como si una madre viese á sus hijos entre las espadas del enemigo, haria todos los esfuerzos posibles para librarlos, así, dice, lo hago y haré yo por los mios, aunque sean pecadores, siempre que recurran ellos á mí (4). Fiemonos, pues, en su palabra, seguros de que en todas las luchas que sostenga-

(1) In Ps. 85. (2) Bell. de Sept. Verb. (3) Navarin. ca 14. ex. 81. (4) Lib. 4. c. 38.

mos con los enemigos infernales, saldremos vencedores con solo acudir invocandola y repitiendo : »Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios.» ¡Oh cuantas victorias han alcanzado del infierno los fieles con esta breve, pero eficacísima oracion! Así vencia siempre á los demonios aquella gran sierva de Dios Sor Maria del Crucifijo, del orden de san Benito.

Alegraos, pues, hijos de Maria, y alegremonos todos, sabiendo que adopta benignamente por hijos á cuantos lo quieren ser. Alegraos, y no temais perderos, pues que con todo su poder os defiende y protege vuestra Madre poderosísima. Si la amais de corazon, si poneis en ella vuestra confianza, bien podeis cobrar ánimo, y decir con san Buenaventura : ¿Qué temes, alma mia? La causa de tu salvacion no se puede perder, porque la sentencia está en manos de Jesus, que es hermano tuyo, y de Maria, que es tu querida Madre. Con este mismo pensamiento, que alegra tanto los corazones, nos exhorta san Anselmo á la confianza (1). Oigamos, pues, las voces de nuestra Madre, que como á niños tiernos, amorosamente nos llama: *Si quis est parvulus, veniat ad me* (2). Los niños tienen siempre en la boca la palabra madre, y á cualquier susto ó peligro claman al momento : ¡Madre, madre! ¡O Madre amorosísima! Esto es lo que vos deseais, que cual niños os llamemos y corramos á vos, por-

(1) In Depr. ad V. (2) Prov. 9.

que ciertamente quereis favorecernos y salvarnos, como lo habeis hecho siempre con todos vuestros hijos.

EJEMPLO.

Se cuenta en la historia de la fundacion de la Compañia de Jesus en el reino de Nápoles(1), que hubo un joven escoces llamado Guillermo, pariente del rey Jacobo, nacido y criado en la herejia, el cual, ilustrado con los rayos de la divina luz que le iba descubriendo sus errores, vino á Francia, donde por los consejos de un padre de la Compañia, y mucho mas por la intercesion de la Virgen nuestra Señora, conoció al fin la verdad, abjuró los errores y se convirtió á la fe. Pasó de allí á Roma, donde hallandole un dia muy afligido y lloroso un amigo suyo, y preguntandole la causa, respondió que se le habia aparecido la noche antes su madre difunta y condenada, diciendole: *Hijo, dichoso tú que has entrado en el seno de la verdadera Iglesia; yo estoy condenada por haber muerto en la herejia*. De resultas de esta triste vision comenzó á enfervorizarse en la devocion de la Virgen santísima, eligiendola desde entonces por única madre, la cual le inspiró el deseo de entrar en religion, y el jóven hizo de ello voto. Habiendo caido enfermo fué á Nápoles á mudar de aires, y allí murió, pero ya religioso, porque desahuciado á poco de llegar, fueron tantos sus ruegos y

(1) Lib. 5. c. 7.

lágrimas, que al fin los superiores le recibieron, y delante del santísimo Sacramento, cuando le llevaban el Señor por Viático, hizo los votos religiosos, y quedó agregado á la Compañia. Despues de lo cual enternecia los corazones de todos con los devotísimos afectos con que sin cesar daba gracias á la sacratísima Virgen, de haberle sacado de las tinieblas de la herejia, y traidole á morir en el seno de la Iglesia y de la religion entre los brazos de sus hermanos, y así esclamaba: *¡Oh qué gloria es morir en medio de estos ángeles!* Le exhortaban á que no se fatigase, pero respondia: *No, ya no es tiempo de reposar; que está cerca mi fin*. Poco antes de espirar dijo: *Hermanos mios, ¿no veis aquí á los ángeles del cielo que me asisten?* Y preguntandole uno de aquellos religiosos, qué era lo que estaba diciendo entre dientes, le respondió, que el angel de la guarda le acababa de revelar que estaria muy poco tiempo en el purgatorio, y que al instante volaria su alma al cielo. Empezó de nuevo á trabar dulces coloquios con la Reina de los ángeles, y diciendo dos veces: Madre, Madre, como un niño que se echa á dormir en los brazos de su querida madre, espiró placidamente. Y de allí á poco supo un devoto religioso por revelacion, que estaba ya en la gloria.

ORACION.

¡O Madre santísima! ¿Como es posible que teniendo

una Madre tan santa, sea yo tan pecador? ¿una Madre abrasada en el amor divino, y ame yo tan locamente á las criaturas? ¿una Madre riquísima en virtudes, y me vea yo tan pobre y desnudo de todas ellas? Verdaderamente, Señora, no soy digno de llamarme hijo vuestro, y así me tendré por feliz en que siquiera me conteis como el menor de vuestros esclavos; que por solo este título renunciaria gustoso todos los reinos de la tierra. No me priveis de la dicha de poder á lo menos deciros Madre. Este nombre dulcísimo me llena de tanta confianza, que aunque por otra parte me aterren mis pecados y el rigor de la divina justicia, me conforta y alienta el pensar que sois Madre mia. Permitidme, pues, que os llame Madre, y Madre amabilísima. Así quiero llamaros, y así os llamaré siempre. Despues de Dios, habeis de ser toda mi esperanza, refugio y amor mientras viva en este valle de lágrimas, y cuando llegue la hora de mi muerte, pondré mi alma en vuestras manos benditísimas, diciendo con toda seguridad: Madre mia, Madre mia, vuestro soy; amparadme y tened misericordia de mí. Amen.

§. 3.°

De la grandeza del amor que nuestra Madre nos tiene.

Si pues Maria es nuestra Madre, consideremos ahora

cuánto es el amor que nos profesa. No pueden dejar los padres de amar á sus hijos, razon por la que habiendo impuesto la divina ley, como reflexiona santo Tomas (1), obligacion estrecha de amar á los padres, para estos no hay mandamiento escrito, por estar impreso en la misma naturaleza tan fuertemente, como aun en las fieras se ve (2). Y así refieren las historias, que ha habido casos en que oyendo los tigres rugir á sus hijos, han ido nadando hasta la nave donde los llevaban. Pues si aun los tigres hacen esta demostracion, ¿como podrá olvidar á sus hijos una Madre que tiene el corazon tan tierno y amoroso? (3). Y mas: dado por imposible que cualquier madre desamase á los suyos, asegura la nuestra que de su parte no hay que temerlo nunca.

Maria es nuestra Madre, no carnal, como antes dijimos, sino Madre de amor (4). Por amor se hizo Madre nuestra, y de ello se gloria, siendo tanto el que nos tiene, aunque sin merecerlo, que no lo alcanza la imaginacion, y tan ardiente, que deseó con vivas ansias morir por nosotros juntamente con su Hijo santísimo, inmolada en el ara de la cruz á manos de los verdugos (5).

Pero consideremos los motivos que tiene para amarnos, y así vendremos mejor en conocimiento de la grandeza de su amor. El primero nace del que tiene á Dios,

---

(1) Op. 60. c. 4. (2) Ambr. 1. 6 Exam. c. 4. (3) Isa. 49. (4) Eccl. 24. (5) Arnol. Carnot. de Verb. Dom—Ambr. de Inst. Virg. c. 7.

porque amar á Dios y al prójimo estan enlazados y contenidos en un mismo precepto , como enseña el Evanlista san Juan (1), de manera que á la medida que el uno crece , crece tambien el otro. Por esta causa los santos, como amaban tanto á Dios ¿qué no hicieron por amor del hombre? Esponer y aun perder la libertad y la vida por la salvacion de cualquiera. Sabemos los trabajos que pasó en las Indias san Francisco Xavier, donde á veces, buscando las almas , se encaramaba por las breñas entre mil peligros, hasta encontrar á los miserables en las cavernas donde habitaban como fieras , y traerlos al conocimiento del verdadero Dios. Sabemos lo que hizo por convertir á los herejes de la provincia de Chablais, san Francisco de Sales, que durante un año estuvo cada dia atravesando el rio por cima de un madero cubierto de hielo , con el peligro que se deja entender. Sabemos que san Paulino se vendió como esclavo por rescatar al hijo de una pobre viuda. Sabemos que san Fidel dió gustoso la vida predicando en otra parte á los herejes por ganarlos á Dios. Y así todos los santos, como le tenian tan grande amor, hicieron por el prójimo cosas heróicas y admirables. Ahora bien, ¿quien hubo que amase á Dios mas que Maria? ¿Qué digo mas, si en el primer instante de su ser excedia ya con mucho en el amor al de todos los santos y ángeles juntos en

(1) I. Joan. 4.

todo el discurso de su vida? (Esto despues lo probaremos detenidamente.) Reveló la misma Virgen á Sor Maria del Crucifijo (1), que era tan grande su amor para con Dios, que con él se pudieran abrasar y consumir los cielos y la tierra, siendo en su comparacion como hielo todo el amor de los serafines. Por este motivo, asi como ni entre los espíritus bienaventurados hay quien mas ame á Dios que Maria, así tampoco podemos tener nosotros quien mas nos ame, siendo tan ardiente su amor, que si en un pecho se acumulase todo el de los padres y esposos, y tambien el de todos los santos á sus devotos, no llegaria ni de lejos al que la Virgen sacratísima tiene á cualquier alma. Confirmando esta verdad escribe el P. Nieremberg, que en la misma comparacion todo el de las madres para con sus hijos es una sombra, pues que la Virgen nos ama sola mas que todos los ángeles y santos juntos.

Este grande amor nace tambien, como ya hemos considerado, de aquella caridad con que en el ara de la cruz la constituyó por nuestra Madre su divino Hijo, señalandonos á todos en la persona de san Juan: «Mujer, ese es tu Hijo;» que fue la postrera palabra dicha á su afligida Madre. Los últimos recuerdos que nos dejan á la hora de la muerte las personas á quienes mucho amamos, son los que mas se estiman y mas impresos quedan

---

(1) Lib. 2. c. 5. de su Vida.

en la memoria. Ademas nos ama tanto porque fue mucho lo que le costamos, como sucede á todas las madres, que aman comunmente mas á los hijos cuya vida les costó mas trabajo y dolor. Pues nosotros somos aquellos hijos por los cuales sufrió la pena indecible de ofrecer la vida de su amantísimo Jesus, y la de verle morir al rigor de los tormentos, con cuya oferta nos alcanzó la vida de la gracia. Así pués, somos hijos suyos, y muy queridos, porque fue mucho lo que le costamos; y si el amor del eterno Padre para con el mundo llegó á tal estremo, que por él entregó á la muerte á su unigénito Hijo (1), de Maria se puede bien decir otro tanto (2). Mas ella ¿cuando le entregó? Cuando, como dice el P. Nieremberg, le dió licencia la vez postrera para ir á padecer; cuando de todos los demas abandonado por odio ó por temor, hubiera podido defenderle delante de los jueces, y no lo hizo; que bien es creible que las palabras de Madre tan amante y discreta, hubieran bastado á inclinar en su favor el ánimo de aquellos hombres, especialmente de Pilato, que conoció y confesó publicamente la inocencia de Jesus; pero la Madre no despegó sus labios, por no impedir la muerte de que pendia la redencion del mundo; finalmente le entregó mil veces al pie de la cruz, porque durante las tres horas de agonia, no cesó de ofrecer la vida de su querido

(1) Joan. 3. 16. (2) Bonavent.

Hijo por nuestro remedio, con sumo dolor, pero tambien con tal resolucion y constancia, que san Anselmo y san Antonino llegaron á decir (¡cosa es que pasma!) que por sí misma le hubiera inmolado, á ser así la voluntad espresa del eterno Padre; porque si la fortaleza de Abrahan fue tan grande, que iba ya á sacrificar á su hijo por cumplir el divino mandato; mucho mas santa y obediente que Abrahan fue Maria. ¡Oh qué agradecidos debemos estar á su excesivo amor! ¿Con qué se puede pagar fineza semejante? Dios no dejó sin premio la obediencia del patriarca; mas nosotros ¿qué podiamos retribuir á la Madre de aquel Hijo incomparablemente mas amado y excelente que Isaac? Muy obligados nos teneis, Señora, pues que nadie nos amó jamas tanto, habiendo ofrecido tan á costa vuestra por nuestro bien al Hijo á quien amabais mas que á la propia vida (1).

De aquí nace otra de las razones de su amor, y es el ver que fuimos comprados con el precio de la sangre de Jesuchristo. ¡Cuanto estimaria una madre á un cautivo rescatado por un hijo suyo á costa de veinte años de cárceles y trabajos! Mucho mas nos aprecia Maria, que sabe muy bien que solo por rescatarnos con su vida, vino al mundo nuestro divino Redentor (2). Por lo cual, si esta Señora nos amase poco, no seria mostrar toda la estimacion debida á tan preciosa sangre. Santa

---

(1) S. Bonav. (2) Luc. 19.

Isabel monja tuvo revelacion de que la Virgen, desde el dia que se consagró á Dios en el templo, no cesó de pedir por nosotros, solicitando con instancias la pronta venida del Mesias. ¿Pues cuanto mas debemos creer que nos ame ahora, despues de vernos tan estimados y ya redimidos á tanta costa por su Hijo amantísimo?

Y como todos lo fuimos igualmente, no escluye á ninguno de su amor, ni á nadie deja de favorecer. Vestida del sol la vió san Juan (1), porque asi como no hay en la tierra cosa que pueda esconderse del calor del astro, así no hay viviente privado del amor de Maria (2). ¿Quien podrá comprender el cuidado que tiene de todos, siendo Madre tan amorosa? A todos nos ofrece y dispensa su misericordia inagotable (3), á todos nos deseó la salvacion eterna, cooperando eficazmente para que la alcanzasemos. Por esto es utilísima la práctica de algunos devotos, los cuales, como atestigua Cornelio Alápide, tienen la costumbre de decir á Dios en sus oraciones: »Señor, dadme lo que pide por mí la santísima Virgen Maria;» y hacen bien en ello, dice el mismo autor, pues que nuestra Madre nos desea beneficios mucho mayores, que los que nosotros podemos desear: y por igual razon le aplica Alberto Magno aquellas palabras de la Sabiduria: *praeoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat* (4); que quieren decir, que se

(1) Apoc. 12. (2) Sabio Idiota. (3) S. Bernard. Hom. 2. Mis. (4) Sap. 6.

anticipa y viene á buscar aun á los que no la buscan. Antes de llamarla, ya está allí (1).

Pues si aun con los ingratos é indolentes es tan benigna, ¿cual será su amor para con los hijos amantes y fervorosos? ¡Qué placer es para su corazon venir á visitarlos! ¡Qué dulzura para nosotros hallarla tan llena de piedad y de amor! No puede dejar de amar viendose amada (2), mayormente á los que corresponden á su amor con mayor ternura; que bien conoce los que son, bien sabe distinguirlos entre los demas, llegando hasta prestarse á su servicio, en espresion del sabio Idiota (3). Hallabase próximo á la muerte, como cuenta la Crónica, Leonardo, de la sagrada orden de Predicadores, el cual habia tenido la práctica de invocarla doscientas veces al dia. De pronto ve á su lado á una reina hermosísima que le dice: »Leonardo, ¿quieres venir conmigo donde mi Hijo está?—¿Quien sois vos? preguntó el religioso.—La Madre de misericordia, respondió la Virgen; y pues que tantas veces me has llamado, ahora vengo por ti: vente conmigo al cielo.» En esto espiró el religioso, dejando prendas tan envidiables de salvacion.

¡O dulcísima Reina! ¡Felices los que os aman! Decia el V. Juan Berchmans, de la Compañia de Jesus: »Si amo á Maria, puedo estar seguro de la perseverancia, y todo

---

(1) Ricard. in Cant, 4, 5. (2) S. Bernard. (3) De contempl. Virg. in prolog.

cuanto quiera lo alcanzaré de Dios.» Por esto el devotísimo joven no se cansaba nunca de repetir: «Quiero amar á Maria; quiero amar á Maria.» Mas amenla los hijos cuanto alcancen sus fuerzas: Maria los ama mucho mas. Amenla tanto como san Estanislao de Kostka, cuyo amor era tan activo, que en empezando á hablar de la Virgen, comunicaba su fervor á todos los presentes; tan ingenioso, que siempre estaba inventando nuevos nombres y títulos con que venerarla; tan continuo, que no empezaba ninguna cosa sin pedirle antes su bendicion; tan afectuoso, que cuando rezaba su oficio, ó el santo rosario, ú otras oraciones, parecia que la estaba viendo; tan tierno, que de solo oir cantar la Salve, se le inflamaba el pecho y el semblante; tan filial, que si le preguntaban si la amaba mucho, respondia: «es mi Madre; no puedo decir mas,» acompañando estas espresiones con afecto y semblante de angel. Amenla tanto como el B. Ermanno, que la decia su esposa de amor, con cuyo dulce nombre le habia honrado la misma soberana Señora; tanto como san Felipe Neri, que solo de pensar en ella, se le llenaba el alma de consuelo, llamandola su delicia; tanto como san Buenaventura, que la decia no solo Madre y Señora, sino su corazon y su alma. Amenla tanto como aquel su finísimo amante Bernardo, que con la fuerza del amor la llegó á llamar ladrona de los corazones, asegurando que el suyo de cierto se lo habia robado. Llamenla su querida como san Bernardino, el

cual iba diariamente á una capilla suya, y allí pasaba con ella las horas enteras en amorosos coloquios. Amenla tanto como san Luis Gonzaga, que de solo oirla nombrar, se le encendia el corazon y el rostro. Amenla tanto como san Francisco Solano, que algunas veces como fuera de sí, llevado de una santa locura, se ponia á cantar coplas cariñosas delante de una imagen, á semejanza de lo que hacen de noche los amantes del mundo. Amenla tanto como la amaron todos sus siervos, los cuales ya no sabian que hacer en prueba de su amor; como el P. Gerónimo Trejo, de la Compañia, que se llenaba de júbilo al considerarse esclavo suyo, y en testimonio de esclavitud iba muchas veces á visitarla á las iglesias, y allí bañaba el suelo con abundancia de lágrimas, besandole y limpiando el polvo con la cara y la lengua, por ser casa de su amada Señora; como el P. Diego Martinez, tambien de la Compañia, que en premio de su gran devocion á la misma Virgen, en todas sus festividades le llevaban los ángeles al cielo á que viese la solemnidad con que allí se celebraban, y al subir iba diciendo á voces: «Quisiera tener todos los corazones de ángeles y santos para amar á Maria; quisiera tener las vidas de todos los hombres para darlas todas en obsequio de Maria;» protestando que de muy buena gana hubiera sufrido los mayores tormentos por que Maria no hubiese perdido (bien que no podia) un solo grado de toda su grandeza, y que si esta hubiera estado en su mano, toda se la hu-

biera cedido, por ser ella incomparablemente mas digna; ó como Carlos, hijo de santa Brígida, que aseguraba no haber en el mundo cosa que mas le llenase de gozo, que el saber lo mucho que Dios amaba á Maria; ó como el B. Alonso Rodriguez, que deseaba ardientemente dar la vida por ella; ó como Francisco Binanzio, religioso, y santa Clotilde reina, que se esculpieron en el pecho su dulce nombre. Lleguen hasta marcarsele á fuego, como hicieron arrebatados de amor Juan Bautista Arquinto y Agustin Espinosa, de dicha Compañia. Hagan finalmente todo lo que el amor mas apasionado y ardiente les pueda inspirar; que nunca llegarán sus amantes á quererla tanto como ella los ama. Sé muy bien, Señora, decia san Pedro Damiano, que sois amantísima, y que en el amar no os dejais vencer de nadie (1) Se hallaba una vez delante de una imagen suya el B. Alonso Rodriguez, y sintiendose abrasado en su amor, le dijo: Madre mia, ¡si vos me amarais tanto como os amo yo! A lo cual respondió la Virgen: »Eso no, Alfonso; que por grande que tu amor sea, es mucho mas el mio.»

Tiene razon san Buenaventura para esclamar: ¡Felices los que son firmes en el amor de esta amabilísima Señora! Felices, porque siendo tan agradecida, no deja que nadíe la exceda en el amor (2), imitando en esto como en todo lo demas á su Hijo santísimo, que en pago de cual-

---

(1) Serm. de Nat. B. V. (2) Pacciuch. de B. Virg.

quier obsequio, vuelve duplicados los favores. Esclamaré yo tambien con san Anselmo (1): ¡Derritase mi corazon en el amor de Jesus y Maria. Haced, Señor, haced, Madre mia, que llegue á amaros tanto como mereceis. ¡O Dios enamorado de los hombres! puesque disteis voluntariamente la vida por ellos, ¿podreis negar ahora vuestro amor á quien pide amaros con todo el corazon á vos y á vuestra dulce Madre?

EJEMPLO.

Cuenta el P. Auriema (2), que una pastorcilla que guardaba ganado, tenia puesta toda su aficion y delicia en ir muchas veces á una ermita de nuestra Señora, edificada en el monte, y pasar allí el tiempo en obsequios y amorosos coloquios con su dulce Madre. Y por no estar la imagen, que era de bulto, tan adornada como convenia, le hizo con mucha fatiga un manto decente. Un dia trajo una guirnalda de flores silvestres, y subiendose al altar, se la puso diciendo: «Madre mia, yo quisiera que fuese una corona de oro y piedras preciosas; pero como pobre os ofrezco esta guirnalda de flores; aceptadla en testimonio de lo mucho que os amo.» Con estos y otros obsequios semejantes procuràba venerarla y servirla. Veamos ahora cual fue la recompensa de parte de la tierna Madre para con esta su querida hija.

(1) In depr. ad Virg. (2) Aff. Scamb. t. 2. c. 7.

Habiendo caido enferma de peligro, sucedió que yendo por allí de viaje dos religiosos, y habiendose sentado á descansar á la sombra de un arbol, tuvieron una vision, el uno en sueños y el otro despierto. Vieron que se acercaba una compañia de doncellas muy hermosas, y una entre todas mucho mas hermosa y llena de majestad, á la que preguntó uno de ellos: «*S*eñora, ¿quien sois, y á donde vais por estos caminos?—Soy la Madre de Dios, respondió, que con estas santas vírgenes voy á visitar aquí cerca á una pastorcilla que se está muriendo, pues ella me ha visitado muchas veces á mí.» Y dicho esto desaparecieron. Los dos religiosos siervos de Dios se dijeron uno á otro: «Vamos tambien nosotros.» y llegando á la choza, hallaron á la moribunda echada en la paja. La saludaron, y ella les dijo: «Hermanos, pedid á Dios que os abra los ojos del alma, para que veais la compañia que me asiste. Se arrodillaron, y vieron á la Virgen, que con una corona en la mano estaba consolandola. En esto comenzaron las vírgenes á cantar, y al mismo tiempo se desató del cuerpo aquel alma dichosa. Maria le puso la corona, y tomandola en sus dulces brazos, se la llevó consigo al cielo.

ORACION.

¡O Señora!, os diré con san Buenaventura, o amabilísima Señora, que amando y dispensado gracias, robais los corazones de los hombres! llevaos tambien el mio,

pues aunque miserable, desea amaros ardientemente. Vos, Madre mia, con vuestra belleza enamorasteis al mismo Dios, y le trajisteis del cielo á vuestro seno purísimo; ¿como podré yo vivir sin amaros? Igualmente os diré con aquel otro vuestro amante hijo Juan Berchmans: «No descansaré hasta conseguir un amor muy afectuoso á mi dulcísima Madre,» un amor tierno y constante, pues que fue tan grande el vuestro para conmigo, sin merecerlo, antes bien á no haber sido por él y por las muchas misericòrdias que de Dios me habeis alcanzado, ¿qué seria ya de mí? Si, pues, aun entonces que no os amaba, vos me amabais tanto ¿qué no debo esperar de la bondad de vuestro corazon, ahora que ya os amo? Os amo, Madre mia, sí, os amo, y quisiera juntar en mi pecho el amor de cuantos infelices hay en el mundo que no quieren amaros. Quisiera tener millares de lenguas para dar á conocer vuestra grandeza, vuestra santidad, vuestra misericordia, y el amor grande con que correspondeis á todos los que os aman. Si tuviese riquezas, todas las emplearia en vuestro honor y culto; si tuviese vasallos, á todos los quisiera obligar á ser vuestros amantes. Quisiera dar la vida por vos, siendo necesario. Os amo, Madre mia, pero por otra parte temo que el mio no es amor verdadero, pues dicen que el amor hace semejantes á las personas que se aman (1). Y así, viendome

---

(1) Aristot.

tan diferente de vos , lo tengo por señal de no amaros como debo. Vos tan pura, yo tan inmundo; vos tan humilde , yo tan soberbio ; vos tan santa, yo tan pecador. Mas esto es lo que hoy humildemente os pido , que ya que vuestro amor para conmigo es tan grande , me hagais semejante á vos. Poder teneis para mudar los corazones ; aquí está el mio, tomadle en vuestras manos sacratísimas y trocadle enteramente, dando á conocer al mundo lo mucho que podeis en favor de los que amais, y haciendome de este modo santo, é hijo digno de tan alta Madre, como lo espero con toda confianza de vuestra bondad. Amen.

§. 4.°

Maria tambien es Madre de los pecadores arrepentidos.

La misma piadosísima Virgen aseguró á santa Brígida (1), que no solo es Madre de los inocentes y justos, sino tambien de los pecadores, con tal de que propongan enmendarse. ¡Oh y con qué benignidad recibe á sus pies esta Madre de misericordia á cualquier pecador arrepentido! Así lo escribia san Gregorio á la princesa Matilde: «Pon fin al pecado , y encontrarás á Maria mas amorosa que una madre carnal: te lo prometo con toda certidum-

(1) Lib. 4. c. 138.

bre (1).» La condicion que nos pide para ser sus hijos, es dejar la culpa. Sobre aquellas palabras de los Proverbios: *Se levantaron sus hijos* (2), reflexiona Ricardo, que antes puso *se levantaron*, y despues los llama hijos, porque no puede ser hijo de Maria quien primero no se levanta del estado de la culpa donde habia caido; y en efecto, si mis obras son contrarias á las de Maria, niego con ellas ser hijo suyo, ó es lo mismo que decir que no lo quiero ser. ¿Como es posible que uno sea su hijo, y al mismo tiempo soberbio, deshonesto, envidioso? ¿Quien tendrá el arrojo de llamarse hijo suyo, dandole con sus malas obras tanto disgusto? Le decia una vez cierto pecador: «Señora, muestra que eres Madre;» y la Virgen le respondió: «Muestra que eres hijo (3);» y á otro que la invocaba como Madre de misericordia, le dijo: »Vosotros cuando quereis que os favorezca, me llamais Madre de misericordia; pero con tanto pecar me haceis Madre de miseria y dolor (4). Dice el Señor en el libro del Eclesiástico:» «Maldito es de Dios el hombre que exaspera á su madre (5);» es decir, á su madre Maria, como esplica Ricardo; porque Dios sin duda maldice al que con su mala vida y obstinacion aflige á una madre tan buena.

Otra cosa es cuando á lo menos se esfuerza el pecador por salir de su mal estado, y se vale para ello del favor de Maria; que entonces no dejará por cierto esta piado-

(1) Lib. 1. ep. 47. (2) Prov. 31. (3) Ap. Aur. (4) Ap. Pelb. (5) Eccl. 3. 18.

sa Madre de socorrerle, para que al fin recobre la gracia y amistad de Dios. Así lo oyó santa Brígida una vez de boca del mismo Jesuchristo, que dijo á su Madre amantísima estas palabras: «Al que se esfuerza por volver á mí, tú, Madre mia, le ayudas, sin dejar privado á nadie de consuelo.» Si el pecador se obstina, no puede merecer el amor de Maria; pero si, aunque alguna pasion le tenga cautivo, sigue encomendandose y pidiendole con humildad y confianza que le ayude á salir de su mal estado, sin duda le dará la mano, siendo Madre tan misericordiosa, y romperá sus prisiones, y le pondrá en camino de salvacion.

Viene bien esplicar aquí una doctrina del sagrado concilio de Trento, el cual condenó como herejia el decir que las oraciones y demas buenas obras hechas por la persona que está en pecado, son pecados. No lo son, porque si bien la oracion en boca del pecador no es hermosa, como dice san Bernardo, por no ir acompañada de la caridad, es por lo menos util y fructuosa para salir del estado de la culpa; y aunque tampoco es meritoria, santo Tomas enseña que sirve para alcanzar la gracia del perdon, supuesto que la virtud para conseguirla no se funda en los méritos del que ruega, sino en la bondad divina y en la promesa y merecimiento de Jesuchristo, que dijo en el Evangelio: »Todo el que pida, recibirá.» Y lo mismo debe entenderse en orden á la Madre de Dios. Si el que pide, dice san Anselmo, no mere-

ce ser oido, los méritos de Maria, á quien se encomienda, harán que lo sea. Por lo cual exhorta san Bernardo á todos los pecadores á dirigirse á Maria en sus oraciones con gran confianza. Este es su oficio, oficio de Madre, y de tan buena Madre. ¿Qué no haria cualquiera madre por reconciliar á dos hijos suyos que se aborreciesen y buscasen para matarse? Maria es Madre de Jesus y Madre del pecador; y como no puede sufrir verlos enemistados, no descansa hasta ponerlos en paz (1), sin exigir para ello del pecador otra cosa sino que él se lo ruegue, y tenga propósito de enmendarse, porque cuando le ve pidiendo á sus pies misericordia, no mira los pecados que trae, sino el ánimo con que viene. Si viene con buena intencion, aunque haya cometido todos los pecados del mundo, le abraza, y sin desdeñarse de tanta miseria, le sana las heridas del alma, siendo, como es, Madre de misericordia, no solo en el nombre, sino en las obras, y en el amor y ternura con que nos recibe y favorece. En estos propios términos lo dijo á santa Brígida la misma Señora (2).

Maria, pues, es Madre de los pecadores que desean convertirse, y como tal no solo se compadece de ellos, sino que parece que siente como propio el mal de sus hijos. Cuando la Cananea rogó al Señor que librase á su hija de un demonio que la atormentaba, dijo: «Ten mi-

---

(1) Bern. in deprec. ad Virg. (2) Rev. lib. 2. c. 23.

sericordia de mí: una hija mia es molestada por el demonio.» Si la hija lo era y no la madre, parece que debió haber dicho: Señor, compadeceos de mi hija. Pero la mujer habló bien, porque las madres sienten como propios los males de sus hijos. Pues así es puntualmente como pide á Dios Maria por cualquier pecador que se acoge á ella, y podemos creer que le dice de esta manera: «Señor, esta pobre alma que está en pecado, es hija mia; ten misericordia, no tanto de ella, cuanto de mí, que soy su Madre (1).» ¡Ojalá que todos los pecadores recurriesen á tan dulce Madre! Todos alcanzarian perdon. «¡O Maria! esclama san Buenaventura maravillado, tú abrazas con afecto materno al pecador que todo el mundo desecha, sin que le dejes hasta verle reconciliado con el supremo Juez (2).» Quiere decir el santo, que cuando el hombre por el pecado se ve aborrecido y desechado de todos, cuando aun las criaturas insensibles, como el fuego, el aire y la tierra quisieran castigarle, y vengar el honor de su Criador ofendido, Maria le estrecha en sus brazos con afecto de Madre, si él llega arrepentido á sus pies, y no le deja hasta reconciliarle con Dios y volverle á la gracia perdida.

Se echó á las plantas de David, como cuenta el libro 2.° de los Reyes (3), una mujer de Tecua, celebrada por

(1) Ric. de S. Laur. de Laud. Virg. c. 6. (2) In Spec. c. 5.
(3) Cap. XIV.

su discrecion, y le dijo así: «Señor, yo tenia dos hijos, los cuales por desgracia mia riñeron y el uno mató al otro, y despues de haber quedado sin el uno, ahora quiere la justicia quitarme al otro. Tened compasion de mí, y no permitais, Señor, que me vea privada de mis dos hijos.» El rey compadecido perdonó al delincuente, y se lo mandó volver libre. Pues esto viene á ser lo que dice Maria, cuando ve á Dios airado contra el pecador que la invoca: Dios mio, yo tenia dos hijos, que eran Jesus y el hombre; este ha dado á Jesus la muerte, y vuestra justicia quiere castigar al culpable; pero, Señor, tened compasion de mí, y si perdí al uno, no consintais que pierda al otro tambien. ¡Ah! ¿como Dios le ha de condenar, amparandole Maria y pidiendo por él así, cuando el mismo Señor le dió por hijos á los pecadores? Yo se los di por hijos, parece que dice su divina Majestad, y ella es tan solícita en el desempeño de su oficio, que á ninguno deja perecer de cuantos tiene á su cargo, especialmente si la invocan, sino que hace los mayores esfuerzos por restituirlos á mi amistad (1). ¿Y quien podrá imaginar la bondad, misericordia y caridad con que nos recibe siempre que imploramos su amparo y favor? Postremonos á sus sagrados pies, abracemoslos con toda confianza, y no nos apartemos de allí hasta lograr que nos bendiga y reconozca por hijos (2). Nadie desconfie de su amor, sino

(1) Lansperg. V. lib. 4. min. op. (2) Bern. in Sign. Magn.

digale con todos los afectos del alma: «Madre y Señora mia, bien merezco por mis pecados ser desechado de vos, y recibir de vuestra mano cualquier castigo ; pero aunque supiera perder la vida, no he de perder la confianza de que me habeis de salvar. Toda la pongo en vos, y con solo que me cencedais morir delante de una imagen vuestra implorando vuestra misericordia, no dudaré conseguir el perdon , y volar al cielo (1) á bendeciros en compañia de tantos siervos vuestros, que murieron implorando vuestro auxilio , y fueron salvos por vuestra poderosa intercesion. Lease el ejemplo siguiente, y vease si podrá ningun pecador desconfiar de la misericordia y amor de esta buena Madre , siempre que la invoque de corazon.

EJEMPLO.

Cuenta el libro que tiene por título *Espejo histórico,* que en la ciudad de Rodolfo, en Inglaterra, hubo un joven de casa noble , llamado Ernesto, el cual habiendo repartido sus bienes á los pobres , abrazó la vida religiosa en un monasterio, donde vivia con tal observancia y perfeccion, que los superiores le estimaban grandemente , en especial por su singular devocion á la Virgen nuestra Señora. Tanta era su virtud , que habiendo entrado una epidemia en aquella ciudad , y acudiendo la

(1) Bonaven.

gente al monasterio para solicitar de los religiosos asistencia y oraciones, mandó el abad á Ernesto que fuese á pedir favor á la Virgen delante de su altar, sin apartarse de allí hasta que le diese respuesta. Ernesto obedeció, y á los tres dias de perseverar en esta disposicion, le ordenó la Virgen ciertas oraciones que se habian de decir, y así cesó la peste. Pero despues se entibió, y el enemigo empezó á molestarle con varias tentaciones, especialmente contra la castidad, y con la sugestion de que huyese del monasterio. El infeliz, por no haberse encomendado á la Virgen, se dejó al cabo vencer, determinado á descolgarse por una pared. Pero pasando con este mal pensamiento delante de una imagen que estaba en el claustro, le habló la piadosísima Virgen diciendole: «Hijo mio ¿por qué me dejas?» Sobrecogido y con gran compuncion respondió: «¿No veis, Señora, que ya no puedo resistir mas? ¿Por qué vos no me ayudais?—Y tú, replicó la Virgen, ¿por qué no me invocas? Si te hubieras encomendado á mí, no te sucederia eso: hazlo en adelante, y no temas.» Fortalecido con estas palabras, se volvió á la celda. Allí le asaltaron de nuevo las tentaciones, y como ni entonces acudió á la Virgen, finalmente se escapó del monasterio, y á poco se dió á todos los vicios, viniendo á parar de pecado en pecado hasta hacerse salteador de caminos. Despues alquiló una venta, donde por la noche, por robar á los pasajeros, les quitaba la vida. Entre las muertes que hizo, mató á un pri-

mo del gobernador, quien por varios indicios empezó á formarle proceso. Entretanto llegó al meson un caballero joven, y luego que anocheció, el huesped fue donde dormia con ánimo de asesinarle, segun costumbre. Se acerca, y en lugar del caballero ve tendido en la cama un santo Christo, que mirandole benignamente le dice: «Ingrato, ¿no te basta que haya muerto por ti una vez? ¿Quieres volverme á quitar la vida? Pues estiende la mano, y hiereme.» Admirado y confuso Ernesto empezó á llorar amargamente, diciendo así: «Vedme aquí, Señor; ya que usais conmigo de tan grande misericordia, quiero volverme á vos;» y sin diferirlo un instante salió con direccion al monasterio. Pero en el camino fue preso por los ministros de justicia y llevado al juez, delante del cual confesó todos sus delitos, por los que fue condenado á la pena de horca, y tan ejecutiva, que ni siquiera le dieron tiempo de confesion. El se encomendó entonces de veras á la Virgen misericordiosa, y al tiempo de echarle los cordeles al cuello, la Virgen le detuvo para que no muriese, y despues soltó la cuerda y le dijo: «Vuelve al monasterio, haz penitencia, y cuando me vuelvas á ver con una cédula en la mano, en que estará escrito el perdon de tus pecados, disponte para morir.» Así lo hizo, contó al abad todo lo sucedido, hizo penitencia rigurosa por muchos años, al cabo de los cuales vió á la Virgen dulcísima con el papel en la mano, se acordó del aviso, se dispuso para la última partida, y acabó dichosamente.

ORACION.

¡O Reina soberana , digna Madre de Dios! el conocimiento de mi vileza y la multitud de mis pecados debieran quitarme el ánimo de acercarme á vos y llamaros Madre. Pero aunque es tanta mi infelicidad y miseria, es mucho tambien el consuelo y confianza que siento en llamaros Madre. Merezco, bien lo sé, que me desecheis; pero humildemente os ruego que mireis lo que hizo y padeció por mí vuestro divino Hijo, y entonces , si podeis, despedidme. Es cierto que no hay pecador que haya ofendido tanto como yo á la divina Majestad ; pero estando el mal ya hecho ¿qué recurso me queda sino acudir á vos, que podeis ampararme? Sí, Madre mia, amparadme y no digais «no puedo,» porque sois omnipotente y alcanzais de Dios todo cuanto quereis. No respondais tampoco «no quiero,» ó bien decidme á quien he de acudir pidiendo el remedio de mi desventura. Señor, ó compadeceos de este infeliz, y vos, Señora, interceded por él, ó mostradle otros mas piadosos á quienes pueda recurrir con mas confianza. ¡Pero ah! que ni en la tierra ni en el cielo se encuentra quien tenga de los desdichados mas compasion, ni quien mejor los pueda socorrer. Vos, o Jesus mio, sois mi Padre; vos, o dulce Maria, sois mi Madre. Cuanto mas infelices somos los pecadores, mas nos amais, y con mayor solicitud nos buscais para salvarnos. Yo soy reo de muerte eterna, yo soy el

mas miserable de todos los hombres; pero con todo, no es menester buscarme, ni es esto lo que ahora pretendo, pues voluntariamente corro á vuestros pies. Aquí me teneis, no seré desdichado, no quedaré confundido. Jesus mio, perdonadme; Madre mia, interceded por mí.

CAPITULO II.

Vida y dulzura.

---

§. 1.°

Maria es vida nuestra, porque nos alcanza el perdon de los pecados.

Para conocer el motivo de llamar la santa Iglesia *vida* á la Reina de los ángeles, es de saber, que asi como el alma es la que da vida al cuerpo, así la divina gracia es la vida del alma, porque un alma sin la gracia de Dios, tiene nombre de viva; pero en verdad está muerta, como se dijo en el Apocalipsi á uno: «Tienes nombre de vivo, pero estás muerto (1).» Y Maria es la que alcanzando á los pecadores la divina gracia, les restituye la vida verdadera. Así lo enseña la santa Iglesia, que le pone en la boca estas palabras de los Proverbios: «Los que madruguen para venir á mí, me hallarán (2).» Y el

---

(1) Apoc. 3. (2) Prov. c. 8.

madrugar quiere decir, al instante que puedan. Los 70 intérpretes traducen: «Hallarán la gracia;» de manera que es lo mismo hallar á Maria, que recobrar la gracia de Dios. Y poco mas abajo dice el mismo libro de los Proverbios: «El que me encuentre, hallará la vida, y recibirá de Dios la vida eterna (1).» Oid, esclama aquí san Buenaventura, oid los que deseais el reino de Dios: honrad á la Virgen Maria, y hallareis la vida y la salud eterna.

Llegó á decir san Bernardino de Sena, que si Dios no aniquiló á los hombres despues del pecado, fue por el amor especial con que ya miraba á esta dichosa criatura; y que no dudaba que por ella sola habia concedido perdon, y hecho todas las misericordias que usó con los pecadores en la antigua ley (2). Por esto nos exhorta san Bernardo á buscar la gracia, y buscarla por medio de Maria, porque ella fue quien la encontró, y así la llama el santo: *la que halló la gracia: inventrix gratiae;* de lo cual la cercioró el angel san Gabriel diciendole para consuelo nuestro: «No temas, Maria; que has hallado la gracia (3).» ¿Pero como podia decir el angel esto, si Maria nunca la habia perdido? pues una cosa dicese con verdad que la encuentra quien antes no la tenia; y la Virgen siempre estuvo con Dios, siempre con la gracia, y aun llena de gracia, segun el mismo arcan-

(1) Prov. (2) Tom. 1. Serm, 61. cap. 8. (3) Luc. 1.

gel testificó diciendo: «Dios te salve, Maria, llena eres de gracia.» Pues si para sí no la encontró por haber estado siempre llena, ¿para quien fue? Para los pecadores que la habian perdido. Corran, pues, á Maria los pecadores que han perdido la gracia, y la hallarán seguramente; corran y digante: Señora, las cosas deben restituirse á quien las pierde; nosotros perdimos esta joya preciosa (1), á nosotros se ha de volver. Como que agradó siempre á Dios, y le agradará eternamente, si acudimos á ella, sin duda ninguna hallaremos lo que buscamos (2). Dice en los Cantares la misma Señora: *Ego murus, et ubera mea sicut turris* (3); es decir, que Dios la puso en el mundo para que fuese nuestro muro y defensa. Tambien dice en los Cantares, que halló la paz delante de Dios (4); con cuyas palabras alienta san Bernardo al pecador y le dice: Vé y busca á la Madre de la misericordia, y muestrale las llagas de tu alma; que ella pedirá á su Hijo santísimo que te perdone por aquel licor precioso con que le alimentó, y el Hijo, que la ama tanto, no dejará de oirla. Con este espíritu nos manda la santa Iglesia pedir en aquella oracion que decimos frecuentemente: O Dios misericordioso, ayuda nuestra fragilidad, para librarnos de nuestras iniquidades por la intercesion de nuestra Madre, cuya memoria renovamos.

---

(1) Ug. Card. (2) Ricard. de S. Laurent. de Laud. Virg. l. 2. (3) Cant. 8. (4) Cant. 8.

Motivo tenia, pues, san Lorenzo Justiniano para llamarla esperanza de malhechores, por ser ella la única que les alcanza perdon. Motivo san Bernardo para llamarla escala de pecadores, porque ella es la que da la mano á todos los caidos, sacandolos del precipicio y levantandolos de nuevo á Dios. Motivo tenia san Agustin para llamarla única esperanza de los pecadores, pues solo por su medio podemos esperar la remision de todos nuestros pecados (1). Motivo san Juan Crisóstomo para decir lo mismo por igual razon, saludandola así en nombre de todos: «Dios te salve, Madre de Dios y Madre nuestra, cielo donde Dios reside, trono en que dispensa toda suerte de gracias; pide siempre á Jesus por nosotros, á fin de que por tus oraciones obtengamos el perdon en el dia de la cuenta, y despues la eternidad feliz (2). Motivo hay finalmente para llamarla aurora (3), porque asi como la aurora es fin de la noche y principio del dia, la Virgen santísima fue estirpacion y fin de todos los vicios, y aquellos admirables efectos que produjo en el mundo cuando nació, los produce siempre que en un alma nace su devocion, pues disipa las tinieblas de nuestros pecados, y nos pone en el camino de la virtud. ¡O Madre! vuestra defensa es inmortal, vuestra intercesion es vida, vuestro nombre á quien le pronuncia con

---

(1) Serm. 18. de Sanctis. (2) In Off. Nat. B. M. die 5.
(3) Cant. 6.

devocion, es señal de tener ya vida, ó de haberla de recibir en breve (1).

Anunció en su cántico que todas las generaciones habian de llamarla bienaventurada. Sí, Señora, repite san Bernardo, todas las generaciones ahora y siempre os han de llamar bienaventurada, porque á todas habeis dado la vida y la gloria, y por vos han de hallar los pecadores misericordia y los justos gracia (2). Pecador, no desconfies, aunque hayas cometido todos los pecados imaginables, sino acude á Maria, y verás sus manos llenas de misericordia, y conocerás por esperiencia, que es mayor su deseo de usarlas contigo, que el tuyo de recibirlas (3).

En su mano tiene la seguridad del divino perdon (4); siempre con el bien entendido, que nos hemos de valer de su amparo para reconciliarnos con Dios, pues de este modo es como el Señor promete perdonarnos, y lo asegura con una prenda. ¿Y cual es la prenda? Maria, á quien él mismo nos dió por abogada, y por cuya intercesion, unida á los méritos de Jesu-Christo, perdona Dios á cuantos recurren á ella. Santa Brigida oyó de boca de un angel, que ya en tiempos antiguos se alegraban los profetas sabiendo que por la humildad y pureza de esta Virgen preciosa habia Dios de aplacarse y reconciliar

(1) S. German. Serm. 3. in Dorm. B. V. et in Serm. de Zona Virg. (2) Serm. de Nat. B. V. (3) Bernardin. de Bust. (4) Andr. Cret.

consigo á los pecadores, que tenian provocada su justa ira (1).

Nunca, pues, debe temer el pecador que le despida cuando la invoca, porque es Madre de misericordia, y desea que se salven aun los mas infelices, como que es arca de refugio, y ninguno de cuantos se acogen á ella puede perecer. En el arca de Noé hasta los animales se libraron de las aguas del diluvio; y bajo el manto de Maria quedan salvos los pecadores. Una vez la vió santa Getrudis con el manto tendido, bajo el cual se habian refugiado muchas fieras, como leones, osos y tigres, y Maria lejos de echarlos de sí, los recibia y acariciaba con grandísimo agrado; entendiendo por aquí la santa, que cuando los pecadores mas perdidos buscan á Maria, no son desechados, sino acogidos y libres de la muerte eterna. Entremos, pues, en esta arca saludable, refugiemonos bajo este manto sagrado, y hallaremos misericordia, y lograremos la salvacion.

EJEMPLO.

—

Cuenta el P. Bovio (1), que una mala mujer por nombre Elena entró una vez en la iglesia, donde oyendo predicar un sermon de las excelencias del santo rosario, al salir compró uno, pero de vergüenza le llevaba es-

(1) Ejemp. de la S. Virg.

condido. Empezó con todo á rezarle, y aunque al principio lo hacia sin devocion, despues le infundió la Virgen tal consuelo y dulzura, que ya queria estarle siempre rezando. Con esto concibió un horror tan grande de su mala vida, que no podia sosegar, sintiendose como impelida á ir á confesarse. Hizolo con estraordinarias muestras de arrepentimiento, y admiracion del confesor. Acabada la confesion, fué á dar gracias á la Virgen santísima delante de un altar; allí dijo su rosario, y la Señora le habló así desde aquella imagen: «Elena, basta ya de ofensas; desde hoy muda de vida, y yo te favoreceré.» Confusa con estas palabras respondió: «¡Ah, Señora! es cierto que hasta aquí he sido muy mala; pero vos, que todo lo podeis, ayudadme; en vuestras manos me pongo; haré penitencia todo lo que me queda de vida.» Salió de allí con esta firme resolucion, vendió cuanto tenia, lo repartió á los pobres, y emprendió una vida muy penitente. Tenia tentaciones, y muy terribles; pero acudiendo á la Virgen, salia victoriosa. Así llegó con el tiempo hasta merecer favores sobrenaturales, como visiones, revelaciones y profecias. Finalmente, antes de morir (de que ya tenia aviso de Maria santísima) se le apareció la misma Señora en compañia de su divino Hijo, y al tiempo de espirar vieron algunas personas, que el alma de aquella pecadora volaba á los cielos en figura de una paloma muy hermosa.

ORACION.

¡O Madre de Dios y única esperanza mia! ved aquí á vuestros pies á un pecador miserable que implora vuestra clemencia. A una voz os dice toda la Iglesia, Madre de pecadores. Pues si lo sois, á vos me acojo, vos me habeis de salvar. Bien sabeis cuanto desea vuestro amantísimo Hijo mi salvacion, y lo mucho que padeció por ella. Hoy os ofrezco todas sus fatigas y dolores, el desabrigo del pesebre, los trabajos de la huida á Egipto, el cansancio y sudor, la sangre derramada, y las penas con que espiró en la cruz á vuestra presencia. Dad á conocer á todo el mundo favoreciendome, lo mucho que le amais, pues por el amor que le teneis imploro vuestro valimiento. Dad la mano á un caido digno de compasion. Si yo fuese justo, no pediria misericordia; pero como soy pecador, os busco á vos, que sois Madre de piedad; y pues vuestro amoroso corazon se alegra de favorecer á los miserables que no se obstinan, hoy le podeis dar este gusto, y á mí un gran consuelo; que aunque pecador y digno de las penas eternas, no estoy obstinado todavia, por la divina misericordia. Decidme, Señora, qué tengo de hacer, y alcanzadme fuerza para ello; por mi parte dispuesto me hallo á todo lo que fuere menester para recobrar la gracia perdida. Bajo vuestro manto me acojo. Vuestro Hijo santísimo quiere que acuda á vos, que sois su Madre,

para que por la virtud de su sangre y de vuestros ruegos poderosos, sea de ambos la gloria de haberme salvado. El me envia para que vos me socorrais. Aquí me teneis; en vos confio. Ya que pedis por otros, decid tambien por mí siquiera una palabra. Decid al Señor que deseais mi salvacion, y me salvará. Decid que soy vuestro, y me basta.

§ 2.°

Tambien la Virgen es nuestra vida, porque nos obtiene la perseverancia.

Es la perseverancia final don tan alto y precioso, que ningun hombre le merece, sino que es del todo gratuito, como tiene la Iglesia declarado en el concilio de Trento. Con todo, san Agustin enseña que se puede alcanzar con la oracion, y aun infaliblemente, añade Suarez, con tal que no cesemos de pedirlo hasta el fin, pues en espresion de Belarmino, cada dia se debe pedir, para que cada dia se pueda obtener. Ahora bien, conforme á la opinion comun, y cierta para mí, como probaré en el capítulo 4.°, de que dispensa Dios por mano de Maria todas las gracias que concede á los hombres, no habrá duda en que tambien alcanzaremos por su medio el don de la perseverancia, que es gracia suma. Sí, la alcanzaremos pidiendosela siempre con toda confianza. Ella misma lo promete á cuantos la sirvan

con fidelidad, y la santa Iglesia, que es infalible, le pone en la boca las palabras que lo aseguran: *Qui operantur in me, non peccabunt; qui elucidant me, vitam aeternam habebunt* (1).

Para perseverar en gracia hasta la muerte, necesitamos fortaleza espiritual con que resistir á los asaltos del enemigo, la cual solo se alcanza por medio de María. «Mia es la fortaleza (2). En mi mano ha puesto el Altísimo este don, para que le dispense á mis devotos.» Por mí reinan los reyes (3). Con mi favor rigen mis siervos sus sentidos, dominan sus pasiones, y se hacen dignos de reinar despues eternamente. ¡Oh que esfuerzo sienten en sí los siervos de esta gran Señora para vencer todas las tentaciones! Maria es aquella torre inespugnable ceñida de escudos y defensas, donde tienen las almas fieles armas en abundancia para pelear y vencer á todos sus contrarios.

Tambien se llama plátano (4), porque el plátano tiene las hojas grandes y parecidas á un escudo. Esta propiedad esplica bien la proteccion y firmeza con que Maria defiende á los suyos; ó bien porque asi como los viajeros se guarecen de la fuerza del sol y la lluvia bajo las hojas de este arbol, así los hombres bajo el manto de Maria hallan refugio contra el ardor de las pasiones y la violencia de la tentacion (5). ¡Desdichado de

(1) Eccl. 24. (2) In festo Concept. (3) In festo B. Mariae ad Nives. (4) Eccl, 24. (5) B, Amad. Hom. 8.

aquel que se aparta de tan segura defensa! ¡Desdichado del que olvida su devocion, y no recurre á ella en los peligros! ¿Qué sucederia si llegase á faltar el sol? ¿Qué seria entonces el mundo, sino un caos tenebroso y horrendo? Pierda el alma la devocion de Maria, y luego se cubrirá de tinieblas, de aquellas tinieblas donde solo habitan fieras terribles, cuales son el pecado y el diablo (1). ¡Ay de aquellos que se ofendan de la luz de este sol, que desprecien la devocion de Maria! Con sobrado motivo dudaba mucho san Francisco de Borja de la perseverancia de las personas en quienes no veia devocion especial á esta soberana Señora. Preguntó una vez á ciertos novicios cuales eran los santos de su mayor devocion, y advirtiendo que no la tenian particular con la Virgen santísima, avisó al maestro de ellos, que estuviese alerta, y fue así, que al fin aquellos desdichados salieron de la religion.

Tambien tenia san German motivo para llamarla respiracion y aliento de todo cristiano, porque si el cuerpo sin respirar no puede vivir, tampoco el alma puede conservar la vida de la gracia sino por medio de Maria, que nos la consigue seguramente. Tuvo un dia el B. Alano una gravísima tentacion, y por no haberse encomendado á la Virgen, poco le faltó para ser vencido y perecer; pero la soberana Señora se le apareció, y para

(1) Ps. 103.

que otra vez fuese mas advertido, sintió que le daban al mismo tiempo una bofetada, y que la Virgen prudentísima le decia: «Si hubieses acudido á mí, no te hubieras visto en semejante peligro.»

Al contrario, el que oiga su voz y vaya todos los dias á pedir á las puertas de su misericordia luz y socorro, este será feliz (1). Abundancia de luz y pronto socorro le dará Maria para salir de sus vicios y volver al camino de la virtud.

Inocencio III la llama hermosamente luna en la noche, y aurora temprana y sol al medio dia (2). Luna, al que vive ciego en la oscuridad del pecado, iluminando su alma para que vea su infeliz estado y el peligro en que se halla de condenarse; aurora, al que comienza á conocer el riesgo, para ayudarle á recobrar la gracia; y sol clarísimo, al que ya está en gracia de Dios, para que no vuelva á caer en el precipicio.

Aplican á Maria los doctores sagrados aquellas palabras de la Escritura santa: «Sus lazos son ataduras saludables (3). ¿Y por qué lazos y ataduras? Porque liga á sus devotos para que no huyan y se estravien por los campos del vicio (4). Está colocada en la plenitud de los santos, porque vive en medio de los santos, y los detiene para que no vuelvan atras, y les conserva la virtud para que no descaezcan, y sujeta con su poder

---

(1) Prov. 8. In festo Concept. (2) Serm. 2. de As.
(3) Eccl. 6. (4) Laur. Just.

al diablo para que no les haga daño (1).

Todos sus devotos tienen dos vestidos (2); es decir, las virtudes de Jesu-Christo y las de Maria, como esplica doctamente Cornelio Alápide: y así vestidos viven bien y acaban bien; por lo cual exhortaba tantas veces san Felipe Neri á sus penitentes diciendoles: «Hijos, si quereis perseverar, sed devotos de la Virgen santísima; y lo mismo aseguraba el V. Berchmans, como ya dijimos. Es hermosa la reflexion de Ruperto á este propósito en la parábola del hijo pródigo. Dice, que si hubiera tenido madre, aunque tan díscolo, no se hubiera ido de la casa paterna, ó hubiera vuelto mucho antes: dando á entender, que el que tiene la dicha de ser hijo de Maria, ó no se aparta nunca de Dios, ó si le acontece tal desgracia, vuelve pronto por medio de la Madre amantísima.

¡Oh si amasen á esta benignísima y amorosísima Señora todos los hombres; si luego que sintiesen la tentacion, corriesen á sus brazos! ¿quien caeria jamas? ¿quien se perderia? Solo se pierde quien no la invoca. Le aplica san Lorenzo Justiniano aquellas palabras de la Escritura: «Anduvo sobre las olas del mar (3);» como si dijese: yo me hallo con mis siervos en medio de las tempestades, para asistirlos y librarlos de la perdicion eterna.

Cuenta el P. Bernardino de Busto, que á un pajari-

---

(1) Bonav. in Spec. (2) Prov. 31. (3) Eccl. 24.

llo le enseñaron á decir: «Ave Maria ,» y viniendo una vez á cogerle un gavilan , lo dijo , y el gavilan quedó muerto. Pues si el ave sin entender lo que decia, se libró de la muerte , mucho mas debe esperar esto una persona racional , si invoca de corazon su dulce nombre , cuando le asalte el enemigo de las almas. Al sentir la tentacion , no hay que discurrir ni hacer otra cosa, sino acogernos al instante bajo el manto de Maria , como los polluelos bajo las alas de la madre cuando el milano viene. Vos , Madre y Señora , nos defendereis , porque no tenemos otro amparo ni otra esperanza y proteccion en quien despues de Dios podamos confiar (1).

Concluyamos con aquellas palabras tan afectuosas de san Bernardo (2): ¡O tú , quien quiera que seas , advierte que en esta vida , mas bien que andar por tierra firme , vas navegando entre peligros y borrascas. Si quieres no quedar sumergido, mira la estrella , llama á Maria. En los peligros de pecar , en las tentaciones porfiadas , en las dudas , piensa que Maria te puede socorrer , y llamala decontado. No falte jamas su nombre de tu corazon con la confianza , ni de tu lengua con la invocacion. Si la sigues , no errarás el camino de la salud. Si acudes á ella, no desconfiarás. Si te tiene de su mano , no caerás. Si te protege , nada temerás. Si te guia , llegarás al puerto sin trabajo. En una palabra ,

(1) Thom. de Villan. Serm. 3. de Nat. Virg. (2) Hom. 2. super Missus.

si Maria toma á su cargo el defenderte, alcanzarás la bienaventuranza.

EJEMPLO.

Es famosa la historia de santa María Egipciaca, como se cuenta en el libro primero de las vidas de los Padres del yermo. A los doce años se escapó de casa de sus padres, y se fue á Alejandria, donde con su mala vida era el escándalo de toda la ciudad. Pasados otros diez y seis salió de allí, y vagando llegó á Jerusalen á tiempo que se celebraba la fiesta de la santa cruz, y viendo entrar en la iglesia mucha gente, quiso tambien entrar ella, mas por curiosidad, que por devocion; pero en la puerta sintió que una mano invisible la detenia. Hizo otra vez por entrar, y le sucedió lo mismo, hasta tercera y cuarta vez. Entonces la infeliz retirandose á un rincon del atrio, conoció con luz superior que su mala conducta la echaba de la iglesia. Alzó los ojos, y vió allí cerca por dicha suya una imagen de Maria santísima, á la cual empezó á decir llorando de esta manera: «¡O Madre de Dios, tened piedad de esta pecadora. No merezco que me mireis, pero vos sois el refugio de los pecadores; amparadme y favorecedme por el amor de Jesu-Christo vuestro santísimo Hijo. Haced que pueda entrar en la iglesia, y mudaré de vida, y me iré á hacer penitencia donde vos me digais.» Entonces oyó una voz interior como de la

Virgen que le decia: «Pues que acudes á mí con propósito de enmendarte, ya puedes entrar.» Entró, adoró la santa cruz con abundancia de lágrimas, volvió á la imagen, y le dijo: «Vedme pronta, Señora; ¿á donde quereis que me retire?—Pasa el Jordan le respondió la Virgen, y allí encontrarás tu descanso.» Confesó, comulgó, y pasado el rio, llegó al desierto, y entendió que allí era donde se debia quedar. Los diez y siete años primeros tuvo que sufrir terribles asaltos de los demonios; pero acudia siempre á la Virgen, y la Virgen santísima le alcanzaba fuerzas para resistir y vencer. Finalmente habiendo pasado en aquella soledad cincuenta y siete años, siendo ya de edad de ochenta y siete, la encontró por divina providencia san Zósimo abad, á quien refirió todo el relato de su vida, suplicandole que volviese al año siguiente con la sagrada comunion. Hizolo así, y le pidió lo mismo para otro año, al cabo del cual volvió, pero la halló ya muerta, aunque rodeada de un gran resplandor, y con estas palabras escritas de su mano: «Entierra aquí el cadaver de esta pecadora, y pide á Dios por su alma.» Vino corriendo un leon, hizo un hoyo con las garras, el santo la sepultó, y volvió al monasterio contando á todos las misericordias que Dios habia obrado con aquella felicísima penitente.

ORACION.

¡O Madre de piedad, Virgen sacratísima! ved aquí á vuestros pies al pecador ingrato, que menospreciando tantas veces la gracia divina, hizo traicion á Dios y á vos; pero mi gran miseria no me quita la confianza, antes bien me la aumenta, porque espero que así tambien serán mayores las muestras de vuestra misericordia. Dad á conocer á todo el mundo, que del mismo modo que sois para cuantos acuden á vos clemente y generosa, igualmente lo sois para conmigo. Basta, Señora, que me mireis y os compadezcais de mí, porque mirandome, no podreis dejar de protegerme. Y si vos me protegeis ¿qué podré temer? Nada: ni á mis pecados, porque vos podeis remediar el daño hecho; ni á los enemigos infernales, porque sois mas poderosa que todo el infierno; ni tampoco la ira justa de vuestro Hijo indignado contra mí, porque una palabra que vos le digais, será suficiente para aplacarle. Solo temo dejar por mi culpa de encomendarme á vos en las tentaciones, y perderme así. Pero esto es lo que hoy os prometo, solicitando al mismo tiempo que me ayudeis á cumplirlo con fidelidad. Ved qué hermosa ocasion se os presenta de dar contento á vuestro piadoso corazon favoreciendo á un miserable. En vos coloco toda mi esperanza; alcanzadme gracia de llorar mis pecados con verdadero arrepentimiento, y fortaleza para no volver á pecar. Enfermo estoy; pero te-

neis á vuestra disposicion la medicina del cielo. Si mis pecados me han hecho debil, vuestra proteccion me puede hacer fuerte y robusto. En fin, todo lo espero de vuestra mano, porque todo lo podeis para con Dios.

§. 3.°

DULZURA.

Maria hace dulce la muerte á sus devotos.

«El amigo ama en todo tiempo, y en la adversidad se conoce el hermano,» dicen los Proverbios (1). Pero los amigos del mundo, como no suelen ser verdaderos, solo duran mientras hay prosperidad, y luego que nos ven en desgracia, y mucho mas á la hora de la muerte, nos abandonan. No lo hace así Maria con los suyos. En todos los trabajos de la vida, y especialmente en las angustias de la muerte, que son las mayores que puede haber en este valle de lágrimas, no se aparta de sus queridos siervos, y si nuestro proceder correspondió á la profesion de cristianos, nos proporciona una muerte dulce y feliz. Porque desde aquel gran dia en que con tanta pena asistió en el Calvario á la muerte del Señor y caudillo de todos los predestinados, adquirió el derecho de asistir á la muerte de todos ellos,

(1) Cap. 17.

y por esta causa nos enseña la santa Iglesia á decir frecuentemente en el Ave Maria: «Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Grandes son las angustias de un moribundo, ya por los remordimientos que dejan los pecados de la vida pasada, ya por el temor del juicio cercano, ya por las dudas de la salvacion. Todo el infierno se arma y acomete con mas violencia que nunca, para arrebatar aquel alma en las puertas de la eternidad, viendo que le quedan pocos instantes (1), y que si la pierde, la pierde para siempre; y el tentador, que en vida nos persiguió tan obstinadamente, no se contenta entonces con venir solo, sino que trae consigo otros muchos compañeros y tentadores. (2) Diez mil dicen que vinieron á tentar á san Andres Avelino á la hora de su muerte, habiendo tenido con ellos un combate tan recio y porfiado, que hacia temblar á los buenos religiosos que le asistian, como en su vida se lee, pues vieron hincharsele la cara hasta ponerse negra, estremecerse los miembros, crujir los huesos, caerle un torrente de lágrimas, y dar con la cabeza violentas sacudidas; señales todas de la batalla espantosa que estaba sufriendo. Todos lloraban de compasion, redoblaban el fervor de las súplicas, y al mismo tiempo estaban espantados de ver morir á un santo de aquella manera; aunque por otra parte se consolaban advirtien-

(1) Apoc. 12. (2). Isai. 13.

do que de cuando en cuando levantaba la vista como pidiendo socorro á una devota imagen de Maria santísima que tenia delante, y acordandose de que habia dicho muchas veces, que en aquel trance seria esta Señora su amparo y refugio. Plugo finalmente á la divina Bondad, que acabase la lucha con gloriosa victoria, porque cesando la conmocion del cuerpo, y deshinchado y vuelto á su primer color el semblante, fijó los ojos amorosamente en aquella imagen, hizo como en accion de gracias devota inclinacion á Maria (que se la apareció en el acto segun se cree), y espirando dulcemente en sus brazos maternales, voló para siempre á los gozos del paraiso. Y al mismo tiempo una religiosa capuchina que estaba tambien en la agonia, se volvió á las monjas que la asistian y les dijo: «Recemos una Ave Maria, porque ahora acaba de morir un santo.»

!Oh qué cierto es que á la presencia de Maria huyen los rebeldes! Si en aquella hora la tenemos de nuestra parte, ¿qué temor nos podrán causar todos los enemigos del infierno? Temeroso David de las angustias de la muerte, se confortaba con la confianza en el Redentor que habia de venir, y en los méritos de la que habia de ser su Madre. Dice: «Cuando camine por la sombra de la muerte, tu vara, Señor, y tu báculo me consolarán (1).» Esplica Ugo Cardenal por el báculo el arbol de la cruz, y por la vara, la intercesion de Maria, vara florida que anun-

(1) Ps. 22.

ció el profeta Isaias diciendo: «Saldrá una vara ó vástago de la raiz de Jesé (es decir, de la familia de David, hijo de Jesé), y de ella una flor (1).» Es ciertamente Maria vara de gran poder, vara que vence y quebranta toda la violencia de los enemigos infernales (2). Y si ella está por nosotros, ¿quien se nos opondrá (3)? Hallandose el P. Manuel Padial, de la Compañia de Jesus, cercano á la muerte, se le apareció llenandole de gozo y diciendole: «Ya finalmente llegó la hora en que te den los ángeles el parabien cantando así: ¡O trabajos dichosos! ¡o mortificaciones bien remuneradas!» y al mismo tiempo salió de allí huyendo un ejército de enemigos que iban rabiosamente gritando: ¡Ay que nada podemos! le defiende la que no tiene mancha (4). «Tambien fue asaltado en aquel trance el P. Gaspar Hayevod con una gran tentacion contra la fe: pero acudiendo á la Virgen fervorosamente, se le oyó decir en alta voz: «Gracias os doy, Señora, de que vengais á socorrerme (5).»

San Buenaventura afirma que la Virgen manda en aquella hora al príncipe san Miguel con toda su celestial milicia, para que defiendan á sus devotos, reciban sus almas, y las suban á los cielos en triunfo (6). Y aunque, como dice Isaias (7), todo el infierno se pone tambien en movimiento, y envia á los peores diablos con orden de

---

(1) Cap. 11. (2) Serm. de Ass. B. V. (3) S. Antonin. (4) Patrig. Menol. 28 April. (5) Menol. (6) S. Bonav. in Spec. B. V. cap. 3. (7) Cap. 14.

tentar al alma primero, y de acusarla despues en el divino tribunal; con todo, si es alma que haya tenido Maria bajo su proteccion, no se atreverán á tanto, sabiendo que nunca se condenó ni condenará ninguna de las que ella patrocine, y habiendose tantas veces visto, que aun les sale al encuentro, y acompaña delante del Juez (1), amparandolos bajo su manto, con lo que seguramente logran sentencia de salvacion (2). Así lo hizo con Carlos, hijo de santa Brígida (3), de cuya muerte estaba la madre temerosa, por haber muerto lejos de su presencia y en el estado peligroso de la milicia; pero nuestra Señora le reveló que se habia salvado por el amor que siempre le habia tenido, para lo cual ella misma le habia asistido al tiempo de morir, sugiriendole todo lo que entonces debe hacer un cristiano. Vió al mismo tiempo al Juez sentado en su trono, y que el demonio tuvo atrevimiento de presentarle dos quejas contra su santísima Madre. La primera que le hubiese estorbado tentar á Carlos cuando estaba para morir; la segunda que le hubiese llevado ella delante del Juez, y alcanzadole de este modo la salvacion, sin darle siquiera lugar á que espusiese las razones que le asistian para probar que aquella alma era suya. Pero el Señor le echó de su presencia, y el alma de Carlos entró triunfante en la gloria.

---

(1) Ricc. ap. Pep. tom. 5. lez. 244. S. Hier. ep. 2. ad Eust. (2). S. Vinc. Ferr. (3) Lib. 7. Rev. cap. 13.

«Sus lazos son ligaduras saludables, y en la última hora encontrarás en ella tu descanso.» ¡Dichoso tú, hermano mio, si aquella hora te encuentra ligado con las dulces cadenas del amor de Maria! Estas son cadenas de salvacion, que te aseguran la eterna felicidad, y te darán á gustar con anticipacion aquella paz envidiable, principio del eterno descanso. Refiere el P. Binetti en su libro de las perfecciones de nuestra Señora (1), que estando él ayudando á bien morir á un hombre muy devoto de Maria santísima, le dijo el moribundo poco antes de espirar: «Padre, ¡si V. supiese qué alegria siento en esta hora de haber servido á la Madre de Dios! No hallo palabras con que esplicarlo.» Y el P. Suarez, por haberlo sido tambien (tanto que aseguraba hubiera trocado todo su saber por el mérito de una Ave Maria), murió con tanto gozo, que espirando como estaba decia: «Nunca hubiera pensado que el morir fuese cosa tan dulce.» Igual contento sentirás tú sin duda, devoto lector, si amas ahora á esta buena Madre, la cual no podrá entonces dejar de mostrarse correspondida con los hijos amantes que la hubieren fielmente servido, visitandola con frecuencia, rezando su santo rosario, ayunando en su honor, y especialmente dandole sin cesar gracias y alabanzas por sus continuos favores, y encomendandose de veras á su poderoso patrocinio.

---

(1) C. 31.

Ni el haber sido pecador algun tiempo te quitará este consuelo, si desde hoy quieres enmendarte y empezar á servirla con fervor; y en las tentaciones y angustias que fraguará el demonio para desalentarte, ella, que es agradecida y benignísima, te confortará con su auxilio, y aun vendrá en persona para asistirte en aquella hora. Cuenta san Pedro Damiano, que temeroso un dia un hermano suyo llamado Martin, de los pecados de la vida pasada, se puso delante de un altar de la Virgen dedicandose por esclavo suyo; y atandose por señal una cinta al cuello, le dijo: «Señora y espejo de pureza, yo, pobre pecador, ofendí á Dios y á vos, mancillando la castidad. Ya no me queda otro remedio, que ofrecerme por vuestro esclavo. Vedme aquí; á vos me dedico para siempre: recibid á este rebelde pecador, y no me desecheis;» y luego puso en la peana del altar unas monedas, con promesa de traer cada año otras tantas en señal de tributo. Así llegó en fin la hora de su muerte, cuando de pronto empezó á decir: «Levantense todos, y hagan acatamiento á mi Señora;» añadiendo despues: «¡Oh qué favor, Reina del cielo, que os digneis visitar á este pobre esclavo.» Bendecidme, Señora, y no permitais que se pierda mi alma, despues de haberme favorecido con vuestra soberana presencia. En esto llegó su hermano, á quien refirió todo lo sucedido, quejandose de que no se hubiesen levantado los circunstantes al entrar la Virgen, y á poco espiró placidamente en el

Señor. Tan dichosa como esta será tu muerte, piadoso lector, si hubieres sido fiel á Maria; y aunque en el tiempo pasado hayas ofendido á Dios, tendrás, arrepentido ya, una muerte dulce y feliz con su amparo maternal y asistencia amorosa.

Si te desalientan los pecados de la vida pasada, te asistirá, como lo hizo con Adolfo conde de Alsacia, el cual habiendo trocado el mundo por la religion de san Francisco, fue muy devoto de la Madre de Dios, como se refiere en la crónica de la orden. Estando ya, pues, en los últimos dias de su vida, acordandose entonces de los años mal empleados en el siglo, y temeroso del rigor del tribunal divino, comenzó á desconsolarse y dudar de su salvacion. Pero he aquí que Maria, la cual no duerme en las angustias de sus devotos, acompañada de muchos santos se le aparece, le conforta, y le dice estas tiernas palabras: «Amado Adolfo ¿como siendo mio, temes la muerte?» Al instante se disipó todo el temor, y murió con indecible gozo.

Animemonos tambien nosotros, aunque pecadores, esperando que si ahora la servimos con fidelidad, se dignará entonces venir, y asistirnos y consolarnos con su amabilísima presencia, como lo prometió á santa Matilde (1).

¡O Dios mio, y qué dulce consuelo tendremos cuan-

---

(1) Blos. part. 2. Conc. c. 12.

do ya cercanos á las puertas de la eternidad, y en aquel momento en que se ha de sentenciar la causa de nuestra salvacion ó condenacion eterna, veamos á nuestro lado á la Reina del cielo, asistiendonos, animandonos y prometiendonos su proteccion! Hay de esto ejemplos innumerables. Favor tan señalado hizo á santa Clara, san Felix de Cantalicio, santa Clara de Monte-Falco, santa Teresa, san Pedro Alcántara. Pero contemos otros pocos para nuestro consuelo. Refiere el P. Crasset (1), que santa Maria Oñacense vió una vez que la Virgen santísima estaba á la cabecera de la cama de una devota viuda de Willebroeck consolandola, y mitigandole el ardor de una calentura muy ardiente. San Juan de Dios, estando para morir, esperaba que llegase esta Señora, de quien habia sido devotísimo; pero viendo que se tardaba, empezó á afligirse y á quejarse quizá. Pero cuando fue tiempo se le apareció, y como reprendiendole de su poca confianza, le dijo estas dulces palabras: «Juan, no dejo yo á los mios en esta hora;» como si le dijese: ¿Pensabas acaso que te habia yo de abandonar? ¿no sabes que á la hora de la muerte no desamparo á los que me aman? No he venido antes, porque no era tiempo; ahora que ya lo es, veme aquí que vengo á llevarte conmigo al cielo. A poco espiró el santo, y voló á la gloria, donde estará dando gracias eternas á su amantísima Madre y Señora (2)

(1) Dev. á la Virg. t. I. tr. I. q. XI. (2) Boll, 8 de Marzo.

EJEMPLO.

Demos fin á este discurso con otro ejemplo que descubre igualmente la ternura de tan buena Madre para con sus hijos queridos en aquella hora. Estaba ayudando á bien morir el párroco de cierto lugar á un hombre rico en una casa muy puesta, con asistencia de muchos criados, parientes y amigos; pero veia tambien á los diablos que en forma de perros hambrientos estaban cerca esperando su alma: y así fue, que al instante que acabó de espirar, se la llevaron, por haber muerto en pecado mortal. En el ínterin fue el cura mandado llamar á casa de una pobre que estaba tambien para morir y pedia los santos sacramentos. Mas no pudiendo á un tiempo asistir á los dos, envió á otro sacerdote con el Viático, el cual no halló en la estancia de aquella buena mujer ni criados, ni muebles preciosos, y acaso estaba echada por su pobreza en un poco de paja; pero vió el cuarto lleno de resplandor, y cerca de la moribunda á la Reina de los ángeles, consolandola y enjugandole con un lienzo el sudor de la muerte. Por respeto á tan gran Señora no se atrevia á entrar; pero la Virgen le hizo señas que entrase, y le mostró un banquillo en que sentado, oyese la confesion de su sierva, la cual se confesó, recibió con gran devocion el santísimo Sacramento, y á

poco entregó su alma dichosamente en brazos de María. (1)

ORACION.

¡O dulcísima Madre! ¿cual será la muerte de este miserable pecador? Cuando pienso en el instante último de mi vida, y en aquel tribunal y estrecha cuenta que me aguarda; cuando reflexiono que con mis pecados tengo merecida sentencia de condenacion, me lleno de espanto. En la sangre de mi Redentor y en vuestra intercesion poderosa pongo toda mi esperanza. Aunque sois Reina del cielo, Señora del mundo y Madre de Dios, que es de todas la mayor dignidad,¦tanta grandeza no os aleja de nosotros, antes bien os inclina mas á tener compasion de nuestra miseria, porque no haceis como los amigos del mundo, que si los levanta la fortuna, se olvidan de lo que fueron, y no se dignan de mirar siquiera á sus amigos antiguos, caidos en desgracia. Vuestro noble corazon al contrario, donde ve mayor necesidad, allí acude mas pronto. Luego que os invocamos, y aun antes, venis. Nos consolais en nuestras aflicciones, disipais las tempestades, venceis á nuestros enemigos, y en toda ocasion procurais nuestro bien. Sea para siempre bendita la mano divina que en vos ha juntado tanta majestad y ternura, tanta grandeza y amor. Doy al Señor gracias,

---

(1) Chrisog. Mond. Mar. p. 2. d. 38.

porque en vuestra felicidad consiste la mia, y de vuestra suerte pende mi suerte. ¡O consoladora de los afligidos! consolad á uno que viene á buscaros. Los remordimientos me atormentan, asi por los muchos pecados que cometí, como por no saber si los he ya llorado debidamente. Veo que todas mis obras han sido malas; que los enemigos infernales esperan mi muerte para acusarme; y que la divina Justicia ofendida pide satisfaccion. ¡Ay, Madre amorosa! ¿qué ha de ser de mí? Si vos no me amparais, me doy por perdido. ¿Qué decis? ¿me protejereis? Decid que sí, Virgen piadosísima, y alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados, gracia para enmendarme, y firmeza en el servicio del Señor los pocos dias que me quedan de vida. Y cuando llegue la hora de la muerte, y me veais en aquellas angustias, no me abandoneis, esperanza mia, sino ayudadme entonces mucho mas, para que no desespere acordandome de la multitud y gravedad de mis pecados, y viendo á mis enemigos en orden de batalla para acometerme. Mas os quiero pedir, y perdonad mi atrevimiento: venid vos en persona á consolarme con vuestra presencia. Este favor que á tantos habeis hecho, yo tambien le reclamo. Si es grande mi audacia, mayor es vuestra bondad. Madre sois, y siempre buscais á los mas necesitados para llenarlos de consuelo. En vos confio. Sea gloria vuestra el haber salvado á un infeliz merecedor del eterno castigo, y haberle abierto las puertas del reino celestial,

donde al veros correré á vuestros pies para adoraros, rendiros gracias, bendeciros y amaros por toda la eternidad. Amen.

CAPITULO III.

Esperanza nuestra.

§. 1.°

Maria es esperanza de todos.

Los herejes modernos no pueden sufrir que invocando á Maria la llamemos esperanza nuestra, porque dicen que esto solo es propio de Dios, el cual maldice á quien pone su confianza en las criaturas, y siendolo Maria ¿como en ella se podrá colocar? Así hablan los herejes; pero la santa Iglesia (regida por el Espíritu Santo) manda que cada dia los eclesiásticos y religiosos, en su nombre y en el de los demas fieles, la saluden alzando la voz con el dulce título de esperanza, y esperanza de todos.

En contraposicion á la falsa y pestilente doctrina de los herejes, hagamos aquí una reseña de lo que dicen á una voz los Santos y Doctores de la Iglesia católica.

El Doctor angélico: De dos maneras podemos esperar en una persona, ó como principal, ó como medio. El que pide al rey una gracia, la espera del rey como de señor, y del ministro como de intercesor; y si la consi-

gue, ya sabe que aunque viene del soberano principalmente, el conducto ha sido el ministro, en el cual como medianero puso con razon su esperanza. Dios , que es bondad infinita, desea sumamente enriquecernos con su gracia; pero como para ello exije confianza de nuestra parte, para animarnos á tenerla, nos dió á su misma Madre por Madre y Abogada, depositando en sus manos los tesoros de su poder , á fin de que la salvacion y cualquier otro bien, de ella lo esperemos. Los que la colocan en las criaturas sin dependencia de Dios , como hacen los pecadores, que por granjear el favor de un hombre, disgustan al Criador, estos son á los que les cae propiamente la maldicion divina. Mas los que confian en el valimiento de aquella Madre de piedad , criatura tan privilegiada y poderosa para alcanzarnos la gracia y vida eterna, son benditos y agradables á los ojos de Dios, que quiere se le dé honor , porque en la tierra le honró y amó ella mas que la multitud de todos los ángeles y santos.

El cardenal Belarmino: Confiemos en que por su intercesion hemos de alcanzar lo que por nuestras súplicas no pudieramos (1).

San Anselmo: Nos valemos de su favor para que supla nuestra miseria; y esto no es desconfiar de la divina misericordia, sino conocer y temer nuestra vileza propia (2). Doctrina conforme á las palabras del Eclesiástico

(1) De Beat. Sa. lib. 2. c. 2. (2) De Exc. V. c. 5.

que le aplica la Iglesia: «Madre de santa esperanza: Madre de quien esperamos, no los bienes del mundo transitorios y viles, sino los celestiales y eternos.»

San Efren: Dios te salve, esperanza del alma; Dios te salve, auxilio del cristiano, refugio de pecadores, defensa de corazones fieles, salud de todo el mundo (1). Recibenos, Señora, y guardanos bajo el manto de tu proteccion, porque despues de Dios, tú eres nuestra única esperanza (2). Así le dice el santo; en la firme persuasion de que en el orden de la providencia con que Dios nos gobierna, tiene determinado que nadie se haya de salvar sino por medio de Maria, como probaremos largamente despues con doctrina de san Bernardo.

San Basilio y santo Tomas de Villanueva sostienen lo mismo (3).

San Bernardo ademas da la razon de lo que vamos diciendo con estas palabras: «Vean aquí los hombres los designios de Dios, que son de piedad: habiendo de redimir al género humano, puso en manos de Maria todo el precio de la redencion, para que le reparta ella como quisiere (4).

Un piadoso autor moderno, esplicando lo que se refiere en el capítulo 25 del Exodo sobre aquel propicia-

(1) De Laud. Virg. (2) S. Ephr. de Laud. Virg. Post Deum sola spes nostra. (3) Conc. 3. de Conc. Virg. (4) Serm. de Nat.

torio ó trono de gracia que Dios mandó á Moises fabricar de oro acendrado para hablarle desde allí, dice: que Maria es este propiciatorio para bien de todas las gentes; que desde él habla Dios lleno de piedad al corazon del hombre, da respuestas de clemencia y perdon, concede toda suerte de dones, y nos colma de bienes (1).

San Ireneo: Antes de encarnar el Verbo divino en el seno purísimo de Maria, mandó al arcangel á pedir su consentimiento, porque á ella quiso debiese el mundo el alto misterio de la Encarnacion (2).

El Sabio Idiota: Todo bien, todo auxilio, toda gracia que de Dios recibieron y recibirán hasta el fin del mundo los hombres, todo fue y todo será por intercesion de Maria (3).

Blosio: ¡O Señora! siendo vos tan amable y agradecida con todos los que os aman, ¿quien por su desdicha será tan necio que deje de amaros? Vos en las dudas y confusiones dais luz á los que á vos acuden; vos consolais á los que en vos confian; vos los librais de los peligros; vos socorreis á los que os llaman; vos despues de vuestro Hijo sois la salud de vuestros fieles siervos. Dios os bendiga ¡o esperanza de los desdichados, o refugio de los desamparados! Sois omnipotente, pues que vuestro Hijo hace sin tardanza cuanto vos quereis (4).

---

(1) Pacciuch. Exc. 20 in Sal. Ang. 11. (2) Lib. 3. cont. Valent. c. 33. (3) In Praef. Contempl. B. M. (4) Cimeliarch. Embol. 1. Mar.

San German: ¡O Señora y consuelo mio dado por Dios, guia de mi camino, fortaleza de mi debilidad, riqueza de mi gran miseria, medicina de mis llagas, alivio de mis dolores, libertad de mis cadenas, esperanza de mi salvacion! oye mis ruegos, compadecete de mis suspiros, Señora mia, refugio mio, vida mia, auxilio, confianza y fortaleza mia (1).

San Antonino: Bien puede el mundo tenerla por fuente y Madre de todo bien, y decir: Con ella he recibido toda suerte de bienes (2).

El abad Celense: Quien halla á Maria, halla toda felicidad, halla la gracia y la virtud, porque su poderosa intercesion le alcanza todo cuanto necesita, enriqueciendo su alma con la gracia divina; como lo hace saber ella misma, asegurando que en su mano tiene todas las riquezas del cielo, es decir, todas las misericordias de Dios, conforme á lo que se le aplica en el capítulo 8.° de los Proverbios: «Yo poseo tesoros en abundancia para enriquecer á los que me amen (3).

San Buenaventura: Todos debemos tener puestos los ojos en las manos de Maria, para recibir los bienes que deseamos (4).

¡Y qué bienes tan preciosos! ¡Cuantos que eran soberbios, hallan la humildad en la devocion de Maria! ¡Cuantos iracundos la mansedumbre! ¡Cuantos ciegos la luz!

---

(1) In Enc. Deip. (2) Part. 4. t. 28. (3) Inventa Maria, invenitur omne bonum. (4) In Spec.

¡Cuantos desesperados la confianza! ¡Cuantos descarriados la salvacion! Así lo prometió por su boca dulcísima, diciendo á su prima cuando llegó á visitarla: «Desde hoy todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.»

San Bernardo: Sí, todas las generaciones lo dirán, porque á todas diste la vida y la gloria, porque en ti los pecadores encuentran perdon, y los justos gracia perdurable (1).

El devoto Lanspergio: Hombres (dice en boca de Dios), honrad á mi Madre con singular veneracion. Yo os la di para ejemplo de pureza, refugio segurísimo y asilo en las tribulaciones. Nadie recele acercarse á ella, pues la crié tan benigna y misericordiosa, para que á ninguno deseche, á ninguno se niegue, á todos abra el seno de su piedad, y á nadie despida desconsolado (2).

San Buenaventura: Aunque parezca que me tiene Dios ya reprobado, sé que no se puede negar á sí mismo. Me abrazaré á él hasta que me bendiga, y sin mí no se podrá ir. Me esconderé en sus llagas, y de este modo, fuera no me encontrará. Me echaré á los pies de su bendita Madre pidiendo perdon, y como tan buena, no podrá dejar de apiadarse de mí, ó al verme tan desdichado, inclinará en mi favor compadecida la indulgencia de su Hijo santísimo (3).

---

(1) Serm. 2. in Pent. (2) Lib. 4. min. op. (3) Stim. c. 13. p. 3.

Eutimio finalmente: Poned en nosotros, o piadosa Madre, vuestros ojos de misericordia. Siervos vuestros somos, y en vos hemos colocado toda nuestra esperanza (1).

EJEMPLO.

Se cuenta en la 4.ª parte del Tesoro del rosario, milagro 85, que un caballero casado y muy devoto de la Madre de Dios, habiendo hecho en su palacio un oratorio, pasaba en él mucho tiempo delante de una imagen de la misma Señora, no solo de dia, sino tambien de noche, quitandoselo del sueño. Su mujer, que le sentia levantarse á deshora, salir del cuarto y volver tarde, entró en sospechas, y con esta inquietud un dia se atrevió á preguntarle resueltamente si fuera de ella, amaba á alguna otra mujer. El respondió sonriendose, que amaba á una Señora la mas amable del mundo, á quien habia dado todo su corazon, y que primero moriria que dejar de quererla. «Tú misma, si la conocieses (añadió), me estimularias á tenerle mas amor aun:» entendiendolo de la Virgen santisima, á quien realmente amaba con ternura. Entrando su esposa entonces en mayores recelos, para acabar de asegurarse le volvió á preguntar, si cuando salia de la alcoba, iba acaso á buscarla. El caballero,

(1) Orat. de Deip.

que no sabia lo que pasaba por el interior de su mujer, respondió que sí. Con esto, persuadida de lo que no era, una noche, luego que se vió sola, tomó un cuchillo y desesperada se degolló. Cuando el caballero volvió despues de sus devociones, notó que la cama estaba muy humedecida. Llama á su mujer, y no responde: la mueve; pero insensible. Busca una luz, y ve el lecho bañado en sangre, y muerta la infeliz con la cuchillada en la garganta. Entonces conoció que los zelos la habian arrebatado á cometer aquella maldad. Echa la llave, vuelve á la capilla, y postrado delante de la Virgen santísima, comenzó á llorar amargamente y á decir: «Madre mia, ya veis en qué afliccion tan grande me veo. Si ahora vos no me consolais ¿á quien he de acudir? Por mi devocion he tenido este infortunio de ver á mi mujer muerta y condenada. Vos, Señora, podeis remediarlo; hacedlo por vuestra bondad.»

¡Oh y cuan cierto es que todo el que acude á esta Madre de misericordia, halla el consuelo y remedio que desea!

Al acabar la súplica, oye la voz de una criada diciendole que le estaba llamando la señora. Apenas de alegria lo podia creer, y le mandó que se enterase bien si era cierto. Ella volvió asegurandolo, y que viniese pronto, pues la señora le esperaba. Va corriendo, abre la puerta, y halla viva y sana á su mujer, la cual llorando se le echa á los pies, y pidiendole mil perdones, dice:

«Ah, esposo mio! por tus ruegos me ha librado del infierno la Madre de Dios.» Empezó él tambien á llorar, y fueron juntos á la capilla á dar á la Virgen las debidas gracias. Al otro dia hubo convite, al que asistieron todos los parientes, en cuya presencia le mandó el marido que contase lo que habia pasado. Ella lo hizo, mostrando la cicatriz que habia quedado en el cuello para testimonio de la verdad: y á vista de tan gran prodigio, todos sintieron en sus corazones nuevos deseos y estímulos de amor y devocion para con la sacratísima Virgen.

ORACION.

¡O Madre del amor hermoso! ¡o vida, refugio y esperanza nuestra! bien sabemos que vuestro santísimo Hijo, no contento de ser continuamente nuestro abogado para con el Padre, quiso que vos tambien lo fueseis, para que con vuestra poderosa intercesion nos alcanceis las misericordias divinas, el logro de todo justo deseo, y despues la salvacion eterna. A vos recurre, pues, este pecador miserable; á vos, que sois la esperanza de los desvalidos. Por los méritos de mi Señor Jesuchristo y vuestra poderosa mediacion espero salvarme con tanta confianza, que si estuviese en mi mano la salvacion, la pondria en las vuestras, porque mas confio en vuestra misericordia y proteccion, que en mis propias obras. ¡O Madre y espe-

ranza mia! no me abandoneis, aunque lo tengo merecido. Mirad las miserias que me cercan, y moveos á compasion de mi alma para que no se pierda. Conozco que por mis culpas he cerrado la puerta muchas veces á las luces, auxilios y gracias que vos me procurabais; pero vuestra piedad con los infelices, y el valimiento que teneis para con Dios, es mucho mas que el número y malicia de mis pecados. Los cielos y la tierra publican que á quien vos protegeis no puede perecer. Olvidese todo el mundo de mí, con tal de teneros á vos. Decid al Señor que soy vuestro, decidle que corro de vuestra cuenta, y me salvaré. En vos, Señora, confio, y quiero vivir y espero morir diciendo, que mi única esperanza es Jesus, y vos despues de Jesus.

§. 2.°

Maria es la esperanza de los pecadores.

Dos lumbreras puso Dios en el cielo, el sol para que iluminase el dia, y la luna la noche. El sol, dice Ugo cardenal, que fue símbolo y figura de Jesuchristo, cuya luz reciben los justos que viven en gracia; y la luna figura de Maria, por quien son iluminados los que viven en la noche de la culpa (1). Siendo, pues, Maria luna tan

(1) Ug. Card. in Gen. 1. 16.

propicia para todos los pecadores, ¿qué deben hacer los miserables? Ya que perdieron la luz del sol perdiendo la gracia divina, no les queda mas que volverse á mirar á Maria, que les dará resplandor y conocimiento con que ver su infeliz estado, y tambien fuerzas para que salgan de él, como que por sus ruegos piadosos se convierten muchos á cada hora (1).

Uno de los dictados con que la santa Iglesia quiere que la invoquemos, y de los que mas nos esfuerzan y alientan, es el de refugio de pecadores. Hubo en Judea ciudades de asilo, donde se refugiaban los delincuentes. Ahora entre nosotros no hay tantas; pero tenemos á Maria, que vale por muchas, de quien se dice en un salmo: «Cosas de mucha gloria se dicen de ti, o ciudad de Dios.» Y con otra ventaja muy principal, que no era el asilo para todos los reos, cuando bajo el manto de Maria todo pecador halla abrigo y absolucion de cualquier crimen que haya cometido, por ser para todos ciudad de refugio (2).

Ni es menester que uno hable por sí; ella se encarga de la defensa. Si nos falta el ánimo para pedir perdon al Señor, ella hará nuestras veces (3). Adan, Eva y todos los hijos que habeis provocado la ira de Dios, acudid á Maria, que es vuestra Madre, ciudad de asilo y única esperanza (4).

---

(1) S. Methodius. (2) Damasc. Or. 2. de Dorm. (3) Glossa.
(4) Bened. Fernandez in cap. 3. Gen.

Dios te bendiga, abogada única de los pecadores, y amparo segurísimo de los desvalidos. Decia David: «El Señor me protegió escondiendome dentro de su tabernáculo.» ¿Qué tabernáculo es este, propio de Dios, tabernáculo en que solo entró el Señor para cumplir en él el soberano misterio de la redencion humana, sino Maria (1).? Acudamos, pues, á Maria, como van los enfermos al hospital comun, á cuya beneficencia tiene un desdichado tanto mas derecho, cuanto mas pobre y miserable se ve.

Cuanta mas sea la miseria, menos los méritos, y mayores las llagas del alma, que son los pecados, mas motivo parece que tiene cualquier pecador para decirle: «Señora, pues que sois la salud de los enfermos, y yo el mas enfermo de todos, tengo mas necesidad que nadie de que me admitais y me saneis. Los pecadores no sabemos donde haya refugio fuera de vos. Vos sois su abogada y única esperanza; en vuestras manos nos ponemos (2).»

En las revelaciones de santa Brígida es llamada lucero que sale delante del sol; para que entendamos que cuando en un alma pecadora empieza á nacer su devocion, es señal infalible de que dentro de poco vendrá Dios á iluminarla y santificarla con su gracia; y el glorioso san Buenaventura, despues de comparar el estado del peca-

---

(1) S. Germ. in Ps. 26. (2) Thom. de Villan. Serm. 3. de Nat. B. V.

dor con un mar agitado por la borrasca, donde los infelices se ven caidos de la nave, que es la gracia de Dios, combatidos por las olas y remordimientos de la conciencia, temerosos de la ira divina, sin luz, sin piloto, sin esperanza, y próximos á perecer, los anima con todo á confiar, y señalando á Maria les dice: «No os desalenteis, pecadores, sino alzad los ojos, y mirad aquella hermosa estrella del mar, que ella os sacará salvos y sanos á puerto de salvamento (1).»

Esta era tambien la exhortacion de san Bernardo: el que no quiera quedar sumergido, mire la estrella, llame á Maria. Sí, porque es el único amparo que tienen los que han ofendido al Señor, el esfuerzo de todos los tentados y atribulados, y su misericordia y dulzura se estiende, no á los justos solos, sino á los pecadores, aunque se vean al borde del precipicio, á los cuales acoge benignamente, alcanzandoles el perdon de su divino Hijo, al instante que ellos imploran su ayuda y favor; llegando á tanto la bondad de su corazon, que muchas veces aun á los mas obstinados y desamorados con Dios, los previene, despierta, solicita y saca del abismo profundo de los vicios, alcanzandoles la gracia, y despues la gloria. Dios le dió un natural tan piadoso y blando, para que nadie desconfie de acudir á valerse de su intercesion. Finalmente, no es posible que ninguno se pierda, que con humildad y esmero aspire á su devocion.

---

(1) In Ps. 8.

Lamentabase el profeta Isaias, y hablando con el Señor le decia: «Estás enojado, porque nosotros pecamos, y no hay uno que se ponga de por medio y detenga tu brazo.» Y era porque entonces aun no habia nacido Maria (1). Pero si ahora se llega Dios á irritar contra un pecador, y Maria toma á su cuidado el protegerle, aplaca el enojo de su Hijo, y salva al pecador (2). ¿Ni quien podrá mejor poner la mano en la espada de la divina justicia, é impedir que se descargue el golpe? (3). Si antes se quejaba Dios de que nadie saliese á estorbarle el castigar á los pecadores, nacida que fue su amada, ya tenemos quien amanse su ira. No desconfiemos, pues, sino acudamos á ella en todas nuestras necesidades, y siempre la encontraremos dispuesta á socorrernos, porque Dios se complace de que sea la que en toda urgencia y necesidad nos ampare á todos: y como tiene entrañas de tanta misericordia, y deseo tan grande de la salvacion de los pecadores, por perdidos que esten, los anda buscando; y si por su parte la buscan tambien ellos, entonces pronto halla medio de hacerlos aceptos al Señor.

Deseaba el patriarca Isaac comer carne de caza, y prometió á su hijo Esau, luego que se la trajese darle su bendicion. Rebeca, que oyó la conversacion, deseando que mas bien la recibiese su otro hijo Jacob, le dijo que fuese corriendo y le trajese dos cabritos para

(1) S. Bonav. in Spec. c. 12. (2) Idem. (3) Ricc. lib. 9. de Laud. Virg.

guisarlos al gusto del viejo. Fue Rebeca figura de Maria, que dice á los ángeles: «Id y traedme pecadores; que yo sé disponerlos (con alcanzarles dolor y propósito) de manera que vengan á ser agradables al gusto del Señor (1).» Porque en realidad, ninguno hay en la tierra tan enemigo de Dios, que si acude á Maria, no llegue á recobrar la gracia (2). Una vez oyó santa Brígida de la boca de Jesuchristo hablando con su Madre santísima, que hasta para el enemigo infernal habria remedio, si se humillase á pedir perdon por medio de la Virgen. Nunca lo hará él por su obstinacion y soberbia; pero si esto fuese posible, tanto es el poder de Maria y tanta la fuerza de sus ruegos, que sin duda le alcanzaria misericordia y gracia. Mas lo que no sucederá con el demonio, se está verificando diariamente con los pecadores que se valen del patrocinio de la soberana Señora.

Figurada estuvo tambien en el arca de Noé, porque asi como en ella se salvaron los animales, así bajo su manto se libran los pecadores, comparados á los brutos por los vicios de la sensualidad; mas con la diferencia, que los animales no mudaron de naturaleza con entrar en el arca; pero bajo aquel manto prodigioso, el lobo se convierte en cordero y el tigre en paloma. ¡O Señora! no teneis asco de ningun pecador por inmundo que

---

(1) S. Antonin. et Francon. Abbas. (2) Revel. lib. 1. c. 6.

esté, si á vos recurre; ni os desdeñais de estender vuestra mano piadosa y sacarle del abismo de la desesperacion, si él os llama (1), Sea mil millares de veces bendita y ensalzada la misericordia del Señor, Madre amabilísima, por haberos criado tan benigna y dulce hasta con los pecadores infelicísimos. Desdichado del que no os ame; desdichado del que pudiendo no acude á vos, porque para él no habrá remedio; asi como de cuantos en vos confien, ninguno se perderá.

Permitió Booz á la joven Rut que recogiese las espigas que caian de manos de los segadores. Así Dios concede á la doncella purísima que halló gracia en sus ojos, que vaya recogiendo otras espigas de mas valor, que son las almas. Los segadores son los operarios evangélicos, misioneros, predicadores y confesores, los cuales con sus fatigas estan siempre cultivando la heredad del Señor y ganandole almas. Pero hay algunas, como espigas abandonadas, tan duras y rebeldes, que solo la Vìrgen piadosísima con su poderosa mano puede recogerlas y ponerlas en salvo. ¡Ay de aquellas que ni de mano tan santa se dejen coger! Bien se pueden dar para siempre por abandonadas y perdidas; asi como una y mil veces serán felices las que no resistan, porque como tiene en su mano el poder, el saber y el querer, á estas les alcanza la gracia y amistad de Dios (2).

(1) S. Bern. Orat. paneg. ad B. V. (2) Blos. de Dict. PP. cap. 3.

Razon sobrada tenian los santos para dirigiros, Señora, la voz, y llamaros á boca llena refugio único de pecadores, esperanza de malhechores, esperanza de desesperados (1). ¿Quien, oyendo esto, no pondrá en vos toda su confianza? ¿Quien dudará conseguir perdon y cuanto pida, sabiendo que protegeis aun á los que se ven caidos en el abismo de la desesperacion?

Una vez creyó cierto pecador hallarse ya delante del tribunal divino. El diablo le acusaba, y la Virgen le defendia. El enemigo presentó contra el reo todo el proceso de su mala vida, el cual pesaba mucho mas que las buenas obras. ¿Qué hizo entonces su abogada? Puso la mano en el peso y le inclinó en favor del acusado, dandole á entender que le alcanzaba perdon, con tal que él mudase de vida; y así lo hizo desde aquel dia con verdadera enmienda.

EJEMPLO.

Cuenta el B. Juan Erolto, llamado por humildad el Discípulo (2), que un hombre casado vivia en desgracia de Dios. La mujer era buena, y no pudiendo apartarle del mal camino, le rogó que á lo menos, siempre que hallase alguna imagen de la Virgen, le rezase un Ave Maria. El tomó el consejo, y yendo una noche á ofen-

(1) Damasc. August. Ephr. etc. (2) In Promptuar.

der á Dios, vió una lámpara encendida delante de una de sus imágenes con el Niño en los brazos. Le rezó su Ave Maria; pero al acabarla notó que el Niño estaba todo llagado, y de las heridas corriendo sangre. Admirado y compungido por conocer que sus culpas eran la causa, empezó á llorar; mas viendo que el Señor le volvia las espaldas, lleno de confusion se dirige á la Virgen diciendo: «Madre de misericordia, vuestro Hijo me desecha; pero en vos, que sois Madre suya y tan compasiva, tengo abogada. Favorecedme y pedidle por mí. La Virgen le respondió desde la imagen: «Madre de misericordia me llamais los pecadores y me haceis Madre de miseria y dolor, renovando la pasion de mi Hijo y mis amargas penas.» Con todo, como no acierta á despedir desconsolado á ninguno de los que llegan á sus puertas, se puso á pedir á su santísimo Hijo, que se dignase perdonarle. Mostraba el Señor repugnancia; pero la benignísima Señora, dejandole en el nicho, se le puso de rodillas diciendo; «Hijo mio, no me levanto de aquí hasta que perdones á este pecador.» Entonces respondió Jesus: «Madre mia, nada puedo negaros: pues quereis que le perdone, le perdono por amor vuestro. Traedle á que bese mis llagas.» Con esta licencia se acercó él, y conforme las iba besando, se iban cerrando y quedando sanas. Al fin de todo le dió el Niño un abrazo, y desde aquella hora mudó el hombre de vida, pasando santamente lo restante de ella, y amando con

ternura á su protectora, por quien alcanzó gracia tan especial.

ORACION.

Purísima Virgen Maria, adoro vuestro santísimo corazon, donde tuvo el Rey de los cielos su descanso y delicia. Yo, pecador miserable, vengo á vuestra presencia con el mio lleno de manchas, y así no alego méritos ni virtudes, antes bien sé que por mis vicios no merezco mas que tormentos eternos. Mas ahora que siento deseos vivos de enmendarme, me valgo con toda confianza de vuestra poderosa intercesion, conociendo la grandeza de vuestra bondad y misericordia. Mirad, Señora, lo que vuestro dulcísimo Hijo padeció por mí, y de esta suerte no podreis desecharme. Os ofrezco todas las penas de su santísima vida, el desabrigo del pesebre, los trabajos de la huida á Egipto, la pobreza, agonia, sudor de sangre y muerte afrentosa con que á vuestra presencia espiró en la cruz. Por todas estas penas, y por el tierno amor que le teneis, os pido me deis la mano para conseguir mi salvacion. Madre mia, no creo que me abandoneis ahora que arrepentido acudo á vos é imploro vuestro valimiento. Si otra cosa pensara, haria injuria á vuestra misericordia, que siempre busca á los mas infelices para salvarlos. No, no negareis vuestra piedad á quien Jesus no negó su preciosa sangre; pero como sus

méritos no se aplican, si vos no intercedeis, así lo espero de vuestra piedad. No son riquezas, honores ni ótros bienes del mundo lo que solicito. Pido la gracia de Dios, su amor santísimo, el cumplimiento de su voluntad, y despues la gloria para amarle eternamente. ¿Será posible que no me escucheis? Sí, ya me escuchais; ya me recibis bajo vuestro manto; ya rogais por mí, ya me alcanzais lo que deseo. Sea así, Madre mia; y no me dejeis nunca, ni ceseis un instante de pedir por mí hasta verme salvo en el cielo, donde postrado á vuestras plantas, no me cansaré de bendeciros y ensalzaros eternamente. Amen.

CAPITULO IV.

A ti clamamos los desterrados hijos de Eva.

---

§. 1.°

Maria favorece prontamente á todos los que la invocan.

Desterrados y peregrinos vamos caminando por este valle de lágrimas los hijos de Eva, reos de su misma culpa, condenados á la misma pena, y siempre lamentando los males que sufrimos de cuerpo y alma. Feliz el que

entre tantas miserias vuelva con frecuencia los ojos al consuelo del mundo, al amparo de los afligidos, á la Madre de Dios. Feliz, dice Maria (1), quien oye mis consejos, y viene de continuo á las puertas de mi piedad solicitando mi patrocinio. Bien nos enseña la santa Iglesia la solicitud y confianza con que hemos de acudir continuamente á nuestra amorosísima protectora, ordenando venerarla con un culto muy especial, tantas festividades, el sábado de cada semana, tres veces al dia, y los eclesiásticos en el oficio divino á cada hora, por sí y á nombre de los demas fieles, sin contar las novenas, oraciones, procesiones y peregrinaciones á sus imágenes y santuarios en tiempos de afliccion ó calamidades. Esto es lo que la misma Señora pretende, recibiendo nuestros obsequios, aunque tan mezquinos, con el fin de consolarnos y socorrernos al ver nuestra confianza y devocion (2).

Dicen los sagrados espositores, que de Maria santísima fue en los tiempos antiguos figura muy espresa aquella mujer llamada Rut, nombre que en su lengua significa *la que ve y la que se apresura;* porque luego que ve nuestras miserias, viene con celeridad á remediarlas (3), siendo tanto el deseo que tiene de hacernos bien, que no lo difiere para despues: y como por una parte no es avara

---

(1) Prov. 8. 34. (2) Bonav. p. 3. Stim. div. am. c. 16. (3) Bonav, in Spec.

de sus beneficios, y por otra es Madre amorosísima, corre á dispensarnos los tesoros de su liberalidad (1).

¡Oh y cuan veloz corre á favorecer á todos los que la invocan de corazon! Basta decir á veces: Ave Maria. ¿Y qué digo correr? Vuela mas bien, á semejanza del Señor, que para responder á quien le llama y conceder lo que se le pide en cumplimiento de su promesa, vuela muy veloz. De este modo se entiende quien es aquella mujer insigne á quien dieron alas de águila (2); espresion que algunos esplican del amor con que siempre voló hácia Dios; pero otros dicen mas á nuestro propósito, que significa velocidad mayor que vuelo de serafin, con que acude á socorrer á todos sus hijos. Por esto dice san Lucas en su Evangelio, que cuando fué á visitar á su prima y á llenar de bendicion toda aquella casa, iba con gran lijereza. Por lo mismo se dice tambien en los Cantares, que sus manos fueron hechas á torno; porque asi como el arte de tornear es mas facil y pronto que los demas, así mas pronta es Maria que ningun santo en favorecer á sus devotos. Segun es el deseo que tiene de consolarlos, así es la prontitud con que acude luego que se siente llamar (3). Salud es de los que la invocan; y al dicho de los santos, basta llamarla para ser uno amparado, basta invocarla para salvarse; siendo mucho mayor

---

(1) Novar. Nov. umb. Virg. c. 10. (2) Apoc. 12. (3) Richard. a S. Laur. de Laud. Virg. lib. 5.

su voluntad de dispensarnos favores, que la nuestra de recibir los (1).

Ni los pecados deben hacernos desconfiar cuando nos llegamos á sus pies, porque es Madre de misericordia, y á la misericordia no hay lugar cuando faltan miserables. Al modo que una madre natural no deja de atender á la cura de un hijo tiñoso, aunque le cause asco, así Maria no nos desecha cuando la buscamos, á pesar de la fealdad de nuestros delitos (2). Esto significó la piadosa Señora cuando, como vió santa Getrudis, estendia su piadoso manto para cubrir á los que venian buscando refugio en él, ó mandaba á los ángeles que los defendiesen del enemigo.

Y mas, es tanta la clemencia con que nos mira y tanto el amor que nos tiene, que no espera nuestras súplicas para socorrernos (3), pues nos alcanza los favores divinos antes que nosotros los solicitemos. Luna hermosa es llamada, no solo por la apacibilidad con que sale iluminandonos y alegrandonos, sino porque llevada de su entrañable amor, se anticipa á nuestras súplicas y deseos. Esta bondad proviene de tener su pecho santísimo tan lleno de piedad, que de suyo difunde misericordia, sin poder oir que un alma se halle en necesidad, y no correr al punto á su remedio. (4)

---

(1) Blos. in cant. vit. sp. c. 18. Bonav. Bern. de Bust. Mar. 1. Serm. 5. de Nom. Mar. (2) Rich. a s. Laur. de laud. Vir. lib. 4. (3) Sap. c. 6. (4) Rich. in Cant. c. 23.

Bien lo dió á conocer en aquella boda del Evangelio, estando todavia en carne mortal. Luego que advirtió el sonrojo de los esposos por haberseles acabado el vino, sin que nadie se lo rogase, y unicamente movida de sus piadosísimas entrañas, se acercó á su Hijo querido, y le pidió que hiciese el milagro y consolase aquella familia; y el Señor por esto, y mucho mas por dar gusto á su Madre, lo hizo benignamente. Pues si favorece así aun á los que de ella no se valen, ¡cuanto mas pronta se mostrará en socorrer á los que la llaman con devocion (1)!

Si alguno pone duda, oiga el testimonio de los santos, que dicen: ¿quien jamas acudió á Maria, y dejó de encontrar amparo? (2) ¿quien, o Virgen santa, recurrió á valerse de vuestro patrocinio, con el cual podeis aliviar á todo miserable y salvar á todo pecador, y le abandonasteis (3)? No, nunca sucedió, ni sucederá, que habiendo alguno acudido á vos, le hayais faltado. Y si esto se ha visto alguna vez, no se hable mas de vuestra misericordia (4).

Antes faltarán los cielos y la tierra, que Maria en socorrer á los que la invoquen sinceramente poniendo en ella su confianza (5); y aun á veces, al decir de san Anselmo, seremos oidos mas pronto, que si acudiesemos al Señor (6), no porque la Madre sea mas poderosa que su

(1) Novar. cap. 10. ex. 27. (2) Innoc. III. Serm. 1. de Ass. B. V. (3) Eutichian. in vita S. Theop. (4) Bern. Serm. 1. de Ass. (5) Blos. in Spec. c. 12. (6) De exc. V. c. 6.

Hijo, como que bien sabemos que nuestro único Salvador es Jesu-Christo, sino porque recurriendo al Señor, y considerandole como Juez, á quien tambien pertenece castigar, puede suceder que nos falte la confianza necesaria para ser oidos; pero yendo á Maria, que otro oficio no tiene mas que el de la misericordia para defendernos como abogada, parece nuestra confianza mayor y mas segura. Y así vemos que muchas cosas pedimos á Dios, y no las alcanzamos, las pedimos á Maria, y las alcanzamos. ¿Por qué? No porque sea mas poderosa, sino por la razon ya dicha, y tambien porque Dios quiere honrar á su Madre santísima de esta manera (1).

Dulce es la promesa que acerca de esto oyó santa Brígida de boca del Señor, cuando hablando una vez con su querida Madre, le dijo así: «Pideme cuanto quieras; nada te negaré, y todos los que por tu medio busquen misericordia con propósito de enmendarse, alcanzarán la gracia (2).» Lo mismo oyó santa Getrudis otra vez en que Jesus dijo á Maria, que él por su omnipotencia le habia concedido el que usase de misericordia con los pecadores de cualquier modo que quisiese (3).

Repitamos todos con gran confianza: Acordaos, Señora piadosísima, que á ninguno jamas habeis desechado (4). Y así, perdonadme si me atrevo á decir, que no quiero ser yo el primer desdichado que recurriendo á vos, deje de hallar clemencia.

---

(1) Nicephor. apud. P. Pep. Grandez. (2) Cap. 8. (3) Apud Pep. loc. citat (4). August.

EJEMPLO.

Bien esperimentó la eficacia de esta oracion san Francisco de Sales, como en su vida se cuenta (1). Teniendo el santo 17 años, y hallandose en Paris dado al estudio y juntamente á la devocion y amor de Dios, en cuyo trato gozaba su alma delicias indecibles, permitió el Señor para probarle y unirle mas consigo, que el demonio le hiciese creer, que todo cuanto bien hacia, era inutil, porque estaba ya reprobado; y al mismo tiempo le dejó el Señor en gran oscuridad y aridez de espíritu, pues quedó como insensible á toda buena consideracion, aunque fuese de la dulzura y bondad divina; con lo que la tentacion tuvo mas fuerza para afligir el ánimo del santo joven, en términos que perdió apetito, sueño, color y alegria, causando compasion el mirarle. Pero en medio de esta borrasca tan desecha, todos los pensamientos y palabras del santo eran de confianza y dolor, prorumpiendo en estos semejantes afectos: ¿Con que he de vivir privado de la gracia de mi Dios, que antes se mostraba conmigo tan suave y amoroso? ¡O amor, o belleza infinita á quien he consagrado toda mi alma! ¿Se acabaron para mí vuestras consolaciones? ¡O Virgen purísima, Madre de Dios, la mas hermosa de las hijas de Jerusalen, ¿con que jamas he de

(1) Lib. 1. c. 8.

ver en el cielo vuestro hermoso rostro? ¡Ah Señora! si ha de ser tan grande mi desgracia, á lo menos no permitais que en el infierno diga blasfemias contra vos. Tales eran los tiernos afectos de aquel corazon afligido, y enamorado de Dios y de su santísima Madre. Un mes duró la prueba, al cabo del cual tuvo el Señor por bien librarle por medio del consuelo del mundo, Maria santísima, á quien el santo habia consagrado su virginidad, y en quien decia tener colocada toda su esperanza. Se volvia una tarde á casa, y de paso entró en una iglesia, donde vió una imagen de la Virgen, y escrita al pie la oracion de san Agustin que empieza: *Memorare*, *etc.*; «Acordaos, piadosísima Virgen, que nunca se oyó haber sido abandonado ninguno de cuantos acudieron á refugiarse á vos.» Se postra allí delante, dice esta oracion con íntimo afecto, renueva el voto de virginidad, promete ademas rezar el santo rosario todos los dias, y añade: «Reina y Señora mia, valedme de abogada con vuestro santísimo Hijo, á quien no me atrevo yo á recurrir. Madre mia, si es que en el otro mundo he de tener la suma desgracia de no amar á un Señor tan digno de ser amado, alcanzadme á lo menos, que en este le ame todo cuanto yo pueda. Esta es la gracia que os pido y espero de vos.» Acabada esta súplica quedó como quien descansa en los brazos de la divina Providencia resignado enteramente en la voluntad de Dios. Y en el acto mismo se sintió libre de la tentacion por mano

de aquella Madre dulcísima. Volvió la serenidad á su alma, y juntamente la salud corporal. Siguió siendo devotísimo de Maria, cuyas misericordias y excelencias no cesó de publicar en sermones y libros todo el tiempo que le duró la vida.

ORACION.

O Madre de Dios, Reina de los ángeles y esperanza de los hombres; vos, que escuchais á todo el que os llama quien quiera que sea, ved aquí postrado á vuestros pies á un desventurado, que hasta ahora fue cautivo del demonio, pero que ya desea consagrarse del todo por esclavo vuestro, ofreciendo honraros y serviros en adelante lo que le dure la vida. Bien conozco que habiendo ofendido á vuestro Hijo santísimo, poco es el honor que os puede resultar de que os sirva un esclavo tan vil y rebelde como he sido yo; pero vos teneis poder para trocarme en otro hombre distinto, y si lo haceis, el honor será debido á vuestra sola misericordia. No rehuseis esta oferta, Madre mia. Ovejas perdidas vino á buscar el Verbo eterno, y por salvarlas se hizo Hijo vuestro. ¿Como habeis vos de desechar á esta ovejuela que por vuestro medio vino buscando el buen Pastor? Ya se dió el rescate por mi remedio; ya mi Redentor derramó aquella sangre preciosa que pudiera redimir infinitos mundos. Solo falta que á mi tambien se me

aplique, y esto á vos os toca, Virgen benditísima, pues como san Bernardo me enseña, vos sois la que dispensais á quien os agrada todo su valor y merecimiento. Vos salvais á todo el que quereis, añade san Buenaventura. Con que, Señora, vos me habeis de valer, vos me habeis de salvar. En vuestras manos pongo mi alma; vos la salvareis.

§. 2.°
Poder de Maria contra las tentaciones.

No solo del cielo y de los santos es Maria santísima Reina poderosa, sino que tambien tiene dominio sobre el infierno y los enemigos infernales, por haberlos vencido valerosamente con las armas de sus virtudes. Ya Dios desde el principio del mundo anunció á la serpiente maligna, que una mujer le quebrantaria la cabeza. Y esta mujer única fue Maria, que con la fuerza de su humildad y demas virtudes alcanzó del enemigo completa victoria. Y para que nadie se equivocase, no dijo Dios *pongo*, sino *pondré enemistad entre ti y la mujer;* no creyese alguno que era Eva la victoriosa (1). El triunfo se reservaba á una descendiente suya, por cuyo medio habian de alcanzar nuestros primeros padres y todos sus hijos un bien mucho mayor, que el que perdieron por

(1) Ciprian.

el pecado. Dudan algunos si aquellas palabras: *quebrantará tu cabeza*, pertenecen á Maria ó á Jesuchristo, porque el testo de los setenta Intérpretes dice *quebrantará él;* pero en la Vulgata latina, que es la que en la Iglesia tiene autoridad, como declaró el sagrado concilio de Trento, la palabra es *ella*, no *él*, segun lo entendieron san Ambrosio, san Gerónimo, san Agustin, san Juan Crisóstomo y otros muchos. Mas sea como quiera, cierto es que ó el Hijo por medio de la Madre, ó la Madre por virtud del Hijo, vencieron al diablo, y que á despecho suyo quedó bajo los pies de esta Virgen benditísima (1). Eva fue vencida, y nos acarreó tinieblas y muerte; Maria venció y nos trajo la luz y la vida, dejando á su contrario atado tan fuertemente, que ya no puede hacer á sus devotos el mas mínimo daño.

Sobre aquellas palabras de los Proverbios: «En ella confia el corazon de su Esposo; no le faltarán trofeos;» dice bien un autor (2), que este Esposo es Jesuchristo, al cual enriquece su Madre con los despojos quitados al diablo. Y otro autor (3) dice, que puso Dios en su mano el corazon de Jesus, para que le gane la voluntad de los hombres; y así no le faltarán trofeos, es decir, almas que le conquiste y con que le enriquezca, arrancadas del poder de los enemigos infernales.

---

(1) Bern. Serm. in Sign. magn. (2) Richard. a S. Laur. (3) Corn. a Lap.

Se sabe que la palma es símbolo de la victoria; y nuestra Reina, como erguida palma, está en medio de los príncipes celestiales, en señal de la victoria que ganan cuantos se ponen bajo su patrocinio (1). Hijos, parece que nos está diciendo, cuando os acose el enemigo, venid á mí, miradme á mí y cobrad ánimo, porque en mí, que os defiendo, vereis al instante segura la palma de la victoria. Verdaderamente el recurso á Maria es medio segurísimo para salir bien de todos los asaltos del enemigo, porque siempre los domina, vence y abate (2), siendo mas terrible al poder del infierno, que los reales de un ejército en orden de batalla.

Pone en su boca estas palabras el Espíritu Santo: «Doy como la vid fruto de olor suave (3)«, porque asi como dicen (4) que de la vid cuando está en flor huyen las serpientes, así huyen los demonios de aquellas almas dichosas en quienes sienten el olor de la devocion á Maria. Por lo mismo es llamada cedro, arbol no solo exento de putrefaccion, sino del que por su buen olor huyen tambien las víboras venenosas (5).

Los judios antiguamente alcanzaron muchas victorias llevando consigo el arca de la alianza. Con ella venció Moises; con ella fueron vencidos los filisteos; con ella se ganó Jericó. Y es cosa bien sabida que el arca era fi-

---

(1) Alb. Magn. (2) Bern. de Sen. Serm. 3. de Glor. Nom. Mar. (3) Eccl. 24. (4) Bernard. (5) Ug. Car.

gura de la Virgen, y que asi como dentro se guardaba el maná, así en el vientre purísimo de esta doncella estuvo encerrado el Salvador del mundo, maná del cielo (1). Por medio de esta arca mística se gana victoria; y el dia que fue ensalzada y coronada en los cielos, quedó enteramente abatido el poder del infierno (2).

¡Qué temor tan grande tienen los enemigos á Maria y á su santo nombre! Se comparan bien á los ladrones que andan robando de noche; pero al despuntar la aurora, huyen de la luz como de la muerte. Así viene el enemigo á despojar las almas cuando viven en las tinieblas de la ignorancia; pero luego que las ve iluminadas con la gracia de Dios y la misericordia de Maria (3), huye de allí precipitado. ¡Dichoso, pues, el que en medio de la pelea invoca su santísimo nombre!

En confirmacion de esta verdad fue revelado á santa Brígida, que Dios le ha dado tanto poder sobre aquellos espíritus soberbios, que cuantas veces asaltan á sus devotos y estos la llaman, á una señal suya huyen despavoridos, y con tal espanto, que mejor sufririan dobladas penas, que no el verse vencidos de ella. Particularmente es eficacísimo el auxilio que presta en las tentaciones contra la castidad; y por esta razon la compara el Esposo divino con la azucena entre espinas, á la cual

---

(1) Corn. a Lap. (2) Bern. Serm. 11. de B. M. (3) Bonav. in Spec. Virg.

dicen que nunca llega tampoco animal ponzoñoso (1).

Todos los que tienen la dicha de ser devotos de esta Señora, pueden confiadamente decir: «O Madre mia, si en vos espero, no seré vencido, antes bien con vuestra defensa perseguiré á mis enemigos, y oponiendoles como poderoso escudo vuestra proteccion y auxilio omnipotente, quedaré victorioso (2).» Y ciertamente que lo quedarán, porque tenerla de su parte, es lo mismo que tener un arma irresistible contra el poder de todo el infierno junto (3).

Cuando sacó Dios á su pueblo de la cautividad de Egipto, le guiaba por el desierto con una nube que de dia era reparo contra los ardores del sol, y de noche columna de luz; figura de Maria y de los oficios piadosos que ejercita continuamente. Como nube, nos defiende de los rigores de la divina justicia, y como columna luciente, de la malignidad de los demonios (4), porque no se derrite la cera tan pronto puesta cerca del fuego, como pierden los enemigos infernales toda la fuerza contra las almas que traen presente el santísimo nombre de Maria, y la invocan y procuran imitar (5).

Tiemblan los malignos solo de oir su nombre sacrosanto, y como caen los hombres á tierra cuando un ra-

(1) Corn. a Lap. (2) Damasc. in Annunt. Dei Gen. (3) Jacobus Monachus inter graecos PP. Doctor, orat. in Nat. Deip. (4) Richard. a S. Laurent. (5) Bonav. in Spec.

yo da cerca de ellos, así los demonios quedan aterrados al oir el nombre de Maria. ¡Cuantas victorias han alcanzado sus devotos con la invocacion de este santísimo nombre! Así los venció san Antonio de Padua, el B. Enrique Suson y otros muchísimos, entre los cuales hubo un cristiano en el Japon, á quien acometiendo ellos un dia visiblemente en gran multitud, les dijo: «Yo no tengo armas que os puedan infundir temor; si Dios os da licencia, haced de mí lo que mas os agrade; pero invoco en mi ayuda los dulcísimos nombres de Jesus y Maria.» Apenas dicho esto, se abre de repente la tierra, y caen precipitados por allí los espíritus infernales. Y por esperiencia sabemos, que todo el que se vale de igual medio, sale con victoria de cualquier peligro (1).

Glorioso y admirable es tu nombre, Señora. Los que á la hora de la muerte se acuerden de invocarle, no se espantarán del infierno, porque los diablos huyen cuando le oyen, siendoles mas terrible que un ejército armado (2). Así es, Señora. Vos con el escudo de vuestro piadosísimo nombre librais á vuestros devotos del poder de los príncipes de las tinieblas (3). ¡Qué dolor que todos los cristianos en el acto de la tentacion no le invoquen con gran confianza! Cierto que si lo hiciesen, no llegaria ninguno á caer, porque es nombre de tanta eficacia, que al oirle pronunciar, tiembla todo el abis-

---

(1) Anselm. de Exc. Vir. c. 6. (2) Bonav. in Psalt. B. V.
(3) Idem.

mo (1). ¿Qué mas diré? Aun del pecador mas perdido, apartado de Dios y poseido de los demonios huyen ellos al instante que con ánimo de enmendarse pronuncia este nombre poderosísimo; aunque tambien es cierto que si no sigue la enmienda como propuso, vuelven á él con mas ímpetu que antes.

EJEMPLO.

Vivia en Reisberg un canónigo regular devotísimo á la Virgen Maria, llamado Arnoldo, el cual viendose á las puertas de la muerte, y habiendo ya recibido todos los sacramentos, llamó á sus compañeros y les pidió no le dejasen solo en aquel punto. Dicho esto empezó á temblar, y con un sudor frio, los ojos desencajados y voz espantosa, dijo: ¿No veis que los demonios me quieren llevar? Despues dió un grito diciendo: Hermanos, pedid por mí á Maria santísima; en ella confio. Se pusieron al instante á rezar la letania de nuestra Señora, y al decir: *Santa Maria, ruega por él*, esclamó el moribundo: Repetid, repetid muchas veces el nombre de Maria; que ya me hallo en el tribunal divino. Aquí se detuvo; y á poco dijo como respondiendo: Es cierto que lo hice; pero tambien hice penitencia. Y volviendose á la Virgen, imploraba su favor diciendo: Señora, si vos me ayudais, saldré bien. Le volvieron los demonios á

(1) B. Alan.

dar otro asalto, pero él se defendia santiguandose con un santo Cristo, y llamando sin cesar á su dulce abogada. Asi pasó la noche. A la mañana se serenó, y alzando la voz, dijo con alegria: Mi Señora y refugio me ha alcanzado misericordia y salvacion. En esto vió que le convidaba á que la siguiese, y respondió al instante: Voy, Señora, voy; y hacia fuerza por levantarse; mas no pudiendo seguirla con el cuerpo, espiró dulcemente, y como esperamos voló el alma en su compañia al reino de la eterna felicidad (1).

ORACION.

Ved aquí á vuestros pies, o esperanza mia, á un pecador miserable, que por culpa suya fue muchas veces esclavo del demonio. Conozco que el haberme vencido y preso fue por no acudir á valerme de vos; que si lo hubiera hecho, seguro es que no hubiera caido tan profundamente. Espero que por vuestro favor habré ya salido de sus garras crueles, y alcanzado la misericordia divina. Pero en lo porvenir, temo no me vuelva á prender y atar con sus cadenas, porque no desconfia de vencerme otra vez, y ya se dispone á nuevas tentaciones y asaltos. Ayudadme vos, Reina y Señora mia, tenedme bajo vuestro manto, y no permitais que de nuevo ven-

(1) P. Auriem. t. 1. c. 7.

ga á ser esclavo suyo. Bien sé que me dareis victoria, si á vos acudo. Pero este es el temor que ahora me aflige, temor de olvidarme de vos en la ocasion y peligro. Esta, pues, es la gracia que deseo y pido humildemente, Virgen santísima: no olvidarme de implorar socorro cuando me llegue á ver en medio de la pelea. Clame yo entonces: *Madre mia, ayudadme; Madre mia, favorecedme*. Mayormente en el último combate á la hora de la muerte asistidme propicia y venid á mi memoria, para que os invoque sin cesar con el corazon y con la boca, y así teniendo vuestro poderoso nombre y el de vuestro dulcísimo Hijo en el alma y los labios, logre la incomparable dicha de ir á veros y bendeciros en la gloria por toda la eternidad. Amen.

CAPITULO V.

A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.

---

§ 1.°

Cuan necesaria sea para salvarnos la intercesion de nuestra Señora.

Es de fe, y como tal definido en varios concilios, que el hacer oracion á los santos, y especialmente á Maria

santísima Reina de todos, para que nos alcancen del *Señor* gracias y favores, es cosa no solamente lícita, sino util y santa; y doctrina que condena el error de unos herejes que decian, que el acudir á los santos cederia en injuria de Jesuchristo, único medianero nuestro. Pero si Jeremias despues de su muerte ruega por la ciudad de Jerusalen (1); si los ancianos del Apocalipsi presentan á Dios las oraciones de los santos; si promete san Pedro á sus discípulos acordarse de ellos despues de pasar de este mundo; si san Esteban ruega por sus perseguidores; si san Pablo se interpone por sus compañeros; si pueden los santos pedir por nosotros, ¿por qué no hemos de solicitar su intercesion? El mismo san Pablo se encomendó en las oraciones de sus discípulos (2). Y Santiago nos exhorta á rogar los unos por los otros (3). Luego bien podemos hacerlo con toda seguridad.

¿Quien niega que Jesu-Christo sea de justicia nuestro medianero, y que nos haya por sus méritos reconciliado con el Padre? ¿Mas no será tambien cosa impia el decir, que desagrada á Dios dispensar mercedes por intercesion de los santos, y con especialidad por medio de su Madre amantísima, á quien desea grandemente ver amada y venerada de todos? ¿Quien no sabe que el honor tributado á la madre redunda en honor de los hijos? ¿Quien ha de creer que se oscurezca la gloria del hijo alabando á su

(1) II. Mach. 15. (2) I. Thess. 1. 15. (3) C. 1. v. 15.

madre, sino al contrario, que cuantos mas elogios se le den á ella, mas se le dan á él (1)? Bendecir á la reina madre es bendecir al hijo rey (2). No hay, pues, que dudar que por los merecimientos de Jesu-Christo se concedió á Maria el ser medianera de nuestra salud, no de justicia, sino de gracia y de intercesion (3). Y por lo mismo, el acudir á la Virgen no proviene de que desconfiemos de Dios y de su misericordia, sino del temor de nuestra propia indignidad y vileza, conociendo la cual, recurrimos á Maria para que supla nuestra miseria con sus méritos é intercesion (4). Que esto sea cosa util y santa lo dudará solamente quien no tenga fe. Mas digo: que su intercesion es necesaria para salvarnos, si no de una manera absoluta y rigorosa, á lo menos moralmente hablando con toda propiedad. El mismo Dios es el que así lo quiere, habiendo determinado que todas las gracias que á los hombres dispensa, hayan de pasar por manos de Maria, segun la opinion de san Bernardo, que ya es comun hoy entre los doctores y teólogos, como lo esplica bien el autor del libro intitulado: *Reino de Maria*. Esta es la opinion de Vega, Mendoza, Paciuchelli, Segneri, Poiré, Crasset, Contenson y otros innumerables. Hasta Natal Alejandro, autor ordinariamente tan mirado en lo que dice, lo asegura sin titubear.

---

(1) Bernar. Hom. sup. Miss. (2) Ildephons. (3) Bon. Laurent. Justin. Serm. de Annunt. (4) Anselm. de Exc. Virg. c. 6.

Solo un escritor moderno ha mostrado ser de diverso sentir, aunque habla con mucha piedad y doctrina cuando esplica la verdadera y falsa devocion. Mas con la Madre de Dios ha sido muy avaro en concederle esta prerogativa, que le atribuyen largamente san German, san Anselmo, san Juan Damasceno, san Buenaventura, san Antonino, san Bernardino de Sena, el V. abad de Celles, y tantos otros doctores sagrados, que sin dificultad aseguran ser la intercesion de Maria no solo util, sino tambien necesaria. Dice dicho autor, que el suponer que Dios ninguna gracia conceda sino por medio de la Virgen, es un hipérbole ó exageracion debida al fervor de los santos, la cual, entendida como se debe, quiere decir que de Maria hemos recibido á Jesuchristo, por cuyos méritos lo alcanzamos todo; pues seria error, añade, el creer que Dios no puede concedernos favores sin la intercesion de su Madre, enseñando el Apostol que los cristianos solo reconocemos á un Dios, y á un mediador entre Dios y los hombres, que es Jesuchristo (1).

Pero con licencia de este escritor, una es mediacion de justicia por via de merecimientos, otra de gracia por via de ruegos. Y una cosa es decir que Dios no puede, otra que no quiere dar sino por medio de Maria. Nadie niega que Dios como fuente de todo bien, es dueño absoluto de sus beneficios, ni que Maria, si nos da, es porque lo recibe de Dios graciosamente. ¿Mas quien pondrá

(1) 1. Tim. 2. 4.

tampoco en duda ser cosa muy puesta en razon, que habiendo amado y honrado á Dios esta criatura excelentísima mas que ninguna otra, y sido ensalzada á la dignidad incomparable de Madre del mismo Dios, quiera el Señor que todas las gracias que haya de conceder, pasen por sus manos virginales? Jesuchristo es el único mediador de justicia, y por sus méritos alcanzamos gracia y salvacion; pero Maria es mediadora por gracia, y cuantos favores nos impetra son en virtud de los méritos del Redentor, y pidiendolos en nombre del Redentor, al fin pasan todos por sus benditas manos.

En esto no hay nada que se oponga á los dogmas de nuestra fe, antes bien es muy conforme á lo que tiene y cree la santa Iglesia, enseñandonos en las oraciones públicas, que de continuo acudamos á esta dulce Madre: *salus infirmorum, refugium peccatorum, auxilium christianorum, vita, spes nostra.* Y en el oficio divino que manda rezar á los que tienen esta obligacion en las festividades de la Virgen, aplicandole unas palabras de la Sabiduria, nos dice que hemos de poner en ella toda la esperanza de gracia, de vida, de salvacion eterna, como medio para preservarnos de pecar: cosas todas que declaran manifiestamente la necesidad que tenemos de su poderosa intercesion.

Y en creer y sentir lo mismo nos confirman innumerables teólogos y santos Padres, de los que no es justo que digamos, que por ensalzar á Maria, hablaron con hi-

pérboles, y se les cayeron de la boca exageraciones; porque el exagerar y aumentar con exceso es traspasar los límites de la verdad, vicio muy ajeno de santos, asistidos en lo que escribian del espíritu de Dios. Y aquí se me permita decir brevemente, que cuando una opinion, sin carecer de fundamento, mira de alguna manera al honor de Maria santísima, no conteniendo nada que sea contrario á la fe, decretos de la Iglesia, ó á la verdad en sí, el no admitirla ó impugnarla con pretesto de que la contraria puede tambien ser verdadera, denota poca devocion á la misma Señora. En la lista de los poco devotos no quisiera estar yo, ni que se contase ninguno de mis lectores, antes bien que todos nos hallasemos comprendidos en el número de los que firmemente creen cuanto sin error se puede creer de sus grandezas, pues entre los obsequios que mas le agradan, uno es el de creer con firmeza sus excelencias y prerogativas (1). Y cuando otra razon no hubiera, bastaria saber lo que enseña el gran Padre san Agustin, que todo cuanto se diga en alabanza de Maria, todo es poco para lo que merece por su dignidad de Madre de Dios, y con esto lo que nos propone la santa Iglesia, que en su misa nos manda decir estas palabras: «Feliz eres, o sagrada Virgen, feliz, y dignísima de toda bendicion y alabanza (2).»

Pero volviendo al punto, veamos lo que dicen los san-

(1) Rup. Abb. de laud. Virg. (2) Felix namque es, etc.

tos. San Bernardo la llama acueducto lleno, de cuya plenitud recibimos todos (1). Dice tambien, que antes no habia en el mundo esta fuente copiosa; pero que ya nacida, de ella corre la gracia hasta nosotros continuamente (2). Por lo que asi como para tomar la ciudad de Betulia, mandó romper Holofernes las cañerias que iban á la ciudad, así el demonio para apoderarse de las almas, procura que pierdan la devocion á nuestra Señora, y si lo consigue, tiene hecho lo demas. ¡O alma! añade el santo, mira con cuanta devocion y afecto desea Dios ver honrada á su Madre, pues depositó en sus manos todos los tesoros de su bondad, para que sepamos, que en ellas está la esperanza de gracia y salvacion (3). Y en otra parte, considerando el nombre que la santa Iglesia le da de puerta del cielo, dice que esto es porque de allí no viene gracia ninguna que no pase por sus manos benditísimas (4).

San Antonino asegura que todas cuantas misericordias se han dispensado á los hombres, todas han sido por medio de Maria (5).

San Gerónimo, ó quien escribiese un sermon de la Asuncion inserto en sus obras, confirma esta verdad diciendo, que en Jesuchristo está la plenitud de gracia como en cabeza de quien se derivan los espíritus vitales,

---

(1) Serm. de aquaed. (2) Id. (3) Serm. de Nat.
(4) Serm. 3. de Nat. (5) P. 4. tit. 15. c. 20.

esto es, los auxilios divinos con que se alcanza la salvacion eterna; y que tambien Maria tiene la gracia en plenitud, como cuello y conducto por donde todo pasa (1).

San Bernardino de Sena lo trae mas espresamente, enseñando que por su medio se trasmiten á los fieles, que son el cuerpo místico de Jesuchristo, todas las gracias de la vida espiritual, que descienden del mismo Señor (2); añadiendo que en el punto en que fue concebido en su seno virginal el Verbo eterno, adquirió la Madre derecho y jurisdiccion completa á todos los dones que proceden del Espíritu Santo, en términos que ya ninguna criatura recibe gracia ni favor que no pase por sus manos virginales (3), con derecho y autoridad para dispensarlas á quien, cuando y en el modo que mas le agrade (4).

El P. Crasset esplicando aquellas palabras donde anuncia el profeta Jeremias la Encarnacion del Verbo divino, y diciendo que le encerraria en su seno una mujer, que es Maria santísima, compara las gracias que vienen por su mano á las lineas que salen de un círculo, las cuales han de pasar por la circunferencia; asi como de Jesuchristo nuestro Señor, que es centro de la gracia, no procede ninguna sin que haya de pasar por medio de Maria, que en la Encarnacion le cercó y encerró en su seno inmaculado (5).

---

(1) Serm. de Ass. B. M. (2) Serm. 61. de Nat. Virg. c. 8. (3) Serm. 67. trac. 1. (4) Dict. Serm. 61. (5) Dev. Virg.

Ricardo enseña lo mismo.

El V. abad de Celles nos exhorta á recurrir á la tesorera de todas las gracias, pues unicamente por su medio deben aguardar los hombres todo el bien que pueden esperar (1).

Fl P. Suarez enseña ser hoy sentir de la Iglesia universal, que la intercesion de la Virgen no solo es util, sino necesaria (2); necesaria, vuelvo á decir, no en sentido absoluto, porque precisa y absoluta solo nos es la de Jesuchristo nuestro Señor, sino en sentido moral, por haber Dios determinado no conceder al hombre cosa alguna, que no pase por manos de su Madre, conforme á la doctrina de san Bernardo (3), enseñada mucho tiempo antes por san Ildefonso, que hablando con la misma Señora dice así: ¡O Maria! el Señor ha dispuesto que por vuestras manos pasen todos los bienes que ha de repartir á los hombres, y para ello os ha confiado todos los tesoros y riquezas de su gracia (4).

San Pedro Damiano asegura igualmente, que sin el consentimiento de esta purísima doncella no quiso Dios hacerse hombre, por dos motivos: el uno para que quedasemos sumamente obligados á tan gran bienhechora, y el otro para que supiesemos que la salvacion de todos quedaba pendiente de la voluntad y arbitrio de la misma Señora (5).

---

(1) De contempl. Virg. in prol. (2) Tom. 2. in 3 part. disp. 23. sect. 3. (3) Serm. 3. in Vig. Nat. (4) In Cor. Virg. c. 15. (5) De Nat. Virg. ap. Pac. exerc. 1.

En fin san Buenaventura en una parte la compara con la luna, que manda á la tierra la luz que el sol le da, asi como Maria trasmite á nosotros las influencias que recibe del Sol divino (1); en otra enseña, que habiendose Dios complacido de habitar en su seno purísimo, le dió jurisdiccion sobre todas las gracias, y al nacer al mundo, con él salieron de aquel vientre sin mancha, como de un celestial océano, todos los raudales de los bienes divinos (2); y en otro lugar, considerando aquellas palabras del profeta Isaias, en que dice que de la estirpe de Jesé padre de David brotaria un retoño, que es Maria, y de este una flor, que es el Verbo encarnado, dice hermosamente: «Todo el que aspire á conseguir la gracia del Espíritu Santo, busque la flor en su tallo, porque en este se halla la flor, y en la flor á Dios; de suerte que no encontrará nadie á Jesus sino por medio de Maria (3).

De todo lo dicho se infiere claramente, que cuando estos santos y doctores enseñan que todas las gracias del cielo vienen por sus manos, no han querido decir solamente que sea porque de ella hemos recibido á Jesuchristo, fuente de todo bien, sino porque ademas quiere Dios que cuantos favores y auxilios se han dispensado despues á los hombres y se dispensarán hasta el fin del mundo por los méritos de Jesuchristo, todos hayan de ser debidos á la intercesion de su Madre santísima.

(1) Serm. 74. de Nat. Dom. (2) In Spec. c. 3. (3) In Sepc. c. 6. Ildeph. de Virg. Mar. c. 12.

EJEMPLO.

Cuenta el Beluacense (1) y Cesario (2), que un joven á quien su padre habia dejado con la nobleza muchos bienes de fortuna, por haberse dado á los vicios vino á ser tan pobre, que tuvo que ponerse á pedir limosna, y al cabo se fué de su patria para vivir con menos vergüenza donde nadie le conociese. Encontró en el camino á un hombre que habia sido criado de su casa, el cual, viendole tan derrotado y miserable, le dijo que se alegrase, porque él le presentaria á un señor muy poderoso, de quien seguramente podia esperar cuanto necesitase. Era este hombre, por lo visto, un malvado hechicero, y llevando consigo al mozo por un bosque cerca de una laguna, empezó á hablar con persona invisible. El joven admirado le preguntó con quien hablaba, y él respondió: *con el demonio;* y al mismo tiempo le animaba á no temer, viendole tan asustado. Siguió conversando, y dijo: *Señor, este joven se ve reducido á estrema necesidad, y quisiera recobrar lo perdido. Si está dispuesto á obedecerme*, contestó el espíritu infernal, *le haré mas rico que antes era; pero con la condicion de que reniegue de Dios.* Al oir esto el joven se horrorizó; pero instigado por el maldito hechicero, al fin lo

(1) Spec. Hist. lib. 7. c. 105. (2) Dis. t. 2. c. 2.

hizo y renegó de su Criador. *No basta*, volvió á decir el diablo, *tambien ha de renegar de la Virgen, porque esta es la que nos hace mayor daño. ¡Oh y á cuantos nos arrebata de las manos, volviendolos á Dios y alcanzandoles la salvacion! Eso no*, dijo el joven: *yo no reniego de mi Madre, porque ella es toda mi esperanza; mas quiero ir toda mi vida por el mundo pidiendo limosna*. Dicho esto huyó de allí, y á la vuelta encontró una iglesia de nuestra Señora, donde habiendo entrado se postró ante una imagen suya, y empezó á suplicar con muchas lágrimas que le alcanzase misericordia y perdon. He aquí que María se pone al instante á pedir á su santísimo Hijo por aquel infeliz; pero el Señor respondió: *Es un ingrato, que ha renegado de mí*. La Virgen á pesar de esto no cesaba de rogar por él, hasta que al fin le dijo el Señor: *Madre, nunca os he negado nada; quede perdonado, pues que vos lo quereis*. Todo esto lo estuvo escuchando á escondidas un hombre rico, que era el mismo que habia comprado las haciendas del joven, y viendo el favor que la Virgen le dispensaba, le llevó á su casa y le dió por mujer á una hija suya única, haciendole heredero de cuanto tenia. Así recobró el joven á un tiempo por medio de la Virgen la gracia de Dios y los bienes temporales.

ORACION.

—

Alma mia, conoce la esperanza grande de salvacion eterna que el Señor te da con haberte por su misericordia puesto bajo el patrocinio de su bendita Madre, despues que por tus pecados mereciste mil veces el infierno. Rinde gracias á Dios, y á su dulcísima Madre muy afectuosas, por la bondad con que te acoge bajo su manto sagrado, colmandote de favores. Sí, amorosa Madre mia, de lo íntimo del corazon os doy gracias por todo el bien que me habeis prodigado, siendo yo como he sido esclavo del demonio. ¡De cuantos peligros me habeis librado! ¡Cuanta luz y misericordia me habeis impetrado del Señor! ¿Y qué habiais recibido vos de mi parte para que así me colmaseis de beneficios? Nada. Vuestra sola bondad fue la que os movió. ¡Ah, Señora! que aunque diese por vos la sangre y la vida, todo seria poco, habiendome librado vos de la muerte eterna, obtenido, como confio, la divina gracia, y sido el origen de toda mi felicidad. No puedo corresponder con otra cosa que con amor y alabanzas. No desecheis los afectos de un miserable pecador que se ha prendado de vuestra bondad. Si es indigno de amaros por verse tan lleno de pasiones é inclinaciones terrenas, purificad y trocad vos enteramente su corazon. Unidme á Dios con lazo tan estrecho, que no vuelva jamas á separarme de su santísimo amor,

Esto es lo que vos me pedis, y esto es lo que yo os pido tambien á vos. Alcanzadme esta gracia; que otra cosa no pido ni deseo.

§. 2.°

Prosigue la misma materia.

Sabemos que un hombre y una mujer causaron nuestra ruina, por lo que fue conveniente que el daño se reparase por otro hombre y otra mujer, que fueron Jesus y Maria (1). Suficientísimo era Jesuchristo para redimirnos; pero pues ambos sexos concurrieron al mal, convino por congruencia que ambos nos trajesen el bien (2), y así es llamada Maria cooperadora de nuestra redencion (3). Con una manzana vendieron el mundo Adan y Eva, y con un corazon le rescataron Jesus y su Madre dulcísima (4). Crió Dios el mundo de la nada; pero habiendose perdido por la culpa, no quiso repararle sin la cooperacion de Maria (5).

De tres maneras cooperó á nuestra salvacion, como esplica el P. Suarez: primera, mereciendo con mérito congruente la Encarnacion del Verbo eterno: segunda, pidiendo por nosotros instantemente mientras vivió en la tierra: tercera, ofreciendo con pronta voluntad la vida

(1) Bernard. (2) Bern. Serm. in Sign. Magn. (3) Albert. Magn. (4) Rev. S. Birg. lib. 5. c. 35. (5) Anselm. in Alloq. coel. n. 27.

de su Hijo por nuestro remedio. Habiendo, pues, contribuido así con amor ardentísimo á la gloria de Di s y á nuestra salvacion eterna, tiene decretado el Señor, que todos hayamos de conseguirla por su mediacion y valimiento.

Se llama cooperadora de la justificacion, porque Dios ha puesto en sus manos todas las gracias que ha de hacer á los hombres (1), y todos los hombres pasados, presentes y por venir tienen que mirar á Maria como el medio de su eterna felicidad (2). Lo que dijo el Señor: «Ninguno viene á mi, si mi Padre no le trae,» lo puede tambien decir de su Madre: ninguno viene á mí, si con sus ruegos no le trae mi Madre (3). Jesus fue el fruto bendito de aquel vientre inmaculado, como esclamó santa Isabel cuando la vió entrar por sus puertas; y así quien apetezca el fruto, ha de ir al arbol, quien quiera hallar á Jesus, tiene que buscar á Maria, y hallar á uno es hallar al otro. Luego que santa Isabel la vió, no sabiendo como agradecerle aquella fineza tan singular, dijo en alta voz: «¿De donde á mí, que venga á visitarme la Madre de mi Dios?» ¿Pero acaso ignoraba que allí venia el Señor tambien? ¿Como no dice ó no se tiene más bien por indigna de recibirle á él? ¡Ah, que la santa entendió muy bien, que cuando viene Maria, trae consigo á Jesus, y por esto le bastó dar gracias á la Madre, sin que fuese menester que nombrase al Hijo.

(1) Bernard. (2) Bern, Serm. in Pent. (3) Ric. super Cant. c. 12.

Maria es aquella nave feliz (1) que nos trajo al Salvador, pan vivo bajado del cielo, para darnos vida de gracia y gloria, como dijo el mismo Señor (2); y así puede asegurarse que todos los que en el borrascoso mar de este mundo no se refugien á esta nave de salud, perecerán (3). Por esto, siempre que nos veamos en peligro de caer, dirijamos pronto á Maria nuestros clamores, y digamos: socorrednos, Señora, sin tardanza; que perecemos (4). Notese aquí, que el piadoso autor de quien tomamos estas palabras no tiene reparo en decir: *salvanos*, como le tuvo el otro que voy rebatiendo, fundado en que la prerogativa de salvar solo pertenece á Dios. Mas si un hombre que haya sido sentenciado á muerte puede muy bien suplicar á un favorito que interponiendo su valimiento con el rey, le salve obteniendole la gracia de la vida ¿por qué no ha de poder un cristiano decir á la Madre de Dios, que le salve y alcance de Dios la gracia de la vida eterna? Ninguna dificultad hallaba san Juan Damasceno en decirle: «Reina inmaculada, Reina purísima, salvame y librame de la eterna condenacion (5); ni san Buenaventura en llamarla salud de todo el que la invoca; ni la santa Iglesia en invocarla como salud de los enfermos. ¿Y hemos todavia de tener escrúpulo en suplicarle que nos salve, cuando á nadie se da entrada en el cielo sino por ella (6)? ¿No lo dicen clara-

(1) Prov. 18, (2) Joan. c. 6. (3) Ric. a S. Laur. De laud. Virg. (4) Id. (5) Orat. Paneg. (6) Paeciuch. de B. V.

mente los santos? Sean testigos, entre otros muchos, san Cayetano, san Bernardo, el sabio Idiota, Casiano, san Antonino, Ricardo de san Lorenzo, san Bernardino de Sena, san Buenaventura y san German. De lo mucho y muy precioso que dejaron escrito, copiemos aquí algunas cosas. Bien podemos buscar la gracia; pero jamas la encontraremos sino por medio de Maria (1). Pedir sin valerse de ella, es como volar sin alas (2); porque asi como cuando las gentes acosadas del hambre pedian pan á Faraon, y este les decia: *Id á José*, así dice Dios: *Id á Maria;* pues ha decretado no conceder á nadie cosa alguna sino por su medio (3). Nuestra salud está en su mano (4). La salud de todos consiste en ser por ella favorecidos y amparados (5). Es dispensadora de todas las gracias, y por su conducto ha de venir todo bien (6). Al modo que una piedra cae si no tiene cosa que la detenga, así un alma sin el sosten de Maria cae primero en el pecado, y despues en el infierno (7). Sin su intercesion no salva Dios á nadie (8). Un niño sin alimento muere, y un hombre sin el amparo de Maria perece (9). Procura, pues, que tu alma tenga sed de la devocion de Maria, asete á ella, y no la dejes hasta que te bendiga (10). O Virgen hermosa ¿quien hubiera conocido á Dios sino

(1) S. Cajet. (2) Antonin. p. 3. tit. 15. c. 12. (3) Bern. Serm. de Nat. Virg. (4) Ric. a S. Laurent. lib. 2. de laud. Virg. (5) Casian. (6) Bernardin. de Sena. (7) Richard. lib. 8. de laud. Virg. (8) Bonav. in Cant. B. V. pro Sabb. (9) Id. (10) Id.

por ti? ¿Quien se libraria de los peligros, quien recibiria gracia alguna sino por ti, o Virgen, o Madre, o llena de gracia? (1). Para llegar al Padre no tenemos acceso sino por Jesuchristo, y para Jesuchristo el medio seguro es Maria santísima: por ella nos recibe el que por ella se nos dió(2) ¿Qué será, pues, de nosotros, Señora, si nos abandonais, vos que sois la vida de todo cristiano (3)? Todo esto y mas dicen los referidos santos.

Replica el antedicho autor moderno, que si ello es así, tambien habrán de recurrir los santos á la Virgen para alcanzar por su medio los favores que les pedimos, asercion que, segun él dice, nadie cree ni nadie ha soñado.

Respondo, que en creerla no hay error ni inconveniente alguno. ¿Qué inconveniente puede haber si decimos, que habiendola Dios constituido Reina de todos los santos, y decretado que todo favor pase por sus manos, quiera para mas honrarla, que aun los santos recurran á ella, y por su medio alcancen á sus devotos cualquier beneficio? Y en cuanto á que nadie lo ha soñado, yo veo que lo afirman terminantemente san Bernardo, san Anselmo, san Buenaventura, y con ellos el eximio doctor Francisco Suarez (4), diciendo todos unanimemente, que en vano acude uno á los santos cuando la Virgen no le favorece y ayuda. Lo mismo enseña un piadoso escritor moderno esplicando aquellas palabras del

---

(1) Germ. Serm. de zona Virg. (2) Bern. (3) Germ. Serm. de zona Virg. (4) Tom. 2. in 3. p. d. 23. sect. 3.

profeta rey: «Todos los ricos del pueblo buscarán tu rostro y pedirán (1).» Dice que los ricos de aquel gran pueblo de Dios son los santos, los cuales cuando desean alcanzar á sus devotos alguna merced, se encomiendan á nuestra Señora para que la obtenga; y así con gran razon les pedimos que sean nuestros intercesores para con la Virgen Maria, su Reina y Señora (2). En prueba de esto prometió una vez el patriarca san Benito, apareciendose á santa Francisca Romana, abogar por ella delante de la sacratísima Virgen (3). Sin duda, Virgen soberana, todo lo que los santos pueden alcanzar unidos con vos, lo podeis vos sola conseguir (4). ¿Y por qué sois tan poderosa? Porque sola vos sois Madre del Salvador, sois la Esposa escogida del mismo Dios, sois Reina universal de cielos y tierra. Si vos no pedis por nosotros, no lo hará ningun santo; mas si ellos ven que vos empezais la súplica, al instante se pondrán á vuestro lado, y pedirán y tendrán empeño en favorecernos (5). No solo esto, sino que ademas como Reina que es de los ángeles y los santos, les manda juntar sus ruegos con los suyos, cuando quiere interceder por alguno de nosotros (6).

Así finalmente se entiende bien la razon con que la santa Iglesia nos manda invocar y saludar á esta Madre

---

(1) Ps. 44. (2) Suarez. (3) P. Marchese en el Diario de Maria 21 de Marzo. (4) Anselm. Orat. 45. ad S. Virg. Mar. (5) Anselm. lib. Or. Exc. Segneri. El devoto de Maria. (6) Bonav. in Spec. V. cap. 3.

dulcísima con el título precioso de esperanza nuestra: *Spes nostra, salve.* El impio Lutero decia que para él era cosa insufrible que la Iglesia romana llamase á Maria esperanza suya (1), mal fundado en que solo Dios y Jesuchristo pueden ser esperanza del hombre, tanto que por Jeremias maldice Dios al que la coloca en alguna criatura. Pero la Iglesia, que no se engaña, nos dice que la invoquemos sin cesar llamandola en alta voz esperanza nuestra: *Spes nostra, salve.* El que la pone en alguna criatura independientemente de Dios, será el maldito, porque Dios es la única fuente y dador de todo bien, y la criatura sin Dios, como nada tiene, nada puede dar. Pero ha dispuesto , como ya hemos probado, que todas las gracias pasen por manos de su Madre, canal de misericordia, y por esto se puede y debe decir, que es esperanza nuestra, y que por su mediacion recibimos todos los favores del cielo. En efecto, Señora, os diré con san Bernardo, san Juan Damasceno, santo Tomas y san Efren, vos sois toda mi confianza, toda mi esperanza. Os miro atentamente, y sé que de vuestra mano está pendiente mi dicha. Protegedme bajo las alas de vuestra piedad. Procuremos venerarla con todos los afectos del corazon, pues que así lo quiere Dios, habiendola constituido canal y medio por donde dispensarnos todas sus bondades; y siempre que deseemos alcanzar alguna merced de la piedad divina, encomendemonos á Maria , y no dudemos de conse-

(1) In Pont. Maj. Evang.

guirla; que si lo desmerecemos, bien lo merece la que por nosotros interpone sus ruegos; asi como si aspiramos á que acepte Dios lo que de nuestra poquedad le ofrecemos, sea Maria el conducto, y el Señor admitirá la ofrenda benignamente.

EJEMPLO.

Famosa es la historia de Teófilo, escrita por Eutiquiano, patriarca de Constantinopla, testigo ocular, y confirmada por los santos Pedro Damiano, Bernardo, Buenaventura, Antonino y otros (1). Era Teófilo arcediano de la iglesia de Adana, ciudad de Cilicia, y tan estimado generalmente, que el pueblo le pedia por obispo, rehusandolo él por humildad. Con todo, como por acusacion de algunos malévolos fuese depuesto de la prebenda, concibió tan gran sentimiento, que ciego de pasion fué á buscar á un mago judio, y este le proporcionó abocarse con Satanas, para que le ayudase en aquella desgracia. Respondió el demonio, que para merecer su favor, primero habia de renegar de Jesus y Maria, y ponerselo por escrito. Teófilo firmó la escritura execrable; mas al dia siguiente habiendo conocido el obispo la sinrazon, le pidió escusa, y le repuso en el ejercicio de la dignidad. Entonces conoció Teófilo lo grave de su crimen, y con

(1) Crasset, Devocion á la Virgen, tom. 1. trat. 1. q. 10.

gran remordimiento comenzó á llorar amargamente. ¿Qué hace? se va á una iglesia, se postra delante de una imagen de nuestra Señora, y con abundancia de lágrimas le dice : Madre de Dios, no quiero caer en desesperacion viviendo vos, que sois tan clemente y me podeis valer. Con esta súplica estuvo cuarenta dias, siempre llorando á los pies de la Virgen, hasta que una noche se hace la Señora visible diciendole: ¿Qué es lo que has hecho, Teófilo? Me has negado á mí y á mi hijo ¿Y á quien has vendido tu alma? A mi enemigo y tuyo. Vos, Señora, respondió, me habeis de perdonar y obtener perdon de vuestro santísimo Hijo. Viendo Maria tanta confianza, le volvió á decir: Consuelate, que pediré por ti. Animado con esto dió mayor rienda á los sollozos , penitencias y ruegos, sin desviarse de la vista de aquella sagrada imagen, y al cabo de otros nueve dias se le volvió á aparecer diciendo: Teófilo, alegrate, que he presentado en el acatamiento divino tus plegarias, y han sido bien oidas, y ya Dios te ha perdonado. De hoy en adelante sele fiel y agradecido. No basta, Señora , replicó Teófilo; tiene todavia el enemigo aquella escritura abominable, y vos podeis hacer que se me devuelva. Tres dias mas pasaron, y á la tercera noche despertó, y se halló con el papel en el pecho. A la mañana siguiente, estando el obispo en el templo con gran concurso de gente, fué allá Teófilo, se le echó á los pies, contó cuanto habia pasado, y hecho un mar de lágrimas le puso en las manos el papel , que

se quemó allí en público, llorando todos de alegria, con bendiciones y alabanzas á Dios y á su Madre por la misericordia que habian usado con aquel pecador, el cual se volvió desde allí á la iglesia de su abogada, donde tres dias despues murió lleno de gratitud y júbilo.

ORACION.

O Reina y Madre de misericordia, que dispensais los favores con liberalidad de reina y amor de madre, hoy acudo á vos viendome tan falto de méritos y virtudes, y tan alcanzado en deudas con la divina justicia. Vos, Señora, que teneis la llave de todas las misericordias, no os olvideis de mi gran miseria, ni me dejeis en esta pobreza y desnudez. Siendo con todos tan generosa, que dais siempre mucho mas de lo que os piden, sedlo tambien conmigo, protegiendome y amparandome, que es todo lo que pretendo y pido. Si vos me protegeis, nada temo. No temo al demonio, porque sois mucho mas poderosa que todo el infierno; no á mis pecados, porque me podeis alcanzar perdon con solo una palabra que digais; ni aun temo la cólera del Juez airado, porque una súplica vuestra basta para aplacarle. En suma, valiendome de vos, todo lo espero, porque todo lo podeis. Madre de misericordia, sé que vuestro gusto es favorecer á los desdichados, y sé que los amparais, si de su parte no hay obstinacion. Pues yo, aunque pecador, no

me obstino, sino que propongo de veras enmendarme. Vos me podeis ayudar. Ayudadme, pues, á recobrar la gracia y salvar mi alma. Hoy me pongo enteramente en vuestras manos clementísimas. Inspiradme lo que tengo de hacer para agradar á Dios; que estoy resuelto á ponerlo por obra, y con vuestro favor espero que lo haré, o Maria, o Maria, Madre, luz, consuelo, refugio y esperanza mia. Amen.

CAPITULO VI.

Ea pues, Señora, abogada nuestra.

§. 1.°

Maria es nuestra abogada, y tiene poder para salvarnos á todos.

Es tan grande la autoridad que tiene una madre sobre sus hijos, que aunque alguno llegue á ser gran monarca con absoluto dominio en todas las personas de su reino, nunca la madre viene á estarle sujeta. Verdad es que sentado á la diestra del Padre, Jesuchristo nuestro Señor adquirió en cuanto hombre, por razon de la union hipostática con la persona del Verbo, dominio general sobre todas las criaturas, inclusa Maria; pero tambien es positivo, que mientras vivió en carne mortal quiso

humillarse y serle súbdito, como atestigua el evangelista san Lucas (1). Y aun llega á decir san Ambrosio, que el obedecerla como hijo fue obligacion. Lo mas que se dice de los santos es que estan con Dios; pero de la Reina de los santos se afirma que tuvo la suerte, no solo de haber estado siempre sumisa á la divina voluntad, sino de haber tenido á la suya sujeto y obediente al mismo Dios (2). Las demas vírgenes siguen al Cordero donde quiera que va; pero la virgen de vírgenes fue en este mundo seguida del Cordero, súbdito suyo (3).

Ahora en el cielo, si ya no manda en su divino Hijo, es indudable que sus ruegos son eficacísimos para conseguir cuanto pide (4). Lo que pide y desea lo puede en tierra y cielo, y hasta volver la esperanza á los que ya estaban desesperados (5). Cada vez que se acerca al altar de la misericordia, y presenta á Jesuchristo cualquier peticion en beneficio nuestro, es tanto lo que el Señor se agrada, y accede tan pronto, que mas parece precepto que súplica, mas de Señora que de esclava (6). De esta manera honra Jesus á su querida Madre, de quien fue tan honrado mientras vivió entre nosotros. Sois omnipotente, Señora, en salvar á los pecadores, sin tener

---

(1) Cap. 2. (2) Richard. a S. Laur. lib. 1. de laud. Virg. cap. 5. (3) Idem. (4) S. Bonavent. in spec. c. 8. (5) Petr. Dam. Serm. 1. de Nat. Virg. (6) Petr. Damian. Serm. 1. de Nat. Virg.

necesidad de otra recomendacion, que el ser Madre de la verdadera Vida (1).

Hasta Dios obedece al mandato de Maria, dice francamente san Bernardino de Sena (2); esto es, oye sus ruegos como si fueran preceptos. Sí, Virgen purísima, á tanto os ha Dios ensalzado, que por gracia no hay para vos cosa imposible (3). Vuestro auxilio es omnipotente, pues conforme á buena ley, gozais todas las prerogativas de que el Rey goza, como que sois la Reina. Poderoso es el Hijo, poderosa la Madre; omnipotente el Hijo, omnipotente la Madre (4); y tanto, que tiene puesta Dios á toda la Iglesia, no bajo vuestro amparo solamente, sino tambien jurisdiccion y dominio (5).

Una es la diferencia, que el ser omnipotente el Hijo es por naturaleza, y la Madre por gracia, como fue revelado á santa Brígida (6), que un dia oyó que el Señor dijo á su dulce Madre: Madre mia, pide cuanto quieras, porque no pueden dejar tus ruegos de ser oidos. Tú en la tierra nada me negaste, y yo en el cielo nada te negaré. Con esto bien entendemos lo que quiere decir ser omnipotente Maria, no que lo sea en todo rigor, cosa de que una criatura no es capaz, por perfecta que sea, sino pidiendo y alcanzando cuanto quiere.

Basta que sea empeño vuestro, y todo se hará; basta

(1) German. Serm. 3. in dormit. B. V. (2) Tom. 2. Serm. 61. (3) Anselm. lib. de conc. Virg. (4) Ric. a S. Laur. lib. 4. de laud. Virg. (5) Antonin. p. 4. tit. 15. cap. 20. §. 2. (6) Rev. l. 1. c. 4.

que querais levantar al mayor pecador del mundo, y será santo (1). Y así decis: lo que los hombres me deben suplicar es que yo quiera, porque todo aquello que me agrada, necesariamente se hace (2). Muevaos, Señora, vuestra benignidad y poder, porque cuanto sois mas poderosa, debeis ser mas misericordiosa (3). ¡O dulce abogada nuestra! pues que teneis corazon tan piadoso, que no podeis ver nuestras miserias sin compasion, y juntamente con Dios poder tan grande para salvarnos, no os desdeñeis de mirar por nosotros miserables pecadores, los que en vos hemos puesto toda la esperanza. Y si nuestras oraciones son ineficaces, confiamos en vos, sabiendo que Dios os ha ensalzado tanto, para que tan rica como sois en poder, tan misericordiosa seais en querer favorecernos. ¿Pero de vuestra misericordia quien ha de dudar? Si es inmenso el poder, inmensa es la bondad é inmensa la caridad, como por los efectos vemos cada dia (4).

Desde que vivió aquí en la tierra, sus pensamientos fueron, despues de la gloria de Dios, el bien de los hombres, con privilegio ilimitado de conseguir cuanto pidiese. Lo comprueba el suceso de las bodas de Caná cuando habiendo faltado el vino, compadecida del rubor de aquella buena gente, se acercó á pedir á su Hijo

---

(1) Bernard. Ansel. de Exc. Virg. c. 12. (2) Albert. Magn. (3) Petr. Damian. Serm. 1. de Nat. B. Virg. (4) Bern. Serm. 4. de Assumpt.

que los consolase con obrar un milagro. Al principio parecia que el Señor se negaba, y así dijo: «Mujer, ¿á nosotros qué nos importa?» El tiempo de hacer milagros no ha llegado aun: los haré cuando empiece á predicar en confirmacion de mi doctrina. Con todo Maria, como si ya estuviese acordada la gracia, les dice que vayan y llenen las vasijas de agua. ¿Pero como es esto? Si el tiempo determinado de obrar los milagros habia de ser el de la predicacion, ¿como se anticipa contra el decreto divino?. No, no hay aquí nada opuesto á lo que Dios tenia decretado, porque aunque generalmente hablando, todavia estaba por venir el tiempo de las señales y prodigios de nuestro divino Salvador, tenia Dios tambien determinado desde toda la eternidad con otro decreto general y absoluto, que á su Madre todo se le habia de conceder luego que lo pidiese. Y por esto sabedora ella de este privilegio, aunque al parecer de otros se le negaba aquella peticion, manda, como cosa ya hecha, que venga el agua. Quiere decir, que á pesar de la aparente repulsa, el Señor para honrarla, accede prontamente á sus ruegos (1), ó que con aquellas palabras quiso dar á entender, que por entonces á los de ningun otro hubiera accedido; pero hablando su Madre, no lo dilata un punto (2).

Ciertamente no hay criatura alguna que pueda obtener tantas misericordias á los miserables desterrados en este

(1) Chrysost. in Joan. 2. (2) S. Thom. apud Henr. de Cerf. pag. 119.

valle de lágrimas, como esta medianera santísima, honrada por Dios como querida Madre (1). Basta que abra los labios. Hablando el Esposo con la esposa de los cantares, en quien está figurada María, le dice de este modo: «Tú que habitas en los jardines, los amigos escuchan; oiga yo tu voz. (2)» Los amigos son los santos, los cuales siempre que piden algo en beneficio de sus devotos, esperan que su Reina presente la súplica y alcance la gracia, pues que ninguna se concede sino por su mediacion. ¿Y como las impetra? Basta que se oiga su voz (3). Consigue las gracias rogando sí, pero al mismo tiempo interpone la autoridad materna, con la que obtiene cuanto pide y desea. No hay en esto duda (4).

Cuenta Valerio Máximo (5), que teniendo Coriolano sitiada la ciudad de Roma su patria, y no bastando súplicas de ciudadanos y amigos á persuadirle alzar el cerco, saliendo al fin su madre Veturia, no pudo el hijo resistir á sus ruegos y lágrimas, y al instante se retiró. ¡Cuanto mas aceptos serán los ruegos de tan buena Madre á un Hijo tan amante! Un solo suspiro suyo vale mas que las oraciones de todos los santos (6). Suspiros son de madre, á cuyo poder y eficacia no hay resistencia (7). Acudamos, pues, á esta poderosísima abogada, diciendo: «Señora, pues que teneis autoridad de Madre, facil

---

(1) Gullielm. Paris. (2) Cant. 8. 13. (3) Id. (4) Goff. Abb. Serm. 8. de B. Virg. (5) Lib. 5. cap. 4. (6) Justin. Micoviensis in lib. B. V. verb. Virg. pot. (7) Anton. p. 4. tit. 15. cap. 17.

os es alcanzarnos perdon de nuestros pecados, por enormes que sean, no pudiendo menos de acceder á cuanto le pedis aquel Señor de infinita piedad, que os escogió por Madre (1). Todo el cielo á una voz os llama bendita, diciendo que lo que vos quereis es lo que se hace, y no mas.»

Pues qué ¿no ha de ser cosa propia de la benignidad del Señor dar gusto á su dulcísima Madre, pues que vino al mundo, no á quebrantar, sino á cumplir la ley, entre cuyos mandamientos, uno muy principal es honrar padre y madre (2)? Y aun en cierto modo está obligado á ello, por ser deudor á la suya del ser humano que en su seno purísimo recibió con el consentimiento de la misma Señora (3). Bien le podemos decir: Alegrate, Virgen santa, de tener por deudor á un Hijo que á todos da y de ninguno recibe. Nosotros debemos todos á Dios cuanto tenemos, porque todo es don suyo. A vos unicamente ha querido ser deudor, tomando carne y sangre en vuestras purísimas entrañas. Contribuisteis á dar el precio de la redencion por librar al hombre de la muerte eterna, y por eso sois mas poderosa que ningun santo en ayudarnos á conseguir la eterna vida (4). Vuestro Hijo gusta que le pidais, porque desea darlo todo por vuestro respeto, para pagaros así la preciosa dádi-

(1) Germ. V. in enc. Deip. (2) August. (3) Georg. Archiep. Nicom. Or. de Ex. Mar. (4) August. Orat. 2. de Ass. B. M.

va que le hicisteis dandole forma humana (1). Si, Virgen sin mancilla, á todos nos podeis salvar con vuestros ruegos, dignificados con la autoridad que os da el título y ser de Madre (2). Inmensa y admirable fue por cierto la bondad de Dios, que siendo nosotros pecadores vilísimos, darnos le plugo en vos una abogada de quien podemos esperar toda suerte de bien; abogada en cuyas manos beneficentísimas estan los tesoros inagotables de la divina gracia; abogada piadosísima por quien alcanzasemos redencion de culpas y galardon de gloria (3).

EJEMPLO.

Cuenta el P. Razzi camaldulense (4), que cierto joven hijo de viuda, fue enviado por su madre, muy devota de nuestra Señora, á la corte de un príncipe, haciendo que al despedirse le prometiese rezarle diariamente un Ave Maria, y al fin esta corta oracion: «Virgen benditísima, ayudame en la hora de mi muerte.» Llegó á la corte el joven, y á poco se envició con tal desenfreno, que su amo se vió precisado á despedirle. El entonces, no hallando como sustentar la vida, desesperado se echó á bandolero, siguiendo con todo en practicar todos

(1) Theoph. Episcop. Alexand. (2) Damasc. ex. Men. 2. Jan. Ode 4. (3) Bonavent. in Salv. Reg. (4) Mirac. di Mar. mir. 47.

los dias la devocion aconsejada por su madre. Finalmente cayó en poder de la justicia, y fue sentenciado á pena capital. Estando para ser llevado al patíbulo, considerando entonces al vivo su deshonra, la afliccion de su madre, y tan cerca la muerte, lloraba sin consuelo. El demonio viendo esto, acudió disfrazado en forma de un gallardo joven, prometiendo librarle de la muerte y prision, si consentia en hacer lo que le propusiese. Vino en todo el reo, y sin mas preámbulos se le declaró el demonio, y primero exigió que renegase de Jesuchristo y los sacramentos. Lo hizo. Despues queria que renunciase tambien á Maria santísima y su patrocinio. Eso no lo haré nunca, contestó, y volviendose á la Señora, le rezó la oracion de su madre: «Virgen benditísima, ayudadme á la hora de mi muerte.» A estas palabras desapareció el enemigo; pero el joven quedó angustiadísimo por la maldad cometida de haber negado al Señor. Acudió á la Virgen, de quien alcanzó un dolor grande de todos los pecados, y la gracia de confesarlos con gran pesar y llanto. Ya le llevaban á ajusticiar por una calle donde habia una imagen suya, á quien invocó al pasar con su oracion acostumbrada: «Virgen benditísima, ayudadme á la hora de mi muerte;» y la Virgen le inclinó la cabeza á vista del concurso, con cuyo favor enternecido él, suplicó le permitiesen acercarse á besarle los pies. Rehusaban los ministros de justicia; mas alzando un grito la gente, se lo permitieron. Se inclina, pues, para satisfa-

cer su devocion, y Maria desde la imagen alarga el brazo, y le toma por la mano con tanta fuerza, que no fue posible arrancarle de allí. Al ver un prodigio tan manifiesto, empezaron todos á clamar: perdon, perdon; y hubo perdon. Volvió á su tierra, y de allí adelante emprendió una vida muy ejemplar, agradecido y aficionado grandemente á la bienechora clementísima que le habia librado de la muerte temporal y eterna.

ORACION.

¡O Madre de mi Dios! decid hoy una palabra en favor mio, que soy tan miserable. Vuestro Hijo santísimo no espera mas sino que hableis para contentaros. No olvideis que tambien á beneficio nuestro recibisteis tanto poder y dignidad. El mismo Dios quiso constituirse deudor vuestro, tomando carne en vuestro seno purísimo, con el fin de que á vuestra voluntad dispensaseis á los infelices los tesoros de su misericordia. Siervos vuestros somos, dedicados estamos á vuestro servicio, y tenemos la gloria de vivir bajo vuestro amparo. Si aun los que ni os veneran ni conocen, si hasta quien os desprecia y blasfema esperimenta vuestra piedad, ¿no hemos de esperar nosotros que os adoramos, amamos y confiamos en vos? Es cierto que somos pecadores; pero Dios os ha dotado de un poder y clemencia mayor que todos nuestros deméritos. Podeis y quereis salvarnos, y nosotros lo es-

peramos con tanta mayor seguridad, cuanto menos lo merecemos, porque así tendremos mayor motivo de bendeciros en la gloria, salvos por vuestra intercesion. Madre de misericordia, ved nuestras almas, antes tan hermosas, como que fueron lavadas con la preciosa sangre de nuestro divino Redentor, y despues feas y abominables por el pecado. A vos las presentamos para que las purifiqueis de toda mancha. Alcanzadnos una verdadera enmienda, el amor de Dios, y la posesion de la eterna bienaventuranza. Cosas grandes os pedimos; pero vos ¿no lo podeis todo? ¿No es todo muy poco, comparado con el amor que Dios os tiene? Basta que abrais los labios. A ellos nada se niega. Rogad, Señora, rogad por nosotros, y sereis oida, y nosotros salvos.

§. 2.

Maria es abogada piadosa, y no rehusa defender la causa de ningun desvalido.

Son tantos los motivos que hay de nuestra parte para amar á esta amabilísima Señora, que si en toda la tierra resonasen continuamente sus alabanzas, y todos los hombres diesen en su obsequio la vida, seria poca gratitud y retorno al entrañable amor que profesa aun á los mas pecadores, en quienes ve á lo menos algun vestigio de devocion para con ella. Con amor paga el amor; y basta

de servir á quien la sirve no se desdeña, empleando (si este se halla en pecado) todo su valimiento, hasta alcanzarle misericordia y perdon. Tanta es su benignidad, que nadie debe recelar, aunque ya se dé por perdido, de ir á sus pies buscando el remedio, pues á ninguno despide (1). Como abogada amantísima cuida de presentar á Dios nuestras oraciones, mayormente las que van por su medio; pues asi como con el Padre intercede su Hijo, así con el Hijo intercede la Madre, no dejando nunca de agenciar el negocio de nuestra salvacion, y de solicitar las gracias que le pedimos (2). Es refugio singular de perdidos, esperanza de miserables, abogada de todos los pecadores que se valen de su proteccion (3).

Podrá ser que algun pecador, sin dudar del poder de Maria, desconfie con todo eso, temiendo acaso que no quiera favorecerle, enojada y retraida por la gravedad de las culpas. Mas alientese considerando que aquel señalado privilegio de ser para con su Hijo poderosísima (4), de algo ciertamente nos ha de servir, y de nada nos serviria, si de nostros no cuidase (5). Estemos seguros de que asi como tiene mas poder que ningun otro santo, así no hay quien abogue con mas amor y solicitud (6). ¿Quien, despues de vuestro santísimo Hijo, mira por nuestro bien, Madre de misericordia, tanto como vos?

(1) V. Raim. Jordan. Praef. in Cant. (2) Idiot. in dict. Praef. (3) Dion. Cartusian. (4) Bonav. in Spec. lect. 6. 7. (5) Id. (6) Germ. Serm. de zona Virg.

¿Quien nos libra mas pronto de todos los males? ¿Quien mas empeño toma en proteger y defender casi luchando á los infelices pecadores? Vuestro patrocinio es mas util de lo que nadie puede imaginar (1), y si alcanzan los santos á favorecer á los hombres, y con especialidad á sus devotos, vos mucho mas, que sois Reina de todos los santos, abogada de todos los hombres, refugio de todos los pecadores (2).

Sí por cierto, aun de los pecadores tiene cuidado, y de lo que mas se gloria, despues del título de Madre de Dios, es de que la llamen su abogada (3), intercediendo sin cesar por ellos en la presencia de la Majestad divina, y socorriendo todo genero de necesidades con afecto de Madre (4). Acudamos á ella implorando su intercesion con gran confianza, porque á todas horas la encontraremos pronta y deseosa de favorecernos (5). ¡Con cuanta solicitud y amor promueve y solicita el negocio de nuestra salvacion! Cierto es que todos los bienaventurados la desean y piden; mas la caridad y ternura que vos, Señora, mostrais en el cielo, alcanzandonos del Todopoderoso misericordias y gracias sin número, nos obliga á confesar que no tenemos propiamente mas abogada que á vos, y que vos sois la que verdaderamente está cuidadosa de nuestro bien (6). ¿Qué entendimiento podrá

(4) Idem. (2) Idiot. de contempl. B. V. in Prol. (3) Así lo reveló á Sor Maria Villani. (4) B. Amadeus. (5) Richar. a S. Laur. Goffrid. (6) German.

comprender á donde llega tan continuo y amoroso empeño? Es tanta la compasion que teneis de nuestras miserias, es tan ardiente el amor con que nos mirais, que pedis y volveis á pedir, y jamas os cansais de rogar por nosotros, defendiendonos de todo mal, y alcanzandonos toda suerte de bien (1).

¡Infelices de nosotros, si no nos amparase esta abogada tan poderosa, tan benigna, tan prudente y sabia, que el Juez no puede condenar á reo ninguno que ella defienda! (2). Es mas prudente que Abigail. Esta fue una mujer muy discreta, que con la blandura de sus ruegos aplacó el ánimo de Davil á tiempo que iba irritado contra Nabal su marido; y lo fue tanto, que el mismo David al fin la bendijo y dió gracias, de que con sus dulces palabras le hubiese impedido correr á la venganza. Otro tanto hace Maria en el cielo á beneficio de innumerables pecadores. Con sus dulces y discretas razones sabe aplacar tan bien la ira divina, que el mismo Dios la bendice, y como que le da gracias de que le desarme el brazo, para que no los castigue segun merecen. A este fin, queriendo el Padre eterno usar de misericordia con nosotros, nos dió á Jesuchristo por abogado principal para con él, y á Maria por abogada para con Jesuchristo.

Jesuchristo es indudablemente mediador de justicia entre Dios y los hombres, y en virtud de sus propios

---

(1) Bonav. in Spec. lect. 6. (2) Ric. a S. Laur. de laud. Virg. lib. 2. Joan. Geom.

merecimientos puede y quiere alcanzarnos perdon y gracia, como lo tiene prometido. Pero como los hombres reverencian ó temen tanto la majestad divina que en él resplandece, fue necesario que se les diese otra abogada á quien puedan acudir con menos recelo, y de tanta bondad y merecimiento, que nadié le llegue en poder para con Dios, ni en indulgencia para con nosotros (1). Haria, pues, grave injuria á tan grande bondad quien temiese acercarse á esta Señora, de quien está muy lejos la severidad y el terror, pues toda es benignidad, clemencia y dulzura (2). Lee y vuelve á leer con atencion el sagrado evangelio, y si hallas que Maria se mostrase alguna vez severa con alguno, entonces podrás temer. Pero seguramente nada de esto hallarás, y así bien puedes buscarla con alegria para que te ampare y favorezca (3).

Digamosle con los afectos de un alma santa (4): O Madre de mi Dios, á vos acudiré, y aun me atreveré á reconveniros con humildad y filial confianza, porque toda la Iglesia da gritos llamandoos Madre de misericordia. Vos sois aquella criatura escogida, que por haber sido tan amada del Señor, siempre sois oida; vuestra piedad á nadie ha faltado nunca, y vuestra suavísima afabilidad jamas desechó á ningun pecador, por miserable que fuese. ¿Pues qué, la Iglesia os dice acaso vana-

(1) Bernard. Serm. in Sign. Mag. (2) Idem. (3) Idem.
(4) Guliem. Parisien. de Reth. Div. c. 18.

mente su abogada y refugio de pecadores? No sean jamas mis culpas causa para retraeros de tan piadoso oficio. Sois, despues del Salvador, nuestro refugio y mayor esperanza; mas toda la alteza de gracia, gloria y dignidad de Madre de Dios la debeis á los pecadores (sea lícito decirlo así), porque por causa suya se hizo Hijo vuestro el Hijo de Dios. Lejos pues de vos, que disteis al mundo la fuente de la misericordia, pensar que la negueis á ningun infeliz de cuantos se valen de vuestro patrocinio (1). Y pues que vuestro dulce empleo es hacer las paces entre la criatura y su Criador, muevaos á mirarnos con ojos de clemencia vuestra misma bondad, mayor incomparablemente que todo el cúmulo de nuestros pecados (2).

Consolaos ya, pusilánimes, respirad y alentaos, desdichados pecadores, porque esta Virgen purísima es Madre del Juez y abogada del género humano; idonea y pronta mas que otra ninguna para defendernos en el acatamiento del Señor; sapientísima en escogitar los modos de amansar su cólera; y universal en el amor materno, pues que á ningun infeliz (3) rebusa nunca de proteger.

---

(1) Gulielm. Parisien. De Reth. Div. c. 18. (2) Idem. (3) Thom. de Villanova. in Rog. pro exp. advers. Turc. suc.

EJEMPLO.

Bien acredita cuan amorosa es con los miserables pecadores lo que hizo con una monja portera del monasterio de Fuente Eraldo, llamada Beatriz, como refieren Cesareo (1) y el P. Rho (2). Vencida y apasionada de un joven que la sedujo, concertó de fugarse con él para cierto dia que determinaron. Llegado este, se fué la infeliz delante de una imagen de la Virgen nuestra Señora, le dejó las llaves, y se escapó. Lejos de allí tomó dentro de poco tiempo la infame ocupacion de ramera, y en tan miserable estado vivió por el trascurso de quince años, al cabo de los cuales sucedió que encontrandose una vez con el administrador de los bienes del convento, le preguntó si conocia á una monja por nombre Beatriz. La conozco bien, respondió el hombre: es una santa, y ahora la han hecho maestra de novicias. Ella quedó pasmada, no entendiendo como fuese aquello posible, y para salir de la duda, se disfrazó y volvió al monasterio. Pide que salga Sor Beatriz, y se le presenta la Reina del cielo en la forma de aquella imagen á cuyos pies habia dejado el hábito y las llaves. Le habló la Señora, y le dijo; «Beatriz, mirando por tu reputacion tomé tu mismo semblante, y he desempeñado tu oficio todo el tiempo que has vivido fugitiva del monasterio y de Dios. Hi-

(1) Lib. 7. c. 35. (2) In Ex.

ja, vuelve á entrar, y haz penitencia de tus desórdenes; que aun te espera mi amantísimo Hijo; procurando con una conducta ejemplar mantener el buen nombre que yo te he granjeado.» Dijo y desapareció. Entonces Beatriz se metió dentro, cogió el hábito, y agradecida grandemente á la Reina de los ángeles por tan especial beneficio, vivió en adelante como verdadera santa, y á la hora de la muerte manifestó lo sucedido, á gloria de Maria santísima.

ORACION.

¡O Madre santísima! bien conozco que habiendo sido por tantos años ingrato á Dios y á vos, merezco justamente que me abandoneis, porque el ingrato no es acreedor á ningun beneficio. Pero yo, Señora, tengo formada muy alta idea de vuestra bondad. Proseguid, o refugio segurísimo de pecadores, proseguid en favorecer á un desdichado que en vos confia. Estended la mano y levantad á un pobre caido que pide favor. Defendedme, y si no, decidme á quien he de ir que me pueda valer mejor que vos. ¿Pero donde encontraré para con el Altísimo abogada de mas poder y bondad que su misma Madre? Madre sois del Salvador del mundo, y nacisteis para salvar á los pecadores. O Maria, salvad á un infeliz que humilde á vos recurre. No merezco vuestro amor; pero el deseo que arde en vuestro pecho dulcísimo de salvarnos á todos, me dice que me amais, y si vos me

amais, no me perderé. O amada Madre mia, si por vos me salvo, como lo espero, ya no seré desagradecido, sino felicísimo, y con alabanzas perpetuas desquitaré mis ingratitudes pasadas, bendeciré vuestro amor, y besaré vuestras manos sacrosantas, para mí tan benéficas, en aquella patria celestial donde reinais y reinareis eternamente. ¿O libertadora, o esperanza, o Reina, o abogada, o Madre mia, os amo y siempre os amaré.

§. 3.°

Maria hace las paces entre Dios y los hombres.

Es la gracia de Dios tesoro de valor infinito, como dice el Espíritu Santo (1), porque nos eleva á la dignidad de hijos del Excelso, á quienes nuestro divino Salvador llamó amigos suyos (2); asi como el pecado es una mancha tan exacrable y fea, que priva al alma de aquella dichosa amistad y hermosura, haciendola abominable á los ojos de Dios, y su enemiga capital. ¿Qué debe hacer el pecador que se ve caido en semejante abismo? Necesita mediador que interceda por él, y le ayude á recuperar el bien perdido. Tú que has perdido á Dios, quien quiera que seas, consuelate con saber que el Señor te ha dado en su divino Hijo tan poderoso medianero (3).

---

(1) Sap. 7. 14. (2) Joan. 15. 13. (3) Bern. Serm. de aquaed.

¡Pero ay dolor! ¿por qué los hombres han de tener por severo al Mediador clementísimo que dió la vida por salvarlos? ¿por qué han de temer que sea terrible la misma dulzura y amabilidad? Alientate, pecador, y no temas, y si es que los pecados te hacen temblar, acuerdate que Jesus los clavó consigo en el madero de la cruz, y satisfaciendo por ellos á la divina justicia, los borró de tu alma. Mas si lo que te atemoriza es su majestad y grandeza, pues que no dejó de ser Dios, aunque hecho hombre, tienes quien abogue con él. Acude á Maria; que ella pedirá por ti, y será oida, intercediendo el Hijo por ti delante de su eterno Padre, que nada le puede negar (1). Hermanos mios, Maria es la escala por donde recobran de nuevo los pecadores la hermosura de la divina gracia. Esta es el motivo mas poderoso de nuestra esperanza (2).

Oigamos en los libros de los Cantares (3) las palabras que pone en su boca dulcísima el Espíritu Santo: «Yo soy defensa de los que me invocan, y la misericordia de mi pecho es para ellos como torre de asilo.» A este fin la constituyó el Señor medianera y conciliadora de paces entre él y los pocadores. No hay duda, Maria es la pacificadora, la que sabe alcanzar de Dios paz á los enemigos, salud á los desahuciados, perdon á los delicuentes, y misericordia á los desesperados. Por esto la llamó

---

(1) Bern. Serm. de aquaed. (2) Idem. (3) Cant. c. 8.

su divino Esposo hermosa como los pabellones de Salomon (1). En las tiendas de David no se trataba mas que de guerra ; pero en las de Salomon solo se hablaba de paz; dandonos á entender así el Espíritu Santo, que esta Madre misericordiosa no habla de guerra ni venganza contra los pecadores, sino de paz y clemencia.

Figurada estuvo en la paloma de Noe, que saliendo del arca volvió con el ramo de oliva en señal de la paz que ofrecia Dios á los mortales. Maria fue la paloma cándida y hermosa enviada del cielo como ramo de oliva, símbolo de misericordia, porque nos dió á Jesus, fuente de toda misericordia, y en virtud de sus méritos infinitos nos alcanzó todas las gracias y favores que Dios nos dispensa. Por ella se dió la paz al mundo, y por ella siguen á cada hora reconciliandose con Dios los pecadores. (2).

Figura suya fue tambien el arco iris que rodeaba el trono de Dios, visto por san Juan (3), porque siempre asiste al tribunal divino para suavizar las sentencias y castigos que merecen nuestros pecados (4). Ella es aquel arco de hermosos colores que quiso significar el Señor cuando dijo á Noe, que pondria en las nubes su arco de paz, para que viendole se acordasen los hombres de la perpetua paz que con ellos quedaba hecha. Aquel recordaba la promesa que Dios se dignaba de hacer , y este

---

(1) Cant. 1. 4. (2) P. Spinell. Epiph. (3) Apocal. 4. (4) Vitalis Cardin. in Spec. S. Script.

nos alcanza remision de las ofensas, y seguridad de perpetuas paces (1). Por igual razon es comparada con la luna (2), pues asi como la luna está entre el cielo y la tierra, así Maria se interpone continuamente entre Dios y los pecadores para aplacar la divina justicia, iluminar los entendimientos y volvernos á nuestro Criador (3).

Ved aqui su principal oficio, levantar las almas á la gracia divina reconciliandolas con Dios. Apacienta los cabritos (4), se le dice en los Cantares. Sabemos que los cabritos son figura de los pecadores, asi como los corderos ó mansas ovejas significan los escogidos, que se colocarán en el último dia á la diestra del supremo Juez, mientras que los otros desventurados estarán á la izquierda. Pues, o Pastora divina, á vuestro cargo quedan los cabritos, para que vos los convirtais en corderos, y hagais que tambien vayan á ponerse aquel dia al lado de la felicidad (5). Se reveló á santa Catalina de Sena, que *la* Virgen fue criada para ser cebo suavísimo que prendiese á los hombres y los restituyese á Dios (6). Solo hay que advertir, que no á todos los cabritos ó pecadores los salvará, sino á los que la sirvan y veneren, porque los que viviendo en los vicios, no procuran merecer su favor con algun obsequio particular, ni se le enco-

(1) Bernardin. Sen. in apoc. c. 41. (2) Cant. 6. 9. (3) Serm. 14. Nat. Dom. (4) Cant. 1. 7. (5) Gul. Paris. (6) Apud. Blos. Mant. Spir.

miendan con deseo de salir de su mal estado, no pertenecen á su grey, y por lo tanto la izquierda será en el último juicio el lugar que les corresponda (1).

Hubo un hombre noble, que por la multitud de los delitos que habia cometido, desconfiaba ya de conseguir su salvacion; pero sabiendolo un religioso le exhortó á valerse del amparo de Maria santísima, bajo la advocacion de una imagen que se veneraba en cierta iglesia. El caballero fué, y al instante que vió la imagen, sintió como que le animaban á echarse á sus pies con toda confianza. Corre, se postra, y al ir á besarselos, la imagen, que era de talla, le dió á besar la mano en la cual estaban escritas estas palabras: *yo te libraré*, con lo que el hombre concibió de repente tan grande dolor de sus pecados, y tan intenso amor de Dios y de aquella Madre dulcísima, que allí cayó muerto á sus sagrados pies. ¡Oh y á cuantos pecadores obstinados trae á Dios cada dia este iman de nuestros corazones (2)! Pudiera referir muchos casos sucedidos en nuestras misiones y las ajenas, de algunos que á los demas sermones se mantuvieron duros y empedernidos; pero oyendo al fin predicar de las misericordias de Maria, se compungieron y convirtieron. Dicen que el unicornio es animal tan lijero y feroz, que no hay quien pueda darle caza, y que solamente á la voz de una doncella se rinde, se acerca, y deja que

(1) Gul. Angelicus in Cantic. c. 1. 7. (2) Lib. 3. Revel. S. Birgit. c. 32.

le ate. ¡Cuantos pecadores que huian de Dios, mas bravos que las fieras, vuelvén á las voces de esta Virgen amorosísima, y de su mano se dejan mansamente ligar y conducir!

A este fin fue ensalzada á la dignidad de Madre de Dios, para que medie y alcance la salvacion á muchos que atento á sus obras y al rigor de la divina justicia, no se salvarian (1). Mas por el bien de los pecadores que por el de los justos, se ven tan entronizada, semejantemente á lo que afirmó de sí Crhisto nuestro Redentor hablando de los motivos de su venida al mundo (2). ¡O Señora! obligada estais á favorecer á los pecadores, porque todas las prerogativas y grandezas que habeis recibido comprendidas en el título de Madre de Dios, á ellos las debeis, pues por su causa teneis á Dios por Hijo (3), ¿Como con esto podrá ninguno desconfiar?

En la oracion de la misa de la vigilia de la Asuncion, nos dice la santa Iglesia, que fue llevada á los cielos para que allí de continuo se interponga por nosotros con la certeza de ser oida, como árbitra que dispone de todo á su voluntad, y con cuya sentencia y decision siempre se conforma el supremo Juez (4). ¿Qué mayor seguridad podemos desear? ¿qué fiadora mas acepta á los deseos de Dios, ni que mejor pueda reconciliarnos con él (5)? Como el Señor solicita por todos medios la reconci-

---

(1) Chrys. Hom. de Praer B. V. (2) Anselm. (3) Anselm. de exc. Virg. c. 1. (4) Justinus. (5) Andreas Cretens, Or. 1. de Ass.

liacion de los pecadores, para que no dudasemos de alcanzar el perdon, nos la dió por prenda segura. ¡O pecador! animate oyendo esto, y si por la muchedumbre y gravedad de tus pecados temes que Dios indignado tome venganza de ti, vé á buscar á Maria, esperanza de pecadores, sabiendo que el mismo Señor le confió el oficio y encargo de socorrernos y ayudarnos á todos (1).

¿Qué temor ha de tener de salir mal el reo á quien la madre del juez se ofrece por abogada y madre? Y vos, Señora, que lo sois, ¿os desdeñareis de interceder con vuestro Hijo, que es el Juez, por otro hijo, que es el pecador? ¿no pedireis al Redentor por un alma redimida con su preciosa sangre? (2). Con toda eficacia rogareis por los que recurren á vos, como mediadora que sois entre el Juez y el delincuente (3). Tú, pecador, cualquiera que seas, por mas atollado que estes, por mas antiguas y encanceradas que sean tus llagas, no desconfies, antes bien da gracias á Dios de que para usar contigo de misericordia, no solo te haya dado á su unigénito Hijo por abogado, mas para que mayormente confies, te proveyó tambien de una medianera que todo lo alcanza. Implora su favor, y te salvarás.

---

(1) Bonav. (2) Adam. Abbas. (3) Idem.

EJEMPLO.

Cuentan Rupense y Bonifacio, que hubo en Florencia una moza llamada Benita, pero no bendita, sino perversa, deshonesta y escandalosa. Por dicha suya llegó á la ciudad el glorioso patriarca santo Domingo, y ella por mera curiosidad quiso ir un dia á un sermon que predicaba, en el cual finalmente la palabra divina la compungió tanto, que anegada en lágrimas se confesó con el santo, quien no le impuso mas penitencia que rezar el rosario. Pero la infeliz, vencida del mal hábito contraido, volvió á recaer. Supolo el santo, fué á buscarla, y logró que se confesase otra vez, ayudando el Señor por su parte á la firmeza del propósito con una vision en que le descubrió las penas del infierno, y ardiendo en él algunos hombres condenados por culpa suya; al mismo tiempo que le puso delante un libro donde estaban escritos todos sus pecados, cosa que la llenó de espanto; pero valiendose fervorosamente de la proteccion de la Virgen, vió tambien que esta Señora le alcanzaba de Dios tiempo para llorar sus liviandades. Emprendió desde luego una vida muy ajustada; mas como nunca se le apartase de los ojos aquel proceso tan temeroso, empezó un dia á decir á la Reina de los ángeles estas palabras: «Madre amantísima, bien sé que he merecido mil veces el infierno; pero ya que misericordiosa-

mente me habeis conseguido espacio de penitencia, voy á pediros otra gracia, aunque no quiero dejar de llorar mis pecados hasta la muerte, y es que dispongais se borren todos de aquel libro que vi. La Virgen santísima se le apareció, diciendole que para obtener lo que solicitaba, habia de tener de allí adelante memoria continua de sus pecados, y de la misericordia que Dios habia usado con ella; que se habia de acordar frecuentemente de lo mucho que el Señor habia padecido por salvarla; y que en fin, habia de pensar cuantos se habian condenado con menos motivo, revelandole la condenacion aquel mismo dia de un muchacho, por un solo pecado grave. Obedeció Benita puntualmente, y mereció que al cabo se le apareciese tambien Jesuchristo nuestro Redentor, y que mostrandole aquel libro, le dijese: ya tus delitos quedan borrados, y el libro en blanco. Escribe ahora muchos actos de caridad y demas virtudes. Hizolo asi Benita lo que le restaba de vida, vivió hasta el fin como santa, y murió felizmente.

ORACION.

¡O dulcisima Virgen! pues que vuestro empleo es el de interponeros como defensora entre Dios y los pecadores, haced por mí siempre oficio tan amoroso, y no digais que es dificil mi causa y no me podeis defender, porque ninguna tuvo mal éxito, por desesperada que

fuese, patrocionada por vos. ¿Y se ha de perder la mia?
No, no se perderá. Es cierto que si solo mirase á lo que
merecen mis pecados, temeria con gran razon que os ne-
gaseis á encargaros de ella; pero como conozco vuestra
piedad, y el deseo que arde en vuestro benignísimo co-
razon de favorecer á los desdichados, nada temo. ¿Quien
nunca se perdió que á vos acudiese? Vos me amparareis,
abogada mia, refugio mio, esperanza mia, amada Madre
mia. En vuestras manos pongo el negocio de mi eterna
salvacion. En vuestras manos encomiendo mi alma; vos
la habeis de salvar. No cesaré de bendecir al Señor
porque me da en vos esta confianza, la cual es tan gran-
de, que sobrepujando á todos mis deméritos, me alien-
ta y asegura de mi salvacion. Un solo recelo me queda,
y es si llegaré á faltar por mi negligencia en esta con-
fianza de hijo que siento en vos ahora. Pero para que así
no suceda, os pido por el amor que teneis á nuestro di-
vino Salvador, que conserveis y aumenteis cada dia mas
y mas en mi ánimo esta segurísima confianza en vuestra
intercesion, por la cual espero recuperar la gracia que
perdí pecando locamente, conservarla con vuestro auxi-
lio poderoso, y conseguir despues cantar en el cielo tan-
tas misericordias, viendo y gozando á Dios en vuestra
compañia por todos los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO VII.

Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.

PÁRRAFO ÚNICO.

Maria santísima mira con gran compasion nuestras miserias para remediarlas.

Llamó san Epifanio á la Virgen santísima *la de los muchos ojos,* porque de continuo mira y atiende al remedio de todos los desdichados que vivimos en este valle de lágrimas. Estaban conjurando una vez á un endemoniado, y el exorcista preguntó al enemigo: *dime ¿qué hace Maria?* á lo cual respondió: *baja y sube* (1); queriendo decir, que no háce otra cosa que bajar á traer á la tierra beneficios y hacer bien á los hombres, y subir al cielo á presentar nuestras súplicas ante el divino acatamiento. Un santo la llamó procuradora del paraiso (2), porque allí se ocupa sin interrupcion en solicitar las misericordias del Señor, y conseguir mercedes para justos y pecadores. En los justos tiene Dios puestos los ojos, dice David (3); pero la Virgen en los justos y pecadores, por-

(1) Ap. P. Pep. tom. 5. lect. 235. (2) Andr. Avellin. (3) Ps. 34.

que los suyos son ojos de Madre, y la madre no solo mira que el hijo no caiga, mas cuando cae, corre á levantarle (1).

Pideme cuanto quieras, dice á su Madre el Señor, complaciendose en concederle todo lo que desea, por el grande amor que le tiene. ¿Y qué pide Maria? Hijo mio, pues que tú me has destinado para Madre de misericordia, refugio de pecadores y abogada de miserables, y me dices que pida cuanto quiera, pido que uses con ellos de misericordia (2). Tanta es la vuestra, Señora, y tanto el cuidado con que atendeis al alivio y remedio de nuestros males, que no parece teneis en el cielo otro empleo ni otra solicitud mas que esta (3). Y como la mayor miseria es la de los pecadores, sin descanso rogais por ellos (4). Aun en esta vida tuvo siempre para con los hombres un corazon tan amoroso y tierno, que jamas hubo persona tan afligida de sus penas propias, como la Virgen de las ajenas (5). Bien lo mostró en aquellas bodas á donde fue convidada, como dijimos en el capítulo anterior. ¿Y seria motivo para olvidarse de nosotros el verse ahora en el cielo tan ensalzada? No hay que pensarlo, ni corazon tan piadoso puede nunca olvidarse de miseria tan grande como la nuestra, ni á ella le alcanza de ninguna manera el proverbio de que *hono-*

---

(1) Richard. (2) S. Birg. Rev. l. 1. c. 46. (3) Bonav. sup. Salv. Reg. (4) Beda in c. 1. Luc. (5) Hieron. Ep. ad Eust.

res mutant mores, ó de que con las glorias se olvidan las memorias; ingratitud y proceder comun entre los mundanos, los cuales, si por caso llegan á subir á puestos altos, se olvidan facilmente de los amigos que dejan en pobreza. Maria no, antes bien se goza de su gran poder, porque así tiene mas proporcion de hacer beneficios y socorrer necesidades. Bendita seas, se le debe decir con mas razon que á Rut, porque si fue grande tu primera misericordia, mayor es la de ahora (1): si viviendo en carne mortal eras tan clemente, mas lo eres ahora que reinas en el cielo (2). Verdaderamente es ahora mayor su misericordia maternal, comprobada con la grandeza y continuacion de los favores que nos consigue, porque desde el cielo conoce mejor nuestras faltas y necesidades; y así como la luz del sol es mucho mas resplandeciente que la de la luna, así la piedad de Maria, ahora que reina en la gloria, excede con mucho á la que tuvo antes. ¿Quien vive en el mundo privado de la luz del sol? ¿y á quien no alumbra y vivifica la misericordia de Maria? Se apareció un dia santa Inés á santa Brígida y le dijo: Ahora que nuestra Reina está en el cielo unida con su Hijo, no se olvida de su innata piedad, sino que á todos, sin escluir á ningun pecador, tiende el manto de su misericordia; y á la manera que los rayos del sol iluminan todos los cuerpos terrestres y celestes, así no

(1) Bonav. in Spec. (2) Id.

hay persona en el mundo, que no participe de su misericordia, si la pide (1). Estaba determinado un gran pecador en el reino de Valencia á hacerse turco, por huir de manos de la justicia que le buscaba, y ya iba al embarcadero, cuando al pasar por una iglesia donde predicaba el P. Gerónimo Lopez de la Compañia de Jesus, famoso misionero, entró, y oyendole, quedó convertido, confesandose con él. Acabada la confesion, le preguntó el misionero si habia practicado alguna devocion por la cual hubiese Dios usado con él de tan especial misericordia, y supo que solamente habia tenido la costumbre de pedir todos los dias á la Virgen que no le abandonase (2). En otra ocasion dió en un hospital el mismo padre con otro pecador que habia vivido 55 años sin confesarse, ni otra devocion, que hacer reverencia á las imágenes de Maria santísima, y suplicarle que no le dejase morir en pecado mortal. Habia tenido una riña con un enemigo suyo, en la cual se le rompió la espada, y creyendose ya muerto y condenado, se volvió á la Virgen y le dijo: «Madre de pecadores, ayudadme;» y apenas acabó estas palabras, sin saber como, se halló lejos de allí en lugar seguro. Hizo tambien confesion general, y murió con gran confianza de su salvacion (3).

¡Cuan cierto es que toda se presta á todos! A todos abre el seno de su misericordia, para que todos reciban,

(1) Rev. S. Birg. lib. 1. cap. 30. (2) Patrig. Menol. 2. Feb. (3) Patrig. Menol. 2. Feb.

el esclavo rescate, el enfermo salud, el triste consuelo, el pecador perdon, y gloria Dios, y así no haya quien carezca de su luz y calor. ¿Quien no la amará? Mas hermosa es que el sol, y mas dulce que la miel; es tesoro inagotable de beneficencia, con todos benigna, con todos cariñosa (1). Os saludo con todo mi corazon, Señora y Madre mia, luz de mis ojos y vida de mi alma. Perdonadme si digo que os amo; y si no soy digno de amaros, vos sois dignísima de todo amor.

Santa Getrudis supo por revelacion (2), que siempre que se le dicen devotamente estas palabras de la Salve: Ea pues, Señora, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, no puede menos de inclinarse propicia, y acceder á lo que se le pide. O Señora, vuestra misericordia llena toda la tierra, y el deseo que teneis de favorecernos es tan grande, que os dais por ofendida, no solo de los que os injurian abiertamente (como los perversos que en el juego blasfeman de vuestro nombre) sino de todos aquellos que no se acuerdan de vos para pediros alguna gracia (3); enseñandonos así á esperarlas mayores que nuestros méritos, pues mayores sin comparacion las dispensais continuamente (4).

Predijo el profeta Isaias, que cuando llegase el tiempo de la redencion, se alzaria un trono de misericordia. ¿Y cual es este trono? pregunta san Buenaventura. Es

(1) Bonav. Stim. p. 5. c. 19. (2) Rev. lib. 4. c. 53. (3) Bonav. in Spec. (4) Ildebert.

Maria, en quien todos hallan, justos y pecadores, consuelo y amparo. Un Señor tenemos lleno de misericordia, y una Señora misericordiosísima. El Señor es todo clemencia con los que le invocan, y la Señora lo mismo (1). Sentada está en el solio del reino de Dios, donde el Altísimo la revistió de su autoridad y omnipotencia, para que nos dispense todo género de beneficios, y nos ayude á conseguir por último la eterna salvacion (2).

Le decia una vez santa Getrudis con ternísimo afecto: Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y la Virgen le señaló los ojos del Niño que tenia en los brazos, respondiendo así: Estos son los ojos misericordiosísimos que yo puedo inclinar hacia todos los que me invocan (3). Y otra vez llorando á sus pies un pecador y pidiendo que le alcanzase misericordia, vuelta al Hijo que tenia tambien en los brazos, le dijo: ¿y estas lágrimas han de correr en vano? No fue así, porque el Señor le perdonó.

¿Ni como ha de perecer ninguno de cuantos se valgan del amparo de tan buena Madre, estando empeñada en su favor la palabra del Hijo, con promesa de usar con ellos de misericordia? Igual sois en poder y bondad, Madre piadosísima; en poder para alcanzarnos beneficios, y en bondad para perdonarnos (4). ¿Cuando se dió caso en que no os compadecieseis de algun miserable, siendo

---

(1) Bonav. in Spec. (2) Guerric. Abbas. (3) Rev. l. 4. c. 53.
(4) Adamus Parsenius abbas.

como sois Madre de misericordia? ¿O cuando os faltó poder para socorrerlos, siendo Madre del Omnipotente? ¡Ah Señora! con la misma facilidad escuchais ruegos, alcanzais favores y socorreis miserias. Llenaos, Reina felicísima, de la gloria de vuestro Hijo, llenaos, rebosad, y no por nuestros méritos, sino de pura compasion, dejad que llegue algo á estos pequeñuelos hijos y esclavos vuestros (1). Y para que mis pecados no me desalienten, no me los opongais, porque contra ellos presentaré yo vuestra piedad. No se diga nunca que hayan mis culpas altercado en juicio contra vuestra misericordia, la cual es mucho mas poderosa para absolverme, que mis pecados para condenarme (2).

EJEMPLO.

En las crónicas de los PP. capuchinos se escribe (3), que hubo en Venecia un abogado de fama, que habia llegado con enredos y engaños á ser hombre rico, sin verse de bueno en él otra cosa, que la costumbre de rezar todos los dias una oracion á nuestra Señora, la cual bastó no obstante para librarle de las penas eternas. El modo fue así: que habiendo por fortuna contraido amistad con un religioso ejemplar, llamado Fr. Mateo de Basso, logró que un dia condescendiese á comer con él. Lle-

(1) Rup. in Cant. I. 5. (2) Gulielm. Paris. de Reth. div. c. 18.
(3) Cap. 11. p. 1.

gados á casa, le dijo el abogado: Padre, va V. á ver una cosa que no habrá visto nunca: tengo una mona tan habil, que es una admiracion, porque me sirve de criado, abriendo la puerta, fregando en la cocina, poniendo la mesa, y haciendo todos los otros menesteres de la casa. El capuchino contestó: Cuidado no sea ese animal algo mas que mona; hagala V. venir. La llaman, la vuelven á llamar, la buscan por todos los rincones, y la mona no parece. Finalmente la encuentran en un cuarto bajo, escondida debajo de la cama, de donde no queria salir. Vamos allá nosotros, dijo el Padre. Fueron, y dijo el religioso: Sal aquí, bestia infernal, y yo te mando en nombre de Dios digas quien eres. A estas palabras habló la mona, confesando que era el demonio, que esperaba que aquel hombre desalmado omitiese un dia el decir su oracion á la Virgen, para ahogarlo y arrebatar su alma á los infiernos, con licencia que para ello tenia de Dios. Al oir esto el abogado, sobrecogido y temblando se echó á los pies del siervo de Dios pidiendole favor y consejo. El Padre le animó, y mandó al diablo irse al instante de aquella casa sin causar daño, y que solo para señal dejase abierta la pared. Apenas dicho esto, se oyó un estallido, y apareció la abertura, que en mucho tiempo no se pudo tapar por mas que se hizo, hasta que por consejo del mismo Padre se puso allí una imagen de bulto representando un angel. El abogado se convirtió, y hasta la muerte se cree que perseveró en la mudanza de vida.

ORACION.

—

Virgen purísima, la mas excelente y encumbrada de todas las criaturas, desde este valle oscuro y hondo os saluda humildemente un pecador, que por haber sido infiel á Dios, conoce no merecer misericordia y gracia, sino justicia y pena; aunque por otra parte no desconfia de vuestra piedad, porque sabe que os preciais de ser tanto mas benigna, cuanto mas poderosa; que os alegrais de ser rica para enriquecer nuestra pobreza; y que á proporcion que son mas desvalidos los que vienen á pedir á vuestras puertas, mas pronto los amparais y socorreis. Madre mia, vos llorasteis amargamente viendo á vuestro Hijo muerto por mí. Os pido que le presenteis aquellas lágrimas, para que por ellas me conceda un verdadero dolor de mis pecados. Si tanto fue lo que os afligieron los pecados de los hombres, y especialmente los mios, haced que cesen ya los disgustos dados al Señor y á vos. ¿De qué me servirian lágrimas tan preciosas, si contiuase siendo ingrato y perverso? ¿De qué me aprovecharia vuestra misericordia, si de nuevo hubiese de ser infiel y condenarme? No lo permitais, Madre mia. Vos habeis respondido por mí; vos alcanzais de Dios cuanto pedis; vos escuchais los ruegos de todos. Con esta confianza, dos favores os pido en este dia, y los dos los espero de vuestra bondad. El uno ser en adelante fiel al Señor, sin

mas ofenderle; y el otro amarle ardientemente tanto como le ofendí, sin dejarle de amar mientras me dure la vida, para amarle despues por todos los siglos.

CAPITULO VIII.

Y despues de este destierro, muestranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre.

§ 1.°

Maria libra del infierno á sus devotos.

Es imposible que ningun devoto de Maria santísima se condene, si él procura obsequiarla y enconmendarse á su patrocinio. Parecerá tal vez á primera vista mucho decir; pero suplico no deseche nadie mi asercion antes de hacerse cargo de las razones. El afirmar que un devoto de nuestra Señora no es posible que se condene, no se ha de entender de aquellos que abusan de esta devocion para pecar mas libremente; por lo que no hacen bien algunos en desaprobar con zelo falso lo mucho que ensalzamos la piedad de Maria para con los pecadores, pareciendoles que así los malos toman alas para mas pecar; cuando lo primero que decimos es que estos no tienen que lisonjearse, antes bien por su temeridad y loca presuncion merecen castigo, no misericordia. Se entiende, pues, de aquellos devotos que con el deseo de la

enmienda juntan la fidelidad en obsequiar y encomendarse á la Madre de Dios. De estos afirmo, que moralmente hablando, no es posible que se condenen; proposicion enseñada por muchos y graves teólogos (1). Y para ver el fundamento sólido en que se apoyaron, examinemos lo que en la materia habian enseñado antes los santos y doctores sagrados.

Lo dice san Anselmo terminantemente, y estas son sus palabras: Virgen benditísima, tan imposible es que se salve el que de ti se aparta, como que perezca el que se vale de ti (2).

Casi con las mismas espresiones lo confirma san Antonino, diciendo: «Asi como es imposible que se salve ninguno de cuantos la Virgen desvie sus ojos de misericordia, así necesariamente se salvan todos aquellos en quienes los ponga abogando por ellos (3). Notese de paso la primera parte de la proposicion sentada por estos santos, y tiemblen los que no hacen caso ó dejan por descuido la devocion de María, pues vemos que aseguran resueltamente no haberse de salvar ninguno á quien esta Señora no proteja; sentencia que ademas sostienen otros muchos doctores, como Alberto Magno que dice: «Señora, el que no te sirva, perecerá (4); san Buenaventura que añade, que los que no le son devotos, morirán en pecado (5); y en otra parte, que quien no la

(1) Crasset, Vega, Mendoza, etc. (2) De Exc. Virg. c. 11.
(3) Part. 4. tit. 50. (4) Bibl. Mar. in c. 70. (5) In Ps. 116.

invoque en esta vida, no entrará en el reino de los cielos (1); y esponiendo el salmo 99, llega á decir, que ni esperanza tendrán de salvacion aquellos á quienes Maria vuelva las espaldas, doctrina que mucho antes habia enseñado san Ignacio martir; diciendo claramente que ningun pecador se puede salvar sino por medio de la Virgen, la cual con su intercesion poderosa salva á muchísimos que de rigor de justicia se hubieran condenado (2). Algunos dudan que estas palabras sean de san Ignacio; pero á lo menos las hicieron suyas san Juan Crisóstomo (3) y el abad Celense (4), en cuyo sentido le aplica la Iglesia lo que se dice en los Proverbios: »el que me halle, hallará la vida (5)» porque como añade Ricardo de san Lorenzo dando la esplicacion de otras espresiones del mismo libro divino, en que se la compara á una nave (6), todos los que naveguen fuera de esta barca segura, perecerán en el mar del mundo (7). Al contrario, dice Maria, el que me oye no será confundido (8), respondiendo á lo cual le dice san Buenaventura: Sí, Señora, quien procure obsequiaros, estará muy lejos de la perdicion (9), y san Hilario añade, que ningun devoto suyo acabará mal, por mas que en lo pasado haya ofendido á Dios (10).

---

(1) In Ps. 86. (2) Ap. Celada in Jud. Fig. §. 10. (3) In Deprec. ad Virg. (4) In Compl. Vir. c. 5. (5) Prov. 8. (6) Prov. 39. (7) De Laud. Virg. l. 11. (8) Eccl. 24. 30. (9) In Ps. 118. (10) Cant. 12. in. Matt.

Ahora conoceremos el motivo que el demonio tiene para afanarse tanto con los pecadores, á que perdida la divina gracia, pierdan tambien la devocion de Maria santísima. Viendo Sara que su hijo Isaac, jugando con Ismael, hijo de la esclava, aprendia malas costumbres, dijo á su marido Abrahan, que le echase de casa juntamente con Agar su madre. No se contentó con que Ismael saliese, si no salia tambien la madre, temiendo que el mozo viniese á verla, y con aquella querencia no se despegase nunca de la casa. De esta suerte el demonio no se contenta con que el alma eche de sí á Jesuchristo, si no despacha tambien á la Madre, porque teme que la Madre con la eficacia de su intercesion le vuelva á traer: temor bien fundado, porque todo el que sea constante en obsequiarla, pronto recobrará la gracia de Dios (1). Por eso llamaba san Efren á la devocion á Maria carta de libertad ó salvaguardia para librarse del infierno (2). Y realmente, teniendo para salvarnos tanto poder y voluntad, segun la doctrina de san Bernardo (3); poder, porque es imposible dejar sus ruegos de ser oidos (4;) voluntad, porque es nuestra Madre y desea que logremos la salvacion mucho mas que nosotros mismos, ¿como se ha de perder ninguno que fielmente le sea devoto? Podrá estar en pecado; pero si con deseo de la enmienda sigue enconmen-

(1) Ap. Pacciuchelli in Salv. Reg. (2) Orat. de laut. Virg.
(3) Serm. de Ass. (4) Bernardin. p. 4. tit. 15. cap. 17. §. 4.

dandose á ella, queda á su cuidado el alcanzarle luz, arrepentimiento y verdadero dolor, perseverancia en la virtud, y al fin morir en gracia. ¿Qué madre pudiendo facilmente librar á un hijo del cadalso solo con hablar al Juez, no lo haria? ¿Y hemos de imaginar que la Madre mas amorosa y tierna que jamas vió el mundo, no librará de la muerte eterna á un hijo suyo, pudiendolo hacer tan facilmente?

Demos al Señor gracias incesantes, si sentimos en nosotros este afecto y confianza filial para con la Reina de los ángeles, pues que segun afirma san Juan Damasceno, es gracia que Dios cencede solamente á los que quiere salvar, y oigamos las palabras del santo, que alientan sobremanera los corazones: O Madre de Dios, si consigo verme bajo vuestra proteccion y amparo, no tengo que temer, porque el ser devoto vuestro es señal segura de salvacion, y Dios no la concede sino á los que determina salvar (1).

No es estraño, pues, que esta dichosa devocion desagrade tanto al enemigo de nuestras almas. Se lee en la vida del P. Alfonso Alvarez de la Compañia, devotísimo de la Virgen, que estando en oracion y sintiendose acosado de tentaciones impuras, oyó cerca la voz del enemigo que le afligia, diciendole: deja tú la devocion de Maria, y dejaré yo de tentarte. Y á santa Catalina de

---

(1) Serm. de Nat. B. V.

Sena fue revelada la verdad que vamos aquí probando. Díjole el Señor (1): por mi bondad y reverencia al misterio de la Encarnacion, he concedido á Maria, Madre de mi unigénito Hijo, la prerogativa de que ningun pecador, por grande que sea, que se le encomiende devotamente, llegue á ser presa del fuego del infierno. Aun el profeta David, dicen los intérpretes, pedia que Dios le librase de las penas eternas por el honor y gloria de Maria, clamando así: «Señor, bien sabes que amé la hermosura de tu casa: no se pierda mi alma con la de los impios.» (2). Dice *tu casa*, significando á Maria, que es aquella casa hermosísima que en la tierra fabricó Dios por su mano para habitar y recrearse en ella hecho hombre, como está registrado proféticamente en los Proverbios por estas palabras: «La Sabiduría edificó una casa para sí.» (3). No se perderá, nos asegura el glorioso san Ignacio martir, quien procure ser devoto de esta Madre santísima, apoyandolo san Buenaventura cuando le dice: «Señora, vuestros amantes en esta vida gozan paz envidiable, y en la otra no verán la muerte eterna (4). No, jamas se vió ni se verá que un siervo humilde y atento de Maria se pierda para siempre (5).

¡Cuantos se hubieran perdido por toda la eternidad, si esta Señora no hubiese mediado con su Hijo santísimo alcanzandoles misericordia! Mas llegan á decir no pocos

(1) Blos. in Cant. Spir. (2) Ps. 25. (3) Prov. 9. 1.
(4) In Ps. 118. (5) Blos. in Cant. Vit. Spir. c. 18.

teólogos, y especialmente santo Tomas. Dicen que ha habido muchos casos de personas muertas en pecado mortal, y que no obstante, por ruegos de Maria, Dios suspendió la sentencia, y les permitió volver á la vida para que hiciesen penitencia de sus pecados. Entre otros graves autores, Flodoardo que vivió en el siglo IX cuenta en su Crónica (1) que un diacono por nombre Adelmaro, estando ya para ser puesto en la sepultura resucitó y declaró haber visto el lugar que le esperaba en el infierno; pero que interponiendose la Virgen santísima, le habia conseguido la gracia de volver al mundo para hacer penitencia. Surio refiere (2), que la misma Señora alcanzó gracia igual á un vecino de Roma llamado Andres, muerto impenitente. Perbarto escribe tambien (3) que pasando en su tiempo por los Alpes con un ejército el emperador Sigismundo, oyeron que de un esqueleto salia un grito pidiendo confesion, y añadiendo que la Virgen Maria, con quien en vida tuvo devocion siendo soldado, le habia conseguido vivir en aquellos huesos mientras durase la confesion. Se confesó y volvió á morir.

Estos y otros ejemplos no deben servir á ningun temerario de motivo para seguir pecando, con la esperanza de que la Virgen le librará tambien del infierno; porque asi como seria gran locura echarse de cabeza en un

---

(1) Ap. Crass. tom. 1. q. 12. (2) Stellar. Cor. B. V. lib. 12. p. 2. a. 1. (3) Lib. 1. c. 35.

pozo esperando que la Virgen habia de impedir la muerte por haberlo hecho alguna vez, mucho mas lo seria el aventurar la salvacion eterna con la vana presuncion de que le librará del infierno. Para lo que sirven los ejemplos referidos es para avivar la confianza, considerando que si fue su intercesion tan poderosa, que llegase á librar de las penas eternas á alguno que otro muerto en pecado, incomparablemente mas eficaz será en favor de aquellos que en vida recurren á ella y la sirven fielmente con deseo de enmendarse y mudar de vida.

Animados con esto, acojamonos bajo las alas de su misericordia, diciendole con san German: «O Madre, o esperanza, o vida de los cristianos, sin vos ¿qué seria de nosotros? (1). Repitamos con san Anselmo: Señora, aquel por quien pidais una vez, no verá los suplicios eternos. Si cuando sea llamado á juicio abogais por mí como Madre de misericordia, saldré absuelto (2). Añadamos con el beato Suson: si el Juez quisiere condenarme, pase la sentencia por vuestras manos (3), porque en manos tan piadosas, se impedirá la ejecucion. Concluyamos con san Buenaventura: en vos espero, Señora, no seré confundido, sino salvo en el cielo, donde os veré, alabaré y amaré para siempre (4).

---

(1) De zona Virg. (2) Ricard. de S. Vict. in Cant. c. 15.
(3) Hor. Sap. l. 1. c. 16. (4) In Ps. Mar.

EJEMPLO.

—

En una ciudad de Flandes el año de 1604 habia dos estudiantes que en lugar de estudios y libros, pasaban el tiempo en francachelas y deshonestidades. Habian ido una noche, despues de otras muchas, á casa de una mala mujer, en donde, vueltose á la suya el uno de ellos, que se llamaba Ricardo, se quedó el otro. Ricardo al desnudarse para dormir, se acordó que aun no habia rezado un Ave Maria que todos los dias tenia de costumbre, y haciendose fuerza, al fin la rezó, aunque de mala gana, sin atencion y medio dormido. Al primer sueño siente de pronto dar en la puerta un golpe muy fuerte, y sin abrirse ve entrar á su compañero en figura espantosa. ¿Quien eres? le preguntó. ¿Pues no me conoces? dijo el otro.—Tan trocado y deforme te veo, que pareces un diablo.—¡Infeliz de mí! estoy condenado.—¿Como?—Has de saber que al salir de aquella casa infame, vino el demonio y me ahogó, quedando mi cuerpo tendido en la calle y bajando á los infiernos mi alma. Sepas tambien que á ti te aguardaba la misma suerte; pero por el Ave Maria que rezaste, te ha librado la Virgen. ¡Afortunado de tí, si te sabes aprovechar de este aviso que te da por mi medio! Dicho esto, se destapó mostrando las llamas y serpientes enroscadas que le atormentaban, y desapareció. Entonces Ricardo se tiró al suelo, y con llantos y gritos daba gracias á nuestra

Señora de tan grande misericordia, prometiendo muy de veras mudar de vida, cuando oyendo tocar á maitines en el convento de san Francisco, esclamó: esta es la voz de Dios que me llama á hacer penitencia, y sin mas dilacion se fué desde allí á pedir con instancia el santo hábito. Los religiosos se lo negaron, sabedores de su mala conducta. Entonces les contó el caso, y para cerciorarse de la verdad fueron dos á la calle que decia, donde con efecto encontraron el cadaver de su amigo ahogado y negro como un carbon. Con esto le admitieron, y vivió en la religion haciendo siempre vida muy ejemplar. Fué á las Indias á predicar la fe, y de allí al Japon, en el cual tuvo la dicha de ser quemado y morir martir de Jesuchristo(1).

ORACION.

¡O dulce Madre mia, en qué abismo de males tan profundo hubiera ya caido, si vos teniendome con vuestra mano piadosa no lo hubieseis estorbado! ¡Cuantos años ha que arderia en las penas eternas, si no lo hubieseis impedido con vuestros ruegos poderosos! Mis pecados lo merecian, y la justicia de Dios estaba ya para descargar el golpe; los enemigos y verdugos esperaban la sentencia, y vos acudisteis á defenderme sin ser de mí llamada. O libertadora de mi alma ¿con qué os podré

(1) P. Alonso Andrade, de Bap. Virg.

pagar beneficio tan grande, amor tan generoso? Mas hicisteis, que fue vencer la dureza de mi corazon llamandome á vos y animandome á confiar en vuestra clemencia. Despues ¡cuantas veces hubiera de nuevo caido en mil precipicios sin el sosten de vuestra mano clementísima! Seguid así, esperanza mia, consuelo mio, Madre mia, á quien amo mas que á mi corazon, seguid preservandome de aquellas llamas eternas, y primero del pecado mortal en que puedo volver á caer. No permitais que haya de blasfemar de vos en el infierno. Y pues que os amo ¿como podrá sufrir vuestra bondad verme condenado? Alcanzadme la gracia de no ser por mas tiempo desagradecido á vos y á Dios, que por amor vuestro me ha dispensado tantas mercedes. ¿Qué me decis, Señora? ¿Me salvaré? Si nunca os dejo, sí. ¿Pero como tendré valor para dejaros? ¿como podré olvidarme del amor que me habeis mostrado? Despues de Dios sois todo el amor de mi alma. Os amo ahora, y espero amaros en tiempo y eternidad, y el amaros será toda mi dicha, porque sois la criatura mas hermosa, mas santa, mas dulce y mas amable de cuantas hubo ni habrá jamas.

§ 2.°

Maria alivia á los suyos las penas del purgatorio y los saca de ellas.

Muy felices son los devotos de esta Madre clementísima, porque ademas de socorrerlos en esta vida, los asiste y consuela en el purgatorio, y aun allí con mas amor y misericordia, por la mayor necesidad en que ve aquellas almas, sin poderse aliviar á sí mismas ninguna parte del rigor de sus penas. Es carcel aquel lugar de esposas de Jesuchristo, y así tiene Maria dominio y jurisdiccion especial para darles alivio y sacarlas tambien (1).

Olas se llaman las penas del purgatorio porque pasan, á diferencia de las del infierno que nunca pasarán, y se llaman olas del mar ó de amargura, porque realmente son muy amargas. Pero en medio de ellas son muchas veces confortados y recreados por la Virgen santísima sus devotos afligidos; por donde se podrá conocer cuanto nos importa tenerle devocion durante la vida, pues aunque socorre á todos los que allí sufren, siempre los mas allegados participan mas del sufragio y alivio (2).

Dijo una vez á santa Brígida (3) la misma Señora: Yo, como Madre, cuido de los que padecen en el purgatorio,

---

(1) Bernardin. de Sen. Serm. 3. de Nom. Mariae, a. 2. c. 3.
(2) Nov. Virg. Umb. c. 15. exc. 86. (3) Lib. 4. Rev. c. 132.

aliviandoles de hora en hora sus penas. Ni aun tiene á menos visitar algunas veces personalmente aquella prision de justos, llevandoles siempre algun alivio y cosuelo (1).

¿Qué otro mejor podrán allí tener sino esta Madre de misericordia? Al modo que un enfermo postrado en cama y abandonado de todo el mundo, si oye una palabra de esperanza y mejora, se alienta y recrea, así solo con oir ellas vuestro dulcísimo nombre, se confortan y regocijan (2), y por esto no cesan de llamaros, y vos como Madre amorosa, cada vez que los escuchais, unis á sus clamores vuestros ruegos eficacísimos, los cuales les sirven como de rocio refrigerante con que se mitigan sus vivísimos ardores (3).

Pero ademas de aliviarlas y consolarlas, ella por su mano les suelta las prisiones y las saca libres de aquel lugar de tormentos. Desde el dia de su triunfante Asuncion á los cielos, en que dejó aquella carcel vacia, como escriben respetables autores (4), quedó en posesion de libertar á todos sus siervos, rogando por todos y aplicandoles altísimos sus merecimientos (5), con que se les alijera la pena, y se les abrevia el tiempo del padecer (6).

---

(1) Prov. c. 49: Bonav. Vincent. Fer. Serm. 2. de Nat. (2) Ap. Dion. Cart. l. 3. de laud. Virg. (3) Novarin. cit. c. 25. exc. 86. (4) Gerson. Novarin. aliique. (5) Bernardin. Sen. Serm. 3. de Nom. Mar. (6) Novar. cit. exc. 86.

Refiere san Pedro Damiano (1), que una mujer difunta llamada Marozia, se apareció á una amiga suya, y le dijo que el dia de la Asuncion de la Virgen la sacó esta Señora del purgatorio, con las demas almas detenidas en él, cuyo número sobrepujaba al de todos los habitantes del pueblo romano; y san Dionisio Cartusiano dice (2) que en las fiestas de su Natividad y de la Resurreccion baja la divina Señora acompañada de la celestial milicia, y saca muchisimas de aquellas almas; añadiendo Novarino, que esta es gracia que siempre hace en todas sus festividades.

Bien sabido es lo que prometió la misma Virgen al Papa Juan XXII, á quien apareciendosele mandó decir á todos los que llevasen su escapulario del Carmen, que el sábado inmediato al dia de la muerte de cada uno, saldrian libres de las penas del purgatorio. Y así fué declarado por el sumo Pontífice en la bula que á este fin espidió, confirmada por sus sucesores Alejandro V, Clemente VII, Pio V, Gregorio XIII y Paulo V, el cual, en una suya dada el año de 1612, dice: «Que el pueblo cristiano puede piadosamente creer, que la santísima Virgen con su continua intercesion, méritos y proteccion especial, ayudará despues de la muerte, y principalmente el dia de sábado (que la Iglesia le consagra) las almas de los hermanos de las cofradias del Carmen que hayan

(1) Lib. 3. ep. 10. et in Or. ord. 50. (2) Serm. 2. de Ass.

salido de este mundo en gracia de Dios, habiendo vestido su escapulario, guardado castidad conforme al estado de cada uno, y rezado el oficio parvo de la misma Virgen, ó que de no haber podido, hayan observado á lo menos los ayunos de la Iglesia, y abstenidose los miércoles de comer carne, menos el dia de Navidad.» Y en el oficio de la misma fiesta del Carmen decimos, que segun la piadosa creencia de los fieles, la Virgen con afecto de Madre consuela y saca muy pronto de aquella penosa carcel á los que estuvieron agregados á su cofradia (1).

¿Por qué tambien nosotros no hemos de esperar este mismo favor, si le somos devotos? ¿Por qué, si la servimos con amor filial, no creeremos que en acabando de morir, lleve nuestras almas al cielo sin pasar por el purgatorio, como lo prometió al B. Godofredo, mandandole decir con un religioso llamado Fray Abondio (2): Di á Godofredo que se adelante en la virtud, y sea muy siervo mio y de mi querido Hijo y cuando su alma salga del cuerpo, no la dejaré que pase por las penas del purgatorio? Finalmente, por lo que hace á los sufragios, si deseamos aliviarlas, pidamos á nuestra Señora por ellas en todas nuestras oraciones, ofreciendo siempre por su alivio y descanso el santo rosario, que les sirve grandemente, como veremos en el ejemplo que vamos á referir.

---

(1) 16 Jul. (2) Lib. de Gest. vir. ill. Sol. Villar.

EJEMPLO.

—

Cuenta el P. Eusebio Nieremberg (1), que en una ciudad del reino de Aragon vivia una doncella por nombre Alejandra, á la cual por su hemosura y nobleza pretendian dos jóvenes principales, y émulos uno de otro vinieron á las manos un dia, y ambos quedaron muertos en la calle, y por haber ella sido la ocasion, fueron á su casa los parientes, la degollaron y arrojaron su cabeza en un pozo. Pocos dias despues, pasando por aquel sitio el patriarca santo Domingo, inspirado de Dios se arrimó al pozo y dijo: Alejandra, sal fuera; y he aquí que aparece viva en el brocal la cabeza de Alejandra pidiendo confesion. El santo la confiesa y le da tambien la sagrada comunion, todo á vista del gran concurso de gentes que habian acudido á ver tan gran maravilla. Despues le mandó que publicase por qué habia Dios usado con ella misericordia tan señalada. Respondió la joven, que cuando le cortaron la cabeza estaba en pecado mortal; pero por la devocion que habia tenido de rezar el rosario, la Virgen le habia conservado la vida. Dos dias permaneció la cabeza hablando á la orilla del pozo, al cabo de los cuales fue destinada el alma al fuego del purgatorio; mas pasados otros quince, se apareció al mismo santo mas hermosa y resplandeciente que el sol, y

(1) Troph. Marian. I. 4. 29.

le declaró que uno de los sufragios mas eficaces que tienen las benditas ánimas, es el santo rosario ofrecido por ellas, por lo cual agradecidas, luego que llegan á verse en la presencia de Dios, piden por las personas que les aplicaron esta oracion poderosa. Dicho esto, vió el glorioso santo Domingo entrar aquel alma llena de regocijo en la mansion de la eterna bienaventuranza.

ORACION.

—

O sacratísima Reina de los ángeles, Madre de Dios y Señora nuestra, la mas excelente y amable de todas las criaturas; cierto es que hay en el mundo muchos que ni os aman ni conocen; mas en el cielo teneis millares y millares de ángeles y santos que os aman y alaban incesantemente. Tambien hay en la tierra almas felices enardecidas en vuestro amor y prendadas de vuestra bondad. ¡Oh si yo os amase igualmente! ¡Si de continuo estuviese pensando en como serviros mejor y ensalzaros y veneraros, procurando mover á otros al mismo amor y veneracion! El Eterno se enamoró de vuestra incomparable hermosura con tanta fuerza, que le hizo como desprenderse del seno del Padre, y escoger esas virginales entrañas para hacerse Hijo vuestro. ¿Y yo, gusanillo de la tierra, no he de amaros? Sí, dulcísima Madre mia, quiero arder en vuestro amor, y propongo exhortar á otros que os amen tambien. Aceptad mis deseos y ayu-

dadme á lograrlos. Sé que á vuestros amantes los mira Dios con particular benevolencia, no deseando nada tanto, despues de la dilatacion de su gloria, como veros amada, honrada y servida de todo el mundo. Con este convencimiento, procuraré amaros mas y mas, y esperaré de vos toda mi dicha. Vos me habeis de conseguir el perdon de mis pecados, vos la perseverancia final, vos me habeis de asistir á la hora de mi muerte, vos me habeis de sacar de las penas del purgatorio, y vos habeis de llevar mi alma en vuestros brazos maternales, hasta presentarla ante el trono de la santísima Trinidad. Todo esto esperan vuestros hijos de vos, y ninguno de ellos queda jamas burlado. Pues lo mismo espero yo que os amo con todo mi corazon, y despues de Dios, sobre todas las cosas.

§. 3.°

Maria lleva á sus siervos á la gloria.

Prenda segura de salvacion tienen todos los siervos de Maria. Pone en su boca la santa Iglesia estas palabras del libro del Eclesiástico: *In omnibus requiem quaesivi, et in haereditate Domini morabor* (1). ¡Dichosos aquellos en cuya morada halle su descanso (2), porque sien-

(1) Cap. 24. (2) Ugo Card.

do tan estremado el amor que nos tiene, y procurando de mil maneras arraigar en nuestros corazones su devocion, muchos ó la desechan ó no la conservan. ¡Dichoso el que abra su pecho á tan dulce devocion, y allí la mantenga viva y ferviente! Dice que habitará en la heredad del Señor, esto es, en los que son la heredad del Señor (1), los cuales la han de ver y bendecir eternamente en el cielo. Prosigue diciendo las palabras siguientes del lugar citado: «Mi Criador descansó en mi tabernáculo, y me dijo: habita en Jacob, ten tu herencia en Israel, y echa raices entre mis escogidos (2).» O mas claramente: Mi Criador tuvo á bien morar en mi seno, y quiso que yo habitase en los corazones de todos los escogidos (herencia de la Virgen, y figurados en Jacob), y dispuso que estuviese radicada en todos los predestinados la devocion y confianza en mí.

¡Cuantos de los bienaventurados no lo hubieran sido, si Maria con su poderosa intercesion no les hubiese obtenido la felicidad (3)! Yo hice que naciese en el cielo el sol indeficiente (4), añade la divina Señora. Tantos soles brillantes como son mis devotos, por mí resplandecen en la gloria, y resplandecerán eternamente. Sí, porque á todos los que confian en su proteccion, se les han de abrir de par en par las puertas eternales (5).

---

(1) Pacciuch. (2) Eccl. loc. cit. (3) Ugo. card. in Eccl. c. 42.
(4) In eod. loc. (5) Bonavent.

A vos, Señora, estan fiadas las llaves y tesoros del cielo (1), y por esta razon clamamos de continuo diciendo: abridnos, Virgen piadosísima, esas puertas eternas, pues teneis en la mano las llaves (2), ó por mejor decir, vos sois la puerta; que así os lo dice la Iglesia santa: *Janua coeli, ora pro nobis.*

Estrella del mar la llamamos tambien, porque asi como guiados por la estrella dirigen al puerto el rumbo los navegantes, así á los cristianos es la Virgen guia con direccion al cielo (3). Igualmente la llamamos escala por donde bajó Dios á la tierra y nosotros subimos á Dios(4). Dios la llenó de gracia para que fuese camino seguro por donde subiesemos al monte de la gloria (5). Felices aquellos que os conocen , Madre dulcísima , porque el conoceros y publicar vuestras grandezas y virtudes , es ir por el sendero de la vida eterna (6).

Leemos en las crónicas de la religion de san Francisco (7), que una vez Fr. Leon vió una escala de color encarnado en que estaba nuestro Señor Jesuchristo , y otra de color blanco en que estaba la Virgen. Empezaron algunos religiosos á subir por la primera , y á los pocos peldaños caian al suelo; volvian á subir , y volvian á caer. Entonces oyeron que los animaban á subir

(1) Blosius. Cimel Endot. (2) Ambros. (3) Thomas, opusc. 8. (4) Petrus Dam. (5) Anastas. Serm. 1. de Annunt. Bernard. Joann. Geometra. (6) Bonav. in Ps. 85. (7) Part. 1. t. 1. c. 35.

por la otra, y así lo hicieron con toda felicidad, porque la Virgen les iba dando la mano , con lo cual llegaban todos arriba.

Verdaderamente ¿quienes son los que se salvan? Aquellos por quienes esta Señora benignísima interpone la autoridad de sus ruegos (1). Ella misma lo asegura: *Por mí reinan los reyes* (2); por mí las almas reinan primero en esta vida mortal, enseñoreandose de sus pasiones, y despues reinan eternamente en el cielo, donde todos son reyes (3). Es árbitra y Señora, porque la prerogativa de Madre le da pleno derecho para mandar todo lo que quiere , y dar á cuantos quiere entrada en aquellos gozos eternos (4). Y aun se puede con verdad añadir, que les tiene ya de antemano asegurada tan grande felicidad, pudiendo vivir tan ciertos de poseerla, supuesta la perseverancia , como si ya la hubiesen conseguido (5). Servir á Maria y pertenecer á su corte, es el honor mas alto que nos puede caber. Servir á la Reina del cielo, es ya reinar en el cielo ; vivir á sus órdenes , vale mil veces mas que reinar en la tierra (6): asi como está fuera de toda duda, que los que no la sirvan , no se salvarán, porque privados del favor de la Madre, los abandona el Hijo y toda la corte celestial (7).

---

(1) Dion. Cart. (2) Prov. 8. (3) August. (4) Ric. de S. Laur. lib. 4. de laud. Virg. (5) Guerríc. Abb. Antonin. p. 4. tit. 25. c. 2. §. 2. (6) Damasc. de Exc. Virg. c. 9. (7) Idem.

Bendita y ensalzada sea la bondad infinita de nuestro Dios, que la tiene allí constituida por abogada nuestra, para que como Madre del supremo Juez y Madre de misericordia, intervenga con eficacia en el negocio de nuestra salvacion (1). Oid, oyentes, vosotros los que deseais veros salvos, servid y honrad á Maria, y lo sereis seguramente(2). Y los que por criminales habeis merecido las penas del infierno, confiad tambien, si empezais á servirla. ¡Cuantos pecadores esforzandose hallaron por su medio á Dios y se salvaron! (3). Dice san Juan, que la vió coronada de estrellas (4). Y en el cántico de los cánticos parece indicarse, que su corona eran despojos de fieras bravas, como leones y leopardos. ¿Como se entiende esto? Son los pecadores convertidos por su intercesion como en estrellas de gloria, mas hermosas y dignas de ceñir aquellas sienes soberanas, que todos los astros del pabellon del cielo.

Haciendo una vez la novena de la Asuncion la sierva de Dios y virgen seráfica de Capri, pidió á nuestra Señora la conversion de mil pecadores; pero despues, temiendo que fuese la súplica demasiado atrevida, se le apareció la misma Señora, y la corrigió diciendo: ¿Por qué temes? ¿no tengo yo poder para alcanzarte de mi Hijo la conversion de mil pecadores? Ya tienes concedida la gracia. Y en seguida la llevó en espíritu al cielo,

(1) Bernard. Serm. 1. de Ass. (2) Bonav. in Psalt.
(3) Germ. Serm. de dorm. Deip. (4) Apoc. 12. 1.

donde le mostró innumerables almas que habiendo merecido el infierno, estaban por su proteccion poderosa gozando de la eterna bienaventuranza.

Verdad es que nadie en esta vida puede tener certeza de haberse de salvar (1). Pero acudamos á Maria, arrojemonos á sus pies, y no los dejemos hasta que nos dé su bendicion; que si nos bendice, seremos salvos. Basta, Señora, que vos querais, para que nos salvemos, y necesariamente, como aseguran los santos (2).

Con razon predijo que la llamarian bienaventurada todas las generaciones, pues por su medio han de alcanzar la bienaventuranza todos los escogidos (3). Sois en realidad, Madre amantísima, principio, medio y fin de nuestra dicha: principio, porque nos alcanzais perdon de los pecados; medio, porque nos conseguis el don de la perseverancia; y fin, porque nos llevais á las moradas del eterno descanso. Vos abristeis sus puertas, vos cerrasteis las del abismo, vos nos recobrasteis la felicidad, y por vos se dió la vida eterna á los desventurados, merecedores de eterna perdicion (4).

Pero mayormente debe animarnos á esperar esto la dulce promesa con que estimula la misma Virgen á todos los que la honren en este mundo, y en particular á los que de obra ó de palabra procuren segun sus fuerzas

(1) Eccl. 9. 1. Ps. 14. (2) Anselm. de Exc. Virg. c. 11.
(3) Ildephons. Serm. 3. de Ass. (4) Bernard. Serm. 4. de Ass. Virg.

darla á conocer y venerar (1). ¡Afortunados los que con preferencia lleguen á merecer su favor! A estos ya los reconocen por compañeros los cortesanos celestiales; y como que llevan en sí la marca de siervos de Maria , ya sus nombres estan escritos en el libro de la vida (2).

¿De qué sirve, pues, inquietar la conciencia con las disputas de la escuela sobre si la predestinacion es antes ó despues de haber previsto Dios los méritos de cada uno, ó las dudas de si nuestros nombres estarán ó no estarán escritos en aquel libro? Sin duda lo estaremos, si de Maria somos siervos verdaderos, logrando que nos tenga guarecidos á la sombra de su proteccion, porque aseguran los santos que á los que Dios quiere salvar, les da como prenda y gracia especialísima la devocion á su Madre, conforme á lo que parece prometió por boca de san Juan en estos términos: «El que venciere, llevará escrito de mi mano el nombre de Dios y el de la ciudad de Dios (3).» Y los santos padres declaran que la ciudad de Dios es Maria santísima (4).

Bien podemos decir con san Pablo, que á los que tengan este signo, los reconocerá Dios por suyos (3); siendo la devocion á su Madre señal tan evidente de predestinacion, que aun el solo rezar devota y frecuentemente la salutacion angélica, ó la corona ó rosario cada dia, se

---

(1) Eccl. 24. (2) Bonav. in Spec. (3) Apoc. 3. 12. (4) Greg. super Ps. 36. (5) 2. Tim. 2. 19.

tiene por indicio muy grande de salvacion (1), y sus siervos no solo se ven mas privilegiados y favorecidos en esta vida, sino que serán mas honrados y aventajados en la gloria, llevando allá vestida una librea y divisa particular, mucho mas preciosa y elegante, que los demas gloriosos cortesanos, con que se distingan por familiares de la Reina del cielo y servidumbre de su corte.

Vió santa Maria Magdalena de Pazzis en medio del mar una navecilla en que iban todos los devotos de la Virgen, y la celestial Princesa haciendo el oficio de piloto con la proa derecha al puerto; entendiendo la santa, que las personas que viven bajo la proteccion de Maria, en medio de los peligros de esta vida quedan á salvo del pecado y del infierno, porque los guia la misma Virgen con toda seguridad al puerto de bonanza, que es la gloria eterna. Entremos, pues, en esta barca feliz, acojamonos al manto de Maria, y así nos salvaremos indefectiblemente, pues que la Iglesia le dice así: o santísima Madre de Dios, todos cuantos han de participar de las delicias celestiales habitan en vos, y estan amparados á vuestra sombra maternal.

---

(1) B. Alan. p. 2. Ros. c. 11.

EJEMPLO.

Cuenta Cesario (1), que un monje cisterciense devotísimo de la Reina de los ángeles, deseaba y pedia ardientemente verla una vez. Salió una noche al jardin, y poniendose á mirar al cielo y exhalar suspiros abrasados, ve de improviso bajar una virgen muy hermosa y resplandeciente que le preguntó: Tomas ¿quieres oir como canto? Sí por cierto, respondió él, y la virgen cantó con tal dulzura, que el devoto religioso se imaginaba hallarse en el paraiso. Acabado el canto desapareció, dejandole con gran deseo de saber quien fuese, cuando he aquí otra virgen hermosísima, que igualmente se puso á cantar. Ya no se pudo contener, y le preguntó quien era. La otra que viste, le fue respondido, fue Catalina, y yo soy Ines, ambas mártires de Jesuchristo, y enviadas á consolarte por nuestra Señora. Dale muchas gracias, y disponte á recibir favor mucho mas alto. Dicho esto desapareció; pero el religioso quedó con gran esperanza de ver al fin al centro de sus ansias. No esperó mucho tiempo, porque de allí á poco vislumbra una clarísima luz, siente rebosarle el pecho de alegria, y ve aparecer en medio de resplandores á la Madre de Dios, rodeada de ángeles, incomparablemente mas hermosa que las dos vírgenes anteriores, y le dice: Amado mio, me com-

(1) Lib. 7. Dial. c. 3.

plazco del amor con que me sirves, y accedo á tu súplica. Veme aquí. Quiero que oigas tambien mi canto. Comenzó á cantar aquella boca dulcísima, y fue tanta la suavidad, que el afortunado religioso, de gozo perdió el sentido y cayó en tierra. Tocaron á maitines, y no viendole comparecer en el coro, le buscaron por todas partes, y finalmente le hallaron como muerto en el jardin. Le mandó el superior decir lo que le habia sucedido, y viendose obligado por obediencia, contó con humildad la visita y favor que habia recibido de la Reina del cielo.

ORACION.

Reina soberana, Madre del amor santo, pues que sois la mas amable y de Dios la mas amada entre todas las criaturas, permitid que os ame tambien este pecador, aunque el mas ingrato y despreciable de todos los pecadores, el cual, viendose por gracia vuestra libre de los tormentos eternos, y colmado de favores sin ningun merecimiento suyo, ha colocado en vos toda su aficion y esperanza. Os amo, Señora, y quisiera exceder en el amor á los santos que os amaron mas. Quisiera dar á conocer á todos los que no tienen noticia de vos cuan digna sois de ser amada, para que todos á una os amasen y bendijesen; y si fuese necesario, tendria por fortuna grande dar la vida en defensa de vuestra virginidad, de la prerogativa de Madre de Dios, ó del misterio de

vuestra Concepcion inmaculada. O amantísima Madre mia, seaos agradable la sinceridad de mis afectos, y no permitais que un siervo y amante vuestro tenga en adelante enemistad con Dios, á quien vos tanto amais. ¡Cuan desdichado fui en haber vivido algun tiempo en desgracia suya! pero entonces no os amaba ni hacia por ser de vos amado. Ahora de ninguna cosa tengo tanto deseo, despues de la gracia de Dios, como de merecer vuestro amor, no desconfiando de alcanzar al fin esta dicha, á pesar de mis culpas, porque sé que vuestra benignidad llega hasta el estremo de amar con ternura á los pecadores que os aman, por miserables que sean, y que no consentis que en amar y favorecer os lleve nadie ventaja. Ir al cielo deseo, para amaros allí con todo mi corazon. Allí conoceré del todo vuestra amabilidad; allí descubriré lo mucho que hicisteis por salvarme; allí os amaré con ardor mas inflamado; allí os amaré sin temor de entibiarme, ni de perder jamas dicha tan grande. Rogad al Señor por mí, y basta; rogad por mí, y de cierto me salvaré; rogad por mí, y mientras llega tan dichoso dia, suspiraré por esa patria bienaventurada, y aliviaré las penas de mi destierro cantando muchas veces así:

O Madre del alma mia,
Mi esperanza y alegria,
Este será mi cantar:
Que vos me habeis de salvar.

CAPITULO IX.

¡O clemente, o piadosa!

§. ÚNICO.

Cuan grande sea la clemencia y piedad de Maria.

Hablando san Bernardo de la piedad con que mira por nosotros la Virgen nuestra Señora, dice que bien se la puede llamar la tierra prometida que mana leche y miel (1); y añade san Leon, que por la misericordia de sus entrañas maternales merece apellidarse, no solo misericordiosa, sino la misma misericordia (2): y san Buenaventura considerando haber sido ensalzada á la dignidad de Madre de Dios para bien de todos los desdichados, con el oficio anejo de dispensar mercedes, y con tanta solicitud y ternura, como si ninguna otra ocupacion ni deseo tuviese, que el de favorecer á todos los infelices, decia que siempre que se paraba á contemplarla, perdia de vista la justicia divina, y no veia mas que aquella misericordia sin término en que está rebosando su corazon amante (3). Verdaderamente, tanta es la de sus entrañas amorosas, que ni un instante cesa de hacernos esperimentar los efectos que de ella proceden (4). ¿Qué

(1) Serm. super Salv. Reg. (2) Serm. 1. de Nat. Dom. (3) Stim. am. *(4)* Guerr. Abbas. Serm. 1. de Assumpt.

otra cosa puede brotar de una fuente de clemencia sino clemencia? (1). Oliva es llamada en los libros sagrados (2), porque asi como la oliva no da por fruto mas que aceite, símbolo de misericordia, así de las manos de María no sale otra cosa que misericordia y gracia (3): de manera que yendo á pedir á esta dulce Madre, que es prudentísima, el olio de su piedad, no tenemos que temer lo rehuse, como lo hicieron las vírgenes prudentes, negando el suyo á las vírgenes locas, por ser tan rica, que por mas que dé, mucho mas le queda que dar (4).

¿Pero por qué se dice que está plantada en medio del campo, como frondosa oliva, y no mas bien dentro de un jardin cercado? Para que sin estorbos puedan todos ir á ponerse bajo su sombra (5). ¡Cuantas veces sin mas que interponer sus ruegos, revocó la sentencia del castigo que teniamos merecido por nuestros pecados! ¿Qué otro seno tan amoroso como el suyo podremos encontrar? seno donde el pobre halla socorro, el enfermo salud, el triste alivio, y el desamparado consuelo (6).

¡Infelices de nosotros, si careciesemos de esta Madre misericordiosísima, siempre cuidadosa y atenta á socorrer todas nuestras necesidades! Dice el Espíritu Santo,

---

(1) ¿Quid de fonte pietatis nisi pietas? Bern. Serm. 1. in Dom. post Ep. (2) Eccli. c. 24. (3) Lud. a Ponte, lib. 1. in Cant. (4) Ugo a S. Vict. (5) Ugo Card. Antonin. p. 3. tit. 31. c. 4. (6) Kempis.

que donde no hay mujer, gime y padece el enfermo (1). Maria es esta mujer piadosa por excelencia (2), y como todas las gracias se dispensan por su mano, si ella faltase, no habria misericordia ni esperanza (3). Ni hay que temer que no vea nuestras miserias, ó que no se compadezca de vernos en necesidad. Mejor que nosotros, y mejor que ningun santo del cielo, las observa y se compadece, con tanto amor y solicitud, que verlas y acudir al remedio, todo es uno (4). Señora, con larga mano dais donde quiera que descubris la falta; oficio de clemencia propio de madre, y oficio que vos hareis mientras el mundo dure (5).

Figura suya en los tiempos antiguos fue Rebeca, la cual estaba sacando agua de un pozo cuando llegó sediento el criado de Abrahan, y pidiendole de beber, respondió ella que con mucho gusto se la daria, y tambien á sus camellos, como lo hizo. Con esta imagen, hablando san Bernardo á la Virgen santísima, le dice: «Señora, mas piadosa y compasiva sois que fue Rebeca, no contentandoos con dispensar las gracias de vuestra ilimitada liberalidad á los siervos de Abrahan, figura de los siervos de Dios fieles y leales, sino tambien á los pecadores, figurados por los camellos. Rebeca dió mas de un cántaro de agua, y esta Madre amantísima da con gran exceso

(1) Eccl. 33. (2) Damasc. (3) Rev. l. 6. c. 26. (4) Antonin. p. 4. tit. 15. c. 2. Ric. a S. Vict. in Cant. 4. 5. (5) Ug. Card.

mucho mas de lo que se le pide, siendo en liberalidad muy semejante á su divino Hijo, cuyas bondades, como tan rico en misericordia con todos los que le invocan (1), siempre son mayores que nuestros deseos y peticiones. Rogad, Señora, por mí, porque pedireis con mas instancia que yo, y me alcanzareis mayores beneficios de cuantos yo nunca sabré pedir (2).

Una vez que por negarse los habitantes de Samaria á hospedar al Señor, querian dos de sus discípulos que cayese fuego del cielo sobre la ciudad, los corrigió diciendo que ignoraban cual era su espíritu, espíritu de paz y mansedumbre, no habiendo venido al mundo á castigar á los pecadores, sino á salvarlos (3). Y siendo el espíritu de Maria tan parecido al de su santísimo Hijo, bien podemos estar ciertos de la bondad y clemencia de su corazon. Es Madre, y ademas Dios la hizo dulce y amorosa con todos en sumo grado; que por eso la vió san Juan vestida del sol (4). Vistió de su carne inmaculada al sol divino, y él la revistió de su poder y misericordia (5), la cual es tan grande, que cuando se le presenta un pecador implorando su valimiento, no se pone á examinar si merece ó no ser oido, pues tiene de costumbre acoger favorablemente á todos los que llegan á sus pies, sin distincion alguna (6); y el compararla con la luna los

(1) Rom. 10. 12. (2) Ric. a S. Laur. de laud. Virg.
(3) Luc. 9. (4) Apoc. 12. 1. (5) Bern. in Apoc. 12.
(6) Bern. Serm. in Sign. Magn.

libros santos, es porque si este planeta da luz á los cuerpos inferiores, Maria ilumina y vivifica á los pecadores mas abatidos y abandonados (1). Asi pues, si temiendo la potestad y justicia del Altísimo, ó el peso de nuestras culpas, no nos atrevemos alguna vez á ponernos cerca de aquella Majestad infinita á quien ofendimos, no hay que recelar de aproximarnos á Maria, porque en ella nada veremos que nos cause temor. Santa y justa es, Reina del cielo es, y Madre de Dios; pero como hija de Adan es tambien de nuestra propia carne (2), y es toda piedad, toda gracia, á todos se presta, á todos abre el seno de su benignidad, todos reciben de la abundancia de su amor, empleada en hacer á todas horas lo contrario de lo que el diablo hace. El diablo nos rodea con intencion de acometernos y tragarnos, y Maria nos busca para darnos vida y salvacion (3).

Debemos ademas persuadirnos de que no tiene límites su poder, especialmente para desarmar el brazo de la justicia divina. ¿De donde nace que Dios, que en la antigua ley era tan severo en castigar, use ahora comunmente de tanta blandura con los pecadores? Consiste en los merecimientos y amor de Maria (4). ¡Cuanto tiempo ha que se hubiera hundido y aniquilado el mundo, si ella con sus ruegos no le sustentase! Al contrario, bien po-

---

(1) Hildeb. Epist. 26. (2) Ug. a S. Vict. (3) Bern. de Bustis, Marial. §. 3. ser. 3. (4) Ap. P. Pep. Grand.

demos prometernos de la divina liberalidad todo género de bienes, ahora que tenemos á Jesuchristo por nuestro Mediador con el eterno Padre, y á la Reina del cielo con el Hijo amoroso. ¿Como podrá negarse al Hijo cosa alguna cuando muestre á su Padre las llagas que sufrió por nosotros, ni á la Madre santísima, cuando muestre al Hijo los pechos virginales que le alimentaron? (1). Dice un santo (2), que habiendo hospedado á Dios en su seno esta doncella sin mancilla, pide como paga del hospedaje la paz del mundo, la salud de los desahuciados, y la vida de los muertos; de forma que de sus manos está pendiente todo nuestro bien, y por eso hemos de recurrir siempre á su amparo, como á puerto, refugio y asilo segurísimo (3). Ella es aquel trono de gracia á donde el Apostol nos exhorta á ir sin temor, ciertos de hallar la divina misericordia, con todos los auxilios necesarios al logro de la eterna felicidad (4).

Concluyamos con san Bernardo sobre las palabras de la Salve: ¡O clemente, o piadosa, o dulce Virgen María! Clemente á los necesitados, piadosa á los que piden, dulce á los que aman. Clemente á los penitentes, piadosa á los aprovechados, dulce á los contemplativos. Clemente librando, piadosa perdonando, dulce dandose á los suyos en premio y posesion eterna (5).

(1) Arnol. Carn. de laud. Virg. (2) Petr. Chrysol. Serm. 140. (3) Bern. de Bustis, p. 1, Serm. 6. (4) Hebr. 4. 16. Antonin. p. 4. tit. 15. c. 14. §. 7. (5) Sup. Salv. Reg.

EJEMPLO.

—

Refiere el P. Carlos Bovio (2) que en Domêne, de Francia, hubo un hombre que aunque casado, vivia mal con otra mujer. No pudiendo la suya sufrir esto, de continuo los maldecia, y clamaba al cielo venganza, hasta delante de una imagen de nuestra Señora que estaba en la iglesia, pidiendo justicia contra su adversaria, la cual tenia de costumbre rezar diariamente un Ave Maria á la misma Virgen. Una noche se apareció en sueños á la casada, y esta empezó al instante á repetir su cancion: justicia, Señora, justicia. Pero la Virgen le respondió: ¿justicia me pides á mí? Buscala en otra parte. Despues añadió: Has de saber que aquella pobre pecadora me reza todos los dias una salutacion tan de mi agrado, que nadie que la rece, puedo consentir sufra ni reciba castigo por sus pecados. Por la mañana fué á oir misa donde se veneraba la imagen que en sueños habia visto, y encontrandose al salir con la amiga de su marido, comenzó á voces á llenarla de injurias y tratarla de hechicera, que con sus hechicerias habia tambien encantado ó engañado á la Virgen. La gente espantada le decia que callase; pero ella respondia: No quiero callar, y lo que digo es la pura verdad; que anoche se me apareció la Virgen, y pidiendole justicia, me la negó por una salu-

(2) Exemp. Virg. tom. 5. ex. 32.

tacion que esta malvada le dice. Preguntaron á esta qué salutacion era aquella, y respondió que no era mas que un Ave Maria; pero oyendo al mismo tiempo, que por tan poca cosa la miraba Maria santísima con tanta piedad, corrió á echarse á los pies de aquella santa imagen, y pidiendo perdon de sus escándalos, hizo allí publicamente voto de perpetua continencia; y despues se puso hábito de beata, edificó una estancia reducida cerca de la iglesia, y allí encerrada perseveró hasta la muerte haciendo rigurosa penitencia.

ORACION.

—

¡Madre de misericordia! ya que son tan ardientes vuestros deseos de acceder á las súplicas de los pecadores, yo el mas infeliz de todos, vengo hoy á las puertas de vuestra piedad. Pidan otros lo que quisieren, salud, honores, fortuna; yo pretendo lo que vos misma principalmente deseais de mí, y es mas conforme con la bondad de vuestro amantísimo corazon. Vos fuisteis humildísima; alcanzadme la verdadera humildad y la alegria en los desprecios. Vos fuisteis pacientísima en sufrir las penas de esta vida; alcanzadme paciencia en las adversidades. Vuestro amor para con Dios fue ardentísimo; haced que yo tambien le ame con amor puro y santo. Para con los prójimos fue beneficentísimo; yo solicito pa-

ra con todos la caridad cristiana , mayormente con los que me son molestos y contrarios. Vuestra voluntad estuvo siempre unida á la voluntad de Dios ; pedid para mí una entera resignacion en todo cuanto el Señor dispusiere de mí. En suma vos sois la criatura mas santa de cuantas salieron de las manos de Dios; ayudadme á santificarme á mí tambien. Ni amor , ni poder os falta , y solo puede ser motivo para no lograr vuestros favores, ó mi descuido en recurrir á vos, ó poca confianza en vuestra intercesion. Pues estas dos gracias especiales son las que ahora pido y espero de vuestra bondad; acudir siempre á vos, y confiar siempre en vos. Vos sois mi Madre, mi esperanza, mi amor, mi vida, mi refugio y consuelo, y espero sereis mi gozo por toda la eternidad. Amen.

CAPITULO X.

O dulce Virgen Maria.

§. ÚNICO.

El nombre de Maria es dulcísimo en vida y en muerte.

No fue inventado en la tierra el nombre santísimo de Maria, como lo son los nuestros, sino que descendió del cielo por divina ordenacion , segun afirman san Geróni-

mo (1), san Antonino (2), san Epifanio (3) y Ricardo de san Lorenzo (4). Del trono de la divinidad salió vuestro excelso nombre, Señora, como el mas excelente de todos despues del nombre adorable de Jesus, habiendo querido la santísima Trinidad señalaros y enriqueceros con uno tan santo, que oyendole pronunciar, doblen la rodilla el cielo, la tierra y los abismos.

Mas entre las otras excelencias que el Señor le concedió, veamos ahora cuan dulce le hizo á sus devotos, así en vida como en muerte.

En vida su nombre santísimo es la misma dulzura, y celestial dulzura (5). El glorioso san Antonio de Padua hallaba tanta en él, como san Bernardo en el sacrosanto de Jesus. El nombre de Jesus, decia el uno, el nombre de Maria, respondia el otro, es júbilo al corazon, miel en la boca, música al oido. El venerable Juvenal Ancina, obispo de Saluzzo, siempre que pronunciaba el nombre de Maria, sentia en la boca una dulzura sensible tan suave, que se relamia los labios; y otro tanto afirma Marsilio obispo, de una devota mujer de Colonia, por cuyo consejo practicandolo él, empezó tambien á sentir el mismo dulzor, y esquisito. Hasta los ángeles preguntaban repetidas veces el dia de su gloriosa Asuncion ¿quien és

---

(1) Lib. de Nat. Mar. (2) P. 1. Hist. tit. 4. c. 6. (3) Orat. de Praes. Deip. (4) De laud. Virg. (5) Onorius Anachor.

esta? (1), por oir reiterado su dulcísimo nombre de tanta delicia para ellos (2).

Mas aquí no hablamos del gusto sensible, porque este se concede á pocos; sino de la dulzura saludable del consuelo, amor, alegria, confianza y fortaleza que de ordinario da este suavísimo nombre á todos los que le invocan devotamente. Despues del santo nombre de Jesus, es el de Maria tan rico de bienes, soberanos, que ni en la tierra ni en el cielo resuena otro con el cual esperimenten las almas piadosas tantas avenidas de gracia, confianza y dulzura; porque en sí contiene suavidad tan inefable, que siempre que llega á los corazones de los amigos, sienten como fragancia y recreo de santidad. Y su maravillosa propiedad es que oido mil veces de los amantes de Maria, mil veces les parece nuevo, mil veces prueban el mismo gozo y dulzura (3). Decia un santo, que al oirle ó pronunciarle, se le reanimaba tanto la esperanza, y tanto se le enardecia el corazon, que entre el júbilo y lágrimas que le empezaban á correr con abundancia, deseaba exhalar el espíritu por la boca, pareciendole que este delicioso nombre se le derretia como un panal en el fondo del alma; y así le dice: ¡O nombre suavísimo de Maria! ¿Que será la persona que tiene nombre tan dulce, si tan lleno está solo él de gracia y amabilidad? ¡O excelsa, o piadosa, o digní-

(1) Cant. c. 3. 6. 8. (2) Ric. a S. Laur. de laud. Virg. c. 2. (3) Francone, de Grat. Nov. Test. tr. 6.

sima de toda alabanza! no se puede pronunciar vuestro nombre sin que inflame los corazones, ni pensar en él sin recrear y alegrar los ánimos de todos los que os aman (1). Y si hablar de tesoros alegra tanto á los pobres, ¡cuanto mas nos debe regocijar á nosotros vuestro santo nombre, mas deseable y precioso que todas las riquezas del mundo, mas eficaz y poderoso para aliviar los males de la vida presente, que todos los remedios terrenos! (2) En sí lleva gracia y bendicion (3), ni nunca puede ser proferido sin hacer bien á quien le pronuncie con afectos de devocion (4). Esté duro un corazon mas que la piedra, sienta en sí gran desaliento y desconfianza; si llega á proferir vuestro nombre, es tanta su divina virtud, que al instante se alentará, ablandará y trocará en otro muy diverso que antes, porque vos confortais al pecador, animandole á esperar y disponiendole á recibir la gracia (5). En fin, es vuestro nombre bálsamo lleno de celestial fragancia; y así, Virgen piadosísima, os pido que descienda hasta lo íntimo de mi corazon, concediendome que le traiga siempre estampado en él con amor y confianza, pues quien la tenga, y os nombre así, puede estar seguro de haber alcanzado ya la gracia divina, ó á lo menos prenda segura de haberla pronto de poseer. Solo su recuerdo consuela los afligidos, vuelve á los es-

(1) Enric. Sus. (2) Ric. a S. Laur. de laud. Virg. c. 2.
(3) Metod. Or. in Hyp.. (4) Bonav. Spec. Virg. c. 8.
(5) Idiot.

traviados al sendero de la salud, y conforta á los pecadores temerosos, para que no se dejen vencer de la desesperacion (1). Con sus cinco llagas dió al mundo el Salvador el remedio de todos los males; y vos con vuestro nombre dulcísimo, que tiene cinco letras, alcanzais á cada hora perdon á los pecadores (2).

Hé aquí porque su nombre se compara al aceite ó bálsamo en los Cantares. Sana los males el aceite, esparce buen olor y levanta llama. Pues lo mismo hace y mucho mejor este nombre suavísimo. Sana los enfermos, recrea los corazones y los inflama en el amor divino (3). No, no hay mal que no se cure con la devocion ó invocacion de nombre tan benéfico y poderoso.

Pero los demonios solo de oirle huyen despavoridos, como de fuego abrasador (4). La misma Señora dijo á santa Brígida (5), que no tiene el mundo pecador tan insensible y frio á los ardores de la caridad, que invocando su dulce nombre, no le suelten de las uñas al punto los enemigos; al mismo tiempo que acuden y se le acercan los ángeles buenos (6). Confirmandolo añade san German, que asi como el respirar es señal de vida, así el nombrar muchas veces á Maria santísima, lo es de estar uno en gracia, ó de haberla presto de recobrar,

---

(1) Landolph. in vita Christ. part. 2. c. 86. (2) Pelbart. Stellar. art. 2. (3) Beat. Alan. in Cant. c. 1.
(4) Kemp. lib. 4. ad Novit. (5) Rev. lib. 1. c. 9. et. 19.
(6) Dion. Cart. de laud. Virg. c. ult.

porque en su nombre santo se encierra poder y virtud, auxilio y vida para quien devotamente le invoca (1).

No hay duda. Este nombre admirable es como torre fortísima en que no perecerá ningun pecador que en ella se refugie (2): torre de fortaleza, la cual no solo tiene amparados á los justos, sino que tambien defiende á los pecadores de todos los asaltos del infierno. Poderosísimo es para ello el nombre de Jesus; pero poderoso es el de Maria (3), y especialmente para vencer las tentaciones contra la castidad, como cada dia lo esperimentan sus devotos; por lo cual, como reflexiona un autor piadoso (4), el ir juntos en el santo Evangelio el nombre de Virgen y de Maria, *et nomen Virginis Maria,* fue para significarnos, que el de tan pura doncella no debe nunca separarse de la castidad, pues de ella es indicio cierto su nombre, segun otro santo asegura (5) y que así, cuando uno se acuerde de que acometido de alguna tentacion, invocó en su socorro el nombre de Maria, puede estar seguro de que no consintió.

Valgamonos, pues, del consejo de san Bernardo que dice (6): en todos los peligros de perder la gracia divina, pensemos en Maria y llamemos á Maria, uniendo su nombre con el de Jesus, porque los dos van siempre enlazados. No se nos vayan jamas del corazon, ni se nos

(1) De zon. Virg. (2) Ric. a S. Laur. de laud. Virg. lib. 11.
(3) Id. id. c. 2. (4) Id. loc. cit. (5) Pet. Chrys. ser. 146.
(6) Hom. 2. sup. Miss.

caigan de la boca, pues uno y otro nos servirán como de aldaba en que tenernos firmes, dandonos fuerza y resistencia contra todas las tentaciones.

Riquísimos dones promete el Señor á los devotos del nombre de su Madre amorosa, como se lo dijo el mismo Señor oyendolo santa Brígida: á todo el que invocare tu nombre , y en ti esperare con propósito de la enmienda, se le concederá que se arrepienta de sus pecados , que satisfaga por ellos, que adelante en el sendero de la virtud, y que al fin llegue al reino de los cielos, porque tus súplicas, Madre mia, me son tan agradables, que no te puedo negar ninguna cosa que me pidas (1).

Verdaderamente su bendito nombre es llave del cielo (2), y da salud á todos cuantos le invocan (3), siendo lo mismo invocarle, que alcanzar la salud eterna, pues por medio de él se recibe aquí la gracia muy abundante, y allá gloria muy aventajada (4).

De donde, concluye el V. Tomas de Kempis hablando con sus hermanos: hermanos mi s , si quereis alivio y consuelo en toda angustia y necesidad , acudid á Maria, llamad á Maria , servid á Maria , enconmendaos á Maria. Con Maria alegraos, con Maria llorad, con Maria orad, con Maria caminad , con Maria buscad á Jesus. Con Jesus y Maria desead de continuo vivir y morir; y haciendolo así, correreis por los caminos de Dios, y de

(1) Lib. 1. c. 10. (2) Ephr. In dep. ad Virg. (3) Bonav. (4) Idiot. de laud. Virg. l. 1. c. 2.

muy buena voluntad ella rogará por vosotros, y no dejará por cierto de oírla su benignísimo Hijo (1).

Ahora bien, si por las gracias copiosas que á sus devotos acarrea nombre tan suave, les hace dulce la vida, mucho mas dulce y alegre les hace el trance postrero, por la dichosa muerte que les proporciona. A esta causa aconsejan varones prácticos y espirituales á los que asisten á moribundos, que con frecuencia les repitan el dulcísimo nombre de Maria, porque pronunciado en aquella hora, basta como tan santo y eficaz, para que huyan de allí los enemigos, y se conforten y alienten grandemente los que agonizan. Así lo dejó encargado á sus religiosos san Camilo de Lelis, y junto con él el de Jesus. Y así lo practicó siempre el mismo santo, y así lo hizo consigo á la hora de espirar, con tal devocion y ternura, que la comunicaba á los que le asistian, acabando con los ojos fijos en sus sagradas imágenes, puestos los brazos en cruz, y en el semblante con visos de anticipada gloria.

Jesus y Maria son dos palabras no mas, y tan fáciles de pronunciar y retener en la memoria. como deleitosas considerandolas, y eficaces para protegernos (2). ¡O santísima Madre de Dios (3)! ¡Feliz aquel que gustó de la dulzura de tu piadoso nombre!, porque siendo tan ad-

---

(1) Paciuc. Exemp. 22. in Sal. Ang. (2) Kempis.
(3) Bonav. in Spec. B. V.

mirable y glorioso ¿qué temor podrá tener de los asaltos diabólicos? ¡Quien lográra Señora, la dicha de morir como el B. Enrique cisterciense, que espiró en el momento de estaros dulcemente llamando, ó como el P. Fulgencio de Ascoli capuchino, que terminó la carrera mortal cantando las alabanzas de vuestro santísimo nombre, para ir con él en la boca á veros y ensalzaros eternamente en el cielo!

Pidamosle tambien nosotros la misma gracia por singular favor, y seremos felices. ¡Feliz mil veces el que la llame confiadamente por su mismo nombre cuando esté agonizando! Gracia especial será y signo muy cierto de salvacion.

Madre mia, os amo, y porque os amo, tengo tambien amor y devocion á vuestro santísimo nombre. Con vuestro favor y benignidad, espero que le invocaré toda mi vida, y particularmente á la hora de la muerte. Por la gloria, pues, y dignidad de vuestro nombre dulcísimo, salid al encuentro á mi alma cuando parta de este mundo, y recibidla en vuestros brazos maternales, consolandola con la hermosura de vuestra presencia, abogando por mí en el tribunal de la divina justicia, y poniendodome, ya perdonado, en posesion del eterno descanso.

EJEMPLO.

—

Cuenta el P. Rho en su libro de los sábados, y el P. Lirco en su Trisagio Mariano, que en un pueblo de Gueldres, por los años de 1465, una soltera llamada Maria fue enviada por un tio suyo á comprar algunas cosas al mercado de Nimega, con orden de quedarse aquella noche á dormir en casa de otra tia suya. Esta no la quiso recibir, y tuvo la sobrina que volverse; mas haciendosele noche en el camino, empezó despechada á llamar al demonio, que no tardó en aparecersele en figura de hombre, prometiendole que la ayudaria, con tal de que hiciese dos cosas. Todo lo haré, respondió la infeliz. Pues la una es, volvió á decir el diablo, que de hoy en adelante no te has de hacer la señal de la cruz; y la otra; que has de mudar de nombre. En lo de la cruz convengo, contestó ella; pero nombre tan dulce como el de Maria no me lo mudo. Pues yo no te favorezco, replicó el enemigo. Finalmente despues de una larga contienda quedaron en que se llamaria con la primera letra de su nombre, esto es, M., y se fueron juntos á la ciudad de Amberes, donde vivió seis años con tal mal compañero en el estado infelicísimo que se deja pensar, al cabo de los cuales tuvo deseo de volver á su patria, y aunque él se negaba mucho, al fin condescendió. Al entrar en Nimega, hallaron que se estaba representando en público un acto de la vida de la Virgen, á cuya vista la pobre

M. sintió avivarse la centella que conservaba en el corazon de afecto para con la Virgen santísima, y empezó á llorar. A esto el demonio le dijo muy enojado: ¿qué hacemos aquí? ¿quieres que nosotros representemos otra comedia mas graciosa? Y tiraba de ella para apartarla de allí por fuerza; mas ella resistia. Conociendo entonces que iba á perderla para siempre, la levantó en el aire, y la dejó caer en el tablado. Se hizo poco daño, y contó en alta voz toda su historia, yendo desde allí á buscar al párroco para confesarse, quien la mandó al obispo de Colonia, y este al Papa, el cual oidola en confesion, le mandó por penitencia llevar siempre tres aros de hierro, uno al cuello y dos á los brazos. Obedeció la penitente, y llegando á Maestricht, se encerró en una casa de recogidas, donde vivió catorce años en rígida penitencia, al cabo de los cuales, al levantarse una mañana, vió rotas por sí las tres argollas, y pasados otros dos murió con fama de santidad, dejando dicho que la enterrasen con aquellos hierros, que de esclava del demonio la habian hecho sierva feliz de su divina libertadora.

ORACION.

Madre de Dios y Madre mia, aunque mi lengua inmunda es indigna de nombraros, vos que me amais y deseais mi salvacion, me habeis de conceder el que pueda invocar en mi favor vuestro santísimo y poderosísimo nombre, de gracia y salud en vida y en muerte. O Virgen purísima, o Madre amorosísima, o Maria, sea para mí en adelante vuestro santo nombre escudo y defensa, concediendome que en todas l s tentaciones, necesidades y peligros, y con especialidad á la hora de la muerte, clame sin cesar: Maria, Maria, para tener así la suerte de acabar la vida felizmente, y veros y bendeciros en el cielo por toda la eternidad. O clementísima, o dulcísima Virgen Maria, o Madre amabilísima ¡que aliento, confianza y alegria siente mi alma en nombraros, y aun solamente en acordarme de vos! Doy gracias á Dios de haberos dado para mi bien un nombre tan dulce, un nombre tan amable y tan poderoso.

Mas no me satisfago con que los labios le pronuncien, sino que ademas quiero nombraros por amor y con amor; quiero que el amor me recuerde á cada hora tan hermoso nombre; quiero poner todo mi amor en él. O Maria, o Jesus, vivan unicamente vuestros dulcísimos nombres en mi memoria y en la de mis prójimos, olvidando como se llaman las criaturas, para no tener otros en el corazon y en la boca que los nombres adorables de Je-

sus y Maria. Jesus amantísimo, Redentor mio, Madre amorosísima, Madre de mi alma, por vuestros merecimientos os pido como gracia especial, que á la hora de mi muerte, las últimas palabras que articule sean decir:

Jesus, Jose y Maria,
Os doy el corazon y el alma mia.

Reveló Maria santísima á un alma devota suya ser cosa muy de su agrado que sus siervos la veneren con las tres oraciones siguientes:

Gracias os doy, Padre eterno, por el poder dispensado á Maria santísima, vuestra Hija querida. Padre nuestro, Ave Maria, Gloria.

Gracias os doy, Hijo de Dios eterno, por la sabiduria comunicada á vuestra Madre santísima. Padre nuestro, Ave Maria, Gloria.

Gracias os doy, Espíritu Santo, Dios eterno, por el amor concedido á Maria vuestra Esposa dulcísima. Padre nuestro, Ave Maria, Gloria.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



DISCURSOS

SOBRE

LAS FIESTAS PRINCIPALES DE NUESTRA SEÑORA.

DISCURSO I.

Sobre su inmaculada Concepcion.

Que fue cosa muy conveniente el que las tres Personas de la santísima Trinidad preservasen á la Virgen Maria del pecado original.

Grande fue el daño que hizo la culpa á nuestros primeros padres y á toda su posteridad, pues perdiendo la gracia y demas dones de que los habia Dios enriquecido, atrajeron sobre sí y sus descendientes toda suerte de males. Pero de esta desgracia general tuvo á bien el Señor eximir á aquella Virgen esclarecida que eligió por Madre el segundo Adan Jesuchristo, reparando la pérdida causada por el primero; privilegio muy conveniente y digno de las tres Personas de la santísima Trinidad, preservandola el Padre como á Hija, el Hijo como á Madre, y el Espiritu Santo como á Esposa suya.

PUNTO PRIMERO.

Y en primer lugar, muy conveniente fue que el eterno Padre la preservase, por ser esta Señora su Hija primogénita, como atestiguó ella misma diciendo: Salí de la boca del Altísimo, yo primogénita de todas las criaturas (1); palabras que le aplica la santa Iglesia en la solemnidad de su purísima Concepcion. Porque bien sea primogénita como predestinada con su Hijo en los divinos decretos antes que toda otra criatura, segun enseña la escuela de Escoto, bien sea primogénita de la gracia como predestinada para Madre del Redentor despues de previsto el pecado, segun sostiene la de santo Tomas, todos convienen en llamarla primogénita de Dios; y en este concepto, muy conveniente fue que jamas estuviese bajo el dominio de Satanas, sino poseida de solo su Criador desde el primer instante de su ser, conforme á lo que ella misma dice: Desde el principio me poseyó el Señor (2); siendo por esto llamada de un santo hija única de la vida, á diferencia de las otras mujeres, que naciendo culpadas, son hijas de la muerte.

Tambien fue conveniente que el eterno Padre la criase en gracia, porque la destinaba para reparadora del mundo, y mediadora de paz entre Dios y los hombres, como la llaman los SS. Padres, entre los cuales dice san Juan Damasceno, que nació para dar salud á toda la

---

(1) Eccl. 24. (2) Eccl. 24.

tierra (1); san Bernardo, que si en el arca de Noe escaparon pocas personas del diluvio, por Maria se salvó todo el género humano (2); san Atanasio, que es la nueva Eva, Madre de la vida (3); san Teofanes, obispo de Nicea, que desvaneció la tristeza de la primera mujer; y san Basilio y san Efren, que reconcilió con Dios á los hombres. Ahora bien, la persona enviada á tratar de paces, no ha de ser enemiga del ofendido, ni menos cómplice del mismo crimen, porque si el juez se ha de apaciguar, no parece bien mandarle un enemigo suyo, que en vez de aplacarle, le irrite mas. Y así, habiendo de ser Maria pacificadora entre Dios y los hombres, toda buena razon pedia que no se presentase avergonzada delante de Dios, sino amiga suya, y exenta de todo crimen.

La misma conveniencia hubo por estar destinada á pisar y quebrantar la cabeza del dragon del infierno, engañador de nuestros primeros padres, y causador de la muerte de su descendencia, conforme á la amenaza en que el Señor dijo á la serpiente maligna: Enemistad pondré entre ti y la mujer, y ella quebrantará tu cabeza. Pues si habia de ser Maria la mujer valerosa destinada en el mundo á que venciese á Lucifer, por cierto repugnaba que antes la venciese y sujetase Lucifer á su esclavitud, sino mas bien que estuviese pura y libre de toda mancha, ajena del daño comun, y nunca sujeta al poderio de aquel tirano. Bien quiso el soberbio en el mo-

---

(1) Orat. 1. de Nat. Virg. (2) Serm. de B. V. (3) Orat. de S. Deip.

mento de ser concebida inficionarla tambien con su veneno; pero gracias á la divina bondad, que se anticipó y la previno con tanta plenitud de gracia, que sin haberle llegado á tocar la ponzoña, abatió y confundió la soberbia de su contrario (1).

Pero sobre todo fue conveniente que el Padre la preservase de la culpa de Adan, porque la destinaba para Madre de su unigénito Hijo (2). Si otro motivo no hubiese habido, bastaba el honor de su Hijo, que es Dios, para que la criase inmaculada, pues como enseña el doctor angélico, todas las cosas ordenadas á Dios deben ser santas y exentas de mancilla; que por eso David, trazando la idea del templo de Jerusalen con toda la magnificencia correspondiente al obsequio y culto del Señor, decia: No ha de ser habitacion de un hombre, sino de Dios. ¿Pues cuanto mas razonable fue que destinando á Maria el Hacedor eterno para Madre de su mismo Hijo, adornase y hermosease su alma de los dones mas excelentes de gracia y santidad, para que en ella el Señor tuviese morada digna y conveniente á su grandeza (3).? La Iglesia lo asegura en una oracion diciendo que Dios adornó el cuerpo y alma de la gloriosísima Virgen, para que fuese en la tierra albergue digno del unigénito del Padre (4).

---

(1) August. in. Genes. 3. 15. Bonavent. in 3. dist. 3. art. 2. q. 1. (2) Bern. de Sen. Serm. 15. c. 4. (3) Dionis. Cartus. l. 2. de laud. Virg. art. 2. (4) Omnipotens, sempiterne Deus, etc.

La prerogativa primera de un hijo es nacer de padres nobles; por lo que mas se tolera en el mundo pobreza y pocas letras, que bajo nacimiento; porque el pobre puede con su industria enriquecerse, y el ignorante aprender estudiando; pero el que nace vil, dificilmente puede llegar á ennoblecerse, ó si al fin lo consigue, siempre se le puede echar en cara la villania de su cuna. ¿Como, pues, hemos de pensar que pudiendo haber hecho Dios que su Hijo naciese de Madre noble, preservada de la vileza del pecado, hubiese consentido verle Hijo de una mujer infecta y denigrada, para que Lucifer pudiese decir que este Señor habia nacido de una pecadora, esclava suya y enemiga de Dios? No, Dios esto no lo consintió; miró por el honor de su Hijo, y cuidó de darle Madre inmaculada y perfecta, cual convenia á la santidad y excelencia de Hijo tan excelso y amado (1).

Es axioma comun entre los teólogos, no haberse concedido jamas á criatura don alguno de que no hubiese sido enriquecida la Reina de los ángeles (2). Y habiendo distancia infinita entre la Madre de Dios y los siervos de Dios, se debe consiguientemente admitir, que en todo género confirió Dios á la Madre mayores dones de gracia, que á todos los siervos. Dado asi por supuesto, se pregunta: ¿no pudo acaso la divina Sabiduria disponer al Verbo eterno de antemano un albergue decente y

(1) Ecclesia graeca in Men. die 25 Martii. (2) Bernard. Epist. 174. Thom. de Villan. Serm. 2. Ass.

libre de mancilla? Pudo Dios preservar de la caida á una parte de los ángeles ¿y no habrá podido preservar de la caida del hombre á la Reina del cielo, destinada para Madre de Dios? (1). ¿Pudo criar á Eva en justicia original, y no á Maria?

Sí, Dios lo pudo, y si lo pudo, lo quiso, porque justo fue que aquella Virgen santa, elegida para Madre de su amantísimo Hijo, fuese tan pura, que no solo excediese á la pureza de todos los ángeles y santos, sino que ninguna mayor se pudiese imaginar fuera de la de Dios; de suerte que el Padre como á Hija predilecta le pudiese decir complacido, azucena entre espinas, pues todas las demas tienen algun deslustre y fealdad; mas ella es la única flor siempre fragante, siempre inmaculada.

PUNTO SEGUNDO.

Tambien fue conveniente que el Hijo de Dios preservase á su Madre santísima del pecado original. No está en mano de nadie escoger madre á su voluntad; pero si pudiese esto ser, ¿quien seria el que pudiendo nacer de una reina, quisiese ser hijo de una esclava? ¿pudiendo tenerla ilustre, la escogiese villana? ¿pudiendo elegirla amiga de Dios, la prefiriese enemiga? Si pues el Hijo de Dios pudo elegir Madre á su gusto, no hay que dudar

---

(1) Anselm. Serm. de Concept.

que la escogió tan excelente como á Dios convenia (1). Y siendo cosa digna de Dios, que es purísimo, tener Madre pura y limpia de toda culpa, así lo fue ciertamente (2). Por testimonio del Apostol tenemos en Jesuchristo Pontífice santo, inocente, inmaculado, y apartado de los pecadores. Mas esto último ¿con qué verdad se diria, si hubiese la Madre sido pecadora?

Vaso celestial se llama (3), no porque dejase de ser terrena por naturaleza, como soñaron algunos herejes, sino celestial por gracia, en razon de haber sido superior á los ángeles en santidad y pureza, cual correspondia á la dignidad del Rey de la gloria que habitó en su purísimo seno: y concebida fue sin pecado, para que de ella naciese sin pecado el Hijo de Dios, que aunque incapaz de contraer la culpa, no quiso sufrir el oprobio de tener Madre vilipendiada con la deshonra del pecado, y esclava del demonio.

Dice el Espíritu Santo, que el honor del padre es honor del hijo, y la deshonra del padre deshonra del hijo. Por esto preservó el Señor de toda corrupcion el cuerpo muerto de su Madre santísima, porque hubiera sido menoscabo suyo el que hubiese entrado la podredumbre en aquella carne virginal de que él se habia revestido (4). Ahora bien, si para el Salvador hubiera sido linaje de

(1) Bernard. Hom. 5. sub. Miss. (2) Bernardin. Senens. tom. 2. Serm. 51. c. 1. (3) Ambros. de Inst. Virg. c. 5. (4) August. Serm. de Ass. B. V.

oprobio provenir de una mujer con cuerpo sujeto á la corrupcion de la carne, ¿cuanto mas el nacer de la que hubiese tenido el alma inficionada con la inmundicia y corrupcion del pecado? Es positivo que la carne de Jesus es la misma que la de Maria, aun despues de la resurreccion (1); y si la de la Madre se hubiese concebido en pecado, aunque es verdad que aun así hubiera la del Hijo quedado libre, con todo, siempre seria poco decoroso el haber á sí unido la de quien por algun tiempo hubiese sido inmunda y sujeta al dominio del príncipe de las tinieblas.

Maria fue Madre, y Madre digna del Salvador. Así á una voz lo dicen los SS. Padres con toda la santa Iglesia (2).

Pues segun esto ¿qué excelencia ó prerogativa habrá que no le sea debida? Enseña el angélico Doctor, que cuando Dios ensalza uno á cualquier dignidad, le hace idoneo para ella, y que por lo tanto, habiendo escogido á Maria para Madre suya, la hizo con su gracia dignísima de tan alto destino, de donde infiere el santo, que la Virgen no cometió jamas pecado alguno ni venial, porque de otra suerte (añade) no hubiera sido digna Madre de Jesuchristo, pues como de madre criminal, hubiera

---

(1) Id. id. (2) Bernard. in Deprec. ad Virg. Thom. a Villan. Serm. 3. de Nat. V. Thomas, 3. p. q. 2. art. 12. ad 3. Petrus Dam. de Ass. Serm. 2. Ecclesia. 2. Noct. in Nat. Mar.

participado de la infamia de ella (1). Luego si por un pecado venial, que no priva al alma de la gracia divina, no hubiera sido idonea Madre de Dios ¿qué diremos del original, que nos hace enemigos de Dios, y viles esclavos del demonio? Ved aqui por qué san Agustin dice en aquella sentencia tan sabida, que hablando de la Virgen, no hay que pensar en pecado, y esto por respeto al Señor que mereció tener por Hijo, de quien recibió gracia para vencer el pecado completamente (2).

Asi que, tengamos por cierto que el Verbo encarnado eligió la mejor Madre que pudo escoger , y tan excelente, que nunca se pudiese de ella avergonzar (3). No fue descrédito suyo el que le dijesen los judios por desprecio hijo de Maria, dando á entender que era mujer pobre, porque el Señor vino al mundo á darnos ejemplo de humildad y pobreza. Mas si los demonios hubieran podido decir con verdad que era hijo de una pecadora salida de su cautiverio , este hubiera sido no pequeño desdoro. Aun el haber nacido de fea , corcovoda, contrahecha ó endemoniada, no hubiera carecido de indecencia: ¡cuanto mas de una horrible por la culpa, y poseida en el alma por el enemigo!

¡Oh, que aquel Señor de infinita sabiduria supo bien fabricar una casa donde vivir, hermosa y proporcionada á su Majestad y grandeza (4) , santificandola muy de ma-

---

(1) 3. p. q. 26. art. 4. (2) De Nat. et Grat. contra Pelag. t. 7. c. 36. (3) Petr. Dam. (4) Prov. 9. 1. Ps. 45.

ñana (1), esto es, desde el primer instante, para que de este modo fuese digna de sí, pues que al Dios de santidad no correspondia elegir casa que no fuese santa (2). Y si el mismo Señor asegura que nunca entrará en alma malévola, ni en cuerpo sujeto á pecados (3), ¿quien ha de imaginar que quisiese hacer su morada en el vientre de madre que desde el primer instante de su ser no hubiera sido pura y santa (4)? Dice al Señor la Iglesia en el Te Deum: *Non horruisti Virginis uterum.* Por cierto que un Dios de tanta gloria se hubiera horrorizado de entrar en el seno de Ines, Getrudis ó Teresa, porque estas vírgenes, bien que santas, se vieron algun tiempo envilecidas con el pecado original; pero no tuvo ningun horror de hacerse hombre en el seno de Maria, porque esta Virgen privilegiada fue siempre pura y limpia de todo lunar de culpa, y jamas empañada con el hálito de la serpiente (5).

Dió precepto Dios de honrar padre y madre, del que no se dispensó haciendose hombre, antes bien colmó á la suya de gracia y honor, amandola, obedeciendola, y principalmente conservando en el sepulcro su cuerpo purísimo sin corrupcion alguna, para cumplir con este mandamiento, el cual, al modo que nos manda honrar á la madre, condena tambien el faltarle al honor y respeto debido (6). ¿Pero cuanto mas reparable hubiera sido la falta

(1) Ps. 45. (2) Ps. 92. (3) Sap. 1. (4) Thomas, 3. p. q. 27. (5) Angust. (6) August.

permitiendo que le alcanzase la ignominia de Adan? Cualquier hijo que pudiendo preservar á la suya de este vilipendio, no lo hiciese, pecaria; y por consecuencia, lo que en nosotros fuera mal hecho, lo debemos suponer poco decente en el Hijo de Dios.

Es cierto ademas que Jesuchristo vino al mundo á redimir á su Madre mas que á todos los otros hombres (1). Y siendo dos los modos de redimir, uno levantando al caido, y otro deteniendole para que no caiga, que es mucho mejor, porque así se evita el daño y reato que siempre queda despues de la caida, hemos de creer firmemente que Maria fue redimida del segundo modo, mejor, mas noble que el otro, y mas conveniente á la predilecta, á la digna, á la escogida para Madre de Dios (2).

Añadamos para concluir este punto, que pues por el fruto se conoce el arbol, si fue siempre inmaculado el Cordero de Dios, inmaculada fue su Madre (3), por serlo digna de Hijo tan digno, excelsa de Hijo tan excelso, y el solo digno de Madre tan noble, pura, santa y escogida. Unamos, pues, nuestras voces con las del fervorosísimo san Ildefonso, para decirle enardecidos en su amor: Alimentad, Señora, á vuestros pechos virginales al Criador de los cielos, el cual os hizo en todo tan perfecta, cual era necesario que lo fueseis para que naciese de vos (4).

---

(1) Bernardin. Senens. (2) Antonin. (3) Ug. a S. Victor. Coll. 3. do Verb. Inc. (4) Serm, de Nat. Virg.

PUNTO TERCERO.

Tambien fue conveniente que el Espíritu Santo preservase á su Esposa dulcísima del pecado original. Maria fue la única que mereció ser llamada Madre y Esposa del Altísimo (1), pues el Espíritu Santo habitó en ella aun corporalmente, enriqueciendola de gracia mas que á ninguna otra criatura, constituyendola Señora del cielo y haciendola Esposa muy querida suya (2). De su cuerpo inmaculado formó el cuerpo inmaculado de Jesus, y de este modo habitó en ella corporalmente cuanto al efecto, verificandose el anuncio del angel, quedando hecha templo y sagrario del Espíritu Santo, y por obra del mismo concibiendo al Hijo de Dios como su verdadera Madre (3).

Ahora bien, si estuviese en mano de un excelente pintor, dar á su esposa facciones á medida de su deseo, ¿qué esmero no pondria en agraciarla con toda la hermosura que le fuese posible? ¿Y qué diremos del Espíritu Santo? ¿Como será creible que habiendo podido producir una Esposa adornada con toda la belleza y gracia correspondiente, lo dejase de hacer? No, que fue tan pura y linda como la dignidad del Esposo merecia, y así el mismo Señor le dice alabandola: Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay mancilla en ti (4): cuyas pa-

(1) August. Serm. de Ass. (2) Ansel. de Exc. Virg. c. 4.
(3) Thom. opusc. 8. (4) Cant. 4. 7.

labras se entienden propiamente de esta Virgen purísima, como sostienen san Ildefonso y santo Tomas (1), y en particular de su inmaculada Concepcion, como enseñan san Bernardino de Sena y san Lorenzo Justiniano (2).

Lo mismo significó el Espíritu Santo cuando dijo á esta su querida Esposa, jardin cerrado y fuente sellada (3). Lo uno y lo otro fue así verdaderamente, porque no entraron jamas los enemigos á combatirla, y se mantuvo siempre intacta en alma y cuerpo (4).

Mas la amó su divino Esposo, que á todos los ángeles y santos juntos (5), ensalzandola desde luego á la cumbre de la santidad sobre todos los bienaventurados (6), y así elogiandola dice: Riquezas acaudalaron muchas hijas; pero ninguna cuanto tú (7): de cuyas palabras se infiere, que si fue superior á todas en los tesoros de la gracia, desde el principio tuvo tambien la justicia original, como Eva, Adan y los ángeles. En otro lugar dice que las doncellitas son innumerables; pero la paloma, la perfecta ó la inmaculada, como se espresa el testo hebreo, es una no mas (8). Todas las almas justas son hijas de la gracia divina; pero entre ellas Maria es la paloma sin hiel de culpa, la perfecta sin la mancha original, la única concebida en gracia.

---

(1) Cornel. a Lap. in Cant. 4. 7. (2) Bern. Senens. tom. 2. Serm. 52. Laur. Just. Serm. de Nat. Virg. Idiota. in Contemp. B. V. c. 3. (3) Cant. 4. 14. (4) Hieronym. Ep. 10. ad Eust. de Ass. Bernard. in Cant. 4. (5) Suarez. Laurent. Justinianus, et alii. (6) Ps. 86. (7) Prov. 31. (8) Cant. 7.

Aun antes de la Encarnacion la saludó el angel llamandola llena de gracia, porque habia recibido la gracia en plenitud, cuando á los demas se les dispensa en parte (1); y fue con tanta profusion y largueza, que no solo el alma era santa, sino tambien la carne de que habia de revestir al Verbo eterno; para que entendamos que desde el primer instante de su ser el Espíritu Santo la colmó de las riquezas de su liberalidad (2), anticipandose á prevenirla y hermosearla con sus preciosos dones, antes de que la sierpe antigua tuviese tiempo para inficionarla con la ponzoña de su aliento (3).

Por ser la Concepcion purísima patrona de nuestra mínima Congregacion, me detendré algo mas en este discurso que en los otros, esplicando brevemente los motivos que me convencen, y deben á mi juicio convencer á todo el mundo de la verdad y solidez de esta pia sentencia y (4) singularísimo privilegio de que nuestra Señora fue concebida sin pecado original.

Aun mas que esto sostienen muchísimos doctores (5), y es que ni siquiera contrajo el débito del pecado; cosa muy probable, porque aunque sea cierto que todos fuimos incluidos en la voluntad de Adan como cabeza, se-

(1) Sophron. Serm. de Ass. B. V. (2) Petrus Cell. lib. de panib. c. 10. (3) Petrus Dam. Serm de Ann. (4) Hoy sabemos ya todos, que es artículo de fe. (El traductor.)
(5) Cardin. Galatinus. Card. Cusano, Lapuente, Salazar, Catharinus, Navarinus, Viva, Lugo, Egidius, Richelius, aliique multi.

gun parece que se puede sacar de aquellas palabras del Apostol que dicen: Todos pecaron en Adan (1): tambien es muy creible, que habiendo Dios distinguido tanto á Maria de los demas hombres, quedase fuera de la voluntad del primer padre, y que así ni aun el débito de la culpa contrajese.

A esta opinion, por ser mas gloriosa á la Virgen nuestra Señora, me adhiero yo gustosamente. Mas que no incurrió en el pecado no solo lo tengo por cierto, sino tambien por muy próximo á ser declarado artículo de fe, segun muchos autores han escrito (2): y paso en silencio las revelaciones que ha habido sobre lo mismo, especialmente las de santa Brígida (3); mas no omitiré el decir algo de lo que sintieron los santos Padres en el particular, para que veamos cuan acordes estaban en conceder á Maria santísima la prerogativa gloriosa de que vamos hablando.

San Ambrosio: Virgen sin corrupcion, Virgen por gracia exenta de toda mancha de pecado (4).

Orígenes: No la envenenó el hálito de la serpiente (5).

San Efren: Fue inmaculada, y estuvo remotísima de todo pecado (6).

San Agustin: Saludandola el angel llena de gracia, fue

---

(1) Rom. 1, (2) Card. Everardus, Duvalius, Rainaldus, Losada, Viva, y muchos mas. (3) Revel. c. 12. 49. et 55.
(4) Serm. 12. in Ps. 118. (5) Hom. 1. (6) Tom. 5. or ad Dei Genit.

tanto como decir, que allí cesaba el rigor de la primera sentencia, y volvia la plenitud de gracia y bendicion (1).

San Gerónimo: Aquella nube mística nunca se oscureció, siempre fue luminosa (2).

San Cipriano, ó quien sea el autor del libro que cito: No sufrió la justicia divina que aquel vaso de eleccion fuese mancillado, pues que siendo tan excelente y superior á los demas, si era de la misma naturaleza, no participó de la misma culpa (3).

San Anfiloquio: El Señor, que crió sin defecto á la primera virgen (que fue Eva), crió sin defecto ni crimen á la segunda (4).

Sofronio: Se llama esta Virgen inmaculada, porque estuvo siempre libre de corrupcion (5).

San Ildefonso: Nos consta que no tuvo pecado original (6).

San Juan Damasceno: En este paraiso no tuvo entrada el diablo (7).

San Pedro Damiano: La carne de Maria, procedente de Adan, no se vició con la mancha de Adan (8).

San Bruno: Esta es aquella tierra santa que bendijo Dios, libre por eso del contagio de la culpa (9).

---

(1) Serm. 11. de Nat. Dom. (2) In Ps. 77. (3) Lib. de Car. Christi. oper. de Nat. (4) Tr. de Deip. (5) In epist. apud Syn. tom. 3. p. 307. (6) Conc. Disp. de Virg. Mar. (7) Or. 2. de Nat. Virg. (8) Serm. de Ass. Virg. (9) In Ps. 101.

San Buenaventura: Nuestra Señora en su santificacion fue llena de gracia preveniente, esto es, gracia preservativa de la miseria del pecado original (1).

San Bernardino de Sena: No es creible que el Hijo de Dios quisiese nacer de carne manchada con el pecado original (2).

San Lorenzo Justiniano: Desde su Concepcion la previno el Señor con bendiciones de dulzura (3).

El sabio Idiota: ¡O dulcísima Virgen! gracia hallaste, y gracia singular, pues desde el primer instante fuiste preservada del pecado original (4).

Lo mismo dicen otros muchos doctores.

Ahora, los motivos que nos aseguran de la verdad de esta pia sentencia son dos principales.

El primero el consentimiento universal de los fieles. De los órdenes religiosos no hay que hablar (5), pues aun el de santo Domingo cuenta mas de cien escritores que la defienden; y como prueba mayor de ser este el comun sentir de la Iglesia católica, atestiguaba ya en el año de 1661 N. Smo. Padre Alejandro VII. en su famosa bula: *Sollicitudo omnium ecclesiarum*, que no solo las universidades, sino ya casi todo el orbe católico habia abrazado la misma pia sentencia. De las universidades apenas habrá una donde al graduarse no presten todos

---

(1) Serm. 2. de Ass. (2) Tom. 3. Serm. 49. (3) Serm. de Annunt. (4) Cap. 6. (5) Egid. de Praef. Virg. q. 6. n. 4.

juramento de defender el misterio de la Concepcion inmaculada (1). Este unánime sentir de los fieles es argumento convincente (2), porque si nos da certeza de su gloriosa Asuncion á los cielos, con igual certidumbre nos debe asegurar de su purísima Concepcion.

El segundo motivo, de mas peso que el anterior, es ver que la Iglesia celebra la fiesta de la misma Concepcion inmaculada, siendo certísimo que nunca puede solemnizar cosa que no sea santa, segun el oráculo de san Leon Papa (3), san Eusebio (4), san Agustin (5), san Bernardo (6) y santo Tomas (7), que en prueba de haber sido santificada antes de nacer, usa de este mismo argumento de la celebracion de su Natividad por toda la Iglesia. Luego debemos tener por indudable que fue concebida sin pecado original, pues que milita la misma razon de celebrarse tambien este misterio universalmente. En confirmacion de esta prerogativa de nuestra Señora, son innumerables los favores y prodigios que todos los dias se digna el Señor dispensar por medio de las cédulas de la inmaculada Concepcion. Muchos pu-

---

(1) En ninguna parte es tan general como en España esta santa costumbre, ni tanto el culto, devocion, solemnidad y regocijo público en celebrar el misterio de la limpia y pura Concepcion, patrona de España y de las Indias. (El traductor.)
(2) Julius Torni. Episc. in Adn. ad Est. l. 2. dist. 3. §. 2.
(3) Epist. Decret. 4. c. 2. (4) Decret. 24. 9. 1. c. In Sede.
(5) Serm. 91. et 103. (6) Epist. ad Can. Lugd. (7) 2. p. q. 27. a 2.

diera referir de que han sido testigos los PP. de nuestra Congregacion; pero contaré solamente dos de los mas notables.

EJEMPLO.

—

Vino á una de las casas que tiene en este reino (1) nuestra Congregacion, cierta mujer casada, lamentandose de que habia muchos años que su marido rehusaba confesarse, no sabiendo que hacer para persuadirselo, porque hasta le daba ya de palos en hablandole de confesion. Por último remedio le aconsejó un padre que procurase darle una cédula de la purísima Concepcion. Llegada la noche, empezó de nuevo la mujer á reiterar sus exhortaciones; mas viendo que se hacia sordo como siempre, le puso la cédula en la mano, y no bien la hubo tomado, cuando le dice: Pronto estoy, ¿cuando quieres llevarme á la iglesia? Ella se puso á llorar de gozo viendo mudanza tan repentina, y á la mañana siguiente le trajo á la nuestra. Preguntóle el P. cuanto tiempo hacia que no se confesaba. Dijo que veintiocho años. Volvióle á preguntar ¿qué cosa le habia movido á venir aquella mañana? Y contestó: Padre, yo estaba obstinado, pero habiendome dado anoche mi mujer una cedulilla de la Virgen, de repente se me trocó el corazon, y cada momento me parecia un siglo por el deseo de que amaneciese para venir. En efecto se confesó muy á sa-

(1) Es el de Nápoles. (El traductor.)

tisfaccion de entrambos, mudó de vida, y siguió confesandose por muchos años con el mismo padre.

En otro lugar de la diócesis de Salerno haciamos la mision, y vivia en él un hombre enemistado publicamente con otro que le habia ofendido. Fué un P. á hablarle de reconciliacion, y le dijo él: Por eso no voy al sermon, y aunque me condene, quiero vengarme. El P. hizo cuanto pudo por aplacarle y convertirle; pero cono ciendo que era tiempo perdido, le dijo al fin: Toma esta cédula de la Virgen. El antes de tocarla respondió: ¿Y de qué puede servirme ese papel? Mas luego que la tomó, como si nunca se hubiera negado, dijo: P. ¿qué es lo que V. pretende de mí? ¿Que me reconcilie? Lo haré gustoso. Convinieron en que al dia siguiente quedarian hechas las paces. Llegada la mañana se le halló de nuevo renuente. Le presentó el P. otra cédula, y no la queria; al fin la toma, aunque con repugnancia, y dice al instante: Ahora sí; ¿donde está ese hombre? Vino este, se hablaron, se amistaron, y despues el ofendido se confesó.

ORACION.

—

Virgen inmaculada, al consideraros tan pura, rica y llena de gracia, me regocijo de vuestra felicidad, y con hacimiento de gracias al Señor y ánimo de darselas incesantes por haberos preservado de toda culpa, en defensa de privilegio tan precioso, estoy pronto á dar la vi-

da, si es menester, deseando ardientemente que todo el mundo os reconozca y confiese por aquella hermosísima aurora llena siempre de divina luz, por aquella arca de salvacion libre del general naufragio del pecado, por aquel jardin cercado, recreo del Señor, por aquella fuente sellada que jamas enturbió el aliento del enemigo, por aquella azucena cándida, pura y fragante; que el Altísimo escogió para sí.

Permitid que os alabe tambien, uniendo mis voces con las del Esposo divino para decir que toda sois pura y sin mancha, y pues que á los ojos del Señor estais tan colmada de gracia, virtudes y belleza, dignaos de mirar con esos hermosísimos y piadosísimos ojos las llagas de mi alma, para que las saneis movida de compasion. ¡O iman de los corazones! Atraed y llevad hacia vos el mio para siempre; y acordandoos que desde el primer instante de vuestro ser aparecisteis pura y casta en la divina presencia, tened misericordia de mí, que no solo nací en pecado, sino que despues del bautismo he vuelto mil veces á mancillar mi alma. ¿Qué os podrá negar aquel Señor de quien sois Hija, Madre y Esposa, y por esto libre de todo pecado, y á todas las criaturas preferida? Virgen inmaculada, vos me habeis de salvar. Para que logre tan dichosa suerte, haced que nunca me olvide de vos, y vos de mí no os olvideis. Mil años me parece el tiempo que tardo en ir á ver en el cielo vuestra hermosura para amaros y bendeciros eternamente. Amen.

DISCURSO II.

De la Natividad de nuestra Señora.

Maria nació colmada de santidad.

Celebran los hombres con fiestas y alegrias el nacimiento de sus hijos, y debieran mas bien dar muestras de luto y dolor, reflexionando que no solamente nacen privados de toda razon y merecimiento, sino inficionados con la culpa, hijos de ira y condenados á sufrir muchas penas en este mundo, y á poco la muerte. El nacimiento de Maria es el que merece ser solemnizado con toda especie de regocijos, porque si niña en la edad, viene á la luz colmada de méritos y virtudes. Para que algo conozcamos del alto grado de santidad con que al nacer sale ya enriquecida, debemos considerar primeramente la grandeza de la gracia con que Dios la previno desde luego, y en segundo lugar la gratitud y fidelidad con que al instante correspondió á gracia tan excelente.

PUNTO PRIMERO.

Fue el alma de Maria la mas hermosa que Dios crió; fue la obra mas perfecta y digna de sí que salió de sus manos omnipotentes, exceptuando siempre la Encarnacion del Verbo. Por lo mismo la divina gracia no descendió en Maria cual gotas de rocio, como en los santos,

sino como lluvia muy abundante (1). Se compara su alma santísima al vellon de lana que atrajo á sí toda la lluvia de la gracia sin perder una gota (2), quedando aun antes de nacer poseedora de todas las riquezas que los santos reciben con tasa y limitacion (3).

Su gracia fue mayor que la de cada santo en particular, y mayor que la de todos los santos y ángeles juntos, como prueba el doctísimo P. Francisco Pepé, de la Compañia de Jesus, en su preciosa obra de las grandezas de Jesus y Maria (4), afirmando que esta opinion tan gloriosa á la Reina del cielo, es hoy comun y cierta entre los teólogos modernos (5) que la han examinado y tratado espresamente, cosa que los antiguos no habian hecho. Y cuenta ademas, que la misma Virgen, por medio del P. Martin Gutierrez (hombre santo), dió gracias al P. Francisco Suarez por haber sostenido con tanta energia la enunciada opinion probabilísima, que despues fue defendida de comun acuerdo en la universidad de Salamanca.

Ahora bien, si esta sentencia es comun y cierta, tambien será muy probable que desde el primer instante de su purísima Concepcion recibió toda esta gracia, superior á la de los santos y ángeles juntos; y en su apoyo, fuera del peso que le dan muchos y graves autores, hay dos razones concluyentes.

(1) Ps. 71. 6. (2) Basil. in Cant. D. Th. in. 1. Luc. (3) Bonavent. Serm. 3. de B. V. (4) Tom. 3. lez. 136. (5) Cartagena, Suarez, Spinelli, Recupito, Guerra, y muchos otros.

La primera es por haber sido elegida para Madre del Verbo eterno, alteza superior á la de todas las criaturas, y dignidad en cierto modo perteneciente al orden de la union de la naturaleza divina con la humana en la Persona del Hijo de Dios, por lo cual los dones que se concedieron á su Madre santísima luego que empezó á existir, fueron incomparablemente mayores y mas excelentes, que los que se han dispensado á todas las demas criaturas; no pudiendo dudarse que al mismo tiempo que en los divinos decretos fue el Verbo eterno predestinado para hacerse hombre, fue tambien su Madre predestinada, y enseñando santo Tomas y otros santos (1), conforme á la doctrina del Apostol, que Dios á cada uno le da la gracia en proporcion al cargo que le confiere, con todos los dones necesarios á su perfecto desempeño y lustre debido á la dignidad. Y como la de Madre de Dios es tan excelsa, recibió en el primer instante de su ser una gracia sin medida, muy superior á la de todos los ángeles y santos, correspondiente á tan sublime dignidad, y en fin tan grande, tan excelente, tan inmensa, que la hizo merecedora de la divina maternidad (2). Así se llamó llena de gracia, no porque enteramente se le diese toda la que Dios puede comunicar, pues como enseña el angélico Doctor, ni aun la gracia habitual de Jesuchristo fue suma en este sentido, en razon de que es tan ilimitado el divino poder, que por mas que dé, siem-

(1) 3. p. q. 27. a. 5. Bernardin. Sen. Ser. 10. a. 2. c. 1.
(2) Thom. loc. cit. art. 4.

pre le queda mas que dar, asi como puede ensanchar mas y mas los senos de la criatura para comunicarle mas y mas; sino quiere decir, que tanto á Jesuchristo como á su bendita Madre se les dió una gracia inmensa, y correspondiente á los fines altísimos á que se ordenaba, que eran la union de la naturaleza humana con la Persona del Verbo, y la maternidad de Maria (1).

Con razon, pues, dijo el Real Profeta, que los cimientos de la ciudad de Dios, que es la misma Virgen, se habian de poner en las cumbres de los montes (2), pues el principio de su vida inmaculada habia de ser mas alto, que la última perfeccion de todos los santos. Amala Dios mucho mas que á los otros, porque en su seno purísimo se dignó hacerse hombre, y así los dones que le dispensó, desde luego fueron proporcionados á tan grande dicha y preeminencia.

Esto mismo significó Isaias cuando profetizó que en los tiempos venideros se habia de preparar ó levantar el monte de la casa del Señor sobre la cima de los otros montes, y que por esta causa vendrian á él todas las gentes, y recibirian misericordia y gracia (3); porque Maria resplandece en una altura muy elevada, porque fue monte escogido de Dios para morar en él, porque ella es el cipres del monte Sion, y el cedro del Líbano,

---

(1) Thom. d. q. 7. art. 10. ad 1. Benedict. Fernandez.
(2) Ps. 28. (3) Isai 22.

y la oliva hermosa, y la escogida como el sol, ante quien las estrellas esconden su luz, en fin, porque en santidad es tan sublime, que ni Dios debió tener otra Madre, ni Maria otro Hijo que no fuese Dios (1).

La segunda razon con que se prueba que era mas santa al empezar su vida que todos los santos juntos en uno, se funda en el oficio excelentísimo de abogada y medianera de los hombres, en que fue constituida desde el primer instante de su ser, por el que fue necesario que desde entonces poseyese mayor caudal y cúmulo de gracia, que toda la multitud de los santos. Abogada y medianera lo es por haber obtenido con su poderosa intercesion, y mérito de congruidad ó conveniencia, la dicha de todos, procurandonos el beneficio inestimable de la redencion: aunque siempre se ha de entender que solo Jesuchristo es nuestro medianero de justicia con mérito de condigno (espresion de las escuelas), por haber ofrecido sus méritos al eterno Padre, y aceptadolos el Padre por nuestra salvacion; cuando Maria es medianera de gracia, intercesion y mérito de congruencia, por haber tambien ofrecido sus merecimientos por nuestro remedio, aceptados graciosamente por el Padre en union con los de Jesuchristo. De manera que juntos nos alcanzaron el mismo efecto (2), y Maria deseó la redencion de todos, la pidió, la consiguió, y por ella fuimos dicho-

(1) Bernard. (2) Arnold. Carnot.

sos (1), habiendo por su medio recibido cada cual de los santos todos los bienes y dones de la vida eterna.

Esto es puntualmente lo que la Iglesia quiere significar cuando le aplica las palabras que estan escritas en el cap. 24 del Eclesiástico: *In me gratia omnis viae et veritatis*, en mí está la gracia del camino y de la verdad. Del camino, pues que por su medio se dispensa la gracia á los que todavia vamos caminando como peregrinos. De la verdad, porque tambien se nos dió por su medio la luz de la verdad. En mí, dice asimismo, está toda esperanza de vida y virtud. De vida, pues que por Maria esperamos vida de gracia y gloria; y de virtud, pues que por su medio se consiguen las virtudes, y especialmente la Fe, Esperanza y Caridad, necesarias para salvarnos. Yo soy Madre de amor hermoso, de temor, conocimiento y santa esperanza. Así es, porque con su intercesion poderosa alcanza á sus siervos los dones del amor divino, del temor santo, de la luz celestial, y la confianza en la bondad y misericordia divina. De lo cual infiere san Bernardo como legítima consecuencia, ser doctrina de la Iglesia católica, que Maria es nuestra medianera y abogada universal; y por la misma razon la llamó el angel llena de gracia, pues que habiendose dispensado á los demas con tasa y medida, á Maria se le dió toda entera, y esto para que pudiese dignamente

---

(1) Ric a S. Vict. c. 26. in Cant.

ser medianera entre Dios y los hombres (1), porque sin tanta gracia ¿como fuera posible? ¿Como hubiera podido ser escala del cielo, abogada del mundo, y medio de reconciliacion que nos volviese á granjear la bienquerencia divina (2)?

Ahora se ve con toda claridad la segunda razon que propusimos. Si desde el primer instante de su ser se le confirió el piadoso empleo de medianera nuestra, necesario fue que desde entonces se viese adornada de una gracia mayor que la que tuvieron todos los santos por quienes habia de interceder. Es decir, que si por medio de Maria habian de ser los hombres agradables á Dios, fue necesario que ella lo fuese mas que todos los otros. Si no ¿como hubiera podido interceder por todos? Para que un intercesor logre del monarca cualquier beneficio á los vasallos, es forzoso que goce mas favor que todos ellos en el ánimo del monarca; y así le goza Maria en el acatamiento divino (3).

¿Y de los ángeles fue tambien medianera? pues que aseguran muchos teólogos, que tambien á los ángeles les mereció la gracia de la perseverancia. A esta pregunta decimos, que el Salvador fue su medianero de condigno, y Maria de congruencia, habiendo acelerado con sus ruegos la venida del Redentor, ó á lo menos mereciendo

---

(1) Basil. (2) Laur. Justin. Serm. de An. B. V. (3) Anselm. de Excell. Virg. c. 9.

la divina maternidad, mereció á los ángeles como gloria accidental la reparacion de los asientos de bienaventuranza que habian perdido los espíritus malos (1).

Así se ha de tener por cierto, que pues esta niña celestial fue elegida para abogada del mundo y Madre del Redentor, tuvo desde el principio mayor gracia que toda cuanta se dió á los santos. Y segun esto, consideremos qué joya de tanta complacencia y recreo era ya desde entonces el alma de esta niña preciosa delante del cielo y de la tierra. Entre todas las criaturas era ciertamente la mas amable á los ojos divinos, porque colmada ya de gracias y merecimientos, pudo desde luego decir: *Cum essem parvula, placui Altissimo*. Y tambien era la mas amante de cuantas habian aparecido en el mundo hasta aquella hora; de suerte que si hubiera nacido al instante que fue concebida, la hubiera ya visto el mundo mas colmada de virtudes y merecimientos, que toda la multitud de los santos. ¡Pues cuanta mayor seria su santidad en el momento de nacer, enriquecida ya con los méritos adquiridos en el espacio de nueve meses!

Pasemos ahora á considerar lo que indicamos en el segundo punto, esto es, cuan grande fue la fidelidad con que desde luego empezó á corresponder á la divina gracia.

---

(1) Ric a S. Vict. in Cant. 4. Anselm. de Exc. Virg. c. 11.

PUNTO SEGUNDO.

No es opinion singular, sino persuasion de todo el mundo, que Maria, con la gracia santificante que Dios le infundió en el vientre de la gloriosísima santa Ana, recibió tambien el uso completo de la razon, y una luz superior y correspondiente á la gracia de que fue revestida. Así bien podemos creer sin dificultad, que desde aquel instante primero en que el alma hermosa quedó unida al cuerpo purísimo, Dios la iluminó con los rayos de la divina sabiduria, para que al instante conociese las verdades eternas, la hermosura de las virtudes, y principalmente la infinita bondad del Señor, dignísimo de ser amado de todas las criaturas, y de ella con especialidad, por los dones singulares de que la colmó, distinguiendola y prefiriendola entre todas las demas, preservandola del pecado original, y comunicandole una gracia tan soberana, cual se requeria para el alto destino de Madre de Dios y Reina de todo el universo.

De aquí es que siendo desde aquel primer momento tan agradable á Dios, empezó á corresponder y obrar con toda excelencia y perfeccion, negociando fielmente con el gran caudal y tesoro de gracia que allí se le dió, esforzandose á complacer y amar á la bondad divina con todo su poder, y continuando así durante los nueve meses, sin dejar que pasase un instante en que no se uniese intimamente á Dios con actos de amor ferventísimos.

Estaba libre del pecado original, y de consiguiente libre de todo apego y aficion terrena, de todo movimiento desordenado, de toda distraccion, de toda oposicion de los sentidos, acordes enteramente con la razon para volar al divino centro, y amarle de continuo mas y mas. Que por esto se llamó plátano puesto á la corriente de las aguas (1), como planta lozana, siempre fecundada y favorecida junto al raudal de la divina gracia; y se llamó vid generosa, no solo por haber sido tan humilde á los ojos del mundo, sino porque siempre iba creciendo como la vid, que nunca para de subir mientras tiene algun arbol á que apoyarse. Ella estribó en su Amado (2), y así nunca dejó de subir y remontarse á la perfeccion.

Ademas dicen los teólogos, que el alma que posee cualquier hábito de una virtud, como sea fiel en corresponder á las gracias actuales que Dios le da, consecuencias del mismo hábito infuso ó adquirido, viene siempre á producir un acto igual en intension al hábito que tiene, de forma que gana cada vez un nuevo y doble mérito, igual al cúmulo de todos los ganados anteriormente. Este aumento, dicen, se concedió á los ángeles cuando todavia se hallaban como viandantes en estado de merecer; y si á los ángeles se les concedió ¿quien lo negará de la Virgen santísima por todo el curso de su vida mortal, y especialmente de aquellos nueve primeros meses de que vamos hablando, durante el cual fue mu-

(1) Eccl. 29. 12. (2) Innixa super Dilectum svum. (Cant. 5.

cho mas fiel que los ángeles en cooperar á la divina gracia? Y como correspondia con todo ahinco y perfeccion, á cada uno de los actos que practicaba, iba duplicando los méritos por instantes, en términos que si en el primero tuvo mil grados de gracia, en el segundo ya tenia dos mil, en el tercero cuatro mil, en el cuarto ocho mil, y en el sesto treinta y dos mil. Y si esto solo fue al sesto instante de su concepcion, multipliquemos los méritos de un dia, y despues los de tantos dias como hacen nueve meses, y veamos los tesoros espirituales de que en el acto de salir á luz estaba ya revestida y hermoseada.

Alegremonos, pues, con esta niña prodigiosa, dandole mil parabienes de verla nacer tan santa, llena de gracia, y agradable á Dios; y alegremonos no solo por ella, sino tambien por nosotros, pues que viene al mundo para gloria suya y para bien nuestro. De tres maneras la colmó Dios (1). Primero, llenando su alma de suerte que desde el primer instante fuese toda suya. Segundo, el cuerpo con que mereció revestir de su carne purísima al Verbo eterno. Tercero, fue llena para beneficio comun, á fin de que todos los hombres pudiesen participar de tanta abundancia. Tienen algunos santos tanta gracia, que no solo basta para ellos, sino tambien para muchos otros; pero solamente á Jesus y á Maria se concedió tanta riqueza y

(1) Thom. Opusc. 4.

plenitud, que baste para salvarnos á todos (1), y por esta razon el dicho de san Juan de que todos recibimos de la plenitud del Salvador, lo estienden los santos tambien á Maria (2). Y en realidad ¿quien habrá en el mundo con quien no se haya mostrado benigna dispensándole alguna misericordia? Aunque siempre se ha de entender que de Jesuchristo recibimos la gracia como autor de ella, y de Maria como medianera; de Jesuchristo como Salvador, y de Maria como abogada; de Jesuchristo como fuente, y de Maria como acueducto de las misericordias del Señor. Y así nos exhortan los santos á que acudamos á esta Virgen purísima colocando en ella nuestra esperanza, ciertos de que por su mano recibiremos todo cuanto bien podamos desear, y especialmente san Bernardo, que lo asegura con estas afectuosas espresiones: Considerad la tierna devocion con que el Señor quiere que la veneremos, pues que en su mano depositó todos sus tesoros, para que sepamos que de ella proviene nuestra esperanza y salvacion (3). ¡Desdichado de aquel que por su culpa llegue á obstruir este canal de gracia! ¿Qué hizo Holofernes para tomar á Betulia? Romper las cañerias de la ciudad. ¿Y el demonio qué hace para entrar en un alma? Procurar que deje la devocion de Maria santísima. Pero ¡ay! que cerrado este canal sa-

---

(1) Thom. Op. 8. (2) Thom. de Villan. Ansel. (3) Serm. de Aquaed.

ludable, pronto perderá el hombre el refrigerio de la gracia divina, la luz del cielo, el temor de Dios, y por última desdicha la salvacion eterna. Lease el ejemplo siguiente, y se verá por una parte la bondad del corazon de Maria, y por otra la desgracia que se acarrea el que olvida la devocion de esta Virgen piadosa.

EJEMPLO.

Cuenta Tritemio, Canisio y otros, que en Magdeburgo, ciudad de Sajonia, hubo un hombre llamado Ugo, el cual era de muchacho tan rudo y de tan escaso entendimiento, que servia de risa á todos sus iguales y conocidos. Un dia en que por esto se vió mas afligido, se postró á los pies de una imagen de Maria santísima encomendandose á su proteccion. La Virgen se le apareció en sueños, y le dijo: Ugo, haré lo que me pides, y no solo te alcanzaré de Dios la habilidad suficiente para que nadie se burle de ti, sino un talento tan grande, que cause admiracion, prometiendote ademas que cuando el obispo muera, tú le has de suceder. Todo ello se cumplió así. Ugo sobresalió en las ciencias, y vino á ser obispo; pero fue tan ingrato á Dios, y á la bondad de su bienhechora la Reina de los cielos, que dejada toda devocion, llegó á ser el escándalo general. Hallandose una noche en la cama sacrilegamente acompañado, oyó una voz que le decia: Ugo, basta ya de juego; bastante has

ofendido á Dios; palabras que le enfadaron, sospechando que las dijese alguna persona que le reprendia; mas oyendolas repetir la segunda y la tercera noche, entró en algun temor de que fuesen aviso del cielo, aunque sin enmienda ninguna. Pasados otros tres meses que Dios le daba para volver en sí, llegó el castigo. Un devoto canónigo llamado Federico, oraba una noche en la iglesia de san Mauricio pidiendo á Dios que remediase el escándalo del prelado, cuando de pronto se levanta un viento impetuoso, y la puerta de la iglesia se abre de par en par. Entraron dos jóvenes con hachas encendidas en la mano, y se pusieron á los lados del altar mayor. A estos siguieron otros dos que delante del mismo altar tendieron una alfombra, poniendo encima dos sillones de oro. En seguida entró otro en traje de militar y espada en mano, el cual parandose en medio del templo, gritó diciendo: Santos que en esta iglesia teneis vuestras reliquias, venid á presenciar la justicia que va á hacer el Juez supremo. A esta voz aparecen muchos santos, y con ellos los doce apóstoles, como asesores de aquel juicio, y á continuacion entra Jesuchristo, y se coloca en uno de los dos sillones. Se presentó por último Maria santísima servida de gran número de vírgenes, y su divino Hijo le presentó el otro sillon, donde se sentó. Entonces mandó el Juez que trajesen al reo, y este era el desdichado Ugo. Habló san Mauricio de parte de la ciudad escandalizada, pidió justicia de la conducta infame de

aquel mal hombre, y todos alzaron la voz diciendo: Señor, merece la muerte. Pues muera, respondió el eterno Juez. Pero antes de la ejecucion de la sentencia, la Madre santísima (¡o cuan grande es su misericordia!) por no ver aquel acto tan temeroso, se retiró, y al instante se acerca al infeliz Ugo el ministro con la espada desnuda, le corta el cuello de un tajo, y desaparece la vision. Todo quedó á oscuras. El canónigo temblando va y enciende una vela en una lámpara que ardia en los sótanos de la iglesia, vuelve con la luz, y ve por tierra en un charco de sangre el cuerpo del infeliz separado de la cabeza. Por la mañana contó lo sucedido á la gente que acudió al templo, y aquel mismo dia se apareció Ugo condenado á un capellan suyo que nada sabia. Arrojaron su cadaver á una laguna, y para perpetua memoria quedó en el pavimento la sangre, que siempre se tiene tapada, habiendose desde entonces introducido la costumbre de descubrirla solamente cuando un obispo nuevo toma posesion de la dignidad, para que á vista de tan formidable castigo, piense en ordenar bien su vida, y no ser ingrato á los beneficios del Señor y de su Madre santísima.

ORACION.

O santísima niña, vos que sois la destinada para Madre del Redentor del mundo y abogada de los pecadores, tened compasion de mí, pues me veis postrado á vuestros pies implorando vuestra misericordia y aunque en justo castigo de mis ingratitudes mereceria ser abandonado de vos y de Dios, no pierdo la confianza sabiendo que nunca desechais al pecador arrepentido que recurre á vos, llena siempre de bondad y misericordia. Pues, o niña preciosísima y la mas excelsa de todas las criaturas, sobre cuyo trono está solo el trono de Dios, y ante quien son pequeños los mas grandes del cielo, o santa de los santos, o llena de gracia y piélago de gracia, favoreced á un miserable que hizo la gran locura de perderla. Sé que Dios os ama tanto, que nada os niega, y sé tambien que os complaceis en emplear vuestra grandeza y valimiento en favor de los infelices pecadores. Ah! Señora, dad á conocer lo grande que es la gracia y cabida que gozais con Dios, alcanzandome una luz y llama divina tan abrasada, que me convierta de pecador en justo, y tan poderosa, que desprendiendome de todos los afectos terrenos, inflame enteramente mi alma en el amor divino. Hacedlo así, Señora, hacedlo por el amor de aquel Dios que os hizo tan grande, poderosa y buena. Así lo espero de vuestra bondad. Amen.

DISCURSO III.

De la Presentacion en el templo.

Se ofreció á Dios Maria sin demora ni reserva.

Ni hubo ni habrá jamas de parte de una pura criatura oferta mejor ni mas entera, que la que hizo al Señor Maria á la edad de tres años cuando se presentó en el templo á dedicarle, no aromas, becerros ni monedas de oro y plata, siño á sí misma en holocausto y víctima agradable, consagrandose á su gloria para siempre. Oyó la voz de Dios que desde entonces la llamaba á los regalos de su amor, diciendole así: Apresurate y ven, querida mia (1), y exhortandola á olvidar desde luego su patria, parientes y todas las cosas, para que atendiese unicamente á su honor y servicio, como al momento lo verificó. Consideremos, pues, cuan acepto fue al Señor este acto de tan pronta y entera voluntad, y serán dos puntos.

(1) Cant. 2.

PUNTO PRIMERO.

Es cierto que en el primer instante en que esta niña celestial fue santificada en el vientre de su madre, tuvo completo el uso de la razon con que desde luego empezó á merecer, como afirman comunmente los doctores con el P. Suarez, el cual dice, que siendo el modo mas perfecto de los que usa Dios en la santificacion de las almas, hacerles esta gracia por merecimiento propio de ellas, segun enseña santo Tomas (1), debemos creer que Maria fue santificada de esta manera (2), porque si tal fue el privilegio concedido á los ángeles y al primer hombre (3), con mas razon hemos de suponer que se concediese á Maria, puesto que habiendose dignado escogerla Dios para suya, de mayores dones la colmaria que á todas las demas criaturas (4). Como Madre, pues, tuvo derecho á los favores del Hijo (5); y asi como por causa de la union hipostática fue consiguiente que el Señor poseyese en plenitud todas las gracias celestiales, así, por la excelencia de la divina maternidad, fue justo que el Hijo amantísimo comunicase mayores dones y gracias á su dulce Madre, que á todos los santos y ángeles del cielo; y entre otras muy principales ¿qué lengua

---

(1) *3*. p. q. 19. a 3. (2) Suar. tom. 2. in 3. p. D. 4. 5. 8. (3) 1. p. q. 63. a 5. et. q. 95. a 2. (4) Thom. 3. p. q. 27. a 5. (5) Suar. T. 2. in 3. p. D. 1. 5. 2.

esplicaria (1) la perfeccion con que desde el primer instante conoció á su Criador, y la prontitud y amor ardentísimo con que al momento se ofreció para siempre al beneplácito divino? (2).

Poco despues, habiendo sabido la fervorosísima niña que sus padres habian prometido á Dios con voto (3), que si les daba fruto de bendicion, se lo consagrarian en el templo, y siendo ya costumbre antigua entre los judios criar recogidas á las doncellas en algunas habitaciones contiguas al mismo templo (4), apenas habia cumplido tres años (5), edad en que mas ellas necesitan el cuidado y regalo de sus padres, quiso publicamente dedicarse á Dios, y aun se adelantó á pedir á los suyos con instancia, que no tardasen en cumplir la promesa, como lo hicieron en seguida (6).

Ved á los dos esposos, que para ofrecer al Señor la prenda que en este mundo mas amaban, salen de Nazaret llevandola en los brazos, ya el uno, ya el otro, porque por su pie no podia hacer ella camino tan largo. Iban acompañados de millares de ángeles, que servian y festejaban á su Reina. ¡Oh qué hermosos y agradables á Dios (cantarian los espíritus bienaventurados) son los pasos que das, yendo á ofrecerte en su santa casa, o hija entre todas la mas predilecta! Aun el mismo Dios ce-

(1) Birg. Rev. Serm. Ang. c. 14. (2) Loc. cit. (3) Así lo afirman varios autores. (4) Por testimonio de muchos santos. (5) Germ. et Epiph. (6) Greg. Nis. Orat. de Nat. Christ.

lebró aquel dia fiesta con toda su corte (1), porque jamas habia visto venir á su templo criatura mas santa y querida. Camina pues, Reina del mundo, camina con regocijo á la morada del Señor, á esperar la hora en que el Espíritu Santo te hará Madre del divino Verbo (2).

Luego que llegó con sus padres la humildísima niña, se arrodilló á sus pies, y besandoles respetuosamente la mano, les pidió su bendicion. Despues, sin volver la cara, subió los quince escalones que dicen tenia el templo, y se puso delante del sumo sacerdote (3), despidiendose para siempre del mundo, renunciando á todo cuanto en él hay, y consagrandose enteramente á su Dios y Señor.

Fue como la paloma inocente salida del arca, á la que volvió por no hallar sitio limpio donde poner los pies. El cuervo halló cadáveres y allí se quedó cebandose en ellos, como hacen muchos hombres, metidos y cebados en las vilezas de la tierra. Pero esta paloma sin mancilla, esta doncella tan hermosa, conoció que Dios es nuestro único bien, esperanza y amor, conoció que el mundo está sembrado de lazos y peligros, y con esto se aceleró á dejarle pronto, y esconderse en el sagrado retiro, donde pudiese oir sin estorbo las inspiraciones interiores, y emplearse totalmente en amar y servir á su divino Dueño.

---

(1) Bernardin. de Bust. Marial. p. 5. Serm. 1. (2) Germ. Archiep. Constantinop. de Obl. Virg. (3) S. German.

PUNTO SEGUNDO.

Con los resplandores del cielo que iluminaban ya el entendimiento de la dichosísima niña, conoció bien que Dios no acepta el corazon á medias, sino que le quiere todo para sí, conforme al precepto que nos impuso: Amarás á tu Dios y Señor de todo tu corazon; en cuyo cumplimiento habia empezado á amarle con todas sus fuerzas desde el primer instante de su concepcion. Pero su alma purísima esperaba con gran deseo la hora de consagrarsele del todo publicamente. Consideremos, pues, el fervor con que viendose ya encerrada en aquel lugar santo, ante todas cosas se postró á besar la tierra con gran respeto, como casa de Dios; despues adoró su Majestad divina, dandole gracias del beneficio que le hacia en admitirla de tan corta edad en su santo templo, y en seguida se entregó enteramente al Señor, ofreciendole todas sus potencias y sentidos, afectos y deseos, alma y cuerpo, sin reserva alguna; haciendo tambien entonces para mas agradarle voto de perpetua virginidad, siendo la primera virgen que le hizo (1), con propósito firme de quedar allí consagrada para toda su vida, si fuese del divino beneplácito. ¡Con qué espíritu repetiria sin cesar luego que allí se vió: Mi amado para mí, y yo para él! (2) ¡Dios mio! Aquí he venido solo por complace-

(1) Rup. Abb. lib. 1. de inst. Virg. (2) Cant. 2. 16.

ros y glorificaros cuanto yo alcance. Aquí quiero vivir toda para vos, y si os agrada, hasta la muerte (1). Aceptad el sacrificio que hace de sí misma esta vuestra esclava, y dadle vuestro favor para ser fiel y perseverante.

Con este principio consideremos la vida que emprendió y continuó por todo el tiempo que estuvo dentro de aquel retiro, donde crecia por instantes en perfeccion, como crece la aurora en claridad. ¿Quien podrá decir los grados y quilates de las excelentísimas virtudes con que iba resplandeciendo continuamente? ¿La caridad, modestia, humildad, silencio, mortificacion y mansedumbre? Era como el olivo frondoso plantado en la casa del Señor, regado con la gracia del Espíritu Santo, y adornado de todas las virtudes (2). Su aspecto modestísimo, su ánimo humilde, y sus palabras dulces y salidas de un interior piadoso y recogido. Allí alejó del pensamiento todas las cosas de la tierra, y se dió á la práctica de toda virtud, profesó vida perfecta, y llegó á tal altura, que mereció ser templo digno de Dios (3). Era sumisa y docil, medida en las palabras, compuesta en lo esterior, enemiga de risa vana, siempre igual y apacible, perseverante en la oracion, asidua en la leccion de la Escritura divina, inclinada al ayuno, y pronta para

---

(1) Bernardin. de Bust. Mar. p. 4. Serm. 1. (2) Juan. Damas. lib. 4. de Fid. c. 15. (3) Juan. Damasc. de Fid. Ortod. l. 4. c. 15.

todos los ejercicios de misericordia y devocion (1). Dice san Gerónimo, que tenia repartidas las horas del dia de esta manera: Desde la madrugada hasta las nueve perseveraba en oracion; hasta medio dia se ocupaba en alguna obra esterior, y entonces empezaba de nuevo á orar, hasta que un angel le traia de comer. Era la primera en las vigilias, la mas esmerada en el cumplimiento de la divina ley, la mas humilde de todas las doncellas, y en los actos de todas las virtudes la mas perfecta. Nadie la vió jamas airada, antes bien sus espresiones iban acompañadas de tal dulzura, que bien se conocia ser Dios el que movia su lengua (2).

Reveló la misma Virgen á santa Isabel, virgen benedictina (3), que cuando sus padres la dejaron en el templo, resolvió de tener á solo Dios por Padre, pensando de continuo en qué podria darle mas gusto, consagrarle su virginidad, renunciar á todas las cosas del mundo, y resignar totalmente su voluntad á la voluntad divina. Le dijo tambien, que entre los demas preceptos de la ley, tomó por mira principal el primero, que nos manda amar á Dios sobre todas las cosas, y que para cumplirle mejor, se levantaba de ordinario á media noche, y se iba delante del altar á pedir al Señor su gracia, y por especial favor el de no morir hasta que hubiese nacido la

(1) Id. de Form. et Mor. B. M. (2) Vida de Maria del P. José de Jesus, lib. 2. cap. 1. (3) Bonav. de vita Chris. c. 3.

Madre del Mesias, la conservacion de la vista para verla, de la lengua para alabarla, de los pies y manos para servirla, y de las rodillas para adorar en su seno á su dulcísimo Hijo. Santa Isabel al oir esto esclamó: Pero, Señora, ¿no estabais llena vos de virtud y gracia? A lo cual respondió la santísima Virgen: Has de saber, hija, que entre todas las criaturas, me reputaba yo la mas indigna de la divina gracia, y por eso la pedia incesantemente. En fin, para que conozcamos nuestra necesidad, añadió: ¿Piensas que sin fatiga adquirí la gracia y las virtudes? Ninguna poseí sin esfuerzo grande, oracion continua, deseos ardientes, y muchas lágrimas y penitencias.

Muy notables son tambien las revelaciones que tuvo sobre esto santa Brígida. «Desde niña, dice, estuvo llena del Espíritu Santo, y conforme crecia en edad, iba creciendo en gracia, amando á Dios con todo su corazon, y siempre muy lejos hasta de la sombra de pecado. Despreciaba todos los bienes de la tierra, y daba á los pobres cuanto podia. En la mesa guardaba tal templanza, que no tomaba sino lo preciso para el sustento corporal. Habiendo entendido por la lectura de los libros santos, que para redimir al mundo habia Dios de nacer del vientre de una doncella, se inflamó tanto en el amor divino, que no pensaba mas que en Dios, ni deseaba mas que á Dios, ni se complacia en ninguna cosa fuera de Dios, escusando el trato de las gentes y el de sus mis-

mos padres, porque no le robasen á Dios de la memoria. Por último, deseaba ardientemente alcanzar el tiempo de la venida del Mesias, para tener la suerte de ser esclava de aquella Virgen felicísima que habia de merecer la dicha de ser su Madre (1).

Y ciertamente, por amor de esta doncella inmaculada aceleró su venida, pues cuando llevada de su profunda humildad, ni por digna se reputaba de servir como sierva á la que hubiese de ser Madre de Dios, fue escogida para serlo ella misma, y con la suave fragancia de sus virtudes y poderosa eficacia de sus ruegos, atrajo á su seno virginal al Hijo del Altísimo. Y así la llamó tórtola su Esposo (2), no solamente porque amó siempre la soledad, viviendo en este mundo como en un desierto, sino porque no cesaba de gemir, compadecida de la desventura del mundo, y ocupada en pedir á todas horas el beneficio suspirado de la redencion, enviando suspiros al cielo, y repitiendo con mucho mas ardor y vehemencia que los profetas, las plegarias con que ellos clamaban sin cesar por el remedio del mundo (3).

En fin era cosa de sumo agrado á los divinos ojos ver como, á semejanza de un vástago odorífero, frondoso y lleno de virtudes, segun la llamó en los Cantares el Espíritu Santo (4), iba la doncellita sin mancha subiendo

---

(1) Birgit. Rev. l. 1. et. 3. c. 8. (2) Cant. 2. 12. (3) Isai. 16. 1. Id. 45, 8, Id. 64. 1. (4) Cant. 3. 6.

á lo mas elevado de la perfeccion. Era verdaderamente jardin delicioso donde el Señor se recreaba, porque en él veia toda suerte de flores de esquisita fragancia, habiendola escogido para Madre suya, por no haber hallado en toda la tierrra virgen mas excelente, ni albergue mas digno en que habitar, que su purísimo seno; y así hubo de ser tan acabada la perfeccion de su santidad, que sobremanera aventajase á todas las demas criaturas (1).

Pues asi como se ofreció en el templo con tanta entereza y prontitud, así tambien nosotros pongamonos hoy delante de la misma Señora con ánimo resuelto y generoso, pidiendole humildemente que nos presente á Dios, y el Señor no rehusará la ofrenda, viendonos ofrecidos por las manos purísimas de la que fue templo vivo del Espíritu Santo, delicia de su Criador, y verdadera Madre de su unigénito Hijo. Y con gran confianza esperemoslo todo de la bondad de sus maternales entrañas, sabiendo que recompensa con amor superabundante los obsequios con que sus devotos la veneran, como se verá en el siguiente

---

(1) Antonin. p. 4. tit. 15. c. 6.

EJEMPLO.

—

Dominica del Paraiso (1) entretejió un sábado dos coronas de flores, y las presentó á Jesus y Maria en sus imágenes, suplicandoles humildemente que se dignasen olerlas; pero viendo que no alcanzaba esta gracia, y creyendo que consistia en no haber dado cierta limosna que acostumbraba, se asomó á una ventana para llamar á un pobre y darsela. La primera que vió fue una mujer con un niño de la mano, que aunque en traje pobre, mostraba en el aspecto mucha gravedad y nobleza. Al instante levantó el niño las manos pidiendole limosna, y la madre hizo lo mismo. Observó la doncella que el niño tenia llagas en las manos, y dijo movida de compasion: Esperadme un poco. Baja con la limosna, y antes de llegar á la puerta, que estaba cerrada, se encuentra dentro á los pobres, y admirada les pregunta: ¿Quien ha abierto la puerta? ¡ Ay de mí, si mi madre lo ve! Cālla, hija, respondió la mujer; que nadie nos ha visto. ¿Como puede andar vuestro hijo, dijo Dominica, con esas llagas que lleva en los pies? El amor se las hizo, respondió la Señora. La modestia del niño era singularísima, y tenia como absorta á Dominica, quien le preguntó: ¿No te duelen las heridas? Y él dijo sonriendose: ¿Qué? Y al mismo tiempo se puso á mirar atentamente

---

(1) Auriem. t. 2. pág. 323.

las flores de que estaban coronadas las dos imágenes, y á pedirlas á. su madre. Esta las alcanzó y se las dió. ¿Quien te mueve, hija, á coronar de flores estas imágenes?—El amor que tengo á Jesus y á su bendita Madre. —¿Cuanto los amas?—Todo cuanto puedo—¿Cuanto puedes?—Cuanto ellos me ayudan—Pues sigue amandolos así; que Dios te dará el premio. No se saciaba Dominica de mirar ya al uno ya al otro—¿Qué miras? le preguntó la mujer—A vuestro hijo, contestó la joven; y acercandose algo mas, percibia el olor suavísimo que salia de las llagas. Entonces dijo ella: Señora, ¿con qué bálsamo le curais las llagas, que trasciende tanto?—Con el de la caridad—¿Y donde se vende?—Se encuentra con la fe, la piedad y buenas obras. Al llegar aquí tomó Dominica un lienzo para limpiar otra llaga que el niño tenia en el pecho, la cual exhalaba mayor fragancia, y él se retiró un poco. Ven, niño, ven, dijo la doncella, te daré pan. Su alimento, dijo su madre, es el amor: si tú quieres contentarle, amale mucho. Al oir estas palabras comenzó el niño á mostrar alegria, y hablar con Dominica—¿Amas á Jesus?—Le amo tanto, que ni de dia ni de noche pienso en otra cosa mas que en él, ni deseo hacer mas que lo que le agrade—El amor te enseñará como le has de agradar, dijo el niño. A todo esto iba creciendo el olor esquisito de las heridas, en términos que recreada Dominica esclamó: Si las llagas de un niño tienen olor tan fragante ¿cual será el de la gloria? No

te admires, dijo la mujer; que donde Dios está, allí está el origen y fuente de los olores aromáticos y suavísimos; y al acabar estas palabras se mudó la escena repentinamente: el rostro del niño resplandeció como el sol, y la Madre apareció tambien vestida de luz clarísima. Toma Jesus las flores de la falda de su Madre, y esparciendolas sobre Dominica le dice: recibe estas flores, como prenda de las que te daré despues eternamente. Dicho esto desaparecieron, llevandose consigo todo el corazon de la dichosa doncella.

ORACION.

—

Amabilísima Reina de los ángeles, y amada del Altísimo sobre todas las criaturas, bien quisiera haber dedicado á vuestro amor y servicio los primeros años de mi vida, siguiendo vuestro ejemplo en la perfecta consagracion con que de tan corta edad os dedicasteis al Señor en su sagrado templo. Mas ¡ay de mi! que empleé los mejores y mas floridos en servir al mundo y sus vanidades. Con todo, aunque tarde, quiero empezar. Vedme aquí, Señora: hoy me ofrezco enteramente á serviros y á servir á mi Criador por todo el tiempo que me reste de vida, renunciando, como vos lo hicisteis, al amor desordenado de las criaturas. Os consagro, pues, el entendimiento para que piense de continuo en el amor grande que mereceis, os consagro la lengua para que os

alabe sin cesar, y el corazon para amaros ardientemente. Aceptad la ofrenda de este pobre pecador, por aquella alegria que sintió vuestro pecho amoroso en el acto solemne de vuestra consagracion. Tarde empiezo; pero lo resarciré redoblando amor y obsequios. Fortaleced, Señora, con vuestra intercesion poderosa mi desaliento y flaqueza, alcanzandome del Señor el auxilio y esfuerzo que necesito para ser fiel hasta la muerte, á fin de que amandoos y sirviendoos en este mundo, logre despues la dicha de veros, amaros y bendeciros en el cielo por todos los siglos de los siglos. Amen.

DISCURSO IV.

De la Anunciacion de nuestra Señora.

En la Encarnacion del Verbo divino, ni la humildad de Maria pudo ser mas profunda, ni pudo subirla Dios á mayor altura.

Quien se engria será humillado, y quien se humille será ensalzado (1). Estas son palabras del Señor, y no pueden faltar. Por eso, habiendo determinado hacerse hombre para redimir al hombre perdido por la culpa, y teniendo para ello que elegir madre, buscaba entre las mujeres la mas santa y humilde de todas, y halló á Maria, doncella sin igual, tanto mas sencilla y humilde,

(1) Matth. 23. 12.

cuanto mas perfecta y colmada de todas las virtudes. La vió el Señor, y dijo: Esta ha de ser mi escogida y mi Madre.

Veamos, pues, hasta donde llegó en la Encarnacion su humildad, y cuanto la ensalzó el Altísimo, considerando en el primer punto, que su humildad no pudo ser mayor de lo que fue, y en el segundo, que ni Dios pudo ensalzarla mas de lo que la ensalzó.

PUNTO PRIMERO.

Dice el sagrado libro de los Cantares estas palabras: Estando en su lecho el Rey, dió mi nardo su fragancia (1). Y en la planta del nardo, por ser pequeña y baja, se figuró la humildad de Maria, cuyo suave olor subió á los cielos y llegó hasta el pecho del eterno Padre, y de allí atrajo dulcemente á su seno virginal al Verbo divino (2). Mas él, para que la gloria y mérito de su Madre fuese mayor, no quiso sin su previo consentimiento ser Hijo suyo (3). Estaba, pues, en su retiro la humilde doncella, suspirando con mas ardor que nunca por la venida del Redentor del mundo (4), cuando de pronto se le presenta el arcangel san Gabriel con aquella embajada tan gloriosa: Dios te salve, Maria, llena eres de gracia,

---

(1) Cant. 1. 11. (2) Antonin. p. 4. tit. 15. c. 21. §. 2.
(3) Gulielm. Abbas in cant. 3. (4) In vita S. Elisabeth monialis.

el Señor es contigo. Llena de gracia, y siempre colmada, mucho mas que todos los santos: contigo está el Señor, porque tu humildad lo merece. Bendita tú eres entre todas las mujeres, porque habiendo incurrido las demas en la maldicion de la culpa, tú como Madre de Dios, eres bendita y siempre lo serás, y nunca en ti hubo ni habrá mancha de pecado.

¿A una salutacion tan alta y honorífica, qué responde la doncella humilde? Nada, antes bien al oirla se turba, y queda pensando qué podrá significar. ¿De donde proviene la turbacion? ¿De recelo de algun engaño, ó de ruborosa modestia por ver al angel en figura de hombre delante de sí? No; que el sagrado testo dice claramente que se turbó de sus palabras, no de verle (1). Fue, pues, turbacion de humildad, nacida de aquellas alabanzas tan distantes del ningun concepto que de sí misma tenia formado; y así, cuanto mas el angel la ensalzaba, mas ella se humillaba, mas ahondaba en la consideracion de su propia bajeza. Reflexiona aqui un santo, que si el mensajero hubiera empezado á decir que era la mayor pecadora del mundo, no se hubiera admirado; pero oyendo elogios tan altos, toda se agitó interiormente (2), porque siendo tan grande su humildad, aborrecia su alabanza propia, y solo deseaba que fuese alabado y bendecido su Criador, fuente de todo bien (3).

---

(1) Luc. 1. (2) Bernardin. Serm. 35. de Ann. Inc. p. 3.
(3) Birg. Revel. l. 1. c. 23.

Pero como tan ilustrada con la luz del cielo, bien sabia ser ya llegado el tiempo anunciado por los profetas, en que habia de bajar á la tierra el Salvador del mundo; ya veia cumplidas las semanas de Daniel; ya el cetro de Israel en manos de rey estranjero, segun la profecia de Jacob; ni tampoco ignoraba que una virgen habia de ser la Madre del Deseado de las naciones. ¿Le ocurrió entonces á lo menos alguna lijera sospecha de que tal vez ella seria la escogida y la dichosa? No; su profundísima humildad la tenia muy lejos de tal pensamiento. Aquellos elogios lo que le causaron fue un temor tan grande, que el angel tuvo que serenarla y alentarla, como despues confortó al Señor otro en el huerto de las Olivas. No temas, Maria, le dijo, ni te admires de los títulos grandiosos que te doy, porque si á tus ojos eres tan pequeñuela, Dios que se complace en levantar á los humildes, te hizo digna por tu humildad de que hallases la gracia perdida por el hombre, te preservó de la culpa original, te colmó desde la concepcion de una gracia superior á la de todos los santos, y ahora te ensalza á la dignidad incomparable de Madre suya.

¿Por qué tardas, Señora, en hacernos felices? Esperan los ángeles tu respuesta: la esperamos nosotros que estamos condenados á muerte (1). En tus manos se po-

---

(1) Bernar. Hom. 4. super Miss.

ne el precio de nuestra salvacion. Si tú quieres, quedaremos al instante libres de la desgracia eterna (1). Aquel Señor que tanto se prendó de tu hermosura, desea con el mismo ardor tu consentimiento, como medio para salvar al mundo (2). Responde pronto, Virgen humildísisima, y no difieras el instante dichoso de la salud comun, que ya depende de un acto solo de tu voluntad (3).

Mas ya responde, y dice: Aquí está la esclava del Señor, hagase en mí segun tu palabra. ¡O respuesta admirable! Si todos los hombres y ángeles del cielo hubiesen estado por un millon de años pensando qué contestar en aquella ocasion, no hubieran inventado respuesta tan hermosa, humilde y prudente como esta lo fue. ¡O respuesta poderosísima. que alegró al cielo, y trajo al mundo mares de gracias y bendiciones! Respuesta que apenas salida de los labios purísimos de quien la daba, arrebató del seno del Padre al Hijo unigénito, para hacerse hombre en sus entrañas virginales. ¡O palabra poderosa, palabra eficaz, palabra venerable! Porque si Dios con otra igual *(fiat)* sacó de la nada la luz, los cielos y la tierra, con esta de Maria se hizo hombre cual uno de nosotros (4).

Sigamos considerando cuan grande fue su humildad

---

(1) Id. (2) Id. (3) August. Serm. 21. de Temp.
(4) Thom. de Villan. Conc. 1. de Ann.

en esta respuesta. Bien conocia la Virgen sapientísima lo sublime y excelso de la dignidad de Madre del Altísimo, y el angel claramente le aseguraba ser ella la escogida para tan grande felicidad; pero con todo, ni se tiene por eso en mas, ni se detiene á complacerse de su exaltacion, sino que mirando por una parte su propia nada, y por otra la infinita Majestad del Señor que entre todas las criaturas la preferia, se reconoce indigna de tanto honor; mas no resiste á la divina voluntad. Por lo que pidiendo el angel su consentimiento ¿qué hace? ¿qué dice? Aniquilada en sí misma, pero al mismo tiempo inflamada y deseosa de unirse mas á Dios, se pone totalmente en sus divinas manos diciendo: Aquí está la esclava del Señor; no soy mas que una esclava suya, obligada á obedecer lo que me mande, queriendo decir: si el Señor elige á una esclava que de sí nada tiene, siendo todo don suyo ¿quien ha de pensar que intervenga aquí mérito alguno mio? ¿Qué mérito puede haber en una esclavilla para ser Madre de su mismo Señor? Alabese unicamente su bondad, y no se dé á la sierva alabanza ninguna; pues es mera bondad suya poner los ojos en criatura tan baja como yo, para hacerla tan grande.

¡O humildad tan pequeña en sí misma, y tan grande á los ojos del que no cabe en todo el ámbito de los cielos (1)! O Señora, ¿y como pudisteis juntar concepto ó

(1) Guerricus Abbas.

estimacion tan baja de vos misma con tanta pureza, inocencia y plenitud de gracia (1)? ¿Como tanta humildad al veros ensalzada con el título glorioso de Madre del Señor (2)? Si cuando se reconoció Luzbel dotado de angélica hermosura , quiso elevar tan alto su trono y ser semejante al Altísimo ¿qué hubiera dicho y pretendido, si hubiera descubierto en sí vuestra lindeza? Vos al contrario, como tan prudente, cuanto mas ensalzada, os humillasteis tanto mas, y en premio de humildad tan excelente, fuisteis digna de que el Señor os mirase con singular amor, digna de que el Rey de la gloria se prendase de vuestra belleza, digna de encerrar en vuestro seno purísimo al Unigénito del Padre (3); habiendo merecido con aquellàs solas palabras: Aquí está la esclava del Señor, mas que con todas sus obras las criaturas juntas pudieran nunca merecer (4).

Así es en efecto, pues si con la virginidad fue tan agradable á los ojos de Dios, con la humildad se hizo digna, en cuanto pudo una criatura serlo, de la preeminencia de Madre suya (5). Dijo á un alma santa la misma Señora: ¿Como llegué yo á tanta altura, sino conociendo mi nada y humillandome hasta el profundo? Antes lo cantó en el Magnificat: Porque miró la humildad de su sierva, hizo en mí el Todopoderoso cosas tan gran-

---

(1) Bernard. l. cit. (2) Bernardin. de Bust. Mar. 12. p. 5. p. 2. (3) Bernar. (4) Id. (5) Bernard. Hom. 1. sup. Miss. Hieronym.

des. No dijo: Por haber mirado mi virginidad, ni mi inocencia, sino solo mi humildad (1): advirtiendo que en estas espresiones no pretendió dar elogios á su humildad como virtud, sino decir que Dios habia mirado para ensalzarla su bajeza y nada, engrandeciendola de pura gracia (2).

Así la humildad de Maria, al mismo tiempo que fue como escala por donde el Señor tuvo á bien bajar á la tierra y hacerse hombre en su seno inmaculado (3), fue tambien la disposicion mas perfecta y próxima de parte de la Virgen para subir á dignidad tan excelsa (4), y por eso el Unigénito del Padre, flor divina, como le llamó el profeta Isaias (5), habia de nacer no de la copa ni del tronco, sino de la raiz de la planta de Jesé, cosa que denotaba la humildad de la Madre (6). Por lo mismo le dijo el Señor: Tus ojos me han hecho volar (7). ¿De donde, pregunta san Agustin, sino del seno del Padre al seno maternal? Sí, porque mirando siempre con humildad profunda su propia nada y la divina grandeza aquellos ojos purisisimos, mas cándidos y hermosos que los de la paloma (8), hicieron tanta violencia al mismo Dios, que le arrebataron y trajeron á su vientre inmaculado (9). De este modo en el misterio de la Encar-

(1) Laurent. Justin. (2) Franciscus Sales. (3) August. sup. Magn. (4) Antonin. part. 5. t. 15. c. 6. (5) Isai. 11. 1. (6) Isai. 2. 1. Albert. Mag. (7) Cant. 5. (8) Cant. 4. 1. (9) Abbas Francon. De Grat. Nov. Test. tr. 6.

nacion llegó su humildad al último y mas perfecto grado á donde pudo llegar; que fue lo que propusimos en el punto primero. Pasemos ya al segundo, y veamos como al mismo tiempo no pudo ensalzarla Dios mas altamente de lo que la ensalzó.

PUNTO SEGUNDO.

Para llegar á entender la altura á que fue elevada esta dichosa doncella, seria necesario que conociesemos toda la sublimidad y grandeza de Dios; pero á lo menos basta decir que la hizo Madre suya, para persuadirnos que su brazo poderoso no pudo ensalzarla mas de lo que la ensalzó. Que su alteza y dignidad fuese mayor que la de todos los ángeles y bienaventurados, lo dicen los santos á una voz (1), porque todas las criaturas le son inferiores; Dios unicamente es superior á ella, y su elevacion es tanta, que solo Dios la puede comprender.

No es estraño, pues, que habiendo sido los evangelistas tan difusos en elogiar á san Juan Bautista y la Magdalena, nos dijesen tan poco del mérito de Maria. ¿qué podian añadir despues de haber dicho que era Madre de Dios (2)? Esto solo excede á lo mas sublime que el entendimiento puede alcanzar y la lengua decir, fuera de

(1) Arnold. Carnot. tract. de L. V.—Ephrem.—Andraeas Cret. Orat. de laud. Deip.—Anselm. apud Pelb. Stellar. 2. p. 3. a. 2.—Bernardin. t. 2. Serm. 51. (2) Thom. de Villan. Conc. 2. de Nat. Virg.

Dios (1). Llamadla Reina del cielo, Señora de los ángeles, y todo cuanto querais; nada llega á lo que ella es (2). Y la razon está clara, porque segun enseña el Doctor angélico, cuanto mas cerca está una cosa de su principio, mas participa de la perfeccion de él, y siendo Maria la criatura mas inmediata á Dios, participa cual ninguna otra de la gracia, perfeccion y grandeza divina (3). De aquí nace el argumento con que se prueba que la dignidad de Madre de Dios es de un orden incomparablemente superior á cualquier otro criado, porque en su manera pertenece al de union con persona divina, con quien está unida necesariamente (4), siendo la mas alta, la mas estrecha, la mas íntima que despues de la union hipostática, puede haber con Dios (5); tanto que ser su Madre es la dignidad inmediata al ser mismo de Dios, y solo haciendola Dios, pudiera subir mas (6).

Tan encumbrada y sublime es esta dignidad, que para ella hubo de ser ensalzada la Madre á una como igualdad con las personas divinas, con una gracia casi infinita (7), porque siendo los padres y los hijos, moralmente hablando, una misma cosa, sin diferencia en los bienes y honores que disfrutan, y habitando Dios en sus criaturas de varias maneras, habitó en Maria con modo

---

(1) Id. l. c. (2) Petr. Cell. lib. de Pan. c. 31. (3) 3. p. q. 27. a 5. (4) Suarez, t. 2. in 3. p. D. 2. s. 2.
(5) Dion. Cart. lib. 2. de Laud. Virg. Thom. 1. p. q. 25. a. 6.
(6) Albert. Magn. sup. Miss. c. 180. (7) Bernardin. t. 1. Serm. 61. c. 16.

único y singularísimo de identidad (1). Callen, pues, todas las criaturas, y llenas de espanto inclinen la frente reverenciando lo elevado de una preeminencia y dignidad que verdaderamente se puede llamar infinita en su género (2), porque no pudo subir la dichosa á mayor altura de la que subió (3). Un mundo mayor, un cielo mayor los puede Dios hacer; pero levantar á una criatura á mas que á ser su Madre, no (4). Lo dijeron sus dulcísimos labios: Hizo en mí cosas grandes. No esplicó cuales eran ¿ y por qué? por ser imposible (5).

Por esta Virgen felicísima crió Dios el mundo (6), por ella le conserva (7), y por ella perdonó al hombre despues de la culpa, y no le aniquiló (8): todo á título de su dignidad incomparable, dotada por ella en sumo grado de todas las gracias y dones generales y particulares que se han concedido y concederán á las demas criaturas hasta el fin de los siglos (9). Fue niña, pero de aquella edad solo tuvo la inocencia, no la ignorancia, y falta de uso de razon. Fue virgen sin el desdoro de la esterilidad. Fue madre, pero sin perder el precioso candor de virgen. Fue hermosa

---

(1) Petr. Dam. Serm. 1. de Nat. Virg. (2) Suarez, tom. 2. in 3. p. D. 18. §. 4. Thom. Opus. 2. Comp. Th. c. 215. (3) Id. 3. p. q. 7. a. 12. (4) Bonav. Spec. B. V. Lect. 10. (5) Thom. de Vill. Conc. 3. de Nat. Virg. (6) Bernard. Serm. 7. in. Salv. Reg. (7) Bonav. (8) Bernardin. tom. 1. Serm. 61. c. 8. (9) Alb. Magn. Bilb. Max. in. Luc. 13.

(1), fue hermosísima, y con tal estremo, que habiéndola visto todavia en carne mortal san Dionisio Areopagita, dice que la hubiera adorado como una deidad, si la fe no le hubiera enseñado que era criatura humana; pero con ser tan hermosa, y mas hermosa que los ángeles y todo lo criado (2), nadie la miró nunca con peligro, antes bien desvanecia su vista todo mal movimiento, é inspiraba pensamientos de honestidad (3); á la manera que la mirra, nombre que le atribuye la santa Iglesia, preserva de corrupcion (4). La vida activa no la separaba de la union con su divino Esposo, ni la contemplativa de las ocupaciones esternas y oficios de caridad debidos al prójimo. En fin, aunque la muerte la tocó tambien, no vino acompañada de afanes ni congojas, ni á su cuerpo santísimo llegó corrupcion alguna en el sepulcro. Concluyamos, pues, diciendo que esta venturosa Madre es superior en grado inmenso á todas las criaturas, aunque siempre inferior á Dios infinitamente; y que si fue imposible que hubiese Hijo mas noble que Jesus, fue imposible tambien hallar Madre mas noble que Maria. Esto ha de servir á sus devotos para alegrarse de sus grandezas, y aumentar la confianza en su poderoso patrocinio, pues por la dignidad de Madre de

---

(1) Ricard. a S. Vict.–Georg. Nicomed–Dionys. (2) Birgit. Rev. lib. 1. (3) c. 51. Ambros. de Inst. Virg. c. 7. Thom. in 3. Dist. Disp. 2. q. 2. a 2. (4) Quasi myrrha electa dedi suavitatem odoris.

Dios, tiene derecho para disponer de los divinos dones en favor de quien se los pida (1), sin que el Señor le pueda negar cosa ninguna (2).

Ilimitado, Señora, es vuestro poder, propensa vuestra voluntad, y vivísimos los deseos que teneis de favorecernos (3). Igualmente sabeis que no por vos sola os crió el Altísimo tan llena de gracia y revestida de tan superior autoridad, sino que os dió á los ángeles por restauradora, á los hombres por reparadora y abogada, y á los enemigos infernales por vencedora poderosísima (4).

Bendigamosla saludandola muchas veces con las palabras del arcangel, pues no hay otras que le sean mas dulces y agradables, segun dijo á santa Matilde la misma Señora, confiando que asi lograremos de su misericordia beneficios muy singulares, como se dirá en el siguiente

EJEMPLO.

Cuenta el P. Séñeri en su libro del cristiano instruido (5), que una vez en Roma fue á confesarse con el P. Nicolas Zucchi un joven encenagado en los vicios de la deshonestidad. Le oyó el confesor caritativamente, y compadecido de su miseria le dijo, que la devocion á Maria santísima era eficaz para sacarle de su mal estado;

---

(1) Suarez, tom. 2. in 3. p. D. 1. 5. 2. (2) German. de Zona Virg. (3) Bernard. Serm. de Ass. (4) Abbas Cell. V. in Prol. Cont. Virg. (5) P. 3. Rag. 34.

imponiendole por penitencia hasta otra confesion rezar al acostarse y levantarse una Ave Maria, ofreciendo á nuestra Señora ojos, manos, y todo el cuerpo, rogandole que le guardase como á cosa suya, y besando tres veces la tierra. Cumplió el joven la penitencia, al principio con poca enmienda; pero el Padre le exhortaba á proseguirla constante, animandole siempre á confiar en el amparo de Maria santísima. Fué el penitente á correr tierras en compañia de algunos amigos, y vuelto á Roma buscó al confesor, el cual con estraordinario gozo y maravilla halló su alma enteramente trocada y libre de los vicios. El joven le aseguró que la Reina de los ángeles, por aquella corta devocion practicada por su consejo; le habia obtenido del Señor tan grande merced. No pararon aquí sus misericordias, porque contando el Padre desde el púlpito aquel favor, un capitan del auditorio, que ya de muchos años tenia trato ilícito con una mujer, propuso firmemente empezar la misma devocion con deseo de romper las cadenas de su esclavitud (deseo necesario en todo pecador para lograr el auxilio de la Virgen) y al fin salió victorioso y mudó de vida. Al cabo de seis meses, fiandose ya en sus propias fuerzas, quiso ir un dia á verse con aquella mujer, por la curiosidad de saber si tambien ella se habia enmendado; pero al llegar á la puerta con tan manifiesto peligro de volver á caer, se sintió repelido hácia atras de una fuerza invisible, y se vió tan lejos de allí, cuan larga era la ca-

lle, que fue delante de su propia casa; conociendo entonces claramente que la Virgen santísima le habia librado del precipicio.

Aquí se descubre el cuidado especial que tiene esta Señora, no solo de sacarnos del pecado, si la invocamos con este buen deseo, sino tambien del peligro de recaidas.

ORACION.

Virgen sacratísima, que siendo tan pequeña en vuestros ojos, fuisteis á los de Dios tan grande, que os eligió por Madre suya, y Reina del cielo y de la tierra; gracias doy al Señor por tan singular prerogativa, y me regocijo de veros unida con él intimamente, y elevada á donde mas pudo llegar una criatura. Me avergüenzo de comparecer en vuestra soberana presencia, viendo en vos con el cúmulo de tantos méritos tan profunda humildad, y en mí tanta soberbia, siendo tan criminal y despreciable. Pero con todo me animo á saludaros diciendo: Dios te salve, Maria, llena eres de gracia. Alcanzadmela tambien á mí. El Señor es contigo. Siempre lo estuvo; pero mucho mas haciendose Hijo vuestro. Bendita tú eres entre todas las mujeres. Llegue igualmente á nosotros por vuestro medio la bendicion divina. Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesus: fruto santo que nació de vos. Santa Maria, Madre de Dios. Madre suya sois, Madre verdadera, y por defender esta verdad estoy pronto

á dar mil veces la vida. Ruega por nosotros pecadores. Por salvarnos se hizo Dios Hijo vuestro, y á vos nos dió por Madre, y vuestras súplicas tienen virtud para salvar á cualquier pecador. Rogad, pues, por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Rogad por nosotros en todo tiempo; rogad ahora que nos veis acosados de tentaciones y rodeados de peligros; pero con mas instancia rogad á la hora de la muerte, cuando ya estemos próximos á salir de este mundo para ser presentados en el tribunal divino, á fin de que salvos por los méritos de nuestro Señor Jesuchristo y vuestra poderosa intercesion, entremos finalmente en los gozos de la gloria, alabandoos y bendeciendoos en compañia de vuestro benditísimo Hijo por toda la eternidad. Amen.

DISCURSO V.

La Visitacion.

Maria es la tesorera de todas las gracias. El que busque la gracia, debe recurrir á Maria. Todo el que así lo haga, hallará lo que desea.

Por favorecida se tiene la casa donde entra una persona real, á motivo del honor que recibe y de los favores que espera para despues; pero por mas feliz debe tenerse el alma á quien se digne visitar la Reina de los cielos, porque ciertamente la colmará de honor y de to-

da suerte de bienes. Quedó bendita la casa de Obededon cuando estuvo en ella el arca del Testamento; pero mucho mas abundantes son las bendiciones con que esta Madre piadosísima enriquece las almas. Bien lo esperimentó la familia dichosa de san Juan Bautista. Apenas entró por sus puertas la Virgen sacrosanta, los llenó á todos de beneficios celestiales, y por esto llaman muchos á la Visitacion fiesta de la Virgen de las Gracias.

Veremos, pues, en el discurso siguiente, que ella es la tesorera de todas las que se reparten á los hombres, y serán dos puntos: 1.° El que busque la gracia, debe recurrir á Maria. 2.° El que á Maria recurra, alcanzará la gracia que desea.

PUNTO PRIMERO.

Luego que de la boca del arcangel san Gabriel oyó la piadosísima Virgen, que su prima Isabel estaba en cinta de seis meses, conoció interiormente, iluminada por el Espíritu Santo, que el Verbo divino encarnado en sus entrañas virginales, queria desde luego manifestar al mundo las riquezas de su misericordia, distribuyendo sus primeras gracias en toda aquella familia. Y así, dejando al instante la quietud de la contemplacion á que estaba de continuo entregada, salió con lijereza á visitar á Isabel (1). Y porque la caridad todo lo sufre, y la

(1) Luc. 1. 35.

gracia y mocion del Espíritu Santo no conoce tardanzas (1), por esto Maria, no mirando la fatiga del viaje, ni la ternura y delicadeza de sus pocos años, se puso inmediatamente en camino; y luego que entró por la casa, fue la primera en saludar á su prima; pero sus palabras no fueron como lo son de ordinario las de las gentes del mundo, reducidas á cumplimientos y vanas ceremonias, sino espresiones santas, amorosas, y acompañadas de gracias y felicidades, porque á la primera salutacion quedó Isabel llena del Espíritu Santo, y Juan libre del pecado original y santificado, como lo dió á entender claramente en aquellos saltos de júbilo que daba en el vientre de la madre, queriendo así manifestar al mundo la gracia recibida por medio de aquella Virgen soberana, como lo afirmó santa Isabel (2).

Reflexionemos ahora, que si todos estos frutos de la redencion pasaron por manos de Maria, habiendo sido el canal por cuyo medio se dió á Juan Bautista la gracia, á Isabel el Espíritu Santo, á Zacarias el don de profecia, y á toda la casa tantos beneficios, que fueron los primeros que sepamos haber hecho el Verbo divino despues de su Encarnacion, debemos creer que desde entonces constituyó Dios á Maria acueducto universal, como la llama san Bernardo, para que por ella pasen todas las que hasta el fin del mundo tiene determinado comu-

---

(1) Ambros. (2) Bernard. part. 7. Serm. 4.

nicar á los hombres, cosa que dejamos probada en el capítulo 5.° de la primera parte.

Tesorera, pues, y dispensadora de la gracia divina llaman con razon á esta Madre felicísima todos los santos (1), asegurandolo tambien la misma Señora (2). Sí, Madre amantísima, sí, dulce esperanza del género humano, bien sabemos que en vuestras manos estan los tesoros de la divina misericordia (3), bien sabemos que han de pasar por ellas cuantos hasta el fin de los siglos se hayan de dispensar á todos los hombres. No temais, os diré con el angel, porque vos no habeis usurpado la gracia como Luzbel queria, ni la perdisteis como Adan la perdió, ni la comprasteis como intentó Simon Mago, sino que la hallasteis por haberla deseado y buscado. Hallasteis la gracia increada, que es el mismo Dios hecho Hijo vuestro, y con ella todos los bienes (4), para repartirlos á beneficio de los hombres (5), con tanta plenitud, que no hay uno que por vuestro medio no se pueda salvar (6); pues del modo que el sol fue criado para que iluminase toda la tierra, lo fuisteis vos para distribuir las divinas misericordias (7), siendo cosa indudable

(1) Abbas Cellensis. Prol. Con. Virg. c. 1.—Petrus Dam.—Albert. Magn.—Bernardin.—Greg. Thaumat.—Ric. a S. Laur. —Bonav. Matth. 13.—Bernad. Serm. Aquae. (2) Eccli. 24. (3) Ildef. in Cor. Virg. c. 15.—German. Serm. de Zona Virg. (4) Albert. Magn. in Marial. c. 237.
(5) Petr. Chrysolog. Serm. 3. de Ann. (6) Id. Serm. 124.
(7) Ric. a S. Laur. de Laud. Virg. t. 7.

que desde el momento en que fuisteis constituida Madre del Redentor del mundo, adquiristeis para dispensarlas jurisdiccion suprema (1).

Concluyamos esto exhortando á quien quiera que deseare conseguir alguna, recurrir á Maria con toda confianza, cierto de que nada que le pida, le puede Dios negar, porque halló la gracia, y á su disposicion la tiene á todas horas (2). Busquemos la gracia, y busquemosla por su medio (3). Esta es la voluntad del Autor de todo bien (4). Todo sin excepcion alguna quiere que pase por sus manos purísimas. Y pues que para obtener cualquier favor necesitamos confianza, pasemos á ver ahora cuan firme es la que en Maria podemos colocar cuando nos acerquemos á pedir alguno.

PUNTO SEGUNDO.

¿Qué fin tuvo el Señor cuando depositó en *aquellas* manos virginales las riquezas de su misericordia, sino el que las distribuya entre sus devotos, puesto que ellos la aman, veneran, y con tanta confianza imploran su auxilio y favor?

Todos los tesoros en mi mano están, para enriquecer

---

(1) Bernardin. de Sen. Serm. 61. tr. 1. art. 8. (2) Id. lib. 2. p. 5. (3) Bernard. Serm. de Aquae. (4) Id. loc. cit.

á los que me aman (1); espresiones de la Escritura, que le aplica la santa Iglesia en todas sus festividades. Para ninguna otra cosa tanto como para socorrer nuestra miseria tiene y conserva estos tesoros de la gracia y vida eterna la riquísima Virgen, en cuyo seno depositó el Señor la abundancia de tantos bienes, á fin de que repartidos entre los pobres, quedasemos todos ricos y felices (2). Canal precioso por donde corren de cotinuo (3). Por esto san Gabriel, aunque la encontró al saludarla llena de grcia, le dijo que el Espíritu Santo, viniendo á su seno purísimo, la llenaria mas y mas. ¿Pero cómo, si ya estaba colmada? (4). Lo estaba ciertamente; pero el divino Espíritu la colmó de nuevo sobreabundantemente, para que de tanta abundancia y refluencia llegase su parte á cada uno de nosotros.

Quien me halle, dice la misma Señora, hallará la vida (5), con tanta facilidad como coger el agua de una fuente caudalosa. Basta pedirle cualquier cosa para conseguirla. Antes que naciese no recibian los hombres la abundancia de gracias que ahora brotan del cielo, porque faltaba el canal por donde se nos comunican (6). Mas al presente que la tenemos ¿qué beneficio se nos podrá negar acudiendo á los pies benditísimos de la Madre de misericordia? Es á todos ciudad de refugio.

---

(1) Prov. 8. (2) Abb. Ad. in Alleg. c. 24. Eccl. (3) Bernard. (4) Bern. Ser. 2. de Ass. (5) Prov. 8. 35. (6) Bernar. Serm. de Aquaed.

Pues acudan á ella todos sus hijos, y les dará mucho mas de cuanto ellos acierten á pedir (1).

No hay duda que á muchas personas acontece lo que vió una vez en espíritu una sierva de Dios. Se le representó la Reina de los cielos en figura de una fuente abundantísima, de la que muchos sacaban agua en gran cantidad; pero solamente los que habian ido con los cántaros ó vasijas sanas eran los que la llevaban sin derramarse, porque los demas que iban con las vasijas rotas, es decir, con pecado en el alma, aunque tambien sacaban, pronto se les iba toda; si bien es positivo que á todos los hombres buenos y malos descienden por su medio á cada hora bienes innumerables (2).

Aviven con esto sus devotos la confianza todas las veces que recurran á ella, para lo cual no olviden dos cosas principales, que son los deseos que esta Señora tiene de favorecernos, y el poder ilimitado para alcanzarnos cuanto quiera. Sus deseos bien los acredita el motivo de esta festividad, esto es, la visita que hizo á su prima santa Isabel. Setenta millas dicen que hay de Nazaret á Ebron, ciudad de Judá, y no obstante, al momento que el angel habló, se puso en camino doncella tan tierna y delicada. ¿Pues quien la impelia? Su caridad ardiente, aquella caridad que respiraba su dulcísimo corazon, deseoso de empezar desde luego á ejercer

(1) Joan. Dam. Serm. 2. de Dorm. B. V. (2) August. Serm. de Ass. B. V.

su oficio de dispensadora de la divina gracia. No iba con ánimo curioso de cerciorarse de lo que el angel le habia dicho tocante al embarazo de la anciana Isabel, sino llena de júbilo y con deseos vivísimos de favorecer aquella casa, dandose prisa á caminar, por el gusto que sentia en hacer bien, y con el alma puesta en el fin piadoso á que la guiaba su misma bondad (1).

Ni se crea que por verse ya tan feliz en el cielo, se haya su amor para con nosotros entibiado ó menoscabado; antes es mayor ahora, porque allí conoce mas claramente nuestras necesidades, y tiene mas compasion de nuestras miserias, anhelando hacernos mayores beneficios, que los que nosotros podemos desear (2); tanto que como el hacer bien lo tiene de índole y natural inclinacion, se da por ofendida de los que no acuden á implorar su misericordia (3).

Bien podemos asegurar, que quien la hallare, hallará todo bien. ¿Y hallarla quien no puede, por mas pecador que sea? ¿No sabemos que es benignísima? ¿No es cierto que siempre admite á cuantos recurren á su proteccion? (4) A todos os llamo, nos está diciendo con rostro afable, á todos os espero, todos ansio que acudais á mí, y si el mayor pecador del mundo quiere venir á buscarme, puede estar seguro de que no le desecharé (5).

---

(1) Ambros. in cap. 1. Luc. (2) Bernardin. de Bust. Mar. p. 1. Serm. 5. (3) Bonav. in Spec. Virg. (4) Idiot. in Prol. Cont. B. V. c. 1. (5) Thom. Kemp.

Cualquiera, pues, que pretenda su verdadera felicidad, la tiene pronta, porque allí está la Madre deseando granjearle la gracia y salvacion con sus poderosísimos ruegos.

Y esta es la otra reflexion que debe animar nuestra confianza, saber de cierto que en favor de sus devotos obtiene todo cuanto pide. En confirmacion de esta verdad observemos la virtud y eficacia que tuvieron sus palabras en esta ocasion que vamos considerando, porque apenas las pronunció, quedaron Isabel y su hijo llenos de la gracia del Espíritu Santo (1). Mucho es lo que á Dios agrada que le pida esta Señora por nosotros alguna cosa, porque entonces lo que nos da, lo considera concedido á su Madre mas que á nosotros (2), queriendola de este modo honrar y obedecer como á su verdadera Madre, segun se vió tambien en las bodas de Caná, donde por darle gusto hizo aquel gran milagro (3).

Vamos, pues, con toda confianza (nos exhorta el Apostol) al trono de la gracia para alcanzar misericordia (4). Este trono es Maria (5), Si deseamos, pues, conseguir la gracia, corramos á Maria con esperanza cierta de ser oidos. Busquemos la gracia, y busquemosla por su medio, porque cuando el Espíritu Santo la colmó de su dulzura y suavidad, hizola tan agradable á los ojos de Dios,

(1) Bonav. tract. de Vit. Christi. (2) Theop. Alexand. (3) German. Orat. de Dorm. Virg. (4) Hebr. 4. (5) Alb. Magn. Serm. de Dedic. Eccles.

que cuantos favores pidamos por su medio, seguramente los alcanzaremos (1).

Y si damos fe al dicho tan sabido de san Anselmo, de que á veces somos oidos mas pronto recurriendo á Maria, que á nuestro mismo Salvador (2), no porque el Señor deje de ser la fuente y dueño de todas las gracias, sino porque valiendonos del favor de la Madre é intercediendo ella por nosotros, tendrán sus ruegos mucha mas eficacia, no nos apartemos nunca de sus sacratísimos pies, diciendole con los afectos del corazon, como á tesorera y dispensadora de todos los bienes celestiales, que pues es la salud y consuelo del género humano (3), se digne abrirnos las puertas de la divina piedad, alcanzandonos especialmente los auxilios mas conducentes á nuestra salvacion, para lo cual nos hemos de poner totalmente en sus piadosas manos, como lo hizo aquel siervo de Dios Fr. Reginaldo, de la sagrada orden de predicadores, por consejo de una de las dos santas vírgenes que acompañaban á Maria santísima cuando se le apareció para darle salud. ¡Qué dicha tan grande ser visitado por esta sobérana Señora! Pero si deseamos favores semejantes, visitemosla y veneremosla frecuentemente en sus imágenes y santuarios, y acaso mereceremos un favor parecido al que voy á referir en el siguiente

---

(1) Bernard. (2) De Exc. Virg. c. 6. (3) Joan. Damasc.

EJEMPLO.

—

En las crónicas de los PP. Franciscanos se cuenta, que yendo dos religiosos de su orden en peregrinacion á un santuario de la Virgen, se les hizo noche en medio de un bosque muy grande, por lo cual afligidos en estremo, no sabian que hacer; pero caminando un poco mas, les pareció que veian entre las sombras una casa. Se acercan, y era en efecto así. Van á tientas por las paredes, y hallan la puerta, y oyen preguntar de adentro quien era. Respondieron, que dos pobres religiosos que habian perdido el camino, y pedian albergue por aquella noche, temiendo dar con alguna fiera. Sin decir mas, ven abrirse la pnerta, salir dos pajes ricamente vestidos, y saludarlos con mucha cortesia. Los religiosos les preguntaron quien era el dueño ó persona que habitaba en aquella casa, y les fue respondido, que una señora de gran caridad. Quisieramos ir á darle las gracias del favor que nos hace, dijeron los religiosos, y los pajes contestaron que los llevaban á verla, porque ella les queria hablar. Suben la escalera, y todas las salas estaban iluminadas, adornadas y dando de sí una fragancia del cielo. Entran finalmente donde habia una señora de gran majestad y hermosura, la cual los recibió con suma benignidad, preguntandoles á donde iban. Dijeron que á un santuario de la santísima Virgen; y la señora volvió

á decir: pues entonces os daré una carta que os podrá ser util; y mientras decia esto, ardian sus corazones en amor de Dios, y se anegaban en un gozo nuevo y antes nunca esperimentado. Se fueron de allí á acostar, aunque apenas podian dormir del contento que sentian en sus corazones. A la mañana siguiente fueron otra vez á darle gracias y tomar la carta, que en efecto les dió; con lo cual se despidieron y continuaron su camino. Mas á poca distancia repararon que no llevaba sobrescrito, y quisieron volver; pero por mas vueltas que dieron, no hallaron rastro de la casa. Entonces abren la carta para ver á quien iba, y hallan que Maria santísima escribia á los mismos religiosos, diciendoles que ella habia sido la señora que habian visto, y que por la devocion que le profesaban, les habia deparado en aquella soledad posada y cena; que siguiesen así, y les remuneraria sus obsequios favoreciendolos en vida y en muerte. Al pie estaba la firma que decia: *Yo Maria Virgen*. Consideremos como quedarian los buenos religiosos, qué gracias darian á nuestra Señora, y qué nuevos afectos y encendidos deseos sentirian en sus almas de amarla y servirla hasta la muerte.

ORACION.

Virgen inmaculada, Virgen benditísima, pues teneis el piadoso encargo de repartir á los hombres los favores y misericordias divinas, con justicia puedo y debo lla-

maros esperanza mia y esperanza de todos. Bendigo mil veces al Señor por haberme en vos dado el medio seguro de alcanzar su gracia y mi salvacion, aunque sé que los méritos de Jesuchristo vuestro santísimo Hijo son los principales. Ahora, Virgen benignísima, como fuisteis á visitar á vuestra prima, daos prisa en venir á la casa de mi alma del mismo modo. Mejor que yo sabeis cuan pobre y necesitada se ve, cuantos desarreglados afectos la combaten, cuantos apetitos desordenados, cuantos hábitos malos, cuantos pecados cometidos, sin otros infinitos males que la inclinan y arrastran á su perdicion. Vos que sois salud de los enfermos y tesorera de los caudales del Señor, la podeis facilmente librar de todas sus miserias y dejarla rica. Visitadme de continuo en la vida, visitadme con especialidad á la hora de la muerte, porque entonces me será mas necesaria vuestra asistencia. No es que pretenda yo (indigno soy de tan alto favor) que me visiteis en esta vida con vuestra presencia visible, gracia concedida á muchos de vuestros fieles siervos; mas ellos no lo desmerecian, ni habian sido ingratos como yo: y así me contento con veros despues en el paraiso celestial, donde con incesantes acciones de gracias por los favores recibidos de vuestra mano, os amaré eternamente. Ahora me basta que me visiteis con vuestra misericordia y rogueis por mí. Rogad por mí, Señora, interceded por mí con vuestro dulcísimo Hijo. Vos conoceis mucho mejor que yo mis necesidades y mi-

serias. ¿Qué mas puedo yo decir? Tened misericordia de mí. No digo mas, porque soy tan rudo y ciego, que ni siquiera conozco ni sé pedir lo que necesito. Reina y Madre mia, hacedlo vos por mí, y alcanzadme aquellas gracias y auxilios que veais ser mas convenientes y necesarios al bien de mi alma. En vuestras manos me pongo totalmente, no pidiendo mas á la Majestad divina sino que por los méritos de mi Señor Jesuchristo, me conceda lo que vos por mí le pidais. A vuestras súplicas nada se niega. Son súplicas de Madre, presentadas en el acatamiento de Hijo que tanto os ama y tanto se complace en acceder á cuanto deseais, para de esta manera mas honraros y acreditar el amor ternísimo que os tiene. Quedemos en esto, Señora. En vos confio, y en vuestras manos queda mi salvacion eterna, Amen.

DISCURSO VI.

Purificacion.

Sacrificio excelentísimo que hizo en este dia la Reina de los cielos ofreciendo á Dios la vida de su Hijo.

Dos preceptos imponia la ley antigua, nacido que fuese el primogénito de cada familia. En el uno mandaba Dios que la madre estuviese cuarenta dias como inmunda encerrada en casa, despues de los cuales fuese al tem-

plo á purificarse. En el otro ordenaba que los padres le ofreciesen el hijo en el mismo templo: y la santísima Virgen cumplió con ambos en este dia. Al primero no estaba ciertamente obligada, porque siempre fue Virgen purísima; pero por afecto de humildad y obediencia, quiso ir á purificarse como las otras madres. Cumplió con el segundo presentando su Hijo al eterno Padre, pero haciendolo de otro modo y con otro espíritu muy diferente de lo que solian las demas al ofrecer los suyos. Estas bien sabian que aquello no era mas que una simple ceremonia legal, pues rescatandolos por unas cuantas monedas, los recobraban en el acto, sin quedarles el temor de haberlos de ofrecer á la muerte despues. Pero Maria ofreció realmente el suyo á la muerte, estando cierta de que aquel sacrificio entonces empezado, se habia de consumar á su tiempo en el ara de la cruz; de suerte que ofreciendo á Dios la vida preciosísima de Hijo tan querido, en realidad se ofreció á sí misma toda entera, cual víctima de amor.

Omitiendo, pues, las demas consideraciones de esta sagrada festividad, fijemos unicamente la atencion en la grandeza de este sacrificio que hizo de sí misma la Virgen Madre, con ofrecer tan entera y generosamente la vida de su dulcísimo Hijo.

Habia Dios decretado salvar al hombre perdido por la culpa, librandole de la muerte eterna; pero queriendo que esto fuera sin menoscabo de su divina justicia, exi-

gió que su unigénito Hijo satisfaciese la pena que nosotros mereciamos (1). Para esto le mandó al mundo, dandole por Madre á Maria; mas ni quiso que lo fuese, ni que el Redentor diese la vida, sin prestar ella primero su consentimiento, á fin de que juntamente con este, sacrificase la Madre su corazon purísimo; pues como la calidad de Madre da siempre derecho sobre el hijo, siendo Jesus inocente y no merecedor de pena alguna, pareció justo que la misma Señora consintiese de su voluntad en aquel sacrificio tan costoso. Desde la encarnacion tenia dado el consentimiento; pero fue voluntad de Dios, que en este dia solemnemente y en medio del templo se ofreciese á sí misma en agradable sacrificio juntamente con su Hijo santísimo (2).

Pues empecemos á contemplar el dolor que le causó y las virtudes heróicas que practicó en aquel acto dificil y admirable. Veamosla encaminarse con paso acelerado á Jerusalen, lugar del sacrificio, llevando abrazada con gran amargura la víctima preciosa. Entra en el templo, llega al altar, y con sin igual modestia, humildad y devocion presenta el Hijo al eterno Padre. Al mismo tiempo Simeon, á quien Dios habia prometido no morir sin haber tenido el consuelo de ver nacido al Mesias, recibe en sus brazos de manos de la Virgen al divino Infante, y entonces, iluminado por el Espíritu Santo, profetiza á

(1) Rom. 8. (2) Epiphan. Or. de laud. Deip.

la Madre lo mucho que le habia de costar el sacrificio que entonces hacia de su querido Hijo, en union del cual habia de ser tambien sacrificada su alma benditísima.

Contemplando este misterio santo Tomas de Villanueva, dice que el santo viejo se hubo de quedar al principio silencioso y turbado, lo que viendo la Virgen, le preguntó por qué se contristaba en medio de tanto gozo y consuelo; á lo que el sacerdote respondió: ¡Virgen nobilísima! gran pena me da el tener que anunciarte hoy cosas de mucho dolor; pero pues que Dios así lo dispone para tu mayor merecimiento, escucha lo que voy á decir. Llegará dia en que este Niño que ahora te causa tanto placer, y con razon tan justa, producirá en tu alma el dolor mas terrible que jamas esperimentó criatura nacida, y esto ha de ser cuando le veas hecho blanco de la malicia de los hombres, perseguido, injuriado, maltratado, y al fin muerto en un patíbulo delante de tí. Y aunque no morirás padeciendo en el cuerpo tormentos, como los muchos mártires que este Señor ha de tener, serás martir en el corazon (1).

Sí, en el corazon, porque no fue otra la espada que atravesó su pecho santísimo, que la compasion de las penas de aquel Hijo tan amado (2). Bien sabia la divina Señora por la lectura de las santas Escrituras y la enseñanza interior del Espíritu Santo, lo que el Salvador ha-

---

(1) Th. a Villan. Serm. de purificat. Virg. (2) Luc. 2.

bia de sufrir, mayormente en su sagrada Pasion (1). Bien sabia por los profetas, que uno de sus discípulos le habia de vender; que los otros le habian de abandonar; que habia de sufrir desprecios, irrisiones, salivas y bofetadas, hasta venir á ser la mofa y vilipendio de la plebe; que su cuerpo santísimo habia de ser desgarrado, despedazado y hecho todo una llaga, como leproso, á fuerza de golpes y azotes; y que finalmente habia de perder la vida en un madero por la salud de los hombres. Pero cuando el santo viejo le anunció que su alma seria traspasada con cuchillo de dolor, se le descubrieron en particular (2) las circunstancias de todas aquellas penas, asi interiores como esteriores. Mas en todo consiente, y con una constancia que pasmó á los mismos ángeles del cielo, pronuncia la sentencia de que muera Jesus, y muera con toda aquella ignominia y dolor, diciendo: Padre eterno, pues que vos lo quereis, hagase vuestra voluntad y no la mia; con la vuestra santísima me conformo enteramente, sacrificando en vuestras manos este Hijo querido, consintiendo que pierda la vida por vuestra gloria y la salvacion de los hombres, y sacrificando juntamente mi corazon, para que sea herido, angustiado y acibarado cuanto vos querais, á fin de que así quedeis glorificado y complacido. ¡O caridad sin límites!

---

(1) Ps. 40. Zac. 13. (2) Como el Señor lo reveló á santa Teresa.

¡O constancia inaudita! ¡O victoria digna de admiracion eterna! Constante en esta resolucion, no despegó sus labios cuando el Salvador fue acusado ante Poncio Pilato, ni cuando el juez reconoció su inocencia, y solo por asistir al sacrificio se presentó publicamente en el monte Calvario, permaneciendo firme hasta el fin al pie de la cruz; todo por completar el sacrificio.

Seria necesario conocer la grandeza del amor que ardia en su pecho maternal, para que entendiesemos hasta donde llegó la violencia que interiormente tuvo que hacerse esta Madre amantísima. Por lo regular suele ser muy grande el amor de las madres para con sus hijos, y así, cuando los ven cercanos á morir, olvidan todas sus faltas, y aun los disgustos y malos tratamientos que tal vez han recibido de ellos; y es indecible la pena que entonces sienten, y los estremos que hacen, con tener de ordinario repartido el amor entre muchos hijos, ú otras personas ó cosas del mundo. Pero esta Madre no tenia mas que un Hijo, y este no solo sin defecto, sino el mas hermoso y cabal de todos los hijos de los hombres, amable, obediente, inocente, santo, y en fin en todo perfectísimo, como que era Dios; ni se hallaba dividido su amor entre otros, ni en amarle temia que pudiese haber exceso, por saber que merecia ser amado con infinito amor. Este fue el Hijo que sacrificó en este dia.

Cualquiera puede imaginar aquí lo que esto le costaria, y la fortaleza de su ánimo invicto en este caso, sien-

do el Hijo quien era. Si fue la madre mas dichosa del mundo por ser Madre de Dios, fue tambien la mas afligida y angustiada que hubo jamas, por haberle tenido que destinar á la muerte desde que fue concebido, y especialmente hoy. ¿Qué madre querrá tener hijo, sabiendo que le debe entregar á muerte cruel é ignominiosa, y verle morir á sus propios ojos? Pues Maria santísima acepta serlo con esta durísima condicion, y aun le inmola por su propia mano. ¡Con cuanto gusto hubiera sufrido, á trueque de librarle, todas aquellas penas, hasta beber el caliz de la muerte! Pero pues era voluntad de Dios que le sacrificase, le sacrifica, venciendo, aunque con sumo dolor y dificultad, toda la ternura de tan fino amor (1); siendo así mucho mayor su violencia y generosidad, que si hubieran recaido los tormentos en su propia persona: con lo que superó la prontitud y valentia de los mártires, pues habiendo estos ofrecido su vida, la Virgen inmoló la del Hijo, á quien amaba sin comparacion mas que á sí misma.

Ni aquí pararon las penas de esta desconsoladísima Señora, sino que entonces empezaron, porque de allí adelante tuvo de continuo presente la muerte y los dolores que el Cordero inmaculado habia de padecer, creciendo en su corazon maternal el cúmulo de las penas á proporcion que con la edad iba descubriendo en él

---

(1) Bonavent. in p. 1. dist. 48. quaest. 2.

mayor gracia, amabilidad y belleza. ¡O Madre dolorosa! si hubierais amado menos ó hubiera sido vuestro Hijo menos amable de lo que lo era, menor sin duda hubiera sido al ofrecerle vuestro sentimiento; pero no hubo ni habrá nunca madre que mas amase que vos, porque no se vió jamas hijo ni mas amoroso para con su madre, ni que tan digno fuese de amor, como lo es el vuestro. Si cualquiera de nosotros hubiese visto la hermosura y majestad de aquel divino Infante ¿hubiera tenido ánimo de entregarle á padecer y morir en medio de tan grandes tormentos? ¿Pues como vos, Señora, siendo Madre amantísima, y él la misma inocencia, tuvisteis corazon para tanto?

¡Qué escena tan dolorosa tuvo desde aquel dia delante de los ojos del alma esta Vírgen amante! ¡Ay, que el amor le representaba de continuo á su Hijo en la agonia del huerto, atado á la columna, y hecho todo una llaga, coronado de espinas, y enclavado en la cruz! Mira, ¡Madre! le decia el amor, mira el Hijo que ofreces, y á qué penas y muerte le ofreces. ¿De qué sirve que le libres ahora de las manos de Herodes, si despues ha de tener su vida término tan lastimoso?

Así que se puede decir, que el sacrificio fue de toda la vida y de cada instante de ella, porque hasta el dia de su gloriosa asuncion á los cielos, no tuvo alivio su dolor (1), ni le faltó del pecho la espada penetrante quc el sa-

(1) Birg. Revel.

cerdote le predijo. Ni á dolor tan intenso hubiera podido resistir un instante, si Dios con su soberana virtud no la hubiera confortado, sosteniendole el hilo de la vida, para que pudiese padecer (1). Vivia muriendo, porque á cada hora la asaltaba el temor de la muerte de su amantísimo Hijo, sobresalto mas temeroso que la misma muerte (2).

Por el mérito relevante que así contrajo en nuestro favor, la llaman los santos reparadora del género humano (3), redentora de los cautivos (4), reparadora del mundo perdido (5), restauradora de nuestras miserias (6), madre de todos los fieles (7), madre de los vivientes (8), y madre de la vida (9), pues habiendo unido intimamente su voluntad con la de su Hijo, y ofrecido juntos un mismo sacrificio (10), obraron ambos la redencion y dieron la salud á los hombres, Jesuchristo satisfaciendo por nuestros pecados, y Maria alcanzandonos con sus ruegos, que esta satisfaccion se nos aplicase; por lo que puede sin dificultad ser llamada salvadora del mundo, habiendo merecido esta dicha con la pena que padeció ofreciendole voluntariamente al rigor de la divina justicia (11).

---

(1) Anselm. (2) Bernard. (3) August. De Fide. ad Patr.
(4) Epiph. de Laud. Virg. (5) Ildefons. Serm. 1. de Ass.
(6) Germ. in Exc. Virg. (7) Ambros. ap. S. Bon. Spec. c. 10.
(8) August. Serm. 2. de Ass. (9) Andr. Cret. Hom. 2. de Ass.
(10) Arnold. Carnot. tr. de Laud. Virg. (11) Dion. Cart. l. 2. de Laud. Virg. art. 23.

Ahora bien, habiendo sido constituida de esta manera Madre de todos los redimidos, es razon que creamos, que solo por su mano se les distribuyen los dones de la divina gracia, los medios para conseguir la vida eterna, y todo el fruto de la pasion (1); porque si á Dios agradó tanto que Abrahan le quisiese inmolar en el monte á su hijo, que por esto le prometió multiplicaria su descendencia como las estrellas del cielo (2) ¿cuanto mas grato le seria el sacrificio de esta Madre amantísima? En premio de tanto amor y generosidad le concede que cada dia se multiplique el número de sus dichosos hijos, que son los escogidos.

A san Simeon habia Dios prometido no morir sin ver al Mesias; ¿pero por quien mereció esta gracia? Por medio de Maria. ¿Donde le vió? En sus brazos virginales. Así, todo el que quiera encontrar á Jesus, no tiene que buscarle sino por conducto de Maria. Acudamos, pues, á esta divina Madre con toda confianza, si deseamos hallar al Señor. Reveló la misma Virgen á una sierva suya (3), que todos los años en este dia de su Purificacion se dispensa á un pecador una misericordia grande. ¿Quien sabe si alguno de nosotros será uno de estos afortunados? Si nuestros crímenes son enormes, mayor es su misericordia. Su divino Hijo nada le niega, y si está enojado con nosotros, la Madre piadosísima se encarga de apla-

(1) Bernard. Serm. de Aquae. (2) Gen 22. (3) Prudenciana Zagnoni, ap. Marc.

carle. Cuenta Plutarco, que Antípatro escribió una vez á Alejandro Magno una carta muy larga llena de quejas contra Olimpia su madre, y que leida, dijo Alejandro: ¿No sabe Antípatro que mil cartas como esta quedan borradas con una lágrima de mi madre (1)? Así nos hemos de imaginar que responde tambien Jesuchristo á las acusaciones del enemigo, cuando Maria ruega por nosotros: ¿No sabe Lucifer que una palabra de mi Madre basta para que olvide yo todas las ofensas de cualquier pecador? Leamos para comprobarlo el siguiente

EJEMPLO.

Este ejemplo no se ha escrito hasta ahora en ningun libro, pero lo sé por habermelo contado un sacerdote compañero mio, con quien la cosa pasó. Es, pues, el caso, que estando él confesando en cierta iglesia de un pueblo, que se calla por justos respetos (aunque el penitente dió licencia para que el hecho se publicase) se le puso delante un joven que parecia querer y no querer confesarse. Habiendole el Padre mirado varias veces, al fin le llamó preguntandole si se queria confesar. Respondió que sí; pero temiendo que la confesion fuese larga, se fueron á una habitacion retirada. Allí empezó el joven á decir que era forastero y de familia noble; pero

(1) Plut. in Alexandr.

que habiendo tenido una vida muy mala, no pensaba que Dios le pudiese perdonar. Fuera de los innumerables pecados de lascivia, homicidios y otros, dijo que estando ya desesperado de salvarse, habia seguido cometiendo maldades, no tanto por gusto, cuanto por despecho y odio contra Dios. Entre otras cosas le dijo, que llevaba consigo un santo Cristo á quien por burla y desprecio habia dado azotes. Añadió que aquella misma mañana habia ido á comulgar sacrilegamente ¿y con qué fin? con el de pisar despues la sagrada hostia, cosa que estaba ya para poner por obra, cuando pasó gente y se contuvo porque no le viesen: y con efecto, envuelta en un papel entregó al Padre la hostia. Despues dijo que pasando por la puerta de aquella iglesia, habia sentido un impulso tan grande de entrar, que no pudo resistir, y en seguida gran remordimiento de conciencia, con alguna voluntad de confesarse, aunque confusa y con poca resolucion; que á este fin se habia puesto allí delante del confesonario; pero con tal confusion y desconfianza, que ya queria volverse; sino que le parecia que una mano invisible le detenia por fuerza; hasta que V., padre (dijo); me llamó. Aquí estoy y quiero confesar pero no sé como. Este le preguntó si en todo aquel tiempo habia tenido alguna devocion, queriendo significar con la Virgen nuestra Señora, porque triunfos como este de conversiones tan maravillosas no vienen ,sino por manos de aquella Reina poderosísima—¿Qué devocion, Padre,

si ya me tenia por condenado?—Repasa mejor la memoria, le volvió á decir el confesor—Nada, Padre, respondió él, como no sea esto, y metiendo la mano en el pecho, le enseñó un escapulario de nuestra Señora —¿Lo ves, hijo? A la Virgen santísima debes gracia tan especial, y esta en que estamos es iglesia suya. Entonces el joven se comenzó á compungir y llorar, y continuando la confesion, creció tanto el dolor y las lágrimas, que cayó en tierra, al parecer desmayado. El Padre procuró volverle en sí con un espíritu, y acabada la confesion, le absolvió con gran consuelo, alegria y firme resolucion de mudar de vida, volviendose á su patria, despues de haber dado permiso de publicar la misericordia estraordinaria que habia usado con él la Reina de los ángeles y abogada de pecadores.

ORACION.

Santísima Madre de Dios y Madre mia! ¡ Con que fue tanto vuestro amor para conmigo, que llegasteis á ofrecer á la muerte por mí á vuestro dulcísimo Jesus! ¡Ah, Señora, si tan verdaderos y ardientes son vuestros deseos de mi salvacion, bien puedo colocar en vuestras manos toda mi confianza. Sí, Virgen benditísima, en vos la pongo enteramente. Pedid al Señor por lo que merecisteis en el sacrificio costosísimo de su preciosa vida, que tenga compasion de mi alma, pues por ella quiso morir.
Tambien yo para imitaros desearia ofrecerle hoy mi

corazon; pero temiendo no le acepte por verle tan abominable, os pido que vos se le ofrezcais con vuestras manos purísimas, y entonces no le desechará. Aquí me teneis, Madre benignísima, todo entregado á vos. Ofrecedme al eterno Padre como cosa vuestra, uniendome con la oferta de mi piadoso Redentor, y suplicandole que por los méritos de su pasion santa y respeto vuestro, me reciba por suyo para siempre. Amada Madre mia, por amor de este Hijo querido sacrificado por mí en el ara de la cruz, y hoy ofrecido de antemano con tan amarga pena, no me dejeis un instante, y sea de suerte, que nunca vuelva á perder su gracia y amistad. Decidle que soy vuestro; decidle que tengo puesta en vos toda mi esperanza; decidle que me quereis salvar, y seguramente me salvaré.

DISCURSO VII.

De los Dolores de la Virgen Maria.

Maria fue Reina de los mártires por haber sido su martirio mas prolongado y penoso que el de todos ellos.

¿Habrá entre los hombres corazon tan duro, que oyendo aquel caso tan lastimero acaecido en el mundo, no se ablande y conmueva? Era una madre nobilísima y santa, la cual tenia un hijo único, el mas amable, ino-

cente, hermoso y amante de su madre de cuanto se puede imaginar, en tanto grado, que lejos de haber nunca dado el mas mínimo disgusto á madre tan querida, siempre le habia tenido sumo respeto, obediencia y amor, y todo el de la madre estaba concentrado en su amantísimo hijo. Pero por envidia de sus enemigos fue falsamente acusado, y el juez inicuo, por no disgustarlos, despues de confesar su inocencia, le condenó á muerte infame, como ellos pedian, y su angustiada madre le vió morir en la flor de la edad á fuerza de tormentos. Almas devotas ¿qué decis oyendo esto? ¿No es caso lastimosísimo? ¿No es digna aquella madre de nuestra compasion? Bien entendeis de quien hablo. El Hijo ajusticiado con tanta inhumanidad, es nuestro amado Redentor, y su Madre es Maria santísima, que por amor nuestro le vió sacrificado á la divina justicia en manos tan crueles. Pues esta pena que sufrió Maria, pena mayor que si hubiera muerto mil veces, bien merece de nuestra parte compasion y agradecimiento. Mas si con otra cosa no le podemos corresponder, á lo menos detengamonos hoy un poco á considerar la acerbidad de esta pena con que fue martir y Reina de los mártires, por haberlos á todos superado en el padecer, como martirio el suyo mas prolongado y doloroso que el de todos ellos.

PUNTO PRIMERO.

Llamase Jesuchristo Rey de dolores y Rey de mártires, porque padeció en esta vida mucho mas que los otros, y á semejanza suya se llama Reina de mártires (1) la Virgen Maria, porque su martirio fue el mayor de cuantos el mundo vió, fuera del de su santísimo Hijo. ¿Y quien le labró la corona? Sus penas y angustias, mayores que las de todos los mártires juntos.

Que fuese martir verdadera no se puede poner en duda (2), como sea cosa constante que para él basta sufrir un dolor suficiente á quitar la vida, aunque por alguna causa no se llegue á perder, y así es venerado por martir san Juan Evangelista, sin embargo de que no murió en la tina de aceite hirviendo, antes bien salió de ella de mejor ver y aspecto que entró (3), porque para merecer la gloria de martir, no es menester mas que ofrecernos á la muerte (4). Pues Maria lo fue en realidad, no á manos de verdugos, sino á fuerza de penas en el corazon (5), mas que sobradas para darle muchas muertes, cuanto mas una: y como su penar, ó mejor diremos, muerte lenta, fue de casi toda la vida, excedió en padecer, cuanto á la duracion, á todos los mártires.

---

(4) Martyr martyrum. Ric. a S. Laurent. (2) Lo prueban Dion. Cartusiano, Pelbarto, Catariano y otros. (3) Brev. Rom. 6. Maii. (4) Thom. 2. 2. q. 124. a. 3. ad 3. (5) Bernard. ap. Baldi. t. 1. p. 456.

Desde el nacimiento empezó Jesus á padecer (1), y á su imitacion su santísima Madre. Mar amargo quiere decir su nombre, entre otras significaciones que tiene, y por esto se le aplican las espresiones del profeta Jeremias: «Grande como el mar es tu quebranto (2).» Toda el agua del mar es amarga y salada, y toda la vida de esta Señora fue mar de amargura, ocasionada de tener de continuo presente la pasion de su Hijo; porque no podemos dudar que iluminada por el Espíritu Santo, entendiese todas las profecias concermientes á su pasion y muerte mucho mas claramente que los profetas que las anunciaron (3), y que la compasion de los dolores que el Señor habia de sufrir por pecados ajenos, angustiase sobremanera el ánimo de aquella ternísima doncella aun antes de la encarnacion del divino Verbo (4). Despues se aumentó mucho mas el martirio, y hasta la muerte no se le acabó.

Y esto sin duda significaba la vision que tuvo santa Brígida en Roma dentro de una capilla de santa Maria la Mayor, donde se le apareció la Virgen nuestra Señora con el santo anciano Simeon y un angel que traia en la mano una espada larga y ensangrentada, símbolo del dolor acerbísimo que traspasó el pecho de la Madre todo el tiempo que le duró la vida (5). De suerte que pa-

(1) Bernard. Serm, 2: de Pass. (2) Thr. 2. 1. (3) Birg. Rev. Serm. Ang. c. 7. (4) Ejusd. Sem. c. 16. (5) Rev. l. 7. c. 2.

rece nos está diciendo: Almas redimidas, hijas de mis dolores, no limiteis vuestra compasion á las tres horas en que al pie de la cruz vi espirar á mi dulcísimo Hijo; que mucho antes empezaron mis penas, y al darle de niño el pecho, y al estrecharle entre mis brazos, y á todas horas (1), antes y despues de la resurreccion tuve viva y como reciente la llaga profunda en medio del alma (2).

De esta manera el tiempo, que suele mitigar las penas á los afligidos, no alivió en nada las de Maria, sino al contrario, cuanto mas pasaba, mayores eran, descubriendo por una parte cada dia mas hermosura y amabilidad en el blanco dulcísimo de su amor, y viendo por otra correr tan aprisa el tiempo de su pasion y muerte. Crece la rosa, pero crece entre espinas; y así esta Señora vivió de continuo cercada de espinas y tribulaciones (3).

Pasemos á contemplar ahora la grandeza de su dolor.

PUNTO SEGUNDO.

No fueron solamente de larga duracion las penas de Maria santísima, sino tambien mayores y mas intensas, que todas las que sufrieron los mártires de la santa Iglesia. ¿Quién es capaz de decir hasta donde llegaron? Bien podemos esclamar con el profeta Jeremias: ¡O Señora!

(1) Rup. abb. in cant. c. 4. Ps. 37. (2) Birg. Rev. l. 6. c. 65. Taulerus, Vit. Chr. c. 18 (3) Birg. Rev. Serm. Aug. c. 16.

¿á quien hemos de compararte? Inmenso, como son los mares, es tu dolor. ¿Quien te aliviará? ¿Quien te consolará? No hay amargura como la del mar, ni dolor hay tampoco que iguale á tu dolor (1), tanto que si por milagro especialísimo no te hubiese Dios conservado la vida, hubiera bastado para quitartela lo que sufrias á cada momento (2). Y aun mas llega á decir un santo (3), que repartido aquel padecer entre todas las criaturas capaces de razon ó de sentimiento, hubiera bastado para que muriesen todas repentinamente.

Ahora bien, ¿cuales fueron las causas de dolor tan estraño? La primera fue que los mártires sufrieron en el cuerpo, pero Maria padeció en el alma, como le anunció Simeon (4). Y cuanto el alma es mas noble y delicada que el cuerpo, tanto excedieron sus penas á las de los otros mártires, siendo cierto que no hay comparacion entre los dolores del espíritu y los de la carne, como dijo nuestro Señor á santa Catalina de Sena (5). Segun esto, quien se hubiese hallado en aquel monte de amargura cuando el Salvador espiró en la cruz, hubiera visto allí dos altares, uno en el cuerpo del Redentor y otro en el corazon de Maria, pues al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba con la muerte su cuerpo santísimo, sacrificaba la Madre su alma con la compasion (6).

---

(1) Thren. 2. 1. (2) Anselm. de Exc. Virg. c. 3. (3) Bernardin. Senen. tom. 1. Serm. 61. (4) Luc. 2. (5) In ej. vita.
(6) Arnol. Carn. Tr. de sept. verb. Dom. in cruc.

La segunda causa fue, que los otros mártires ofrecieron sus vidas, pero la invictísima Virgen sacrificó la de su Hijo, á quien amaba mas que á su propia vida (1); de suerte que no solo sufrió en el espíritu todo lo que el Señor sufrió en su sagrada humanidad, sino que ademas le causó mas sentimiento la vista de las penas de su Hijo, que si en sí misma las hubiera sufrido todas. Y en esto no hay duda, porque las aflicciones de los hijos son aflicciones de las madres cuando los ven padecer: testigo la de los Macabeos, que habiendo presenciado el tormento de sus siete hijos, padeció en el corazon el martirio de todos ellos (2). Lo mismo sucedió con esta Madre afligidísima: todos los dolores, azotes, espinas, clavos y cruz que atormentaron las carnes inocentes de Jesus, penetraron el corazon de la Madre (3), que interiormente era como un espejo de los dolores del Hijo, y allí se veian retratados los golpes, llagas, salivas; y todas las penas que nuestro divino Salvador padecia (4), repartidas por todo su cuerpo, estaban juntas en el corazon de su dolorosísima Madre (5).

De este modo, por la fuerza de la compasion á su querido Hijo, fue dentro de su amantísimo corazon azotada, coronada de espinas, enclavada en la cruz: y así le podemos preguntar: Señora, ¿dónde estabais aquel dia? ¿Cerca de la cruz solamente? No, sino en la misma cruz

(1) Antonin. p. 4. tit. 15. c. 24. (2) August. Serm. 109. de Divers. c. 6. (3) Amed. Hom. 5. (4) Laur. Justin. de agon. Chr. c. 11. (5) Bonav. de Planct. V. in Stim. Am.

y con vuestro Hijo crucificada (1). Y vos, Señor, con rázon os quejabais de que en la hora solemne de nuestra redencion no hubiese á vuestro lado ningun hombre que se compadeciese de vos tanto como era debido; pero hubo una mujer, que fue vuestra Madre, la cual sufrió en su amoroso corazon todo cuanto vos sufristeis en vuestra sagrada humanidad (2).

Pero poco es lo que hemos dicho hasta aquí, porque mucho mas fue lo que padeció de ver á su Hijo padecer, que si todo lo hubiera ella sufrido. Regularmente los padres sienten mas los males de sus hijos, que los suyos propios (3); y si no en todos es así, en Maria lo fue sin duda alguna, porque amando mas sin comparacion á su Hijo, que á su vida, y mil vidas que hubiera tenido, su pena fue mayor de verle padecer, que si hubiera tenido que sufrir en su propia persona todos los tormentos de la pasion (4). Y esto claro se ve, porque como dicen, mas está el alma donde ama que donde anima, y donde cada uno tiene su tesoro, allí tiene su corazon. Si pues, por la vehemencia del amor, mas que en sí misma vivia intimamente unida con su Dueño, cierto es que le fue mas amargo y sensible verle morir, que si hubiera perdido la vida millares de veces.

De aquí se infiere, que otra de las causas para que su martirio fuese incomparablemente mayor que el de todos

(1) Id. loc. cit. (2) Ric. in Isai. 36. 3. (3) Erasm. Libell. de Machab. (4) Amed. Hom. 5.

los mártires, fue haber padecido, no solamente mas, sino tambien sin alivio ni consuelo alguno. Padecian los mártires, pero por el amor que tenian á Jesuchristo, todo se les hacia dulce y suave. Fue san Vicente descoyuntado en el potro, descarnado con garfios de hierro, tostado con planchas encendidas; pero hablando con el tirano, mostraba tal fortaleza y desprecio de los tormentos, que parecia ser uno el que hablaba, y otro el que padecia: tanta era la dulzura del amor con que el Señor le recreaba en medio de aquella atrocidad. Rasgaban con escorpiones de hierro el cuerpo de san Bonifacio, le introducian astillas de caña entre las uñas y la carne, le echaban por la boca plomo derretido, y él no cesaba de repetir, gracias te doy, Señor mio Jesuchristo. Sufrian los santos Marco y Marceliano atados á un madero con los pies clavados, y llamandolos el tirano infelices, y exhortandolos á que se librasen de aquellas penas, respondian que jamas se habian visto en banquete que les diese mas gusto. Sufria san Lorenzo, pero mientras se quemaba en las parrillas vivo, otro fuego mas poderoso, que era el amor divino, ardia dentro de su pecho (1), y este le daba tal valentia, que se atrevió á burlarse del tirano, diciendole: Ya estoy asado de un lado, vuelveme del otro, y come de mi carne. ¿Como era posible solazarse de esta manera en el acto de estar padeciendo

(1) Leo Pap. in Nat. S. Laur.

martirio tan atroz y prolongado? ¡Ah! con aquella santa embriaguez del amor divino, se puede decir que no sentia ni los tormentos ni la muerte (1).

Vemos, pues, que cuanto mas amaban al Señor, tanto menos sentian los dolores, bastandoles para confortarse poner la vista en su Dios crucificado.

Pero nuestra Madre santísima ¿qué consuelo recibia del amor de su Hijo y de la vista de sus penas? Ninguno, antes bien el Hijo que padecia era todo el motivo del dolor, y el amor que le tenia era el verdugo mas cruel de todos. Porque su martirio consistió precisamente en la vista y compasion de las penas que sufria su Hijo adorado, y por eso, cuanto mas era el amor, mas era el dolor y menos el alivio. A los otros mártires el amor les mitigaba las penas y sanaba las heridas; pero á vos, Reina de los cielos, ¿qué cosa pudo aliviaros, qué lenitivo suavizar las llagas de vuestro corazon? Tienen consigo los otros mártires cada uno los instrumentos de su pasion, san Pablo la espada, san Andres las aspas, san Lorenzo las parrillas; pero vos teneis en el regazo á vuestro mismo Hijo, como instrumento y causa única de vuestro padecer (2).

Cuanto mas amamos una cosa, mas sentimiento nos causa perderla; y así sentimos mas la muerte de un hijo ó de un hermano, que la de una persona estraña. Pues

(1) August. tract. 27. (2) Bernard. ap. Crois. Vit. Mar. §. 23.

por esta regla, para conocer á donde llegó el sentimiento de Maria santísima en la muerte de su divino Hijo, seria menester que supiesemos cuanto le amaba (1). ¿Pero quien podrá medir amor tan encendido? Juntos ardian en su corazon dos amores vivísimos, natural y sobrenatural, que eran el de Madre y el de amante de su Dios y Señor (2), y ambos levantaban una llama de caridad tan intensa, ó por mejor decir, tan inmensa, que á mas no es posible que llegue la que en un alma puede caber (3). Luego si era inmenso el amor, inmenso fue tambien el dolor (4).

Imaginemos, pues, que estando al pie de la cruz esta Madre dolorosísima, nos dice las palabras del profeta Jeremias: vosotros los que pasais por el camino, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor: vosotros los que vais corriendo por el camino de la vida, sin que os pareis un poco á compadeceros de mí, deteneos un instante, y contempladme ahora que estoy viendo espirar á mi dulcísimo Hijo, para ver si en todo el mundo se hallará persona mas afligida y angustiada que yo. Así es, Virgen dolorosísima; no hay dolor que se pueda comparar al vuestro, porque nunca hubo hijo mas amable que Jesus, ni madre mas amante que vos (5).

De este modo, si aseguramos que padeció mas que

---

(1) Corn. a Lap. (2) Amed. Hom. 5. de Laud. Virg. (3) Guliel. Paris. (4) Ric. a S. Laur. Alb. Magn. (5) Laur. Justin. l. 3. de Laud. V.

todos los mártires juntos en uno, aun diremos poco (1), porque comparadas con sus penas las de todos ellos, fueron casi nada (2), cuando las de esta Madre angustiadísima llegaron á tan alto grado, que solo ella se compadeció de la muerte de Dios hecho hombre todo cuanto era debido. (3).

Pero, Señora, ¿por qué vos fuisteis á sacrificaros al monte Calvario? ¿No bastaba para redimirnos Dios crucificado, sino que tambien quiso ser crucificada su santísima Madre? (4) Ciertamente bastaba para redimir el mundo y mundos infinitos; pero como el amor de nuestra Madre para con nosotros fue tan grande, quiso contribuir á nuestra salvacion con el mérito de sus dolores, ofreciendose en el Calvario por nuestro bien; de modo que si por tan señalada fineza debemos agradecimiento á nuestro divino Redentor (5). agradecimiento debemos á su piadosa Madre, la cual gustosamente padeció tanto porque saliesemos del estado infelicísimo de la culpa (6), pudiendose decir que el único alivio que esperimentaba en medio de tantas aflicciones, era el saber que con la muerte y pasion del Salvador del mundo, ibamos á quedar para siempre reconciliados con Dios (7).

---

(1) Ildef. ap. Sinisc. Mat. de Mart. Cons. 36. (2) Ansel. de Exc. Vig. c. 5. (3) Pinam. (4) Bonav. ad. Pac. Exc. 10. in Sal. Ang. (5) Alb. Mag. sup. Miss. c. 20. (6) Birg. Revel. 1. 3. c. 30. (7) Simon a Cacia, de Gest. Dei. 1. 2. c. 27.

Agradezcamos este amor tan fino de Maria santísima, siquiera con meditar y compadecer sus dolores, sabiendo que se queja de que sean tan pocas las personas que la acompañan en su sentimiento, ni que aun se acuerden de lo mucho que por nosotros padeció; siendo por el contrario muy de su agrado que traigamos sus penas fijas en la memoria, segun manifestó á los siete santos varones fundadores del orden de los Servitas, cuando les dió el hábito de color negro que habian de usar, como despertador continuo del fin é instituto de aquella sagrada religion. Conforme á lo cual reveló tambien Jesuchristo á la B. Verónica de Binasco, que casi mas se complace de que nos compadezcamos de las penas de su amantísima Madre, por el inmenso amor que le tiene, que de las suyas propias (1). Y Pelbarto refiere (2) haber sido revelado á santa Isabel, que despues que Maria subió á los cielos, deseó volverla á ver san Juan evangelista, lo cual le concedió su dulcísima Madre juntamente con Jesuchristo nuestro Señor, y mientras aquel favor duraba, oyó que la Madre pedia á su Hijo querido alguna gracia especial para los devotos de sus dolores, y que el Señor le prometió estas cuatro muy principales: 1.ª Que todo el que la invoque por los méritos de sus dolores, hará penitencia de sus pecados antes de morir. 2.ª Que él guardará á todos estos devotos en las tribulaciones, y espe-

---

(1) Ap. Bolland. 13 Jan. (2) Stellar. lib. 3. p. 3. a. 3.

cialmente á la última hora. 3.ª Que imprimirá en sus almas la memoria de su pasion, y despues en el cielo les dará el premio correspondiente. 4.ª Que pondrá en manos de Maria á dichos devotos de sus dolores, para que disponga de ellos como le agrade, y les alcance los favores que guste. Veamoslo confirmado con el siguiente

EJEMPLO.

Se cuenta en el libro de las Revelaciones de santa Brígida (1), que hubo un caballero de tanta nobleza por su nacimiento, como de perversas costumbres, pues habiendo hecho pacto espreso con el demonio de ser esclavo suyo, habia vivido sesenta años sin acercarse á recibir los sacramentos, con la disolucion y abandono que es consiguiente. Pero le llegó la hora de salir de este mundo, y queriendo Jesuchristo usar con él de misericordia, mandó á santa Brígida que le enviase su confesor y le exhortase á confesar. Fué el confesor, pero el enfermo se escusó con decir que ya otras veces se habia confesado. Fué segunda vez, y el otro se mantuvo en su obstinacion. Mandó el Señor de nuevo á la santa que enviase al confesor, el cual volvió la tercera vez, y le descubrió la revelacion, añadiendo que volvia, porque el Señor deseaba usar con él de misericordia. Al oir esto el enfermo se enterneció, y empezó á llorar escla-

(1) L. 6. c. 97.

mando: ¿Como he de alcanzar yo perdon de mis pecados, habiendo servido al demonio por espacio de sesenta años y cometido innumerables pecados? El confesor le animó, prometiendole perdon de parte de Dios. Entonces alentandose dijo, que aunque habia desesperado de su salvacion teniendose por condenado, ya sentia dolor y arrepentimiento de sus maldades, y confiaba en la misericordia divina. Con efecto, aquel mismo dia se confesó cuatro veces con gran dolor, el siguiente comulgó, y al sesto murió, muy contrito y resignado en la voluntad de Dios. Despues habló de nuevo á la santa nuestro amantísimo Salvador, descubriendole que el alma de aquel pecador estaba en el purgatorio, y que se habia salvado por intercesion de la Virgen su Madre, porque en medio de la vida desgarrada que habia llevado, siempre habia tenido devocion á los dolores de la misma Señora, compadeciendose de ellos siempre que se le ocurrian á la memoria.

ORACION.

Virgen dolorosisima, Reina de los mártires. ¿de qué me servirian las muchas lágrimas que por mí derramasteis en la pasion y muerte de vuestro santísimo Hijo, si al fin me hubiese de condenar? Pues por los méritos de vuestros dolores os pido que me alcanceis verdadero dolor de mis pecados, enmienda completa en las costumbres, y continua y afectuosa compasion de las penas de

mi Señor Jesuchristo y de las vuestras. Y pues que ambos, siendo inocentes, padecisteis tanto por mí, alcanzadme que yo, reo de muerte eterna, sufra tambien algo por vuestro amor. Finalmente, Madre mia, por aquella congoja que sintió vuestro amoroso pecho al ver á vuestro Hijo inclinar la cabeza y espirar en el madero de la cruz, os pido me obtengais la gracia de una buena muerte. En aquella hora de combate y agonia que ha de llegar, en aquel paso para la eternidad, no dejeis de asistirme ¡o abogada de pecadores! Y como entonces será fácil que pierda el habla y no pueda invocar vuestro santísimo nombre y el de Jesus, ambos esperanza mia, desde ahora os invoco y llamo, pidiendo humildemente que me socorrais en trance tan amargo, para lo cual al presente digo y diré mil veces: Jesus y Maria, en vuestras manos santísimas encomiendo mi espíritu. Amen.

REFLEXIONES

SOBRE

LOS SIETE DOLORES EN PARTICULAR.

PRIMER DOLOR.

Profecia de Simeon.

Nacemos para llorar en este valle de lágrimas, y cada dia tenemos algo que sufrir: pero mucho mas penosa fuera la vida, si supiesemos de antemano todos los males que nos esperan. Nos mira en esto Dios con ojos compasivos, ocultandonos las cruces que nos ha de poner, para que no las padezcamos dos veces. No lo hizo así con Maria santísima, porque habiendola destinado para Reina de dolores, y en todo semejante á su Hijo, le puso á la vista con anticipacion todas las penas del porvenir, que fueron las de la pasion y muerte de tan amado Hijo. Consideremos, pues, que teniendo Simeon en los brazos al divino Infante, anunció á la Virgen piadosísima, que aquel niño seria signo y blanco de contradiccion y persecucion, y que por esto habia de ser su alma (la de la Madre) traspasada con el cuchillo de dolor.

Reveló la misma Señora á santa Matilde, que al oir

este vaticinio se le trocó en tristeza toda su alegria, porque aunque segun fue tambien revelado á santa Terésa, sabia ya la Madre benditísima que su Hijo habia de ser sacrificado por la salud del hombre, entonces conoció en particular y con mas distincion las circunstancias de su pasion y muerte, descubriendosele claramente como seria perseguido y contradicho en todas las cosas. Contradicho en la doctrina, porque en vez de ser creido, seria tratado de blasfemo, por enseñar que era Hijo de Dios, como lo declaró Caifas aquella triste noche. Contradicho en la estimacion, porque siendo de sangre real, seria menospreciado y tenido por vil. Es la sabiduria por esencia, y fue tratado de ignorante, de profeta falso, de loco, de borracho, de gloton, de amigo de gente mala, de hechicero, de hereje y endemoniado, y en fin, de hombre tan notoriamente criminal, que para condenarle, no era menester proceso, como dijeron á Pilato los judios. Contradicho en el espíritu, porque á fin de que la divina justicia quedase del todo satisfecha, hasta su eterno Padre se negó á consolarle cuando decia: Padre, si es posible, pase de mi este caliz; y le dejó abandonado al temor y tristeza, en tales términos que faltó poco para que la afliccion y desamparo le quitasen la vida, y de la pena y lucha interior de su alma llegó á sudar sangre de todo el sacratísimo cuerpo. Finalmente, fue contradicho y perseguido en el cuerpo y la vida, porque recibió heridas y tormentos en las manos, pies, ros-

tro, cabeza y todos los miembros, hasta morir desangrado y vilipendiado en un madero infame.

Cuando en medio de las delicias reales oyó David la intimacion de la muerte de su hijo, hecha por boca del profeta Natan (1), empezó á llorar amargamente, y se arrojó por tierra, y afligió su cuerpo con riguroso ayuno. Escuchó Maria con resignacion admirable el anuncio de la muerte de su unigénito Hijo, y con la misma se mantuvo siempre; ¿pero cual seria su dolor viendo continuamente delante de sus ojos aquel Hijo amabilísimo, cuyas palabras eran de vida eterna, en cuyas acciones resplandecia la santidad? Si tanto padeció Abrahan en su ánimo durante los tres dias que fue con su hijo hablando y acercandosé al monte donde le habia de sacrificar, ¿qué dolor seria el de esta Madre amantísima por espacio, no de tres dias, sino de treinta y tres años, no por un hijo como Isaac, sino incomparablemente mas digno de ser amado? Ni una hora tuvo libre su alma sensibilísima de tan agudo dolor (2). Cuantas veces le miraba, cuantas le vestia, cuantas tocaba aquellos pies delicados y aquellas manos tiernas, otras tantas quedaba como sumida en dolor, pensando que algun dia seria puesto en una cruz. Estrechabale entre los brazos con amor encendido; pero cuanto mayor era la fuerza del amor, mas amargo tambien era el manojo de mirra abrazado á su

(1) 2. Reg. 12. (2) Birg. Revel. l. 6. c. 9.

pecho (1), considerando (2) que la fortaleza de los santos habia de estar agonizando, la hermosura del paraiso ser desfigurada, el Señor del mundo atado como reo, el Criador del universo azotado barbaramente, el supremo Juez sentenciado á morir, la gloria de los cielos despreciada, el Rey de los reyes coronado de espinas y tratado como rey de burlas. Cuando le daba el pecho purísimo, se le representaba la hiel y vinagre, cuando le envolvia, las sogas y cordeles, cuando le llevaba en brazos, que habia de ser crucificado, y cuando dormia, muerto y sepultado (3), arrasandosele con esta consideracion los ojos en raudales de lágrimas, y oprimiendosele de amargura el corazon (4).

Dice el evangelista, que al paso que Jesus crecia en los años, así tambien delante de Dios y de los hombres iba creciendo en gracia (5). Quiere decir, que á vista de los hombres iba manifestando cada dia mayor gracia y sabiduria, y á la de Dios, porque si desde el principio de su ser no hubiera tenido la plenitud de santidad y gracia debida á la union hipostática, cada hora hubieran ido sus méritos creciendo, por la excelencia y dignidad de todas sus obras. Ahora bien, si el Señor crecia diariamente en el amor y aprecio de los hombres, ¿cual seria en el de su Madre santísima? Pues en la misma pro-

(1) Cant. 1. 12. (2) Bernard. t. 3. Serm. 2. a. 3. c. 1.
(3) Engelgrave t. 2. Ev. Luc. Dom. infraoct. Nat. §. 1.
(4) Birg. Rev. lib. 6. c. 57. et. l. 7. c. 7. (5) Luc. 2. 53.

porcion se aumentaba la pena de haberle de perder algun dia; y cuanto mas se iba la muerte acercando, mas profundamente atravesaba su purísimo corazon la espada que le anunció el profeta (1).

La consecuencia que de aquí debemos sacar es, que si nuestro divino Capitan y su dulcísima Madre no rehusaron por nuestro amor sufrir toda la vida pena tan atroz, no será justo que nosotros nos lamentemos de lo muy poco que en este mundo tengamos que sufrir. Una vez se apareció el Señor crucificado á Sor Magdalena Orsini, religiosa dominica, que de tiempo en tiempo padecia una grave tribulacion, y animandola á perseverar consigo en la cruz con aquel trabajo, ella respondió lamentandose: Señor, vos no estuvisteis mas que tres horas en la vuestra, y yo estoy clavada en esta muchos años ha. Entonces le dijo el Redentor: ¿qué dices, ignorante? Desde que fui concebido tuve en el corazon todas las penas que padecí en la cruz. Pues con esta doctrina, cuando venga sobre nosotros cualquier afliccion ó trabajo, imaginemonos que Jesus y Maria nos dicen á nosotros lo mismo.

---

(1) Birg. Rev. Fer. 6. lect. 2. c. 16.

EJEMPLO.

Cuenta el P. Roviglione, de la Compañia (1), que un joven que tenia la devocion de rezar algo todos los dias á una imagen de nuestra Señora de los Dolores con las siete espadas, cayó una noche en pecado mortal. Habiendo ido á rezar la mañana siguiente como de costumbre, vió en el pecho de la Señora, no siete, sino ocho espadas, y oyó una voz que le decia, que su pecado era la octava clavada en su afligidísimo corazon. Oido lo cual se fué desde alli á confesar, y recobró la gracia por la intercesion de la soberana Señora.

ORACION.

O Madre santísima, yo he clavado en vuestro corazon tantas espadas como pecados he cometido, y como reo merezco la pena, no vos, que sois inocente. Pero pues habeis querido tomarla por mí, alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados, y paciencia para sobrellevar los trabajos de esta vida; que por grandes que sean, siempre serán menores de lo que tengo merecido. Hacedlo así por vuestra bondad. Amen.

---

(1) Fasc. di Ros. p. 2. c. 2.

SEGUNDO DOLOR.

Huida á Egipto.

Asi como la cierva herida, donde quiera que va lleva consigo clavada la saeta, así despues de la profecia de Simeon, llevó consigo siempre la Madre santísima la espada de dolor penetrante con la memoria continua de la Pasion que habia de sufrir su dulcísimo Hijo. Los cabellos de púrpura ó de oro que se atribuyen á la esposa de los Cantares (1), dice un autor (2) que eran los pensamientos que esta Virgen preciosa tenia empleados constantemente en la pasion y en la sangre que de sus llagas sacratísimas habia de correr. Su Hijo era la saeta que llevaba atravesada en el corazon, tanto mas honda y dolorosa, cuanto él con los años mas iba descubriendo de hermosura y amabilidad. Consideremos, pues, el segundo dolor, que fue la huida á Egipto.

Cerciorado ya Herodes del nacimiento del Mesias, temió que le habia de quitar el reino, y temió neciamente, porque no venia el Señor á conquistar el mundo guerreando, sino á sujetarle admirablemente muriendo (3). Esperaba, pues, el mal rey saber de boca de los magos el lugar fijo del nacimiento de aquel Niño para quitarle la vida sin dilacion; pero no viendolos volver, y dando-

(1) Cap. 7. v. 3. (2) Hailgrino. (3) Fulgent. Serm. 4. de Epiph.

se por engañado, mandó dar muerte desapiadada á todos los niños de la ciudad de Belen y sus contornos. Mas apareciendose el angel á san José le mandó que huyese á Egipto con el Salvador y su Madre, poniendose en camino el santo aquella misma noche, como parece lo indica el Evangelio (1). Esclamaba diciendo la soberana Señora: ¿Pues qué, Dios mio, ha de huir de los hombres el que viene á salvarlos? Y entonces vió cuan pronto empezaba á cumplirse lo que habia profetizado el anciano, de que aquel divino Infante seria como signo de contradiccion, pues apenas nacido, ya le perseguian y buscaban para matarle. ¡Qué pena tan amarga para el corazon de la tierna Madre, oir que se les intimaba orden tan ejecutiva de destierro, y haber de dejar precipitadamente los propios para vivir entre estraños, y trocar el templo de Dios por los templos de la idolatria! ¡Qué mayor tribulacion como que un niño recien nacido tenga que huir colgado del cuello de madre tan pobre y delicada!

Considerese lo que en este viaje sufriria la doncella purísima. El camino era largo, y al menos, segun dicen, de treinta dias, áspero, pedregoso, lleno de malezas, y apenas frecuentado (2). El tiempo, de invierno, con frios, lluvias y fangos. Maria, doncella de quince años, no acostumbraba á semejantes viajes, y sin criado ni criada

(1) Mat. 2. (2) Barradas lib. 10. c. 8.

que la sirviese (1). ¡Cuanta compasion no causaba el ver huir á esta inocente Virgen de tan tierna edad, con el hijo en los brazos acabado de nacer! ¿Con qué se alimentaban? ¿Donde se hospedaban? ¿Donde dormian? ¿Qué otro alimento pudo ser el suyo, sino algun pedazo de pan duro que san José llevase, ó que pidiesen de limosna? ¿Donde habian de dormir, especialmente mientras duraban las doscientas millas que hay de desierto, sino en la dura tierra y al sereno, ó entre matorrales y peligros de fieras y malhechores? ¿Quien al encontrarlos hubiera imaginado lo que eran? ¿Quien no los hubiera mas bien tenido por tres pobres mendigos y vagabundos?

Llegados á Egipto, unos dicen que habitaron en Maturea (2), y otros en Menfis (3); quedando á nuestra devota consideracion el considerar lo mucho que sufririan los siete años que parece permanecieron allí (4). Eran estranjeros, desconocidos, pobres, desvalidos, y apenas con mucho sudor y trabajo ganaban lo preciso para sustentarse con estrechez (5). A tanto llegó á veces su indigencia, que pidiendo pan el Niño á su Madre estrechado del hambre, no le tuvo (6). Oigan esto los pobres para su consuelo.

Luego que murió Herodes, volvió el angel á aparecerse á san José, mandandole volver á tierra de Judea: y aquí

(1) Petr. Chrysol. (2) Brocardus, etc. (3) Anselm. (4) Antonin. Thm. (5) Basilius. (6) Landolf. Vita Christi, c. 13.

reflexiona san Buenaventura, que hubo de ser mayor entonces á la piadosa Madre la pena y fatiga, que la vez primera, porque para ir el Niño por su pie era todavia demasiado tierno, y para ser llevado en brazos, ya muy grande, pues que habia cumplido los siete años.

¿Qué aprenderemos, pues, de Jesus y Maria fugitivos y peregrinos? A vivir como tales en este mundo, sin aficionarnos á sus bienes falaces, como que pronto los hemos de dejar para ir á la region eterna (1). Aquí somos como huéspedes ó viajeros, que un momento ven las cosas, y el siguiente pasan adelante.

Tambien hemos de aprender á abrazar la cruz de los trabajos que Dios nos envie, porque en este mundo nadie vive sin cruz. Para que así lo entendiese, fue llevada una vez en espíritu la V. Verónica de Binasco acompañando á Jesus y Maria en aquella fuga, y acabado el camino, le dijo nuestra Señora: «Hija, ya has probado la fatiga de tan largo viaje: ahora conocerás que nadie sin padecer merece gracias y favores del cielo.» El modo de sufrir menos es hacer buena compañia al Señor y su Madre. Así es como todas las penas de este mundo se alijeran y dulcifican. Amemoslos á entrambos, y consolemos á la Madre acogiendo dentro de nuestros corazones á su Hijo santísimo, que aun sigue perseguido y maltratado de los pecadores.

---

(1) Hebr. 13. 14.

EJEMPLO.

Se apareció una vez Maria santísima con el niño Jesus todo llagado á la B. Coleta, diciendole: «Así tratan á mi Hijo los pecadores, y así le vuelven á crucificar. Ruega, hija, que se conviertan (1).» Y la V. Juana de Jesus, tambien franciscana, estando un dia meditando este mismo misterio de la huida á Egipto, oyó estrépito como de gente que iba persiguiendo á uno que huia, y á poco vió delante de sí á un niño muy hermoso, cansado y fugitivo, que le decia: «Escondeme, querida Juana. Yo soy Jesus Nazareno, que vengo huyendo de los malos: me quieren matar como Herodes: librame tú.»

ORACION.

Madre afligidísima ¿y no estan satisfechos los hombres de haber quitado la vida una vez á vuestro precioso Hijo, sino que multiplicando iniquidades, le persiguen todavia con tanto encarnizamiento, y á cada hora renuevan vuestros dolores? Mas ¡ay! que yo tambien le perseguí, Madre dulcísima. Alcanzadme del Señor lágrimas abundantes para llorar mi ingratitud; y por las penas que uno y otro sufristeis en la huida á Egipto, os ruego me asistais en este viaje por donde camino á la eternidad, para que llegue felizmente al puerto de salvacion, donde en vuestra compañia le vea y ame por todos los siglos. Amen.

(1) Genov. Serv. Dol. de Maria.

TERCER DOLOR.

El Niño perdido.

Dejónos escrito el apostol Santiago, que la perfeccion del cristiano está en la virtud de la paciencia (1): y como Dios nos quiso dar á la Virgen Maria por modelo de perfeccion, fue consiguiente que acumulase penas en su alma purísima, para que en ella tuviesemos todos ejemplo que admirar é imitar. Ahora bien, uno de los dolores mas terribles que padeció en el discurso de su vida, fue el que vamos hoy á considerar de aquellos tres dias que tuvo perdido á su dulcísimo Hijo.

Poco sienten verse privados de la luz del dia los ciegos de nacimiento; pero mucho los que la pierden despues de haberla visto y gozado. Del mismo modo, muy poca pena tienen de haber perdido á Dios los infelices pecadores que no le conocen por estar sumidos en las cosas terrenas; pero aquellas almas dichosas que ilustradas de los rayos de la divina luz, tuvieron la suerte de esperimentar la suavidad del amor divino y los regalos de la dulce presencia del sumo Bien, ¡qué desconsuelo sienten, si alguna vez por sus altos juicios se les esconde! Pues como Maria gozaba continuamente de la dulcísima presencia de su Amado, imaginemonos cuan aguda fue esta tercera espada de dolor, materia del presente discurso.

---

(1) C. 1. 4.

Cuenta san Lucas el suceso (1) diciendo que como acostumbrase nuestra Señora ir á Jerusalen todos los años á celebrar la pascua en compañia de Jesus y de san José, al volver una vez, siendo ya el niño de doce años, se quedó en la ciudad, pensando la Madre que iba con otra gente. Mas cuando habiendose todos vuelto á juntar, vió que faltaba, se volvió corriendo á buscarle á Jerusalen.

Considerese cual seria en este caso tan imprevisto su afliccion y congoja, y como iria preguntando por todas partes con mas amor y mas ansia que la santa esposa: ¿quien ha visto al Amado de mi alma? Mas como nadie le diese razon, diria con mucho mas afan y desconsuelo que Ruben cuando buscaba á su hermano José: mi Amado no parece, y yo no sé ya que mas hacer, porque vivir no puedo sin el que es todo mi bien y mi tesoro. Quizá repetiria tambien las palabras de David: Pan me son las lágrimas dia y noche, mientras que me preguntan: ¿donde está tu Dios? Creible es que aquellas tres noches no durmiese un instante, pasandolas en llorar y pedir al Padre que le deparase á su amantísimo Hijo (2), y enviando al Hijo sin cesar suspiros y espresiones sin comparacion mas tiernas y sentidas, que las de la esposa: ¿Donde estás, Hijo mio, donde estás? Oiga yo tu voz, y volaré á tus brazos, y no andaré perdida por mas tiempo, y tendrán fin las ansias con que te busco, y hallará de nuevo su tesoro mi corazon.

---

(1) C. 2. (2) Pelbart.

Hay quien piense con algun fundamento, que este fue de todos su mas sensible dolor, porque al fin en los otros siempre tuvo consigo á su querido Hijo, como en la profecia de Simeon y en la huida á Egipto; mas este lo sufrió apartada de él, y sin hallarle por mas que le buscaba con tanto afan. La luz de mis ojos he perdido (1), repetiria derramando torrentes de lágrimas. Al Hijo de mi corazon he perdido, y no le hallo. Mas padeció que todos los mártires (2). Tres dias fueron solos, pero tres siglos de agonia le parecieron. ¿Quien la habia de consolar faltandole su consolador? Y mas, de los otros dolores conoció la ocasion, que de todos fue querer el Señor redimir el mundo por aquel medio; pero de haberle perdido ignoraba la causa; afligida por una parte de verse privada de su dueño amoroso, y por otra creyendose indigna, como tan humilde, de poseer tesoro tan rico. ¿Quien sabe (diria tal vez) si le habré servido mal? ¿Si me habrá dejado por alguna negligencia mia? Cierto es que para las almas que aman á Dios mucho, no hay mayor pena que el temor de haberle disgustado; y sin duda por esto de ningun otro se lamentó sino de este, quejandose amorosamente á Jesus cuando le halló: «Hijo mio, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo te hemos buscado con gran afliccion.» Con cuyas palabras de ningun modo pretendió reprenderle, blasfe-

---

(1) Ps. 27 (2) Origenes. Homil. infr. oct. Ep.

mia inventada por los herejes, sino unicamente manifestarle el sentimiento y pena que habia tenido, nacida de entrañable amor.

En prueba de lo penetrante y dolorosa que esta espada fue, pidiendo una vez con instancia la B. Bienvenida á nuestra Señora, que le diese parte de aquel dolor, y apareciendosele al fin la Madre con el Niño en los brazos, despues de permitirle gozar un rato de la vista del hermosisimo Infante, desaparecieron y fue tal la pena de la sierva de Dios, que daba voces á la Virgen, y le suplicaba por piedad que no la dejase morir. A los tres dias se le volvió á aparecer, y entonces le dijo, supiese que el dolor suyo no habia sido mas que una sombra del que ella sufrió todo aquel tiempo que estuvo su Hijo perdido en Jerusalen (1).

Este gran dolor ha de servir de alivio á las personas privadas de la amorosa presencia del Señor que antes gozaban. Lloren en hora buena, pero sea con paz y resignacion, imitando á Maria, y no creyendo que por esto han perdido la gracia de Dios, porque, como dijo el Señor á santa Teresa: «Nadie se pierde sin conocerlo, nadie se engaña sin quererse engañar.» Se oculta, pero no se va. Se oculta para ser buscado con mas amor y deseo. Y quien hallarle quisiere, sepa que no le ha de buscar donde haya placeres mundanos, sino armado de mortificacion y de cruz, como Maria le buscó y le encontró.

---

(1) March. Diar. 30 de Octub.

En segundo lugar y principalmente busquen los pecadores á Jesus, y fuera de Jesus no busquen otra cosa. No fue desdichado Job cuando lo perdió todo, pues no perdió á Dios, en quien todo lo tenia (1). Infelices y muy infelices son las almas que por el pecado han perdido á Dios. Si Maria derramó tantas lágrimas por verse privada de él sin culpa, ¿qué deben hacer los pecadores viendose sin la gracia divina? Miren que el pecado quita la vida del alma, que es Dios. Miren que todo es humo, miseria y nada, fuera de Dios. ¡Ay! dice san Agustin, que muchos, si pierden una bestia, no descansan hasta que la encuentran, y habiendo perdido á Dios, siguen comiendo y bebiendo sin pena ni cuidado ninguno (2).

EJEMPLO.

En las cartas annuas de la Compañia de Jesus se escribe, que en las Indias hubo un joven que yendo á salir de su cuarto para hacer una cosa mala, oyó que le decian: *¿A donde vas? detente*, y vuelto, vió que una imagen de nuestra Señora de los Dolores puesta en la pared se sacó del pecho una de las espadas, y le dijo: *Toma esta espada y hiereme con ella, mas bien que herir á mi Hijo con ese pecado.* Oyendo estas palabras el joven se postró en tierra, y muy arrepentido pidió perdon á Dios y á su Madre con gritos y sollozos, y obtuvo misericordia y gracia.

---

(1) August. (2) Id.

ORACION.

Virgen benditísima ¿por qué buscais á vuestro amado Hijo con tan grande angustia? ¿No sabeis que reside dentro de vuestro mismo corazon? ¿No dijisteis vos: mi amado para mí, y yo para mi amado, que vive entre azucenas? Todos vuestros pensamientos, afectos y deseos, tan humildes, tan puros, tan santos, azucenas fragantes son que mueven al Esposo divino á venir á recrearse en vuestro dulce seno. Virgen inmaculada, vos suspirais por Jesus, vos, que no teneis otro amante. Suspire yo, Señora, y suspiren tambien los que no le aman; ¿qué digo amar? que desdichadamente le han dejado y perdido. ¡Ay, Madre mia! si por mi culpa aun no he vuelto á los brazos de mi piadosísimo Salvador, haced vos que vuelva sin mas demora. De todos los que le buscan y desean se deja encontrar (1). Enseñadme á mí tambien á buscarle de modo que le encuentre. La puerta sois por donde se le halla. Hallele yo pronto, y á vos deba dicha tan grande. Amen.

---

(1) Thren. 3. 15.

CUARTO DOLOR.

Calle de la Amargara.

—

Para que formemos alguna idea del dolor de la Reina del cielo en la muerte de su santísimo Hijo, lo hemos de medir con su amor (1). Como propias sienten las penas de sus hijos todas las madres, y por eso cuando pidió al Señor la Cananea que librase á su hija del demonio que la atormentaba, sus espresiones fueron estas: Señor, ten misericordia de mí, y libra á mi hija del enemigo (2). ¿Pero qué madre hubo nunca que amase tanto á sus hijos, como al suyo amó esta Señora? Era hijo único, criado con mil afanes, amabilísimo y amantísimo de su Madre, hombre y Dios; y como venido al mundo para encender en los corazones el fuego de la caridad (3), imaginemonos qué llama encenderia en el de su santa Madre, tan puro, y tan vacio de todos los afectos humanos. Del suyo y el del Hijo habia el amor hecho un solo corazon (4), y el conjunto maravilloso de esclava y Madre, de Hijo y Dios levantaron en el pecho maternal un amor compuesto de mil amores, y un incendio formado de mil incendios. Pero en la pasion se convirtieron llamas tan altas en un mar de penas, y tan vehementes, que en sentir de san Bernardino, todas las del mundo juntas hubie-

(1) Bernardin. (2) Mat. 15. (3) Luc. 12. (4) Birg. Revel.

ran sido menos (1), porque cuanto con mas ternura amó, mas honda fue la llaga (2), especialmente al encontrarle con la cruz acuestas yendo á morir al lugar del suplicio; cuarta espada y dolor que vamos á contemplar.

Lágrimas abundantes le venian á los hermosos ojos, y sudores frios le corrian por todo el delicado cuerpo cuanto mas se acercaba la sagrada pasion (3). Llega por fin el dia tan temido, y habiendole pedido el Señor su licencia y consentimiento para ir á padecer y morir, ella pasó velando y llorando toda aquella noche dolorosísima (4). A la mañana empezaron á venir los discípulos, quien refiriendole un paso, quien otro, y cada cual mas triste, de lo que iba el Señor padeciendo en casa-de Anas, de Caifas, y en los otros sitios y tribunales. Vino san Juan el último, y trajo la nueva de la injusticia con que le habian condenado á muerte de cruz, y que ya iba el Cordero inocente camino del Calvario, con el grueso madero sobre los hombros. Ven, Madre santísima, le diria el afligido apostol, ven á dar á tu Hijo el último á Dios en la calle por donde ha de pasar para subir al monte.

Salió con él al instante, y á poco vieron los rastros de la sangre dejados por Jesus (5), que iba ya delante. Atravesó la desconsolada Señora una callejuela para salirle al encuentro, y como la conocian los judios, le dí-

---

(1) T. 3. § 45. (2) Laur. Just. (3) Birg. Rev. l. 1. c. 10. (4) Bonav. (5) Birg. Rev. l. 4. c. 77.

rian conforme iban pasando injurias contra su Hijo, y quizá tambien contra ella. ¡Ay qué pena para la angustiadísima Madre, ver llegar el terrible aparato de clavos, martillos, cordeles y demas instrumentos de muerte! ¡Qué pena el oir publicar de trecho en trecho la sentencia á voz de trompas y pregones! Alza despues la vista, y entre sayones y ministros ve venir al Señor con la corona de espinas clavadas en la cabeza, la pesada cruz en las espaldas, y tan llagado y ensangrentado, que apenas le conoció, porque los cuajarones de la sangre, y los golpes y cardenales habian desfigurado su divino rostro (1).

Mas el amor le reconoció, y entonces se levantó en su purísimo corazon una lucha entre el amor y el temor (2). El amor la estimulaba á que le mirase, pero el temor rehusaba ver aspecto tan lastimoso. Finalmente vence el amor, y se miraron uno á otro. El Señor se limpió de los ojos la sangre cuajada (3), y los fijó en su Madre, y la Madre los fijó en su Hijo. ¡O miradas dolorosísimas, con que aquellas dos almas amantes quedaron traspasadas como con dos saetas! Cuando yendo á morir el canciller Tomas Moro le salió al encuentro su hija Margarita, no pudo la doncella decirle mas que estas dos palabras: ¡Padre, padre! y cayó desmayada. Maria no se desmayó, porqne no era decente que perdiese el uso de los sentidos, como dice con acierto Suarez; ni

---

(1) Birg. Rev. (2) Petr. Alcant. (3) Birg. Rev.

el dolor le quitó la vida, porque la reservaba Dios para mayor martirio que la misma muerte.

Quiso abrazar al Hijo, pero los ministros la desviaron sin miramiento, empujando al Señor para que no se parase. Ella va siguiendo sus pasos. ¿A donde vais, Señora? ¿Tendreis ánimo para ver pendiente de un madero al que es la vida vuestra? (1) No vengais, Madre mia (podemos contemplar que le dijo interiormente el Señor), porque si estais allí presente, mi suplicio os dará mas tormento, y el vuestro á mí (2). Bien lo consideraba; pero no obstante se esfuerza y camina, siguiendo á su Amado para ser crucificada juntamente con él (3).

Pues si, como dice san Juan Crisóstomo, aun de las fieras tenemos compasion (4); si nos da lástima de la leona que va tras el leoncillo llevado al matadero, ¿no la hemos de tener de esta Madre angustiada, viendola ir tan cerca del Cordero de Dios cuando le llevan al sacrificio? Sí, compadezcamonos de sus dolores y de los de su Hijo, nuestro amantísimo Redentor, acompañandole y ayudandole á llevar la cruz con sufrir la nuestra pacientemente; pues si en las otras penas y pasos de su sagrada pasion no admitió compañia, á llevar el madero de la cruz quiso que le ayudase un hombre, para que entendiesemos que la suya sola no nos basta, sin la nuestra, para alcanzar la salvacion (5).

(1) Deut. 28. 66. (2) Laur. Just. (3) Guillielm. in Cant. 7 (4) Ferarum etiam miseremur. (5) Joan Chrys.

EJEMPLO.

Se apareció una vez nuestro Señor á Sor Dionisia, monja florentina, y le dijo: *Piensa en mí y amame; que yo pensaré en ti y te amaré;* pero al mismo tiempo le presentó una cruz en medio de un mazo de flores, significando que con los consuelos de los santos va siempre en este mundo la cruz en compañia. Con la cruz se unen á Dios las almas. Bien lo comprueba el ejemplo de san Gerónimo Emiliano, que como siendo soldado y hombre muy vicioso, le encerrasen sus enemigos en una torre, afligido de esta tribulacion, y alumbrado con luz del cielo, acudió á Maria santísima, y con su favor enmendó la vida, y empezó tan santamente la carrera de la virtud, que continuandola con gran fervor, y adelantandose cada dia mas, llegó á merecer que le mostrase Dios en el cielo el trono de gloria que le tenia preparado. Fundó la religion de la Somasca, murió en olor de santidad, y ahora le veneramos en los altares.

ORACION.

Madre angustiadísima, por el dolor que sentisteis al encontraros con vuestro Hijo en la calle de la Amargura, os ruego que me alcanceis del mismo Señor la gracia de llevar con paciencia las cruces que ahora me envia,

y las demas que me quiera dar de su mano piadosa. Feliz de mí, si con ellas logro acompañaros hasta la muerte. Mucho mas pesadas fueron la vuestra y la de vuestro santísimo Hijo. No rehuse yo abrazar la mia, yo que por mis delitos he merecido tantas veces el infierno. Virgen inmaculada, de vos espero ánimo y fortaleza para sobrellevar las tribulaciones de esta miserable vida, y con la virtud de la perseverancia, conseguir finalmente los premios eternos de la otra. Amen.

QUINTO DOLOR.

Muerte de Jesus.

Un nuevo género de martirio hemos de considerar ahora; una madre precisada á presenciar entre tormentos atroces la muerte de un hijo inocente y amado con todas las fuerzas de su alma. Dice san Juan, que estaba cerca de la cruz, y en tan pocas palabras lo dice todo. En tan pocas entendemos que nunca hubo dolor semejante á su dolor. Vamos con la consideracion á meditar en el Calvario esta quinta espada de su apenado corazon.

Luego que llegó el Salvador al lugar del suplicio, le desnudaron los sayones, y tendiendole en el madero de la cruz, le enclavaron de pies y manos en ella con clavos romos para mas tormento, como contempla san Bernardo, levantada en alto, y metida y afirmada en un ho-

yo, y así le dejaron desangrarse y padecer hasta morir. Su Madre no le abandonó, antes entonces se puso mas cerca esperando su muerte. ¡Ay Madre honestísima! ¿Qué es lo que haceis? Si no la ignominia, que al fin como Madre cae tambien en vuestra persona, retraigaos el horror de tan grande maldad, cual es que muera Dios á manos de sus mismas criaturas (1). Pero vuestro esforzado corazon no miraba la pena propia: miraba la pasion y muerte de Hijo tan amado, y le estabais acompañando, para que á lo menos tuviese en aquella hora quien se compadeciese de sus dolores. ¡Madre amante! ¡Madre verdadera! á quien no pudo apartar del Hijo moribundo ni aun el espanto de muerte tan cruel. ¡Qué espectáculo tan doloroso era verle enclavado y agonizando, y á la Madre al pie del patíbulo, agonizando igualmente, y sufriendo junta con él todas aquellas penas! Estaba el Señor (2) estirado en la cruz con terrible agonia; entornados, hundidos y casi muertos los ojos, consumidos los carrillos, pegada la piel á los dientes, caidos los labios, abierta la boca, afilada la nariz, tristísimo todo el semblante, inclinada la cabeza, sumido el vientre, empapados los cabellos en sangre, rígidos y helados brazos y piernas, y cubierto de llagas y sangre todo el cuerpo.

Todas estas penas las padecieron los dos (3), y en tal manera, que quien se hubiese hallado entonces en el

---

(1) Bonavent. (2) Birg. Revel. lib. 1. c. 10. et. lib. 4. c. 70. (3) Hier. ap. Baldinot. t. 1. p. 499.

monte Calvario, hubiera visto dos altares en que se ofrecian dos holocaustos, uno del cuerpo de Jesus, y otro del corazon de Maria (1) O bien el solo altar de la santa cruz en que se estaba sacrificando el Cordero de Dios, y con él unida su Madre (2). ¿Donde os hallais, Señora? le pregunta san Buenaventura: ¿al pie de la cruz? Mas bien en la cruz (3), porque lo que hacian los clavos en el cuerpo adorable del Salvador, eso hacia el amor en vuestro corazon atormentado (4). Muchas madres, por no ver morir á sus hijos, se alejaron de su vista á la última hora; y si alguna esforzandose le acompaña y asiste, procura por todos medios aliviarle las ansias y congojas, le compone la cama, le tiene, le da confortativos, y así entretiene y conforta su propio dolor. Pero vos, o Madre la mas angustiada de todas las madres, vos asistis á la agonia de vuestro santísimo Hijo, y no se os concede darle el menor alivio. Le oyó clamar que tenia sed, y no le permitieron que le diese un sorbo de agua con que refrigerarsela, como no fuese la de sus lágrimas (5). Le veia tendido en aquel madero y colgado de tres garfios de hierro, y queriendo acercarse para que á lo menos muriese arrimado á su pecho materno, no le fue posible (6). Advertia que el afligido Señor estaba con la vista buscando quien en algo le consolase; y en lugar de consuelo, de todos lados le decian nuevos dicterios, in-

(1) Chrysost. (2) Bonavent. (3) Bonavent. et August. (4) Bern. et. Bernardin. (5) Vincent. Ferr. (6) Bernard.

sultos, burlas y blasfemias, como que todos eran sus enemigos, y otras tantas espadas para el corazon de la Madre. Mas crecieron sus penas cuando le oyó lamentarse del abandono en que su Padre le dejaba así padecer, con aquellas palabras tan sentidas, que á la triste Señora no se le borraron de la memoria todo lo restante de la vida (1). Por todas partes le veia lleno de tribulacion y amargura, sin poderle aliviar en nada. Y mas que todo la afligia conocer que ella misma con su presencia y sentimiento se las aumentaba, porque las angustias de la Madre iban á parar al corazon del Hijo (2); y aun se puede casi decir que padecia mas el Señor de verla padecer, que de sus propios dolores (3), asi como la Madre viendole de aquel modo, moria viviendo sin poder morir. Reveló el Señor á la B. Juana Bautista de Camerino, que cuando estaba ya para morir, fue tanto lo que le entristeció ver al pie de la cruz á su querida Madre, que de la compasion que tuvo de ella, murió sin consuelo ninguno. Y conociendo la Beata algo de lo que esto fue, clamaba y decia: Dios mio, no me digais mas; que la pena me ahoga (4).

Grande admiracion causaba en los presentes el silencio de Madre tan afligida y agraviada, porque nadie oyó de su boca una queja (5). Pero si callaban los labios, no

---

(1) Birg. Revel. l. cit. (2) Bern. Hom. in Evang. Stabat. (3) Bern. apud Sinisc. Cons. 28. (4) Passino. (5) Simon de Cassia.

callaba el corazon, pues estaba ofreciendo á la divina Justicia la vida de su adorado Hijo por el remedio del mundo. Con el mérito de su padecer cooperó á darnos la vida de la gracia, y así somos hijos de sus dolores (1). Y si algun alivio tuvo entrada en aquel mar de penas, fue saber que con ellas nos daba vida sin fin (2). Con efecto, las últimas palabras que el Redentor le dijo desde la cruz, fueron encomendarnos por hijos suyos en la persona de san Juan, cuyo oficio amoroso empezó á ejercer al instante, convirtiendo y salvando al ladron con la eficacia de sus ruegos, pagandole tambien así, como dicen algunos autores (3), el buen tratamiento que le hizo siendo salteador de caminos, cuando iban fugitivos á Egipto. Otro tanto ha hecho siempre y sigue haciendo con muchos pecadores.

EJEMPLO.

—

Prometió al demonio un joven de la ciudad de Perusa que le entregaria el alma con tal que le facilitase modo de cometer cierto pecado. Le cometió, y queriendo el diablo que le cumpliese la palabra, le llevó á un pozo para que se echase en él, amenazandole, si no lo hacia, de llevarselo al infierno en cuerpo y alma. Creyendo el

(1) Lansperg. Hom. 14. de Psal. Dom. (2) Birg. Rev. l. 2. c. 31. (3) Petr. Dam. apud Salm. t. 1. tract. 47.

joven que ya no podia escapar de aquellas malditas manos, se subió al brocal para arrojarse dentro; pero atemorizado de la muerte, dijo al enemigo, que le faltaba el ánimo de tirarse, y así que le empujara él, si queria que se ahogase. Tenia el mozo al cuello un escapulario de nuestra Señora de los Dolores, y el diablo le dijo que se lo quitase y le daria el empujon. Pero él, conociendo en esto ya la virtud del escapulario, no se lo quiso quitar, por lo que, despues de altercar mucho, huyó al fin confuso el enemigo, y agradecido el pecador á la Madre amantísima, fué á darle rendidas gracias, arrepentido del crimen y de todos sus estravios, y mandó colgar por voto la tabla pintada de aquel favor en el templo de nuestra Señora la Nueva de Perusa (1).

ORACION.

Madre afligidísima y la mas angustiada de todas las madres, justa y muy justa causa teneis de llorar la muerte de vuestro Hijo santísimo. ¿Quien podrá consolaros? Si consuelo puede seros alguna cosa, es el pensamiento de haber con su muerte vencido al infierno, abierto el paraiso, y ganado innumerables almas. Desde aquel trono de la cruz, reina y reinará en tantos corazones que atraidos de la dulzura de su amor, se abrazarán con él, y le servirán con lealtad y perseverancia. Permitidme tambien á mí, Señora, acercarme á vos y acompañaros

(1) Mon. Pur. ap. p. Sinisch. 16.

en vuestro llanto, porque habiendole ofendido innumerables veces, tengo mas que nadie razon para llorar. Madre de misericordia, por la muerte preciosa de mi amante Redentor y el mérito de vuestros dolores, espero confiadamente perdon de mis pecados y la salvacion de mi alma. Amen.

SESTO DOLOR.

Lanzada y descendimiento de la cruz.

Lágrimas abundantes son menester ahora para acompañar á la Reina del cielo en este nuevo dolor ó muchos dolores, porque si antes iban las penas martirizando su santísimo corazon una despues de otra, ahora parece que todas juntas le han asaltado. Vamos á contemplarlas con toda ternura y devocion.

Basta decir á una madre que ha muerto su hijo, para que mas se le inflame y renueve todo el amor materno, y tanto que alguna vez, como especie de consuelo, los que le dan el pésame, le recuerdan los disgustos que de él recibió. Pero en vos, Señora, no tiene lugar esto. Siempre os respetó, siempre os obedeció, siempre os amó vuestro Hijo. ¿Quien podrá, pues, decir á donde llega vuestra afliccion? Decidlo vos, si es posible.

Muerto que fue el Redentor divino, dice un autor devoto, que lo primero que hizo interiormente la Madre piadosa fue acompañar el alma de su Hijo, y presentar-

la en manos del Padre diciendole: «Padre, os presento el alma santísima de vuestro Hijo y mio; y pues que os ha sido obediente hasta morir, recibidla en vuestros brazos amorosos. Satisfecha queda vuestra divina justicia, cumplida vuestra soberana voluntad, y consumado el gran sacrificio digno de vuestra gloria.» Volviendose despues á mirar el cadaver sacrosanto, dijo así: ¡O llagas preciosas, llagas de amor! Os reverencio, adoro y ensalzo, porque por medio vuestro se ha redimido el mundo, y desde hoy quedareis abiertas para ser consuelo y refugio de cuantos á vosotras recurrirán. ¡Cuantos por vuestra virtud han de alcanzar perdon! ¡Cuantos contemplandolas se han de inflamar en el amor del sumo Bien!

Quisieron los judios que se quitase pronto el cuerpo de la cruz, por no tener á la vista cosa triste y funesta el sábado siguiente, que era fiesta solemne; pero como antes de espirar no se permitia bajar del patíbulo á ningun ajusticiado, para que muriesen presto, vinieron unos hombres con mazas de hierro, y rompieron las piernas á los dos ladrones. Seguia llorando la Madre cuando viólos venir hacia la cruz del Salvador, y se espantó; mas despues les rogó muy humildemente, que pues ya estaba muerto su querido Hijo, no le hiciesen aquella nueva injuria, ni añadiesen otro dolor á tan desconsolada Madre (1). Mas ¡ay! que mientras esto decia, ve por otra parte á un soldado que enristrando la lanza,

(1) Bonavet.

la vibra y dirije con ímpetu al cuerpo del Señor, y con ella le pasa y abre el santísimo costado. Tembló la cruz, y quedó traspasado el corazon divino (1), saliendo de él con un poco de agua las últimas gotas de sangre, con que nos quiso dar á entender que no le quedaba ninguna mas que darramar por nosotros. La injuria se hizo al Señor; pero el dolor fue para el corazon de la Madre (2), y en sentir de los santos Padres, esta fue propiamente la espada que profetizó Simeon, no de hierro, sino de la pena con que fue herida y martirizada su alma pura y santa en el corazon de su Hijo, donde moraba (3), de tal manera, que para no morir entonces fue menester un milagro de la omnipotencia divina (4); que al fin, en los otros dolores tuvo quien de ella se compadeciese, es decir, á su amoroso Hijo; pero aquí no.

Pues temiendo la dolorida Madre nuevos sarcasmos y baldones, suplicó á José de Arimatea ir á casa de Pilatos, y pedirle el cuerpo difunto, para llevarselo consigo, y librarle de nuevos ultrajes. Hizolo José, y espuso al presidente el gran desconsuelo de aquella madre afligida, con lo cual dicen que se enterneció y accedió á la demanda.

Le bajan. pues, de la cruz los piadosos varones. Ahora, Virgen purísima, os volverán al Hijo, aquel Hijo que vos disteis al mundo por nuestra salud. Pero ¡ay, mundo ingrato, diria entonces esta Señora, en qué estado y

---

(1) Birg. Revel l. 2. 21. (2) Lansperg. (3) Bernard. de Lam. Virg. (4) Birg. Rev.

sazon me le restituyes! Era el mas hermoso de los hijos de los hombres, y tú me le devuelves muerto, cárdeno, denegrido y desfigurado. Con su gracioso aspecto enamoraba los corazones, y ahora causa lástima el mirarle. En fin, cuantas eran las llagas y cardenales, otras tantas espadas herian y martirizaban el pecho maternal.

Para bajarle arrimaron escaleras los santos varones, y primero desclavaron las manos, despues los piés, y uno de ellos entregó los clavos á la Madre santísima. Unos arriba sostenian el cuerpo, otros abajo; y un autor dice (1), que la misma Virgen, levantada en las puntas de los pies, tendió los brazos en alto, y recibiendo en ellos el cuerpo de su Hijo, se sentó con él abrazada al pié de la cruz. Mira con gran dolor abiertos aquellos labios purísimos, y los ojos sin vida. Va contemplando todos los miembros despedazados, y por las heridas descubiertos los huesos; le quita la corona de espinas, ve atravesada la cabeza santísima, y esclama de este modo: ¡O hijo mio! ¡A qué estado tan lastimoso te ha traido el amor de los hombres! ¿Qué mal han recibido de ti para haberte puesto de esta manera? Mira, hijo mio, mi pena y desconsuelo: mirame, hablame, y consuela á tu afligida madre. Pero ¡ay! que ya no hablas. ¡Ay, que no respiras! ¡Espinas atroces! ¡Clavos y lanza cruel! ¿Como así habeis podido atormentar á vuestro Criador? Mas no las espinas

---

(1) Bernardin. de Bustis.

ni los clavos: vosotros, pecadores, vosotros habeis sido.

Así lloraba entonces esta Madre desolada, así se lamentaba de nuestra crueldad. Pero si ahora fuese capaz de dolor, ¿qué diria? ¿Como se quejaria? ¿Cuanta seria su pena viendo que siguen los hombres crucificando y despedazando á su precioso Hijo?

Pues desistamos de atormentarla ya, y si hasta hoy la hemos tanto martirizado con ofender á Dios, oigamos ya sus gemidos, y mostremonos dóciles á lo que ella misma nos está diciendo (1): Venid, pecadores, venid al corazon llagado de mi dulcísimo Hijo: apelad del tribunal riguroso al ara de la cruz, del Juez al Redentor: llegad contritos, y quedareis perdonados. Con los brazos abiertos espiró, y cuando ya depuesto del madero santo, le recibió la Madre en su regazo, le cerró los ojos; pero no le pudo cerrar los brazos, con lo que el Redentor piadoso nos quiso dar á entender que era su voluntad conservarlos abiertos, para acoger en ellos á todos los pecadores arrepentidos.

Vengan todos, vuelve á decir Maria; que esta es la ocasion de quedar perdonados y reconciliados. No es tiempo ya de temer, sino de amar, pues por amor ha sufrido la muerte. Herido ha quedado su corazon amoroso, para que por la llaga visible, viesemos la del amor invisible (2). Nos dió su corazon; justo es que nosotros le demos el

---

(1) Isai. 46. Guerrico Abad. (2) Bernard. Serm. de Pas. Don.

nuestro. Añadamos para concluir, que si no queremos ser desechados del corazon divino, hemos de ir con María. Así nos recibirá benignamente, como lo comprueba el ejemplo que sigue.

EJEMPLO.

Cuenta el discípulo (1), que hubo un hombre de tan mala vida, que entre otros delitos habia muerto á su padre y á un hermano suyo, y andaba por esto fugitivo de la justicia. Entró en una iglesia, y oyendo un sermon de la misericordia de Dios, se fue llorando á los pies del confesor. Este oyendo tantos crímenes, le mandó que fuese delante de una Virgen de los Dolores á pedir mas dolor, y alcanzar remision de sus pecados. Va, se pone de rodillas al pié del altar, empieza su oracion, y dando gemidos cae á poco en tierra, y queda muerto repentinamente. A otro dia, estando el predicador encargando á su auditorio que pidiesen por el alma de aquel hombre, vino volando una paloma, que del pico dejó caer á los pies del sacerdote una cédula, en la cual estaban escritas estas palabras: *Apenas salió del cuerpo el alma del difunto de ayer, subió derecha al cielo: sigue tú predicando* y *ensalzando la misericordia divina.*

---

(1) Promp. Ex. V. Mis.

ORACION.

—

Virgen dolorosa, espejo de virtudes y mar de todas las penas; pues que las unas y las otras trajeron su principio del amor abrasado que tuvisteis á Dios, compadeceos de mí, pecador miserable, que lejos de haberle amado como debia, le ofendí millares de veces. Gran confianza me inspiran vuestros dolores, y por ellos os pido, no solo misericordia y perdon, sino tambien amar al Señor en adelante con todos los afecctos del alma. Nadie mejor que vos me puede alcanzar esta gracia; vos, que sois Madre del amor hermoso. A todos los acojeis, á todos los amparais y favoreceis; acojedme tambien á mí, y os bendeciré para siempre. Amen.

SEPTIMO Y ULTIMO DOLOR.

Sepultura del Señor y soledad de la Virgen.

No hay duda que las madres sienten en su corazon todas las penas de sus hijos, si los ven sufrir ó morir; pero una de las mayores es cuando llega la hora de la despedida y separacion para ser enterrados. Esta pena y agudísima espada de nuestra Señora nos queda todavia que contemplar.

Para ello volvamos de nuevo con la consideracion al monte Calvario, en que la dejamos abrazada con el cuer-

po muerto de su querido Hijo, á quien diria con gran sentimiento: Hijo de mi corazon, ¡cuan diferente de lo que fuiste te ven ahora mis ojos y te estrechan mis brazos! Aquellas tus graciosas miradas, y dulces palabras, y muestras apacibles de tierno amor, y los favores singulares que de ti recibia, se me han trocado en otras tantas saetas de dolor, y cuanto mas encendian tantas gracias el cariño de mi pecho maternal, con mas fuerza me dan á sentir ahora la pena de haberte perdido, pues perdiendote á ti, lo he perdido todo, porque tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi vida y mi alma (1).

Así con él estrechamente unida se estaba deshaciendo de afliccion y amargura, por lo cual, temerosos los discípulos que se le acabase allí la vida, determinaron de quitarselo pronto de los brazos y darle sepultura. Se acercan, pues, y con piadosa y reverente violencia se lo apartan del regazo materno, y embalsamandole con especies aromáticas, le envuelven en una sábana dispuesta para el caso, donde tuvo á bien el Señor dejar estampadas las señales de su sagrado cuerpo. De esta manera le toman en hombros y empiezan á caminar, acompañados de las gerarquias celestiales, seguidos de las piadosas mujeres, y en medio la dolorosísima Virgen. Cuando llegaron y ya se disponian para dar al santo cuerpo sepultura ¡de cuan buena gana se hubiera la Madre que-

(1) Bern. de Lam. V. Mar.

dado sepultada con él! Pero como no era esta la voluntad divina, dicen que á lo menos quiso entrar y ver el hueco en que le habian de poner, donde tambien dejaron los clavos y las espinas. Al ir á levantar la gran losa que le habia de cubrir, dirian los discípulos: Señora, miradle por la postrera vez y dadle el último adios. ¡Ay, querido mio! esclamó, recibe de tu angustiada Madre la última despedida, junta con estas lágrimas, y quede aquí mi corazon encerrado contigo (1).

Finalmente ponen la piedra, y dejan sepultado aquel cuerpo divino, que es el mayor tesoro del cielo y de la tierra.

Hagamos aquí una reflexion antes de pasar adelante.

Si dejó esta Señora su corazon donde tenia su tesoro, no pongamos el nuestro nosotros en el lodo de las criaturas, sino entreguemoslo enteramente al amabilísimo Jesus, que aunque despues de haber vivido en la tierra con los hombres, se volvió á los cielos, se quedó tambien glorioso en el santísimo Sacramento, para estar de continuo en nuestra compañia, y poseer como dueño nuestros corazones.

La Virgen sacrosanta, antes de retirarse del sepulcro, bendijo la sagrada losa, diciendo así: Piedra afortunada, que ahora encierras al que yo tuve dentro de mis entrañas, te bendigo mil veces, y te encargo le guardes cui-

---

(1) Fulgent. Birg. Revel l. 2. c. 21.

dadosamente. Despues, alzando al cielo la voz y los afectos del alma, dijo así: Padre celestial, en vuestras manos queda este divino tesoro, Hijo de vuestras complacencias é Hijo de mi corazon. Mira de nuevo el sepulcro, se despide otra vez del Hijo querido, y se vuelve con aquel triste acompañamiento, tan llorosa y tan desolada, que movió á lágrimas á muchos de los que la vieron pasar, y los mismos discípulos y personas del séquito lloraban ya mas de la pena y quebranto de la Madre, que de la muerte del Señor (1). Las piadosas mujeres le echaron encima un manto negro, y al pasar por delante de la cruz, bañada todavia con la preciosa sangre, se postró en tierra, y fue la primera criatura que adoró aquel santo madero, diciendo de este modo: ¡Santísima cruz! yo te adoro y beso devotamente, pues ya no eres leño infame, sino trono de amor y altar de misericordia, consagrado con la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo, sacrificado en ti por la salud del género humano. Luego que llegó á su pobre morada, volvió á todos lados la vista, y no viendo á su dulcísimo Hijo, se le representaron vivamente los hechos y ejemplos de vida tan santa, la dulce memoria de aquella noche gloriosa de su sagrado nacimiento, los regalados abrazos que le dió en su seno maternal, las conversaciones íntimas y suaves por tantos años en la casa

(1) Bernard.

de Nazaret, el tierno amor con que mutuamente se correspondian, las miradas amorosas y las palabras de vida eterna que salian de su boca divina. Pero despues se le volvió á renovar con mayor sentimiento y viveza la dolorosa tragedia de aquel triste dia, los clavos, espinas y llagas profundas, las carnes despedazadas, los huesos descarnados, la boca sedienta, y los ojos oscurecidos y muertos. ¡Qué noche tan amarga! Preguntaba al amado discípulo: Juan, ¿donde está tu divino Señor y Maestro? Preguntaba á la Magdalena: Hija, ¿donde está tu amado? ¿Quien nos ha quitado nuestro único bien? ¿Quien nos ha puesto en tan amarga soledad? Lloran sus ojos virginales, lloran todos con ella. Y tú, alma ¿qué haces? Dile por fin: Señora, yo soy quien debo llorar, y no vos; yo soy el reo, y vos inocente. Permitidme que siquiera os acompañe en vuestro llanto y soledad: *Fac ut tecum lugeam*. Vuestras lágrimas nacen de amor. Broten las mias de la fuerza del dolor y arrepentimiento de mis pecados. Estos y otros afectos semejantes le has de decir con los labios y el corazon. Haciendolo así, puedes esperar la suerte dichosa que oiremos referida en el ejemplo que sigue.

EJEMPLO.

Cuenta el P. Engelgrave (1) de un religioso tan atormentado de escrúpulos, que le ponian á veces en las puertas de la desesperacion; pero se valia del favor de la Virgen de los Dolores, de quien era muy devoto, y y con la contemplacion de las penas de la soberana Señora, sentia que las suyas se le aliviaban. Asi pasó la vida, y llegó á la hora de la muerte, en la cual le apretaba el demonio con mas violencia y encono que nunca; pero cuando mas sufria el buen religioso, y mas en peligro estaba de desesperarse, he aquí que se le aparece Maria santísima diciendole estas dulces palabras: *Hijo mio, ¿por qué te consumes de angustia y dolor, tú que tantas veces me consolaste á mi? Ea, alegrate, pues me envia mi divino Hijo á que ahora yo te consuele. Llegó para ti la hora dichosa. Vente conmigo al cielo.* Con cuyas suavísimas palabras, disipada en un punto toda la borrasca y lleno de júbilo, entregó el alma en manos de su querida Madre para ser feliz eternamente.

ORACION.

Madre dolorosa, tenga yo la dicha de acompañaros en vuestras penas juntando con vuestras lágrimas las mias,

(1) Dom. infra Oct. Nat. §. 2.

con memoria continua y tierna devocion de la pasion de Jesus y la vuestra, para que en llorar vuestros dolores y los suyos ocupe y consagre todo el tiempo que me reste de vida, esperando confiadamente que en la hora de mi agonia ellos me darán fuerza y aliento para no desesperar de mi salvacion á vista de los muchos pecados con que tengo á Dios ofendido. Por los dolores de uno y otro confio alcanzar perdon, perseverancia y gloria, donde con vos, Madre amorosa, cantaré para siempre las misericórdias de Dios. Asi sea.

DISCURSO VIII.

Asuncion.

Estos dias celebra la Iglesia en honor de Maria santísima la fiesta de su dichoso tránsito y gloriosa Asuncion á los cielos, que nos dan materia para dos discursos. Hablemos primero de su felicísimo tránsito, considerando cuan preciosa fue su muerte:

1.° Por las circunstancias que la acompañaron.

2.° Por el modo con que murió.

Siendo la muerte pena del pecado, no parecia que la Madre de Dios, limpia y pura de todo pecado, debiese morir, por no haberle alcanzado la desgracia de los hijos de Adan, inficionados con la ponzoña de la primera culpa. Pero queriendo Dios que en todo fuera semejante

á su Hijo, y habiendose dignado el Señor sujetarse á morir, convino que su Madre santísima muriese tambien. Queria Dios igualmente dar á los justos un ejemplar de la muerte preciosa con que han de salir de este mundo, á cuyo fin ordenó que fuese dulce y feliz la de la Virgen inmaculada.

Pues consideremos primeramente las circunstancias ó prerogativas singularísimas con que la suya vino acompañada.

PUNTO PRIMERO.

Tres cosas principales hacen la muerte amarga: el apego á la tierra, los pecados cometidos, y la incertidumbre de la salvacion. Pero en la de Maria ninguna hubo de las tres, antes bien murió totalmente desasida de los bienes de la tierra, como habia vivido, con la conciencia tranquila, y segura de conseguir la bienaventuranza.

En cuanto á lo primero, ninguna duda tiene que el amor á las cosas de acá hace la muerte de los mundanos muy triste y desdichada, segun dice el Espíritu Santo: ¡O muerte, cuan amarga es tu memoria al que tiene su contento en los bienes terrenos que posee (1)! Pero los santos como mueren desprendidos de los bienes de esta vida, no tienen la muerte amarga, sino dulce y preciosa (2): y preciosa quiere decir, digna de ser compra-

(1) Eccl. 41. 1. (2) Apoc. 14. 23.

da á precio muy subido. ¿Quienes son realmente los que antes de morir estan ya muertos, muertos al mundo? Los afortunados que al salir de él para la patria celestial, se hallan desasidos de todo lo terreno, por haber puesto su felicidad en solo Dios, pudiendo decir como san Francisco: Dios mio, y todas las cosas. ¿Pero qué alma hubo nunca tan despegada de cuanto el mundo tiene, como el alma purísima de Maria? Desasida estuvo de parientes, habiendo dejado en la tierna edad, mas menesterosa y de mas aficion para con los padres, á los suyos, y encerradose en el templo buscando á solo Dios. Desasida estuvo de bienes de fortuna, prefiriendo la pobreza, y sustentandose con la labor de sus manos. Desasida de honores, estimando mas la vida humilde y baja condicion, aunque era descendiente de los reyes de Israel. Figurada la vió san Juan en aquella mujer vestida del sol, con la luna á los pies; esplicando por la luna los sagrados intérpretes los bienes mundanos, inconstantes y defectuosos como la luna. En ningun tiempo tuvo Maria aficionado el corazon á estos bienes perecederos, sino que siempre los miró con desprecio, hollandolos como cosa vil, y viviendo en el mundo como tórtola solitaria (1).

Pues como no tuvo jamas apego á cosa de la tierra, y vivió siempre unida con solo Dios, no le pudo ser amarga la muerte, sino muy dulce y deseada, pues era me-

---

(1) Cant. 2. 12. Cant. 3. 6. Rupert.

dio de unirse en el cielo á su Amado mas intimamente, con lazo indisoluble y eterno.

Lo segundo que hace tan preciosa la muerte de los justos, es la alegria de la buena conciencia; asi como los crímenes cometidos son los gusanos que mas roen y despedazan en aquella hora el corazon de los infelices moribundos; son los compañeros con que pronto ven que se han de presentar en el tribunal de Dios; son los verdugos mas atroces; son los enemigos que mas espantan, dando voces y diciendo: Obras tuyas somos, no te dejaremos. Pero la Virgen ¿qué remordimiento pudo tener á la hora de la muerte, habiendo sido siempre santa, pura, y exenta de la sombra de todo pecado actual y original, y merecido que el Esposo divino le dijese: Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay mancilla en ti?

Desde que tuvo uso de razon, que fue desde el primer instante de su ser, empezó á amar á Dios con todas sus fuerzas, y siguió creciendo en perfeccion hasta el fin de la vida, y amandole siempre mas y mas. A Dios levantaba todos sus pensamientos, afectos y deseos, sin pronunciar palabra, sin hacer movimiento, sin dar ojeada ni respiracion, que no fuese por agradarle y buscar en todo su mayor gloria, sin nunca torcer un paso, ni desviarse un punto de su santo amor. Así, cuando llegó la hora de su dichoso tránsito, vió delante de sí todas las virtudes practicadas durante su vida, firme fe, confianza amorosa, paciencia heróica, humildad profunda, mo-

destia, mansedumbre, amor del prójimo, zelo ardiente de la honra divina, y principalmente caridad perfecta para con Dios, y conformidad entera con su santísima voluntad. Todas sin que faltase una la rodearon las virtudes en aquella hora, y alegrando su espíritu, le decian: Obras tuyas somos, no te dejaremos, y en este dia en que vas á salir de este miserable destierro, iremos en tu seguimiento para festejarte en el cielo, donde por nosotras te sentarás en trono de gloria, como Reina de ángeles y hombres por toda la eternidad.

La tercera cosa que hace dulce la muerte, es el estar uno cierto de conseguir la vida eterna. Tránsito se llama la muerte, porque por ella se pasa de vida breve á vida sin fin; y por este motivo, asi como es tan grande el temor de los que mueren dudosos de su salvacion, viendo llegar aquel momento decisivo, principio para muchos de penas eternas, así es grandísimo el gozo de los santos al acabarseles el hilo de la vida, porque esperan ir á gozar de Dios para siempre. Una monja de santa Teresa, oyendo que el médico la desahuciaba, tuvo tanta alegria, que le dijo con la risa en la boca: ¿Como no me pide V. albricias, señor doctor, dandome noticia tan alegre? Y san Lorenzo Justiniano, estando ya para espirar y viendo llorar á sus familiares, les dijo que se fuesen de allí con sus lágrimas, pues no era tiempo aquel de llorar. Con iguales muestras de júbilo acabaron sus dias san Pedro Alcántara, san Luis Gonzaga, y mu-

chos otros santos, con no tener entera certeza de estar en gracia de Dios ni de su propia santidad, como Maria santísima. ¡Qué júbilo seria el de esta dichosa Madre al oir la nueva de su cercana muerte, estando certísima de poseer la gracia de Dios, especialmente despues que el arcangel san Gabriel le aseguró que estaba llena de gracia (1)! Bien sabia que su corazon estaba de continuo ardiendo en el fuego del divino amor, y por un privilegio singular no concedido á ningun otro santo, amando á Dios actualmente en todos los instantes de su vida (2), y con tal ardor, que fue menester que obrase Dios un milagro continuo, para que pudiese vivir abrasada siempre en tan vivísimo incendio. De ella se dijo en los Cantares: (3) ¿Quien es esta que viene del desierto como un ramo de olor de incienso y mirra? Su entera mortificacion figurada en la mirra, su oracion ferviente representada en el incienso, y sus demas virtudes informadas por la caridad, inflamaban su corazon en el amor divino, y aquella suavísima fragancia subia hasta el trono de Dios (4). Y como fue la vida, fue la muerte.

Murió de amor, porque ó no debió morir, ó morir solo de amor (5)

PUNTO SEGUNDO.

Veamos ahora como fue su dichosísima muerte. Des-

---

(1) Luc. 1. (2) Bernardin. de Bustos. (3) Cant. 3. 6. (4) Rupert. Eustach. (5) Ildephons.

pues de la Ascension del Señor, quedó Maria en la tierra para atender á la propagacion de la fe, y así los discípulos de Jesuchristo la consultaban en todas las dudas, y ella los confortaba en las persecuciones, y los animaba á trabajar por la gloria de Dios y salvacion de las almas. Vivia en este destierro gustosamente por entender que así era voluntad de Dios, para que mirase por el bien de la Iglesia; pero no podia dejar de sentir la pena de verse ausente de la vista y posesion de su querido Hijo. Donde uno tiene su tesoro, allí tiene su corazon (1) y todo su deseo; y como para esta Señora no habia mas tesoro que Jesus, estando el Hijo en el cielo, al cielo iban todos los afectos y deseos de la Madre, y en el cielo tenia su continua morada, desprendida enteramente de las aficiones terrenas, guiada siempre por la divina luz, mirando cual era la voluntad divina para ponerla por obra, y unida con Dios intimamente como con su tesoro, centro y único bien. Y para aliviar en el destierro las penas de la ausencia, se consolaba con visitar (como cuentan) los santos lugares de Jerusalen y demas de la Palestina, que su santísimo Hijo habia santificado con su presencia, yendo muchas veces de Belen á Nazaret, del huerto al pretorio, del pretorio al Calvario y santo sepulcro. Mas poco satisfechas con esto sus amorosas ansias, ni hallando en ninguna parte completo des-

(1) Luc. 12. 34.

canso, enviaba sin cesar suspiros abrasados al Señor, esclamando como David, pero con mas vehemencia: ¿Quien me dará alas para volar á mi Dios, y descansar unida para siempre con él? (1) Por ti, Dios mio, suspira mi alma con mas deseo que la cierva herida corre á buscar la fuente (2). Ah! que los suspiros de esta tórtola solitaria y amante no podian menos de herir y penetrar el corazon de Dios; y viendo que su amor no le sufria diferir por mas tiempo lo que con tan vivas ansias deseaba, condesciende al fin con sus ruegos, y la llama á los gozos eternos. Dicen (3), que algunos dias antes de su muerte, le envió Dios al angel san Gabriel, el mismo que antes le trajo el anuncio dichoso de haber sido escogida para Madre de Dios, y le dijo: Reina y Señora mia, el Señor ha escuchado vuestros santos deseos, y me manda deciros que os dispongais á dejar la tierra, porque quiere ya teneros consigo reinando en los cielos. Venid á tomar posesion de vuestro reino, pues todos los cortesanos celestiales estan deseando veros en su compañia. Al oir esta embajada de tanto gozo, ¿qué otra cosa haria la humildísima Virgen sino anonadarse mas que nunca en el abismo de su profundísima humildad, y proferir las mismas palabras que la primera vez: Aquí está la esclava del Señor? Yo no merecia ni la dignidad de Madre suya, ni ser ahora admitida á los

---

(1) Ps. 57. 7. (2) Ps. 41. 2. (3) Cedran. Comp. hist. Nicephor. l. 2. c. 21. Metaphast. Orat. de Dermit. Mar.

gozos de la eterna felicidad; pero pues que así lo quiere por su bondad infinita, heme aquí pronta para ir á donde me llama: cumplase eu todo su santísima voluntad.

Sin tardanza se dió parte al evangelista san Juan, el que sin duda oiria la nueva con gran ternura, acompañada de igual dolor. viendo que iba á quedar privado de la compañia y celestial conversacion de aquella Madre santisima, de cuya familiaridad habia gozado por tantos años como hijo tan predilecto. Visitó la Señora por la última vez los lugares santos de Jerusalen, y especialmente el monte Calvario, despidiendose de ellos con particularísima devocion, y volviendose á su casita pobre, empezó á prepararse para la partida. Desde aquella hora no cesaron los ángeles de venir á saludar y recrear á su dulcísima Señora, regocijandose de haberla de ver muy en breve coronada en el cielo de gloria inmortal. Muchos autores (1) dicen, que por divina disposicion fueron traidos los apóstoles y otros discípulos del Señor, que estaban diseminados en diversas partes del mundo, para que se hallasen presentes al dichoso tránsito de su Reina y Señora, y que viendolos á todos juntos delante de sí, empezó con rostro afable y muestras de singular amor á decirles de esta manera: Queridos mios, al subir al cielo mi dulcísimo Hijo, me dejó en este mundo por amor y alivio vuestro. Ya la fe se ha propagado por to-

---

(1) Andr. Cret. Orat. de Dorm. Deip—Damasc. de Dorm. Deip—Euthim. l: 3. Hist. c. 4.

das partes: ya la mies de la divina semilla se ve crecida; y así viendo el Señor que mi presencia no es ya necesaria en la tierra, compadecido de la pena que sufro con ausencia tan larga, ha escuchado mis deseos de ir á gozarle. Quedad aquí vosotros para seguir trabajando en la dilatacion de su gloria. Aunque yo me ausento corporalmente, mi corazon os queda, y nunca dejaré de amaros. Voy á la patria celestial á pedir por vosotros. Cuando aquellos santos oyeron tan dolorosa nueva ¿quien podrá decir las lágrimas que empezaron á derramar, y los sollozos y lamentos, considerando que iban á quedar privados de Madre tan querida? ¡Ay, Madre dulcísima! (decian todos entre suspiros y lágrimas), ¿con que ya nos quereis dejar? No es la tierra lugar digno de vos, ni merecemos gozar nosotros de la compañía de la Madre del mismo Dios; pero acordaos que hasta ahora habeis tambien sido Madre nuestra, guia en nuestras dudas, consuelo en las penas, fortaleza en las persecuciones ¿y quereis abandonarnos y privarnos de vuestra sombra y amparo, dejandonos en medio de tantos enemigos, y espuestos á tantos combates? Perdimos á nuestro Padre y divino Maestro; pero nos consolabamos con teneros á vos. ¿Como quereis ahora dejarnos huérfanos de padre y madre? ¡Ah, Señora! ó quedaos con nosotros, ó llevadnos en vuestra compañía. No, queridos mios (volvió á decir con palabras mas dulces la piadosisima Señora), no es esa la voluntad de Dios; conformaos con lo

que de mí y de vosotros dispone. Teneis todavia que sudar por la gloria de nuestro Redentor, y acabar de ganar la corona de felicidad eterna. No os dejo yo por abandonaros, sino para favoreceros mas, y pedir á Dios en el cielo por vosotros. Quedaos aquí contentos; y mirad que os encargo y recomiendo la santa Iglesia, y las almas redimidas con el precio de la sangre de nuestro Señor. Este sea el último á Dios y recuerdo que os dejo. Hacedlo así, si me amais, trabajando por el bien de las almas y la gloria de mi divino Hijo, y vendrá dia en que otra vez nos juntemos para no volvernos á separar. En seguida les pidió que diesen sepultura á su cuerpo, les echó su bendicion, encargó á san Juan que entregase dos vestidos suyos á dos doncellas que la habian servido por algun tiempo (1), y acto continuo se recostó en su pobre camilla con toda modestia y devocion esperando la muerte, y con ella la venida de su divino Esposo, que en breve iba á llegar para llevarla consigo á las mansiones eternas. Ya empieza á sentir dentro del pecho una alegria nueva y desusada, como anuncio de la próxima venida del Señor. Los santos apóstoles, conociendo, que se acercaba el último instante, prorumpen otra vez en lamentos, se ponen de rodillas al rededor de la cama, y unos le besan los sagrados pies, otros le piden que los bendiga en particular, otros le piden una

(1) Damascen. Niceph. Metaphr.

gracia ó le encomiendan una necesidad, y todos lloran amargamente traspasados de dolor; mas ella como Madre amantísima se enternecia con todos, y daba á cada uno su consuelo especial, ofreciendo á este su patrocinio, bendiciendo á aquel con singular afecto, animando á otro á la conversion del mundo, y dirigiendose á san Pedro señaladamente como á cabeza de la Iglesia y vicario de Jesuchristo, le encomendó principalmente la propagacion de la fe, prometiendole continuo favor y asistencia. Pero con singularísima distincion mandó á san Juan que se acercase, el cual sentia mas pena que todos en aquel momento, y no habiendo olvidado la agradecidísima Señora el cuidado y amor filial con que la habia servido desde la muerte del Salvador hasta entonces, le dijo con gran ternura: Juan, hijo mio muy querido, te doy gracias del esmero con que has cuidado de mí: bien puedes estar seguro que no te olvidaré. Si ahora te dejo, voy á pedir por ti, hasta que nos volvamos á ver en la gloria, donde te espero. Confia en mi amor, y en todas tus necesidades llamame; que yo no me olvidaré de ti, amado hijo mio. Recibe mi bendicion, á Dios, quedate en paz.

Mas ya se acerca el último momento. Ya el amor divino con llamas ardentísimas va consumiendo los espíritus vitales y acabando el hilo de aquella santa vida. Las gerarquias angélicas iban llegando para acompañarla en su triunfo y subida solemne. Alegrabase con la vista

de aquellos soberanos espíritus, pero no del todo, por no ver todavia llegar al dulcísimo Jesus, centro de su amor; por lo que no cesaba de decirles: Bienaventurados habitantes de la celestial Jerusalen, aunque os agradezco el consuelo con que alegrais mi espíritu en esta hora, no es mi gozo completo, ni lo será hasta ver á mi dulcísimo Hijo. Si me amais, volved y decidle de mi parte, que desfallezco de amor. Decidle que venga y no tarde mas, porque me siento morir de deseo de verme en su amabilísima presencia y abrazarme con él.

Llega en fin el Señor á llevar consigo á su querida Madre. Supo santa Isabel por revelacion, que Jesuchristo se apareció á su Madre santísima con la cruz en la mano, en señal del fruto y gloria especial que por medio de la redencion habia conseguido en la adquisicion y bienaventuranza de criatura tan excelente y privilegiada, de quien por siglos eternos habia de recibir mas ensalzamiento y honor, que de todos los santos y ángeles juntos. Y san Juan Damasceno refiere, que el Señor le dió por viático la comunion de su sagrado cuerpo, diciendole con palabras dulcísimas: recibe, Madre, de mis manos el mismo cuerpo que tú me diste; y que habiendo tomado aquel pan divino y última comunion con grandísimo amor y reverencia, le respondió entre los postreros afectos y suspiros: Hijo mio, en tus manos encomiendo mi espíritu, en tus manos encomiendo mi alma, desde el principio de su ser preservada por ti de todo

pecado, y colmada de gracia; te encomiendo mi cuerpo, de quien te dignaste tomar carne; te encomiendo tambien á estos mis hijos muy amados, afligidos, como aquí los ves, por mi próxima partida: consuelalos tú que mas que yo los amas, bendiciendolos y dandoles esfuerzo en sus trabajos apostólicos para dilatacion de la fe y gloria de tu santo nombre (1).

En esto se empezó á oir una suavísima armonía (2), y se llenó la estancia de resplandor (3), conociendose claramente ser llegado el momento. Los santos apóstoles renovando las lágrimas y ruegos, alzaron manos y voces diciendo: ¡ay, Madre! pues que al fin os vais dejandonos huérfanos, dadnos de nuevo vuestra santísima bendicion; y Maria mirandolos dulcemente como despidiendose por la última vez, les dijo: á Dios, hijos mios, recibid mi bendicion cumplida, y estad muy ciertos de que no me olvidaré de vosotros.

Al acabar estas palabras llegó la muerte, no enlutada y triste, como viene de ordinario, sino revestida de luz, y de alegria, ó mejor diremos, que el amor divino cortó el estambre de tan preciosa vida, y que oyendose convidar de su santísimo Hijo á que le siguiese, inflamada en el fuego de la caridad y exhalando suspiros ardentísimos, da uno mayor y mas amoroso, con el cual espira; volando á los cielos su alma purísima, donde por

(1) S. Joan. Damas. Or. de Ass. V. (2) Hieronym, (3) Birg. Revelat.

siglos sin fin triunfa y triunfará como Reina y Señora de todo lo criado.

Desde allí, pues, amorosamente nos está mirando peregrinos aun en este valle de lágrimas; se compadece de nuestras miserias, y nos promete su amparo y favor. Pues supliquemosle humildemente que por los méritos de su preciosa muerte nos alcance tenerla tambien dichosa, y siendo voluntad del Señor, en dia de sábado, consagrado especialmente á su honor, ó de novena ú octava de alguna de sus festividades, gracia concedida á muchos devotos suyos, y entre ellos á san Estanislao de Kostka, que obtuvo de la soberana Señora la dicha de morir y entrar en la gloria el dia de su gloriosísima Asuncion (1), segun veremos en el siguiente

EJEMPLO.

Vivia este santo joven enardecido en el amor de la Reina de los ángeles, cuando á primeros de Agosto oyó un sermon predicado por el B. Pedro Canisio, en que con fervorosa eficacia exhortó á los novicios de la Compañia á vivir como si cada dia hubiera de ser el último de la vida, y hubiesen de presentarse aquella misma hora en el tribunal divino. Acabado el sermon dijo á sus compañeros Estanislao, que para él señaladamente habia sido aquella exhortacion y aviso del cielo, pues ha-

(1) Bártoli in ejus vita, lib. 1. c. 2.

bia de morir dentro del mismo mes: y el aseverarlo así fue que lo supo por revelacion, ó á lo menos presentimiento que no le engañó. Cuatro dias despues fué á la iglesia de santa Maria la Mayor con el P. Manuel Sa, y hablando de la fiesta de la Asuncion de nuestra Señora que se acercaba, le dijo: Padre, creo que todos los años habrá en el paraiso celestial otro paraiso nuevo viendo los bienaventurados la gloria de la Madre de Dios, coronada por Reina del cielo sobre todos los coros de los ángeles y en trono tan cercano al trono del Altísimo. Y si es así, como yo no lo dudo, espero tener este la dicha de presenciarla. Le habia tocado en suerte por santo de mes (segun la costumbre de la Compañia) el glorioso martir san Lorenzo, en cuyo dia comulgó, poniendole por medianero para que entregase á la Virgen santísima una carta en que le pedia la gracia de hallarse en el cielo presente á la fiesta de su gloriosa Asuncion; y antes de acabarse el mismo dia diez, se sintió con calentura que aunque lijera, la tuvo él por señal cierta de haber conseguido su peticion, pues al entrar en la cama aseguró muy alegre, que de allí no se levantaria, y al P. General que le fué á visitar le dijo: Padre, creo que san Lorenzo me ha alcanzado de nuestra Señora la gracia de ir á verla en el cielo el dia de su Asuncion. Nadie hizo mucho caso de sus palabras, y aun era ya la vigilia sin que el mal se hubiese agravado; pero el santo aseguró al hermano que le asistia, que la noche siguiente habia de

morir, á lo cual este contestó, que mayor milagro seria morir, que sanar de cosa tan leve. Despues del medio dia le asaltó una congoja y desfallecimiento mortal, empezó á correrle sudor frio, y las fuerzas le faltaron enteramente. Acudió el superior, á quien Estanislao suplicó que le mandase poner en la tierra desnudo para morir en acto y espíritu de penitente, y en parte se lo concedió por darle gusto, permitiendo que le echasen en un jergon tendido en el suelo. En seguida se confesó y recibió el Viático, no sin copiosas lágrimas de los circunstantes, porque al entrar en el cuarto el santísimo Sacramento, vieron todos que le relucian los ojos con una celestial alegria, y con el semblante tan inflamado (incendio del amor divino), que parecia un serafin. Recibió tambien la Extremauncion, y entre tanto levantaba al cielo la vista, ó la fijaba en una imagen de la Virgen, besandola y estrechandosela al pecho amorosamente. Le dijo un Padre, que para qué queria tener el rosario en la mano, si no le podia rezar, y respondió, que le servia de consuelo por ser cosa de su querida Madre; y replicandole que mayor seria verla en el cielo, á donde pronto habia de ir á besarle la mano, levantó las suyas en alto con vehemente deseo. A poco se le apareció la divina Señora, y él mismo lo manifestó sencillamente á los circunstantes, y no mucho despues, que fue al romper el alba del dia 15 de Agosto, espiró con la paz y alegria de los santos, puestos los ojos en el cie-

lo y sin movimiento alguno, pues acercandole la imagen de la Virgen, y viendo que no hacia ninguna demostracion, conocieron que ya su alma habia salido de este mundo, y volado al trono de Dios y al abrazo de su amorosa Madre.

ORACION.

—

O Señora dulcísima y amantísima Madre, subisteis al cielo para ser Reina gloriosa de todos los coros de los ángeles, como la Iglesia canta. No eramos dignos los pecadores de teneros en este valle de crímenes y miserias; pero vos, en medio de vuestras glorias, no habeis olvidado á estos pobres desterrados y peregrinos, antes bièn mayor es ahora la compasion que teneis de los desdichados hijos de Adan. Volved, pues, desde el trono de vuestra grandeza, compadecida de nosotros, esos ojos misericordiosos, teniendo presente que al salir de este valle de lágrimas prometisteis no olvidaros nunca de vuestros hijos. Ved las tempestades que se levantan, los peligros que nos rodean, y los temores de otros que sobrevendrán mientras nos dure la vida. Pues por los méritos de vuestra santísima muerte os pedimos nos alcanceis del Señor la dicha de perseverar hasta la última hora en su amistad y gracia, para que llegando al término con felicidad, subamos triunfantes á los cielos, don-

de en compañia de todos los bienaventurados os besemos vuestros santisimos pies, y cantemos vuestras misericordias por todos los siglos de los siglos, Amen.

DISCURSO IX,

y segundo de la Asuncion de Maria santisima.

1.° Su triunfo al subir á los cielos.
2.° Alteza de gloria en que fue colocada.

Justo pareceria que en esta solemnidad de la Asuncion de nuestra Señora á los cielos, nos exhortase la santa Iglesia mas bien á llorar que á regocijarnos, viendo que nuestra querida Madre nos deja privados de su dulcísima presencia (1). Pero tiene razon la Iglesia santa en querer que nos alegremos (2), porque si amamos á nuestra Madre, mas debido es que nos alegremos de su gloria, que de nuestro interes y consuelo. ¿Qué hijo, aunque quede ausente, no se llena de júbilo, si sabe que va su madre á tomar posesion de un reino? Esta Señora es coronada hoy por Reina de los cielos, ¿y no haremos fiesta los hijos, si le tenemos verdadero amor? Regocijemonos, pues, y para que sea mayor el gozo de verla tan ensalzada, consideremos estos dos puntos.

1.° Su triunfo solemnísimo al subir á los cielos.
2.° El trono de gloria en que fue colocada.

---

(1) Bernard. Serm 1. de Ass. (2) Gaudeamus omnes etc.

PUNTO PRIMERO.

Habiendo acabado ya Jesuchristo nuestro Salvador con su preciosa muerte la obra de nuestra redencion, anhelaban los ángeles por verle en el cielo con su santísima humanidad, diciendole repetidas veces las palabras del real Profeta: Levantate, Señor, y ven al lugar de tu descanso tú, y el arca de tu santificacion (1); el arca tuya santa, es decir, la Madre dulcísima, que fue el arca que santificó el Señor habitando en su seno inmaculado. Tuvolo en fin á bien, accediendo á los deseos de toda la corte celestial; pero asi como antiguamente quiso que el arca del testamento fuese llevada con gran pompa á la ciudad de David, con otra pompa mas solemne y gloriosa ordenó que entrase en el paraiso su querida Madre. Dicen los sagrados intérpretes, que aquel carro de fuego en que fue arrebatado el profeta Elias, no fue otra cosa que un grupo de ángeles que le levantaron de la tierra. Pero para llevaros y acompañaros á vos al cielo, Reina de los profetas, no bajaron algunos pocos ángeles, sino que vino el mismo Rey de la gloria con toda su corte (2).

Antes que su Madre purísima subió el Señor á los cielos, no solo á prevenirle trono en aquellos palacios eternos, sino para que su entrada fuese mas gloriosa, acompañandola el mismo Señor con todos los espíritus biena-

(1) Ps. 131. (2) Rupertus Abbas. Bernardin. Senens.

venturados (1); y de esta manera su Asuncion fue mas solemne que la Ascension de Jesuchristo, porque para acompañar al Redentor no vinieron mas que los ángeles; pero la Madre dichosísima subió acompañada y festejada del mismo Rey de la gloria, con la corte y séquito de todos los santos y ángeles del cielo (2).

Luego, pues, que el Señor se descubrió á su Madre santísima, le diria las palabras de los Cantares (3): Ven, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, ven aprisa, ven. Ya pasó el invierno; deja ya el valle de lágrimas, donde tanto has sufrido por mi amor, y ven á ser coronada. Ven á recibir en cuerpo y alma el premio de tu santa vida; ven á gozar la gloria que te tengo dispuesta; ven á sentarte cerca de mí; ven á ser coronada por Reina de todo el universo.

Con tan amorosa invitacion lleno su espíritu de inesplicable alegria, empieza á subir dejando la tierra, aunque mirandola con afecto por los favores que en ella habia recibido, y compasion al mismo tiempo de los hijos que dejaba en medio de tantos riesgos y afanes.

Jesus la lleva de la mano, y la Madre felicísima corta los vientos, pasa las nubes, atraviesa las altas esferas, y llega á las puertas del cielo. Allí los ángeles que la acompañaban, alzan la voz, y á semejanza de lo que decian cuando entró el Señor triunfante de vuelta del destier-

(1) Anselm. de Exc. Virg. c. 8. (2) Petr. Dam. Serm. de Ass. Guerr. Ab. (3) Cant. 2.

ro, repetirian ahora tambien á los que adentro las guardaban: Abrid, príncipes, esas puertas, y levantaos, puertas eternas, para que entre la Reina de la gloria. Al instante se abrieron de par en par, y entró victoriosa en la celestial patria, preguntandose unos á otros aquellos soberanos espíritus al verla tan hermosa: ¿Quien es esta que llega del desierto, lugar de espinas y abrojos? ¿Quien es esta que viene tan pura y llena de virtudes, sostenida en su Amado y tan honrada de él? Y los ángeles que la iban acompañando respondian: Es la Madre de nuestro Rey, nuestra Reina, la bendita entre todas las mujeres, la llena de gracia, la santa de los santos, la querida de Dios, la inmaculada, la mas hermosa de todas las criaturas. Entonces todos prorumpieron en bendiciones y alabanzas, cantando mucho mejor que los hebreos á Judit: Tú eres gloria de Jerusalen, gozo de Israel, honor de nuestro pueblo (1). ¡Oh Señora! vos sois gloria del paraiso, alegria de esta santa ciudad, honra de todos sus habitantes. Sed mil veces bien venida; este es vuestro reino, y todos nosotros vasallos vuestros, rendidos á vuestros pies, y prontos á lo que nos mandeis.

En seguida se acercaron á darle la bien venida y proclamarla por su Reina y Señora todos los santos que hasta entonces habia en el cielo. Llegaron las vírgenes y le dijeron: Señora, todas nosotras somos aquí reinas;

---

(1) Jud. 15. 10.

pero vos sois Reina nuestra, porque fuisteis la primera en darnos ejemplo de consagrar á Dios el tesoro de la virginidad, y así os bendecimos y damos gracias. Llegaron los confesores, y la saludaron como á guia y maestra, por haberles enseñado con la luz de su santa vida la práctica de todas las virtudes. Llegaron los mártires, y la saludaron como á su capitana y modelo, porque con su constancia admirable en las angustias y dolores que padeció en la pasion de su santísimo Hijo, les habia enseñado la virtud del sufrimiento, alcanzandoles fortaleza para dar la vida por la fe de Jesuchristo. Llegó de los apóstoles Santiago el Mayor, único que ya gozaba de la vista de Dios, á darle gracias por sí y en nombre de sus compañeros, del consuelo y asistencia que les habia prestado durante su permanencia en la tierra. Llegaron los profetas, y la saludaron y reconocieron por aquella mujer prodigiosa significada en sus profecías. Llegaron los patriarcas, y le dijeron: Doncella purísima, vos siempre fuisteis nuestra esperanza, vos el blanco de nuestros suspiros y deseos. Pero con mayor afecto se acercaron nuestros primeros padres Adan y Eva, diciendole: Hija predilecta, tú has reparado el daño que nosotros hicimos á nuestra descendencia; tú devolviste al mundo la bendicion que nosotros perdimos por nuestra culpa; y por ti hemos alcanzado la salvacion eterna. Bendita seas para siempre jamas. Llegó despues san Simeon á besarle los pies, y le recordó lleno de júbilo el

dia en que recibió de sus manos en el templo á Jesuchristo Niño. Llegaron san Zacarias y santa Isabel, y de nuevo le dieron las gracias de aquella amorosa visita que con tanta humildad les hizo, colmando su casa de bendiciones celestiales. Llegó mas obsequioso san Juan Bautista, á darle tambien gracias por haberse dignado ir en persona á santificarle en el vientre materno. ¿Y qué le dirian sus padres san Joaquin y santa Ana? ¡Con cuanto amor y ternura la bendecirian diciendo: Hija querida, qué dicha la nuestra en haber tenido una hija como tú! Ahora eres nuestra Reina y Señora, porque eres Madre de Dios. Como á su Madre verdadera te adoramos y bendecimos. ¿Y quien podrá esplicar los afectos de su dulce esposo san José? ¿Quien pintar el gozo del santo Patriarca, viendo entrar á su adorada Esposa con tan solemne triunfo, y ser proclamada por Reina de los cielos? ¡Con qué amor, con qué entusiasmo le diria!: Señora y Esposa mia, ¿como podré yo dar á nuestro buen Dios las gracias que le debo por la suerte afortunada de haberme elegido para esposo vuestro, que sois su verdadera Madre? Por vos merecí asistir y servir en el mundo al Verbo encarnado, tenerle tantas veces siendo Niño en los brazos, y lograr otros mil favores y gracias especiales. Benditos sean los momentos que empleé en servirle y acariciarle, y en serviros y veneraros á vos, amada Esposa mia. Aquí está nuestro dulcísimo dueño. Alegremonos de verle tan glorioso, no ya reclinado en las

pajas, no pobre y despreciado en el taller, no pendiente del patíbulo infame, sino á la diestra del Padre, como Señor y Rey del cielo y de la tierra. Ya no nos volveremos á separar, y aquí estaremos á sus pies benditísimos amandole y gozandole por toda la eternidad.

Se acercaron despues los santos ángeles á venerarla y ensalzarla, dandoles ella gracias por haberla asistido en la tierra con tanto cuidado, particularmente al arcangel san Gabriel, por la embajada dichosísima que le llevó al mundo de parte de Dios, cuando fue elevada á la dignidad de Madre suya.

Ultimamente, la humilde Señora se postró delante de la divina Majestad, y abatida en su propio conocimiento, dió gracias al Señor por todas las bondades que le habia dispensado, y mas que todo, por haberla escogido para Madre del Verbo divino. ¿Quien podrá imaginar el amor con que la bendijo la santísima Trinidad, el recibimiento del Padre como á Hija, del Hijo como á Madre, y del Espíritu Santo como á Esposa suya? El Padre la coronó, poniendo en sus manos el poder, el Hijo la sabiduria, el Espíritu Santo el amor, y colocando su trono al lado de la santísima Humanidad de Jesuchristo, la declararon Reina del cielo y de la tierra, mandando á los ángeles y á todas las criaturas, que como á tal la reconociesen, obedeciesen y sirviesen.

Pasemos á considerar la alteza del trono en que fue colocada.

PUNTO SEGUNDO.

Si en ningun entendimiento criado puede caber idea de la gloria que Dios tiene preparada en el cielo á los que en la tierra le aman, ¿quien podrá conocer la que reservó á su Madre santísima, que desde el primer instante de su ser le amó mas que todos los hombres y ángeles juntos? Ensalzada fue sobre todos los coros angélicos (1), sin que haya mas alto que el suyo otro ningun trono, sino el de Dios (2), constituyendo por sí sola una gerarquia aparte, la mas sublime de todas, y segunda despues de Dios. Porque asi como no hay comparacion entre la señora de la casa y sus esclavos, así tampoco entre la gloria de Maria y la de los ángeles (3). Reina del cielo es (4), y á la diestra de Dios está sentada.

Como el mérito de sus obras supera incomparablemenal de las obras de todos los santos, no hay lengua que pueda decir la gloria que mereció por ellas (5): y siendo cosa cierta, que Dios da el premio segun los méritos, fue premiada y ensalzada sobre todas las gerarquias celestiales, por haber sin comparacion merecido mas que todos los hombres y todos los ángeles (6). En una palabra, quien quisiere saber la gloria que alcanzó en

(1) In fest. Assumpt. (2) Gul. Abb. Ser. 4. de Ass. (3) Antonin. 4. p. tit. 15. c. 20. (4) Ps. 44. (5) Ildeph. Ser. 2. de Ass. (6) Thom. Lib. de Sol. Sanct.

el cielo, mida la gracia singular que mereció en la tierra (1). Su gloria es completa (2), á diferencia de la que gozan los demas santos, pues aunque todos los habitantes de la patria celestial poseen perfecta paz y contento, no deja de ser verdad, que si mas hubieran amado y servido á Dios, mayor hubiera sido la recompensa, porque si allí no dan pena los pecados que se cometieron y el tiempo que se malogró durante la vida, no se puede tampoco negar que produce sumo gozo el mayor bien hecho, la inocencia nunca perdida, y el tiempo mejor empleado. Mas aquella santísima Señora ni desea ni tiene que desear. ¿Cual de los santos, fuera de Maria, puede decir ahora: Yo nunca pequé? (3) No cometió culpa, ni el mas mínimo defecto (4). Nunca perdió la gracia, nunca la ofuscó, nunca la tuvo ociosa. No practicó accion en que no mereciese, ni dijo palabra, ni tuvo pensamiento ó respiracion que no fuese guiada á mayor gloria divina. Nunca se entibió, nunca dejó de correr hácia Dios, como á su centro único. Jamas perdió por negligencia punto de perfeccion; siempre correspondió á la gracia con todas sus fuerzas; siempre amó á Dios cuanto le pudo amar, pudiendole decir en el cielo ahora: Señor, si no os amé cuanto vos mereceis, os amé con todo mi poder.

---

(1) Bernard. (2) P. la Colomb. Pred. 28. (3) August. de Nat. et grat. (4) Conc. Trid. Sess. 6. c. 23.

Diversos son los dones y gracias peculiares de cada santo, como enseña el Apostol; y así, correspondiendo cada uno á la que Dios le da, viene á ser excelente en alguna virtud, quien en salvar almas, quien en hacer penitencias, quien en padecer martirio, quien en el ejercicio de la contemplacion; que por esto la santa Iglesia dice de cada uno, que no tuvo semejante en la guarda de la divina ley. Y segun son aquí los méritos, son los premios en la gloria. Los apóstoles se distinguen de los mártires, los confesores de las vírgenes, los inocentes de los penitentes. Pero la Virgen santísima estuvo colmada de todos los dones y gracias celestiales, y poseyó en sumo grado todas las virtudes. Fue apostol de los apóstoles, reina de los mártires, capitana de las vírgenes, modelo de los casados, y unió en sí perfecta inocencia con perfecta mortificacion y todas las demas gracias, prerogativas, méritos y virtudes en grado heróico y superior al de todos los santos juntos (1).

A la luz de las estrellas excede con mucho la luz del sol, y á la gloria de los santos la gloria de Maria; ó mas bien, asi como cuando sale el sol, la luz de las estrellas desaparece como si nada fuera, así oscurece la gloria de Maria el resplandor de ángeles y santos, como si no estuviesen en el cielo (2), porque estos participan en algo de la gloria divina, pero Maria está tan rica y llena de aquella gloria inmensa, que parece imposible pueda

(1) Abbas de Calles. (2) Petr. Dam. Serm. de Ass.

una pura criatura llegar á unirse con Dios mas intimamente (1), contemplandole y gozandole con mas conocimiento, amor y felicidad, que los demas bienaventurados juntos, sin ninguna comparacion (2), y todos recibiendo los destellos de su luz y parte de su alegria, pues es cierto que desde el instante que entró en el cielo, aumentó con su presencia la dicha de sus habitantes (3), cuyo mayor gozo, fuera de la vista de Dios, es estar siempre mirando con delicia inefable el rostro de tan hermosa criatura (4).

Regocijemonos con esta felicísima Señora viendola en aquel trono tan elevado, y dandonos igualmente mil parabienes á nosotros de considerar que si en la tierra ya no disfrutamos de su dulce presencia, nos conserva en el cielo todo el amor de Madre, donde por hallarse mas cerca de Dios, conoce mejor nuestras angustias, se apiada mas pronto de ellas, y puede socorrernos mucho mas facilmente.

Sí, Virgen clementísima, sé que no por haber sido tan ensalzada, os habeis olvidado de los miserables desterrados en este valle de lágrimas (5), porque un corazon tan misericordioso no puede dejar de compadecerse de

---

(1) Bernardin. Senens. tom. 1. Serm. 61. a. 2. c. 20. (2) Albert. Magn. de Laud. Virg. c. 69. (3) Bernardin. Senen. Serm. de Ass. (4) Petr Dam. Serm. 1. de Nat. Bonavent.
(5) Petr. Dam. Serm. 1. de Nat. Virg.

miseria tan grande como la nuestra (1), siendo corazon de madre, que si aquí nos amó con ternura, ahora ciertamente nos ama mucho mas (2).

Entretanto dediquemonos con esmero á servirla y amarla, sabiendo que su condicion no es como la de los señores que en la tierra tienen autoridad y mando, los cuales por lo comun aumentan y agravan los pesos en vez de aliviarlos; antes bien de continuo enriquece á sus siervos, colmandolos de gracias, méritos y coronas (3). ¡O Madre misericordiosísima! pues que os mirais tan cerca de Dios, adorada por Reina de todo lo criado y en trono tan eminente, engolfaos y regocijaos enhorabuena en la gloria de vuestro Criador; pero enviad á vuestros siervos alguna muestra de tanta abundancia y felicidad. Sentada estais á la diestra de Dios. Nosotros, como hambrientos y necesitados, desde este valle oscuro y miserable levantamos á vos la vista. Miradnos con ojos de piedad (4).

EJEMPLO.

—

Refiere el P. Silvano Razzi (5), que un devoto clérigo muy favorecido de nuestra Señora, oyendo hablar de su

---

(1) Idem. (2) Bonav. Spec. c. 8. (3) Ric. a S. Laur. De Laud. Virg. lib. 6. (4) Guerr. Ab. Serm. 4. de Ass. Virg. (5) Lib. 3. Milag. de la Virg.

hermosura admirable, deseó ardientemente verla siquiera una vez, y le pedia sin cesar este señalado favor. La piadosísima Madre le mandó á decir con un angel, que la veria, con tal de que se conviniese á quedar ciego. Aceptó el devoto la condicion, y entonces se descubrió á sus ojos la Virgen soberana. El por no perder del todo la vista, quiso al principio mirarla con un ojo solamente cerrando el otro; pero poco despues, hechizado de tanta belleza, estaba ya para abrir el que tenia cerrado, cuando desapareció la vision. Viendose privado de tan dulce presencia, lloraba y se afligia, no por la pérdida del ojo, sino por no haberla mirado con los dos, y así le volvió á suplicar que de nuevo se le dejase ver, sin importarle nada quedar para siempre ciego. Por muy feliz me tendré (decia) en perder totalmente la vista por volveros á ver, o dulcísima Madre, porque así quedaré mas prendado de vos. En efecto, se le apareció segunda vez la benignísima Señora, y como á nadie sabe hacer nunca mal, lejos de quitarle del todo la vista, se la restituyó enteramente, y asi por todos títulos fue completo el favor.

ORACION.

Señora gloriosísima, desde este valle de lágrimas levantamos el corazon al cielo y os adoramos humildemente ensalzada en ese trono de tanta grandeza, alegran-

donos de la gloria de que fuisteis colmada por mano del Señor. Ahora que ya triunfais como Reina del cielo y de la tierra. no perdais de memoria á vuestros siervos , pobres y desvalidos, sino dignaos de volver hácia aquí vuestros ojos de misericordia; y pues que os hallais tan cerca de la fuente, facil os será conseguir que llegue hasta nosotros alguna parte de tanto bien. Alcanzadnos la gracia de ser en esta vida siervos vuestros, fieles y leales, para que algun dia subamos á bendeciros en el cielo, á cuyo fin nos consagramos enteramente á vos este dia , en que fuisteis constituida y proclamada Reina del universo. No nos desechareis, porque en medio de gozo y triunfo tan solemne, no dejais de ser nuestra Madre. ¡Madre dulcísima , Madre amabilísima! A muchas personas veis hoy pidiendo á vuestros pies prosperidades de la tierra, salud, fortuna, buena cosecha, salir de un pleito con felicidad; pero nosotros os pedimos favores de vuestro mayor agrado. Pedimos humildad , desapego del mundo, resignacion , temor de Dios , buena muerte , salvacion eterna. Ea , Señora , mudadnos de pecadores en justos: haced este milagro , para vos mas glorioso , que dar á mil ciegos la vista y á mil difuntos la vida. Sois con Dios todopoderosa, sois Madre suya , sois la mas amada de su corazon , y estais llena de gracia. Princesa hermosísima, no pretendemos veros en esta vida, pero en el cielo sí. Vos nos habeis de alcanzar esta dicha. Así lo esperamos con toda confianza. Amen, amen.

DE LAS VIRTUDES DE MARIA SANTISIMA.

Dice san Agustin, que para merecer la proteccion de los santos, los hemos de imitar, porque viendo copiadas las virtudes en que mas cada uno resplandeció, mas se mueven á pedir por nosotros. En particular la Reina de todos los santos, que es nuestra mayor y mejor obogada, despues que ha sacado un alma de las garras de Lucifer y reconciliadola con Dios, pide imitacion de aquella alma libre, porque si en las costumbres no se le parece, no seguirá enriqueciendola con sus beneficios. Esta es la razon de que tanto ame y llame dichosos á los que siguen sus huellas (1); que muy cierto es que quien ama, se asemeja ó procura asemejarse al amado, segun el proverbio, Ni hay obsequio mas grato que la imitacion (2), ni se puede nadie tener por verdadero hijo de María, sino el que procura vivir como ella vivió (3). Haga, pues, todo hijo por imitar á tan amorosa Madre, si desea lograr sus caricias. Sea con ella buen hijo, y ella será con él buena Madre.

Hablando ahora de sus virtudes, aunque poco nos dejaron escrito los evangelistas, basta que asegurasen que estaba llena de gracia, para que entendamos que todas las poseyó, y en el grado mas heróico y perfecto á que

(1) Prov. 8. (2) Hier. Serm. de Ass. (3) Bernard.

se puede llegar, de modo que como dice santo Tomas (1), habiendo sido los otros santos excelentes en alguna virtud particular, Maria en todas lo fue, y en todas la puso Dios á los fieles por ejemplar y modelo (2). Y como los santos Padres enseñan que la humildad es el fundamento de todas, veamos primeramente lo grande y admirable que fue la humildad de Maria.

§. 1.

Humildad de Maria.

Fundamento y guarda de todas las virtudes llaman los santos á la humildad (3), porque sin ella no hay en el alma ninguna, y aunque todas las posea, todas le faltarán al punto que la humildad se ausente y le falte. Asi como al contrario, tanto es lo que Dios estima la santa humildad, que donde quiera que la ve, allí corre al instante á complacerse en ella (4). Antes de la venida del Hijo de Dios al mundo, no se conocia por acá tan hermosa y necesaria virtud; pero habiendo venido á enseñarla con su ejemplo, quiso que en ella mayormente le imitasemos, diciendonos que de él aprendamos á ser mansos y humildes de corazon. Conforme á esto, habiendo sido Maria en todas las virtudes la discípula mejor de Jesuchristo, en la humildad lo fue por consiguiente, y

(1) Opusc. 8. (2) Ambros. lib. 2. de Virg. (3) Bern.
(4) Franc. Sales. in vita B. J. Chant. 6. c. 2. §. 11.

así mereció ser mas ensalzada que ninguna de las criaturas (1). Aun desde niña fue la humildad la primera y principal virtud en que mas se esmeró.

Especificando ahora los diversos actos de tan preciosa virtud, el primero es sentir el humilde bajamente de sí, y Maria tuvo siempre de sí misma tan bajo concepto, que á nadie se prefirió jamas. Con uno de sus cabellos, le dice el Esposo en los Cantares, que le hirió amorosamente el corazon; y por el cabello, cosa tan delicada y sutil, dicen los intérpretes, que se entiende la humildad y baja estima que tuvo de sí misma la honestísima Virgen: no que se reputase por pecadora, antes bien conocia no haber ofendido nunca á Dios, porque la humildad es verdad, como dice santa Teresa; ni que dejase de entender que habia recibido de la mano divina mas gracias y favores que las demas criaturas, siendo muy cierto que el corazon humilde conoce, para mas humillarse, los favores especiales que Dios le dispensa; sino que viendo con la abundancia de soberana luz que tanto ilustraba su entendimiento, la infinita grandeza y bondad de Dios, veia tambien su propia bajeza y nada, humillandose tanto mas, y diciendo con la sagrada esposa: *nolite me considerare quod fusca sim, quia decoloravit me sol* (2); negra me parece que soy cuando me acerco á Dios, ó me comparo con él. Asi como cuando á una

---

(1) Matild. Revelat. (2) Cant. 1. 6.

pobre le ponen un rico manto de tisú de oro, que lejos de envanecerse, mas se humilla entonces delante de su bienhechora, acordandose mejor de su pobreza; así Maria, cuanto mas rica se consideraba, mas humilde era, viendo que todo venia graciosamente de la mano del Señor. No hubo pues criatura mas ensalzada, porque nunca la hubo mas humilde (1).

Otro de los actos de esta virtud es tener ocultos los dones celestiales, y así vemos que Maria quiso ocultar á su santo esposo el misterio de su divina maternidad, aunque parecia necesario que se lo descubriese, á lo menos para librarle de entrar en sospechas contra su honestidad cuando la viese en cinta; cosa que realmente puso en gran confusion al santo patriarca, no pudiendo por una parte dudar de lo que sus mismos ojos veian, ni acertando por otra á dar ninguna culpa á doncella tan querida y tan pura, tanto que si por orden de Dios no le hubiese revelado un angel aquel soberano misterio, determinado estaba ya á dejarla y separarse de ella.

Otro de los actos del verdadero humilde es no querer las alabanzas que se le dan, sino referirlas todas á Dios, como hizo Maria cuando á los elogios que le daba el arcangel san Gabriel quedó tan turbada, y cuando su prima santa Isabel la ensalzó tanto llamandola bendita entre todas las mujeres, bienaventurada en haber dado

---

(1) Bernardin. tom. 2. Serm. 51. c. 3.

crédito á las palabras del Señor, y admirandose grandemente de que siendo ya Madre del mismo Dios, hubiese venido en persona á visitarla. De todas estas cosas atribuyó todo el honor al Altísimo, respondiendo con aquel cántico divino del *Magnificat;* como si claramente hubiera dicho: Isabel, tú me alabas á mí, pero yo alabo al Señor, á quien solamente se debe la alabanza y gloria; tú te admiras de que venga yo á ti, y yo admiro la divina bondad, en quien solo se regocija mi espíritu; tú me ensalzas por haber creido, y yo ensalzo al Señor por haber mirado mi bajeza levantandome de la nada. ¡O humildad verdadera, humildad dichosísima! Esta fue la que nos trajo á Dios, nos libró de la muerte eterna y nos abrió los cielos (1).

Propio es tambien de los humildes ofrecerse á cualquier obsequio y servicio, por lo cual visitó y sirvió Maria á su prima Isabel tres meses con mucho amor y agasajo.

Buscan tambien el último lugar, como cuando la misma Virgen, segun refiere san Mateo, no quiso entrar en aquella casa donde predicaba su Hijo (2): asi como en el Cenáculo escogió tambien el último puesto, y en el último la pone san Lucas (3), no porque dejase de conocer el evangelista el mérito de la Madre para nombrarla primero que á los demas, sino porque habiendose

---

(1) August. Serm. 36. de Sanctis. (2) Cap. 12. (3) Act. 1.

puesto la última de todos, los nombra por el orden con que allí estaban.

Ademas, los humildes quieren ser despreciados, y por esto no leemos que acompañase al Salvador el dia que entró en Jerusalen con palmas y olivas, pero sí en el monte Calvario, donde como Madre de quien moria en cruz con voz de infame y criminal, habia de ser por precision tambien infamada y menospreciada (1).

Un asomo ó vestigio de tan estupenda humildad dió á conocer el Señor en un éxtasis á la V. Sor Paula de Foligno, y dando ella cuenta de aquel rapto á su confesor, decia como pasmada: ¡Ah, padre, la humildad de la Virgen, la humildad de la Virgen! No hay en el mundo ni un viso que con la suya se pueda comparar. Y otra vez puso el mismo Señor delante de santa Brígida otra representacion semejante, que fue la figura de dos señoras, una con gran fausto y vanidad, que representaba la soberbia, y de la otra le dijo: Esta que ves con la frente inclinada, los ojos modestos, con Dios en la mente, tan afable, y que al mismo tiempo se tiene en nada, esta es la humildad, y se nombra Maria; con lo cual le quiso significar que su querida Madre habia sido tan humilde, que bien se podia llamar la humildad en persona.

No hay quizá virtud mas dificil á nuestra naturaleza mal inclinada (2); pero tampoco hay remedio: mientras

---

(1) Birg. Revel. (2) Greg. Nis.

que no seamos humildes, no llegaremos á ser hijos verdaderos de Maria. Dice san Bernardo: si no puedes imitar su virginidad, imita su humildad (1). Ella desecha á los soberbios y llama á los humildes. Con el manto de su humildad quiere que nos cubramos y abriguemos, y á los que ve cobijados con él, los estima sobremanera (2). Se apareció en Valencia al Padre Martin Alberro de la Compañia de Jesus, á tiempo que por obsequiarla con actos de humildad y mortificacion, estaba recogiendo la basura de casa, y dijole así: Hijo, mucho me agradas en eso.

Pues bien, Señora, convencido quedo de que sin la humildad nunca lograré la dicha de ser hijo vuestro. Mas como despues que ofendí á Dios, me hicieron tambien soberbio mis pecados, vos habeis de remediar este daño, alcanzandome la virtud de la santa humildad, con que merezca en fin la fortuna de ser contado en el número de vuestros hijos.

§. 2.

De la caridad de Maria para con Dios.

Donde hay pureza hay amor (3). Cuanto mas puro estuviere un corazon y mas vacio de sí, mas lleno estará del amor de Dios. Pues como la Virgen nuestra Señora

(1) Hom. 1. sup. Miss. (2) Anselm. (3) Bernard.

fue tan humilde y desprendida de sí misma, la llenó plenamente el amor divino, habiendo amado á Dios mas que todos los hombres y todos los ángeles (1), por lo cual muy bien la llamó san Francisco de Sales: Reina del amor. Impusonos el Señor precepto de amarle con todo el corazon; pero hasta que le veamos en el cielo, no cumpliremos este precepto perfectamente (2).

Por otra parte, hubiera desdicho en cierta manera imponer Dios á los hombres una ley que nadie hubiese de cumplir del todo, si no hubiera criado á su Madre santísima, que la observó con la mayor perfeccion (3), pues el amor divino hirió, traspasó y poseyó totalmente su corazon purísimo, y así amó siempre sin defecto alguno (4), diciendo con toda verdad: Mi Amado es todo para mí, y yo para mi Amado (5). Hasta los serafines podian bajar del cielo y aprender de su corazon á amar al Señor (6).

Vino el Señor á encender en el mundo el fuego de la caridad; pero en ningun pecho prendió tanto como en el de su querida Madre, que como tan libre y desocupado de todos los afectos terrenos, estaba tambien mucho mas dispuesto á encenderse en tan dichosa llama, que otro ninguno. Su dulce corazon se podia llamar fuego y ho-

---

(1) Thom. 2. 2. q. 24. a. 6. 8. (2) Alb. Magn. super Miss. c. 76. Ricard. a S. Vict. l. 2. de Em. c. 29. (3) Bern. Serm. 29. in Cant. (4) Cant. 2. 10. (5) Ricard. (6) Anselm. ap. a Lap.

guera, como se dice en el libro de los Cantares: *Lampades ejus, lampades ignis atque flammarum*. Fuego que ardia dentro, y llamas que con el ejercicio de todas las virtudes resplandecian de fuera (1).

Cuando llevaba en los brazos á su Hijo santísimo, bien pudo llamarse fuego que llevaba otro fuego, mucho mejor que aquella mujer de quien lo dijo Hipócrates por verla pasar con fuego en la mano. Como el fuego penetra el hierro, así la penetró el fuego del Espíritu Santo; y con tal fuerza y ardor, que nada se vió en ella que no fuese fuego de amor divino. La zarza que ardia y no se quemaba fue símbolo suyo; y el haberla visto san Juan vestida del sol, significaba que estuvo tan unida con Dios, que no parece posible pueda llegar á tanto pura criatura (2). Jamas sufrió tentacion, ni aun leve, porque sintiendo de lejos los demonios el ardor de su caridad, huian precipitadamente (3). Ni tuvo nunca mas pensamiento, mas deseo, mas gozo que á Dios (4), y así eran sin número los actos de amor que hacia su bendita alma, como enseña Suarez (5), estando casi siempre en contemplacion, ó mas bien era un acto solo continuo sin interrupcion, porque como águila caudal tenia siempre fijos los ojos del alma en el divino Sol de justicia, con tanta

(1) Bern. Serm. in Sign. Magn. (2) Bonavent. tom. 2. Serm. 51. a. 3. Ricard. p. 2. c. 26. in Cant. (3) Birg. Revel. (4) Tom. 2. in 3. p D. 18. (5) Petr. Dam. Serm. 1. de Nat. Virg.

firmeza, que ni las acciones esteriores impedian su contemplacion elevada, ni esta el atender á las ocupaciones esternas (1). Y por eso en la antigua ley fue figura suya el propiciatorio, del que ni de dia ni de noche faltaba fuego.

Tampoco el dormir le estorbaba el amar, porque si, como enseña san Agustin, se concedió este privilegio á nuestros primeros padres en el estado de la inocencia, no se le debe negar á Maria, y en esto concuerdan con el P. Suarez varios otros doctores (2). Mientras su cuerpo descansaba, velaba su alma (3), y en ella se cumplia lo que se escribe en el libro del Sabio. «No se apagará su lámpara de noche (4).» No la impedia el sueño hablar con Dios y estar en contemplacion mas alta y perfecta, que jamas lo estuvo en la vigilia ningun otro viviente racional (5). «Yo duermo, y mi corazon vela,» podia muy bien decir con la esposa de los Cantares (6). Tan feliz durmiendo como velando (7). De manera que mientras vivió en la tierra, amó continuamente á Dios, haciendo siempre todo aquello que conocia ser mas grato á sus divinos ojos, y amandole todo cuanto conocia deberle amar (8). En suma, tanto la llenó y poseyó la caridad divina, que no fue posible cupiese mas en pura criatura,

---

(1) Rupert. Abb. Bernardin. Ambros. (2) Ambros. lib. 3. de Virg. (3) Prov. 21. (4) Bernardin. (5) Cant. 5. 2. (6) Suarez. (7) Bernardin. t. 2. Serm 51. art. 3. c. 3. (8) Thom. a Villan. Conc. 4. in Nat. Dom.

y así vino pronto á ser á los ojos de Dios tan hermosa y placentera, que vencido y preso de su amor, descendió y se hizo hombre en su seno virginal (1). Esta es la doncella que con su virtud le hirió y robó el corazon (2).

Ahora, bien, pues que tanto le ama, ciertamente que ninguna otra cosa pide con mas instancia de sus devotos, como el que le amen ellos tambien cuanto alcancen sus fuerzas. Así lo dijo á la B. Angela de Foligno un dia de comunion: «Angela, mi Hijo te bendiga, y tú amale cuanto puedas;» y á santa Brígida: «Si quieres tenerme contigo, has de amar á mi Hijo.» Como su amado es Dïos, solicita que de nosotros tambien lo sea. Pregunta un autor (3), por qué suplicaba la esposa que dijesen á su Esposo lo mucho que le amaba. ¿No lo sabia él? ¿No habia de tener noticia de llaga tan amorosa el mismo que la hizo? Lo decia, no para que el Señor lo supiese, sino los hombres, á fin de que del modo que ella estaba herida, procurasemos estarlo tambien nosotros. Por lo cual, asi como arde en ella este divino fuego, así á todos los que la veneran y se le procuran acercar, les comunica tan envidiable incendio, haciendolos semejantes á sí. Por la misma razon santa Catalina de Sena la llamaba *portatrix ignem;* la que lleva fuego. En fin, si queremos que en nuestros corazones se encienda esta preciosa llama, acerquemonos á nuestra Madre con ruegos y encendidos afectos.

---

(4) Bernardin. t. 2. Serm. 61. art. 2. c. 4. (2) Navarin. lib. 1. n 306. (3) Bonavent.

¡O Reina de amor! la mas *amable, la mas amada y la mas amante* de todas las criaturas, como os decia san Francisco de Sales, vos, Madre mia, que siempre ardisteis en amor celestial, dadme siquiera una centella de amor tan soberano. Vos, que pedisteis por los esposos en aquellas bodas cuando el vino se les acabó, pedid por nosotros, pues veis que nos falta el vino del amor sagrado. Decid al Señor así: *no tienen amor;* y alcanzadnosle vos misma con vuestros ruegos poderosos. Madre piadosísima, por el amor que le teneis, no desistais de rogar por nosotros hasta conseguirnos esta gracia.

§. 3.

De la caridad de Maria para con el prójimo.

En un mismo precepto nos impuso el Señor la obligacion de amarle y amar al prójimo (1), porque como enseña santo Tomas, quien ama á Dios, ama todo lo que Dios ama. Deciale una vez santa Catalina de Génova: «Señor, vos quereis que ame al prójimo, y yo fuera de vos, no acierto á amar á nadie;» á lo que su divina Majestad le respondió: «Amandome á mí, amas todo lo que yo amo.»

Pues asi como no hubo ni habrá quien á Dios ame tanto como Maria, así tampoco hubo nunca ni habrá

(1) Joan. 4. 21.

quien ame tanto al prójimo. Dice Cornelio Alápide (1), que esta amantísima Virgen estaba representada en aquella muy rica y preciosa litera fabricada por Salomon, de que habla el sagrado testo (2), porque su vientre virginal fue la litera rica, pura y hermosa en que habitando el Verbo encarnado, llenó á su Madre de ardentísima caridad para cuantos recurriesen á ella; y así mientras vivió en el mundo, estuvo tan colmada de esta virtud, que aun sin que nadie se lo rogase, socorria toda suerte de necesidades y miserias, como lo dió bien á conocer en aquellas bodas. Pero en nada fue su caridad tan encendida y generosa, como en ofrecer á su santísimo Hijo á la muerte por nuestra eterna felicidad: tanto amó al mundo, que por él dió á su mismo Hijo, como del Padre eterno pondera san Juan.

Ni porque ya se ve feliz y glorificada en los cielos, se le ha olvidado ó entibiado en algo su amor, antes es ahora mas crecido (3), no habiendo nadie que deje de sentir los efectos de su piedad con solo alzar el corazon para implorarla. ¿Y qué fuera del mundo, si no estuviese de continuo rogando por nosotros? Ni esperanza de misericordia nos quedaria (4).

¡Dichoso de aquel (dice Maria), que docil á los ejemplos y avisos que yo le doy, toma de mí lecciones de caridad para ejercitarla con sus prójimos! No hay cosa con

(1) In Cant. 3. 9. (2) Cant. 3. 9. (3) Bonavent. Spec. c. 8. (4) Birg. Revel l. 6. c. 29.

que mas facilmente nos granjeemos su amor y proteccion, como con ser buenos y caritativos (1). A todas horas parece nos está diciendo: «Sed misericordiosos como vuestra Madre lo es,» y sin duda usarán Dios y su Madre de misericordia á la medida que la usemos (2). El pago de aquello en que favorezcamos ó hagamos bien á cualquier pobre, será la posesion eterna de la gloria, pues por boca del apostol tiene prometido el Espíritu Santo, que asi en esta vida como en la otra los caritativos serán felices (3); como que el socorrer al necesitado es lo mismo que dar en préstamo á Dios y hacerle nuestro deudor (4).

Madre de misericordia, pues que con todos la teneis tan grande, no os olvideis de las miserias mias. Viendolas estais. Hablad por mí al Señor, que nunca os niega nada de lo que pedis. Pedidle, Madre mia, y alcanzadme la gracia de que siempre le ame sobre todas las cosas, y al prójimo como á mí mismo.

§. 4.

De la fe de Maria santísima.

Del mismo modo que del amor y la esperanza es Madre la sacratísima Virgen Maria, lo es igualmente de la fe (5), porque con ella reparó los daños que nos hizo Eva con su incredulidad (6). Por haber dado crédito á la

(1) Greg. Naz. (2) Luc. 6. 38. (3) 2 Timoth. 5. 5. (4) Chrysost. (5) Eccl. 24. 24. (6) Iren.

serpiente astuta la primera madre contra el dicho de Dios, nos acarreó la muerte; pero Maria trajo al mundo salud y vida, por haber creido las palabras con que el angel le anunciaba de parte de Dios, que sin detrimento de su pureza virginal iba á ser Madre del Salvador del mundo (1), con lo cual abrió á los hombres las puertas del cielo (2). Esta fue la Virgen fidelísima por cuya fe se salvó Adan y toda su posteridad (3). Esta la Virgen sabia, á quien por haber creido llamó bienaventurada su prima Isabel (4). Esta mas dichosa por haber abrazado la fe de Cristo, que por concebir en sus entrañas la carne de Cristo (5).

El Padre Suarez sostiene que fue mayor su fe, que la de todos los hombres y de todos los ángeles. Veia en un establo á su Hijo recien nacido, y creia firmemente que aquel niño era el Criador del mundo. Le veia huir de Herodes, y no dudaba que era Rey de reyes. Le vió nacer, y creyó que era eterno. Le veia pobre y necesitado, y le creia Señor del universo; recostado en las pajas, y que era omnipotente; no hablar siendo niño, y que era la sabiduria infinita; llorar, y con todo ser el gozo eterno de los santos. Le vió finalmente morir con afrenta y dolor, y bien que los discípulos titubeasen en la fe, ella estuvo siempre firmísima en creerle verdadero Dios: por lo cual dicen algunos, que esto significa el dejar en-

(1) Tertull. (2) August. (3) Ricard. (4) Luc. 1. 45. (5) August.

cendida una vela sola al fin de las tinieblas de la semana santa (1), pues á este propósito le aplica san Leon las palabras de la divina Escritura: *Non extinguetur in nocte lucerna ejus;* y sobre aquel otro testo de los Proverbios, en que dice el Señor que pisaria solo y sin compañia de otro varon el lagar de su pasion sacrosanta, esplica santo Tomas, que el decir *varon*, fue por no comprender á Maria santísima, en la cual nunca faltó la fe. Realmente fue heróica y admirable esta virtud en aquella ocasion, pues dudando todos los demas, ella no dudó (2). Por eso mereció ser luz y guia de todos los fieles (3), y Reina de la verdadera fe. Por el mérito de fe tan excelente le atribuye la santa Iglesia la victoria contra todas las herejias; y los ojos hermosos con que se dice en los Cantares que la esposa santa hirió y cautivó el corazon de su esposo, fueron la fe de Maria, tan acendrada y agradable al mismo divino Esposo.

Imitemosla, pues, en esta virtud tan principal (4). ¿y de qué manera? Don y virtud es la fe. En cuanto don, es una luz sobrenatural que infunde Dios en el alma. En cuanto virtud, consiste en el ejercicio de ella, como que sirve no solo de regla de lo que debemos creer, sino tambien obrar. En esto ha de ser la imitacion. Esto es lo que se llama tener fe viva, vivir conforme á lo que uno cree (5). Así vivió la Virgen santísima. Los que no

---

(1) Antonin. (2) Albert. Magn. (3) Metod. (4) Ildeph. (5) Gregor. Hebr. 10. 38.

conforman las obras con lo que creen, no viven así, porque tienen la fe muerta, como dice Santiago (1). Andaba Diógenes entre la multitud buscando un hombre, y Dios entre los fieles parece que busca quien sea cristiano, porque de tantos hombres como reciben el bautismo, pocos son cristianos de veras. A los de solo nombre se les pudiera decir lo que una vez Alejandro á un soldado suyo, llamado tambien Alejandro, pero cobarde: ó deja el nombre, ó el proceder; aunque á *los tales* fuera mejor llamarlos locos (como decia el P. M. Avila), pues creyendo que despues de esta vida habrá gloria eterna para quien viva bien, é infierno sin fin para quien viva mal, viven como si no creyesen. Sean nuestros ojos, ojos de cristianos, que es consejo de san Agustin; esto es, veamos las cosas como quien tiene fe, pues por falta de ella pecan los hombres, como aseguraba santa Teresa.

Pidamos á nuestra Señora, que por la excelencia y mérito de su fe, nos la alcance á todos muy viva.

§. 5.

De la esperanza de la Virgen María.

De la fe nace la esperanza, porque el fin que Dios se propone en iluminar nuestros entendimientos con la luz de la fe, es para que nos alentemos á esperar y desear poseerle y gozarle despues de esta vida.

(1) Jacob. 20. 16.

Y pues tuvo la fe Maria en tan subido grado como hemos visto, á igual altura llegó su esperanza, pudiendo decir mejor que el profeta rey, que su bien consistia en estar unida con Dios y colocar su esperanza en él (1). Fue esta Señora aquella esposa fidelísima de quien se dijo en los Cantares: ¿Quien es esta que sube del desierto derramando delicias y apoyada en su Amado? (2) porque desprendida del mundo, que miraba como un desierto, y sin confiar en las criaturas ni en sus méritos propios, sino colocandola toda en la divina gracia, iba subiendo por instantes en el amor de Dios.

Dió bien á conocer cuan arraigada y firme la tuvo en solo Dios, cuando advirtió la inquietud y turbacion de su casto y querido esposo, que por verla en cinta, resolvió finalmente separarse de ella. Necesidad parecia, como ya dijimos, descubrir á su esposo en aquel caso el alto y oculto misterio de la Encarnacion, obrado en sus entrañas virginales. Pero no quiso sino dejarse del todo á la disposicion y voluntad de la divina Providencia, con esperanza segura de que el Señor defenderia su inocencia y honor.

Dióla tambien á conocer cuando llegada la hora del sagrado parto, se le cerraron en Belen todas las puertas, y hubo de recojerse á una cueva ó establo, para dar á luz al Salvador del mundo. No se quejó de tan injusto

---

(1) Ps. 72. 28. (2) Cant. 8. 5.

desvio, no mostró sentimiento, no desplegó los labios, sino que arrojandose en las manos de Dios, confió firmemente, y no dudó que la asistiria en aquella urgencia y necesidad.

Dióla igualmente á conocer cuando al primer anuncio y mandato de que huyese á Egipto con san José y el Niño, salió sin demora aquella misma noche, á viaje tan largo, á region estranjera y desconocida, sin mas compañia, ni dinero, ni provision alguna.

Finalmente la descubrió mucho mas cuando en las bodas intercedió pidiendo el primer milagro de los que obró su divino Hijo, pues habiendole respondido el Señor con aquellas palabras que parecian claramente negar el favor, con todo manda á los que servian, hagan lo que su Hijo les dijese, confiada en la bondad divina, y segura de alcanzar la gracia deseada, como así fue.

Aprendamos, pues, de esta gran Señora, modelo de todas las virtudes, á tener en todas ocasiones, como debemos, completa confianza en la bondad de Dios, y mucho mas de que al fin alcanzaremos la salvacion eterna, pues aunque de nuestra parte nos pide para ello cooperacion y conato, esto ha de ser presuponiendo siempre que la gracia necesaria para conseguirla viene de sola su bondad y misericordia; y por lo mismo, desconfiados de nuestras propias fuerzas, hemos de repetir con el Apostol: todo lo puedo en aquel que me conforta (1).

---

(1) Phil. 4. 13.

Madre mia, de vos se nos dice en el libro del Eclesiástico, que sois Madre de la esperanza, y esperanza nuestra os apellida la santa Iglesia. ¿Cual otra buscaré yo? En vos, despues de vuestro Hijo, la pongo toda. No se me caerán de los labios las palabras de san Bernardo, para deciros que sois toda la razon ó motivo de mi esperanza, ni cesaré con san Buenaventura de clamar y decir: Salud de todos los que te invocan, salvame.

§. 6.

De la castidad de Maria.

Caido Adan en pecado y rebelada contra la razon nuestra sensualidad, ninguna virtud se nos hace mas dificil y cuesta arriba que la castidad, donde, como dice san Agustin, es mas porfiado el combate, mas frecuente la lucha y raras las victorias (1). Pero bendita y alabada sea la piedad del Señor, que en la Virgen Maria nos dió ejemplar y dechado de tan preciosa virtud. Virgen de vírgenes es y se llama muy justamente, porque habiendo sido la primera en consagrar á Dios su virginal pureza, sin consejo de nadie ni ejemplo anterior de ninguna otra virgen, ella lo fue de todas las que á su imitacion despues se mantienen puras y castas (2), y así quedó cumplido el vaticinio de David, en que anuncia-

(1) Duriora praelia, rara victoria. (2) Albert. Magn. Mar. p. 9.

ba que en pos de ella irian las demas vírgenes al templo de Dios (1). Sin consejo ni ejemplo vuelvo á decir, y por lo mismo le preguntaba san Bernardo: Virgen purísima, ¿quien te enseñó á complacer á Dios con tu virginidad, y á vivir en la tierra como los ángeles? (2). Ninguno sino Dios. Dios escogió por Madre Virgen tan pura, para que nos fuese á todos modelo de pureza, y abanderada y guia de la virginidad (3).

Por eso la llamó el Espíritu Santo (4) hermosa como la tórtola, y en otro lugar, azucena entre espinas. Entre espinas, porque como dice un autor, las demas vírgenes son espinas para sí ó para otros (5); pero esta Reina soberana ni para sí ni para nadie fue jamas espina, antes al contrario, con solo dejarse ver, infundia en los que la miraban pensamientos limpios y honestos (6). San Gerónimo creyó que el haberse mantenido el patriarca san José toda su vida virgen, lo debió á la compañia de su santísima Esposa, pues escribiendo contra Elvidio hereje, dice así: Te atreves á decir que Maria no conservó su virginidad, y yo sostengo que por Maria fue virgen san José (7). Otros autores llegan hasta afirmar que era tanto lo que estimaba esta preciosísima virtud, que por no perderla, hubiera renunciado á la dignidad de Madre de Dios; lo cual no deja de inferirse de la respuesta que dió al angel cuando le dijo: ¿Como se ha de hacer esto, si

---

(1) Ps. 43. (2) Hom. 4. super Miss. (3) Signum virginitatis extulit. (4) Cant. 1. 9. (5) Dion. Cartus. (6) Id. Thom. (7) Joseph virginem fuisse per Mariam.

yo no conozco varon? y tambien de lo que, asegurada ya, pronunció despues: hagase en mí segun tu palabra; significando que daba su consentimiento para ser Madre, no por obra de otro, que del Espíritu Santo.

Sentencia de san Ambrosio es que las personas que conservan la castidad son ángeles, y las que la pierden demonios, pues dijo el Señor, que los castos serian como los ángeles de Dios. San Remigio aseguraba que la mayor parte de los adultos que se condenan, se condenan por este vicio. Pocas son en efecto contra él las victorias; pero ¿por qué sino por no tomar los medios de vencer? Tres medios señalan con Belarmino los maestros de la vida espiritual, *ayuno, fuga de ocasiones y oracion*, comprendiendo en el ayuno la mortificacion, especialmente en custodiar la vista y refrenar la gula.

La Virgen santísima, aunque llena de gracia, tenia siempre tan á raya los sentidos, y los ojos con especialidad, que nunca los fijó en el rostro de ningun hombre, como atestiguan san Epifanio y san Juan Damasceno; habiendo sido tanta su modestia desde niña, que ponia en todos admiracion. San Lucas advierte que á ver á su prima Isabel iba muy de prisa, sin duda porque en el camino la observasen menos. Acerca del comer asegura un autor (1), haber tenido revelacion cierto ermitaño, que no tomaba el pecho de su madre santa Ana sino al dia una sola vez. San Gregorio Turonense dice que ayu-

(1) Filiberto.

nó toda su vida: y san Buenaventura tenia por cierto, que sin la virtud de templanza tan admirable, no hubiera hallado tanta gracia en los ojos del Señor. En suma, fue siempre en todo tan mortificada, que por ser la mirra símbolo de mortificacion, se dijo en los Cantares de ella: Mirra destilaron mis manos (1).

Acerca del segundo medio, que es la fuga de las ocasiones, se nos avisa en el libro de los Proverbios (2), que quien evite los lazos, quedará libre. En la guerra sensual vencen los calmosos, decia S. Felipe Neri; dando á entender, los que no buscan las ocasiones. Maria evitaba con gran cuidado la vista de los hombres, y sin aguardar al parto de su prima santa Isabel, en sentir de varios autores, se volvió á Nazaret, por no hallarse al bullicio y conversacion de tanta gente como se esperaba acudiria á dar parabienes por el nacimiento del niño Juan.

El tercer medio es la oracion, porque dice el Sabio: Conociendo que no podia ser continente sin darlo Dios, acudí á él y rogué (3). Y la sacratísima Virgen, como referimos en otro lugar, reveló á santa Isabel benedictina, que sin trabajo y oracion no habia poseido ninguna virtud. Pura es Maria, y como tan amante de la pureza, le dan en rostro los impuros. Pero todos los que á ella recurran, saldrán victoriosos de la pelea invocando su nombre con filial confianza, pues aseguraba el V. Juan de Avila, que solamente el afecto y devocion á su

(1) Cant. 5. 5. (3) Prov. 21. 14. (1) 8. 21.

Concepcion inmaculada bastó para que muchas personas saliesen con victoria de la tentacion.

¡O Maria, paloma cándida y pura! ¡Cuantos desventurados por este abominable vicio arden en las llamas eternas! Libradnos á nosotros, Señora, alcanzandonos la gracia de que en los peligros y tentaciones siempre recurramos á vos y venzamos por vos. Amen.

§. 7.

De la pobreza de Maria.

Pobre quiso ser en el mundo nuestro amoroso Redentor, por enseñarnos á despreciar los bienes de la tierra, y á ser pobres exhortaba á todos los que hubiesen de seguir sus pisadas (1), entre los cuales la que mas cerca le siguió y mas perfectamente fue Maria. Con lo que de sus padres habia heredado hubiera bien podido pasarlo en este mundo comodamente ; pero todo lo dió al templo y á los pobres, reservando muy poco para sí (2), y aun dicen algunos que hizo voto de pobreza (3). Las ofrendas de los santos magos no serian de poco valor; pero tambien fueron á parar á manos de los pobres , y así se colige de haber presentado en el templo el dia de la Purificacion , no el don propio de las ricas , que era un cordero , sino dos pichones ó tórtolas, que ofrecian

(1) 2. Cor. 8. 9. Matth. 15. 21. (2) Canisius. Apud Paravic. p. 2. c. 2. (3) Birgit. Revel. lib. 1, c. 10.

las pobres. De manera que á excepcion del vestido y un escaso alimento, nada poseyó de este mundo (1). Por amor á la pobreza admitió por esposo á un pobre menestral, manteniendose con el trabajo de sus manos y con hilar y coser (2). En fin, pobre vivió y pobre murió, porque á la hora de la muerte no se sabe que dejase otra cosa mas que dos vestidos ordinarios á dos mujeres que la habian asistido (3).

Ninguno que ame los bienes de la tierra será santo, decia san Felipe Neri; y santa Teresa añadia, que muchas veces se procura con los dineros el infierno, y se compra fuego y pena sin fin (4): y al contrario, aseguraba de sí misma, que con la pobreza le parecia que poseia todas las riquezas del mundo (5).

Pero adviertase que esta virtud no consiste meramente en ser pobre, sino en serlo voluntariamente (6). Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (7). Dichosos y bienaventurados, porque buscando á solo Dios, en Dios hallarán todos los bienes, y aun en la tierra el paraiso, como lo halló san Francisco, que decia: Dios mio y todas las cosas.

Amemos tambien nosotros aquel bien en quien estan todos los bienes (8), y pidamosle con san Ignacio de Loyola: dame, Señor, tu amor y gracia, y seré rico. Y si

(1) Birgit. Revel. lib. 1. c. 10. (2) Bonavent. (3) Metaph. et Nicephor. (4) Vida escrita de su mano cap. 20, al fin. (5) Vida, cap. 35. (6) Bernard. (7) Matth. 5. 3. (8) August.

alguna vez nos diere á sentir los efectos de la santa pobreza, alegremonos sabiendo que antes fueron pobres Jesus y Maria (1).

Madre mia, Madre santísima, vos que con inflamado corazon dijisteis que en Dios unicamente estaba todo vuestro contento (2), porque en este mundo nada quisisteis ni á nada aspirasteis, sino á poseer á solo Dios, despegadme del mundo á mí, y llevadme á vos, Señora, para que yo tambien por vuestro medio tenga la dicha de amar sobre todas las cosas á aquel Señor, único bien digno de ser amado. Amen.

§. 8.

De la obediencia de Maria

El haber pronunciado la sacratísima Virgen cuando el angel le anunció el misterio de la Encarnacion, aquellas palabras tan humildes: aquí está la esclava del Señor, nació de afecto muy singular á la virtnd de la obediencia, pues ni de obra ni de pensamiento se opuso jamas á las disposiciones de Dios la fidelísima esclava suya, sino que siempre desasida de su voluntad propia, estuvo en todo rendida totalmente al beneplácito divino (3). En su cántico lo declaró cuando dijo que habia Dios mirado con suma complacencia la bajeza y humildad de

(1) Bonav. de Vita Christi. (2) Exultavit enpiritus meus in Deo salutari meo. (3) Thom. a Villan. Conc. de Annunt.

su sierva; porque la humildad de una sierva consiste en obedecer en todo tiempo lo que le manda su señor.

Con su obediencia remedió el daño hecho por la primera madre (1), y fue sin comparacion mas aventajada, que la de todos los santos, porque como por uno de los tristes efectos del pecado original tienen los hombres tanta inclinacion á lo malo, sienten dificultad no poca en el bien obrar; pero Maria, inmune de la mancha de nuestro origen viciado, ningun impedimento tuvo para obedecer con toda perfeccion (2), antes fue siempre su voluntad como una rueda lijera, que se movia con gran prontitud y agilidad á cualquier impulso de la inspiracion divina; y así mientras vivió en el mundo, toda su ocupacion y conato fue mirar y cumplir cuanto conocia ser del divino agrado (3). Por ella se dijo en los Cantares: Mi alma se derritió así que habló mi amado, pues su alma inocente y pura fue por el ardor de la caridad como un metal docil, blando, derretido, y dispuesto á recibir todas las formas que Dios de su mano le quiso imprimir (4).

Bien mostró lo subido y acrisolado de esta virtud, en primer lugar cuando tan sumisa y pronta en cumplir el edicto de Augusto Cesar salió para Belen, distante de Nazaret mas de noventa millas, en dias de parir, y siendo

---

(1) Augus. ap. Parav. p. 2. c. 11. (2) Id. tom. 3. Serm. 11. n. 3. c. 2. (3) Id. tom. 2. Serm. 44. n. 3. c. 2.
(4) Ricard. in Cant. 4.

su pobreza tan estremada, que tuvo precision de buscar un portal ó establo donde recogerse y dar á luz al Salvador del mundo.

Muy puntualmente obedeció tambien cuando se puso en camino á la primera insinuacion de san José, huyendo por caminos largos y fragosos á tierra de Egipto: y si el mandato se dió al varon y no á su santa esposa, fue para que no perdiese tan buena ocasion de obedecer, á que en todo momento se hallaba dispuesta (1).

Pero principalmente la mostró muy heróica cuando por conformarse rendida con la divina voluntad, ofreció á morir á su mismo Hijo, con tanta constancia que, ordenandolo Dios, como un santo dice (2); no hubiera repugnado ser ministro de la divina justicia, á falta de otros ejecutores. De este modo fue mas feliz por haber oido y guardado las palabras de Dios, que por la dignidad de Madre suya, como significó el mismo Señor cuando por oirle predicar un dia, alabó tanto una mujer el vientre dichoso que le habia llevado, y los pechos purísimos de que se alimentó.

De aquí proviene que le sean tan agradables los que ejercitan esta virtud. Una vez se apareció á un religioso franciscano, por nombre Acorso, que llamado en aquel punto para confesar á un enfermo, dejó sin detenerse la celda y aquella soberana visita; pero á la vuelta la halló

---

(1) Silveira. (2) Ildeph. ap. Petav. p. 2. c. 12.

esperandole todavia, y le alabó mucho tan pronta obediencia; asi como reprendió á otro religioso, que por acabar sus devociones, no acudió á comer al primer toque de la campana (1). Y otra vez dijo á santa Brígida, que á todos los salva la obediencia (2), porque es así que no pedirá Dios cuenta de nada que hicieremos por obedecer, teniendo ya dicho de antemano, que el que oye á los superiores, oye al mismo Dios (3). Finalmente, reveló tambien á la misma santa, que por los méritos de esta virtud le habia concedido el Señor el privilegio de que todos los pecadores que arrepentidos recurran á su proteccion, hallarán misericordia y serán perdonados.

O Reina y Madre nuestra, rogad á Jesus por estos pobres pecadores, alcanzandonos por el mérito de vuestra excelentísima obediencia la prontitud en obedecer tambien nosotros á la divina voluntad, y á los consejos y direccion de nuestros padres espirituales.

§. 9.

De la paciencia de Maria.

Siendo la tierra en que habitamos lugar destinado á merecer, con toda propiedad es llamado valle de lágrimas, porque en ella vivimos para sufrir, y con el sufri-

---

(1) March. Diario de la Virg. (2) Revel. l. 6. c. 11. (3) Luc. 10. 16.

miento y la paciencia ganar nuestras almas para la vida eterna, como nuestro divino Redentor y Maestro nos dejó prevenido (1). Diónos á este fin á su Madre santísima por dechado de todas las virtudes, y de la paciencia con especialidad. Tal vez haberle negado al principio aquel milagro que en las bodas de Caná le pidió, fue para poner á nuestra vista en la paciencia de su querida Madre un ejemplo muy señalado que imitar. Toda su vida fue un ejercicio continuo de esta virtud, porque si entre espinas crece la rosa, en medio de las tribulaciones iba creciendo en virtudes esta soberana Señora (2), y aunque otra pena no hubiera sufrido que la compasion de los dolores del divino Redentor, hubiera bien bastado para haberla hecho martir de paciencia, llegando á decir S. Buenaventura, que concibió crucificada al Crucificado (3).

Cuantos y cuan grandes fuesen sus padecimientos, tanto en el viaje y estancia en Egipto, como todo el tiempo que vivió con el Señor en Nazaret, ya lo dijimos antes en la consideracion de los misterios de sus dolores. Pero la constancia con que al pie de la cruz perseveró aquellas tres horas terribles de agonia, basta para conocer lo heróico y admirable de su paciencia, cuando por ella mereció el título y autoridad de Madre de todos los hombres (4).

---

(1) Luc. 21. 19. (2) Birg. Rev. Serm. Ang. c. 10. (3) Crucifixa crucifixum concepit. (4) Albert. Magn.

Si apreciamos, pues, la dicha de hijos suyos, en la virtud de la paciencia nos hemos de parecer á nuestra Madre, y mas sabiendo no haber cosa con que mas podamos crecer aquí en merecimientos, y allá en premios y coronas de gloria, como con el sufrir pacientemente las adversidades de esta vida (1). El camino de los escogidos está sembrado de espinas (2). Pero como á la viña el vallado espinoso la cerca y guarda, Dios del propio modo rodea de tribulaciones á todos sus siervos, para tenerlos mas libres y apartados de la aficion á las cosas terrenas. Tanta verdad es esto, que san Cipriano llegó á decir, que la paciencia es la que nos libra del pecado y del infierno. ¡Qué maravilla, si forma los santos y los hace perfectos! ¿Como? Llevando con resignacion las cruces que Dios les envia directamente, como enfermedades, pobreza y otras, y tambien las que sufren de parte de los hombres, como injurias, persecuciones, y demas. Vió san Juan en el cielo á todos los santos con palmas en las manos (símbolo de martirio), y con esto significó que todas las personas con uso de razon que se hayan de salvar, han de ser mártires de sangre ó de paciencia.

Pues ánimo, esclama san Gregorio; que podemos ser mártires sin pasar por hierro ni sangre, solo con ser pacientes, ó mejor, como esplica san Bernardo (3), sufriendo las penas de esta vida con paciencia y aun gusto

---

(1) S. Ciprian. (2) Oseas 10. 2. 6. (3) Patienter, libenter, gaudenter.

y alegria. ¡Qué premio tan colmado nos aguarda en el cielo, si lo hacemos así! A tanto bien nos exhorta el Apostol, asegurandonos que un momento de tribulacion aquí, produce allá peso y colmo eterno de gloria (1). Con gran espíritu y verdad dijo, pues, la gloriosa santa Teresa: Quien se abraza con la cruz, no la siente. Y en otra parte: En determinandose á padecer, se acaba la pena. Y si alguna vez nos parece que por su mucho peso nos oprime la cruz, acudamos á Maria, consoladora de afligidos, y remedio y medicina de todos los males (2).

Dulcísima Señora, habiendo vos llevado con paciencia heróica vuestras angustias y dolores, yo que por mis pecados he merecido mil veces el infierno, ¿no he de querer sufrir pena ninguna? Madre mia, no os pediré ya que me quiteis la cruz de los hombros, sino que me alcanceis gracia para llevarla con paciencia cristiana. Alcanzadmela, Señora, por amor de Jesus. Así lo espero de vos con toda confianza.

§. 10.

De la oracion de Maria.

No hubo nunca alma en la tierra que tan perfectamente cumpliese como la Virgen aquel importantísimo

---

(1) 2 Cor 3 17 (2) La Iglesia. Damasc.

documento de nuestro Salvador: «conviene siempre orar, y no entibiarse ni descaecer (1),» ni de ningun otro tanto como de Maria, podemos tomar ejemplo de lo necesario que nos es perseverar en la oracion (2), pues en el ejercicio de esta santa virtud fue tambien la Madre purísima, despues de su Hijo, la criatura mas perfecta de todas (3). Primeramente porque su oracion fue continua y perseverante. Desde el primer instante de su ser, en que ya tuvo el uso completo de la razon, como dijimos en el discurso de su nacimiento, empezó á orar. Por darse mas á la oracion, entre otros motivos, quiso encerrarse en el templo niña de tres años, donde no solo entre dia oraba con gran fervor, sino que se levantaba á media noche para hacer oracion delante del altar (4). Y despues de la pasion de su santísimo Hijo, para tenerla mas en la memoria y meditarla con mayor fruto, hacia frecuentes estaciones á los lugares donde nació, padeció y fue sepultado (5).

En segundo lugar fue su oracion reçogida, sin distraccion, y muy ajena de todo intento ó inclinacion menos ordenada (6). Por esto amaba tanto la soledad, y por esto rehusaba tratar en el templo ni con sus mismos padres, siendo tan santos (7). Y aquí observa san Geróni-

---

(1) Luc. 18. 1. (2) Bonavent. Spec. c. 4. (3) Alb. Magn. sup. Mis. 80. (4) Bonav. Vit. Christi. c. 3.
(5) Gers. (6) Dion. Cartus. de Laud. Virg. l. 2. art. 8.
(7) Birg. Rev.

mo sobre las palabras de Isaias: *ecce virgo concipiet*, que en aquel testo la palabra *virgo* significa con propiedad virgen retirada, pareciendo que en él quiso el profeta significar el amor que la Virgen santísima habia de tener á la soledad y al retiro.

En gran manera amaba la soledad, y por eso el angel, hallandola sola cuando le annnció el misterio de la Encarnacion, la saludó diciendo: «el Señor es contigo (1).» Por la misma razon nunca salia de su casa, como no fuese para el templo, y entonces con gran compostura y recogimiento, llevando los ojos clavados en tierra (2). Por igual motivo fue con celeridad á visitar á su prima santa Isabel, buen ejemplo, dice san Ambrosio, donde aprendan las vírgenes á huir del bullicio y concurso de gentes. Del deseo de oracion y soledad nacia tambien su cuidado en evitar el trato y comunicacion con los hombres, y quizá por esto la llamó tórtola en los Cantares el Espíritu Santo. Finalmente, vivió en el mundo como en un desierto, y á esta causa dice de ella la Iglesia: «¿Quien es esta que sube del desierto como vástago lleno de toda fragancia?»

En la soledad habla Dios á las almas. El mismo Señor lo declaró por Oseas: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus;* sobre cuyas palabras esclamó san Gerónimo: «¡O soledad, en que Dios habla con los suyos

---

(1) Ricard. lib. 1. c. 6. (2) Vinc. Ferr. Serm. in Virg. Nat.

familiarmente!» Y lo confirma san Bernardo enseñando que en la soledad y el silencio que en ella se goza, se esfuerza el alma á salir de la tierra con el pensamiento, y á engolfarse en la meditacion de los bienes del cielo.»

Virgen fidelísima, alcanzadnos vos afecto y estima de la oracion y soledad, para que desprendidos del amor de las criaturas, aspiremos á solo Dios y á los bienes eternos de la gloria, donde esperamos veros, alabaros y amaros juntamente con vuestro dulcísimo Hijo por todos los siglos de los siglos. Amen.

OBSEQUIOS.

Es tan agradecida y generosa la Reina de los ángeles, que por cortos servicios y obsequios de sus siervos, retribuye mercedes y favores muy crecidos y señalados (1). Mas para merecerlos, dos cosas son menester: la una que le ofrezcamos nuestros obsequios con el alma libre de pecado, porque si no, facilmente nos podrá decir lo que dijo á un soldado vicioso (2), que todos los dias la veneraba con alguna devocion, y al cual, estando una vez casi para morir de hambre, se le apareció trayendole una comida esquisita, pero dentro de una vasija tan puerca, que el soldado no tuvo ánimo para alargar la mano. Yo soy, le dijo entonces Maria, la Madre de Dios, y

(1) Andr. Cret. Or. 2. de dorm. Virg. (2) Petr. Caelest. Opusc. c. 23.

he venido á darte de comer. Pero, Señora, respondió el soldado, ¿como lo he de comer ahí donde viene? ¿Y como quieres tú, replico la Virgen, que acepte yo tus devociones, si me las ofreces con el alma tan sucia? Estas palabras bastaron á conmoverle y convertirle, pues se hizo ermitaño, y pasados treinta años en el desierto, á la hora de la muerte se le volvió á aparecer para llevarselo consigo al cielo.

Dijimos en la primera parte, que moralmente hablando, no es posible que se condene ningun devoto suyo; pero se ha de entender á condicion de vivir sin pecado, porque así le ayudará sin duda. Mas quien, al contrario, quiera seguir pecando con la esperanza de que la Virgen le ha de salvar, se hará por su culpa indigno de su soberana proteccion.

Por segunda condicion se pide la perseverancia en la devocion de la dulcísima Señora (1). Siendo joven Tomas de Kempis, tenia de costumbre rezarle cada dia algunas devociones. Uno las dejó; despues por algunas semanas no las dijo tampoco; y ultimamente las dejó del todo. Vió una noche en sueños á Maria santísima abrazando á sus compañeros, y llegando á él le dijo: «¿qué esperas tú?» retirate, que no eres digno de mis abrazos. Despertó con esto el joven despavorido, y tuvo buen cuidado de comenzar de nuevo sus devociones. No hay

---

(1) Bernard. Epist. 129.

que dudarlo: todo el que logre con la perseverancia el favor de Maria, será dichoso, porque todas las cosas le sucederán bien (1), aunque, como de perseverar nadie está seguro hasta morir, tampoco lo puede estar de su salvacion. A este propósito es digno de recuerdo el dicho del V. (2) joven Juan Berkmans, de la Compañia de Jesus, que á la hora de la muerte, preguntado por sus hermanos que le asistian, qué obsequio pensaba seria mas agradable á la Virgen santísima para merecer su proteccion, respondió: cualquiera, por poco que sea, con tal que haya constancia.

Pues con el mismo fin de granjearnos su amparo y valimiento, pondré aquí ahora algunos servicios y devociones fáciles, y me parece que habrá sido lo mas provechoso de cuanto va escrito en esta obra, no para que todas se practiquen por todos, sino para que escoja cada cual el que vea que mas le adapta, siempre con perseverancia por temor de perder si no, la proteccion de esta gran Señora. ¡Cuantos que ahora estan ardiendo en el fuego eterno, se hubieran salvado continuando en ofrecer á Maria los obsequios que una vez empezaron!

OBSEQUIO 1.°

El Ave Maria.

—

Mucho agrada á Maria santísima la salutacion angéli-

(1) Ricard. lib. 2. p. 48. (2) Ya está beatificado.

ca (1), porque oyendola parece que se le renueva el gozo que tuvo cuando le anunció san Gabriel la dicha de ser la escogida para Madre de Dios; y con este fin y con las mismas palabras debemos venerarla frecuentemente. Dijo la misma Virgen á santa Matilde, que con ninguna otra oracion la podria nadie complacer mejor que con el Ave Maria. Quien así la salude, será de ella saludado, como lo fue san Bernardo, que una vez oyó distintamente que le respondia una imagen de esta Señora, diciendo: *Ave, Bernarde* (2). A su salutacion seguirá siempre alguno de aquellos beneficios con que nos corresponde y favorece (3); porque ¿cómo ha de negar su favor á quien acuda á sus pies llevando en los labios el Ave Maria (4)? A santa Getrudis prometió, que á la hora de la muerte la asistiria con tantos auxilios como Ave Marias le hubiese dicho en su vida. Todas las veces que el Ave Maria resuena, se alegra el cielo y huyen los demonios. Por esperiencia lo probó así el V. Tomas de Kempis en una ocasion, en que les hizo huir precipitadamente con solo alzar la voz y decir: Ave Maria (5).

Viniendo á la practica, sea en primer lugar decir por la mañana y cada noche al levantarse y acostarse tres Ave Marias postrados en tierra ó de rodillas, y añadir á cada una estas palabras: *por tu purísima Concepcion*,

---

(1) Thom. Kemp. Serm. 31. ad. Nov. (2) Matth. 10. Aug. (3) Bonav. Auriem. Aff. scam. tit. 1. c. 6. (4) Ricard. (5) Serm. 1. ad. Nov.

Maria, haz puro mi cuerpo y santa mi alma, pidiendole su bendicion como de madre, á imitacion de san Estanislao, y poniendonos bajo su manto para que nos preserve de todo pecado aquel dia y noche siguiente. A este fin será bueno tener cerca de la cama una hermosa imagen suya.

2.° Decir las oraciones del *Angelus Domini* con las tres Ave Marias de costumbre á la mañana, á medio dia y al oscurecer. Se ganan indulgencias por esta devocion. El primer papa que las concedió, fue Juan XXII con el motivo que cuenta el P. Crasset (1), y fue que un hombre condenado al fuego, con solo invocar á Maria en la vigilia de su gloriosa Asuncion, quedó tan ileso en medio de las llamas, que ni al vestido le tocaron. Benedicto XIII concedió por la misma cien dias, y cada mes una plenaria confesando y comulgando. Antiguamente al primer toque de la campana todos se ponian de rodillas á rezar, y ahora muchos se avergüenzan de hacerlo. No se avergonzaba san Carlos Borromeo de bajar de la carroza ó del caballo, é hincarse de rodillas en medio de la calle y á veces en el lodo. Se cuenta que un religioso indolente que no se arrodillaba al Ave Maria, vió un dia inclinarse tres veces un campanario, y oyó una voz que le dijo: las criaturas insensibles hacen lo que tú no quieres hacer. En el tiem-

(1) l. 3. tr. 6. part. 2.

po pascual, en vez del Ave Maria, se dice el *Regina cœli, laetare*, como advirtió el papa Benedicto XIV, y desde la víspera de los sábados hasta pasadas las del domingo se reza en pie.

3.° Rezar el Ave Maria á cada hora que dé el relox. El B. Alonso Rodriguez así lo hacia, y si de noche al dar la hora estaba durmiendo, le despertaban los ángeles á que la rezase.

4.° Rezarle tambien un Ave Maria al salir y entrar del cuarto ó de la casa, para que dentro y fuera nos guarde de todo pecado, y besar al mismo tiempo los pies de alguna imagen suya, como lo hacen los cartujos.

5.° A cada imagen que se vea rezarle otra Ave Maria, y en las paredes de la calle ponga quien pueda alguna buena efigie, para que todos la veneren al pasar. En Nápoles, y mas en Roma, hay en las calles y portales algunas muy primorosas, puestas por sus devotos.

6.° A imitacion de lo que tiene ordenado la santa Iglesia, que cada hora del oficio divino se empiece y acabe con un Ave Maria, hacer lo mismo al empezar y al acabar todas las acciones del dia, sean espirituales, como orar, confesar, comulgar, leccion espiritual, sermones, y otras semejantes; sean corporales ó temporales, como estudiar, aconsejar, trabajar, comer, dormir, y la otras. ¡Dichosas las obras que se encierren entre dos Ave Marias! Al despertar por la mañana, al cerrar los ojos para dormir, al sentir la tentacion, en todo peligro, en

cualquier ímpetu de ira, y en todo lo demas, di siempre un Ave Maria; que haciendolo así, verás la grandísima utilidad que te resulta, ademas de que ganarás por cada una veinte dias de indulgencia (1). La santísima Virgen prometió á santa Matilde una buena muerte, si cada dia rezase tres Ave Marias en honor de su poder, sabiduria y bondad; y dijo á la B. Juana de Francia, que el Ave Maria le era siempre muy acepta y agradable, especialmente rezada en veneracion de sus diez virtudes mas principales (2), á cuya práctica parece que tambien estan concedidas no pocas indulgencias (3).

OBSEQUIO 2.°

Novenas.

—

Con singular esmero y devocion suelen los devotos de la Virgen celebrar sus novenas, y esta benignísima Señora se lo recompensa con favores muy particulares. Vió un dia santa Getrudis una porcion de almas que la Virgen sacratísima tenia cobijadas bajo su manto mirandolas con mucho amor, y entendió la santa ser las que con devotos ejercicios se habian preparado aquellos dias á la fiesta de la Asuncion. Las devociones que entre otras se pueden practicar en las novenas son las siguientes.

---

(1) Viva, de Indulg. §. ult. (2) Marac. p. 25. (3.) Maracci.

1.ª Oracion mental por mañana y tarde, visitando ademas el santísimo Sacramento, y rezando nueve veces el Padre nuestro, Ave Maria y Gloria.

2.ª Adorar en tres horas distintas alguna imagen de la Virgen, dando gracias á Dios por los dones y gracias de que la enriqueció, y pidiendo á la misma Señora algun beneficio particular.

3.ª Hacer al dia muchos actos de amor de Dios y de su Madre (á lo menos ciento y cincuenta), pues nada puede ser mas agradable á esta divina Señora, como el que amemos á su amantísimo Hijo.

4.ª Leer cada dia de la novena por un cuarto de hora en algun libro que trate de las glorias y excelencias de la misma Virgen.

5.ª Alguna mortificacion esterna, como cilicio, disciplina, ayuno, ó dejar en la mesa la fruta ó bocado que nos guste mas, ó mascar alguna yerba amarga, y en la vigilia de la fiesta ayunar á pan y agua; aunque todo esto con licencia siempre del confesor ó padre espiritual. Mejores son las mortificaciones internas, como privarse de oir ó mirar algo que nos agrade, el retiro, silencio, obediencia y negacion de la propia voluntad, no responder con enfado, sufrir los genios y contradicciones, y cosas semejantes, en que hay mayor mérito y no peligro de vanidad, y para las cuales no es menester licencia del confesor. Todavia será mas util proponerse desde el principio de la novena la enmienda de algun defecto mas

frecuente, á cuyo fin convendrá que en cada una de las tres visitas que hemos dicho, pidamos perdon de las caidas pasadas, con propósito firme de enmendarnos, y que para ello imploremos la asistencia y favor de Maria santísima. Pero lo que le agrada sobre todo es la imitacion de sus virtudes, por lo cual será bueno proponer en cada novena el ejercicio de alguna mas propia del misterio que se celebra: como por ejemplo, en la fiesta de la purísima concepcion, la pureza y rectitud de intencion; en el nacimiento, la renovacion del espíritu y salir del estado de tibieza; en la presentacion, el desapego de alguna cosa á que nos sintamos mal aficionados; en la anunciacion, la humildad y sufrimiento de los desprecios; en la visitacion, la caridad con el prójimo, dando limosna ó haciendo otra obra de misericordia, ó á lo menos pidiendo á Dios por los pecadores; en la purificacion, obediencia á los mayores; y finalmente, en la asuncion, venir á la realidad del desasimiento de las cosas del mundo y preparacion á la muerte, comenzando á vivir como si cada dia hubiese de ser para nosotros el último de la vida. De este modo serán las novenas de gran provecho.

6.° Ademas de la comunion del dia de la fiesta, se podrá pedir al padre espiritual hacerla otro dia dentro de la novena. Decia el padre Séñeri, que de ningun modo se honra mejor á Maria, que con Jesus. Y la misma Señora reveló á un alma santa (1), que nadie le podria

(1) Crasset, tom. 2. tr. 6. part. 6.

ofrecer don mas grato y precioso que la comunion, porque en ella comunica el Salvador á las almas el fruto de su sagrada pasion. Asi es que ninguna cosa diriamos que desea mas la Virgen de sus siervos, que el que comulguen con frecuencia, y parece que les está diciendo: «Venid, y comed el pan y bebed el vino que os he preparado yo.»

7.ª Por último, el dia de la fiesta, acabada la comunion, nos hemos de ofrecer de nuevo á servir á la Madre dulcísima, pidiendole humildemente la virtud que tengamos en mira, y alguna otra gracia particular. Será tambien muy util escoger cada año la fiesta de nuestra mayor devocion, y en ella con mas espacio, esmero y preparacion dedicarnos á su amor y servicio, eligiendola de nuevo por nuestra Señora, Abogada y Madre, pidiendole perdon de la negligencia y descuido del año antecedente, prometiendo la enmienda para adelante; y rogandole con instancia nos reciba por suyos, y nos alcance por último una muerte feliz.

OBSEQUIO 3.°

Rosario y Oficio parvo.

Todos saben que la piadosísima Virgen reveló á santo Domingo de Guzman la devocion del rosario, cuando estando afligido y quejandose á la misma Señora de los males que causaba en Francia la herejia de los albigen-

ses, le dijo así: «Este terreno será esteril hasta que en él caiga la lluvia:» entendió et santo que la lluvia no era otra que la devocion del rosario que él habia de publicar. Así lo hizo, y fue la devocion abrazada de todos los católicos, por manera que ahora no hay entre los fieles ninguna tan estendida y practicada como esta. Los herejes modernos, Lutero, Calvino y demas ¿qué no han dicho por desacreditarla? ¡Pero cuantas personas han salido por ella de pecado! ¡Cuantos llegado á mucha santidad! ¡Cuantos conseguido con una muerte dichosa la salvacion eterna! Leanse los muchos libros que de esto estan escritos. Basta saber que la santa Iglesia la tiene aprobada, y los sumos Pontífices enriquecida con innumerables indulgencias. A todo el que rece la tercera parte del rosario, está concedida una de 70.000 años; á quien rece las tres partes enteras 80.000, y mas á quien lo diga en alguna capilla de nuestra Señora del Rosario. Ultimamente Benedicto XIII concedió, rezando con cuentas benditas por los PP. de santo Domingo, todas las que se ganan con la corona de santa Brígida, que son 100 dias por cada Ave Maria y cada Padre nuestro. Se gana asimismo, confesando y comulgando, indulgencia plenaria en todas las fiestas de la Virgen y demas principales del año, y tambien en las de los santos dominicos, visitando sus iglesias; aunque todo esto solo comprende á los cofrades del Rosario, los cuales el dia que se agregan, confesados y comulgados ganan otra

plenaria, y cien años llevando consigo el rosario. Finalmente, á todos los que tengan media hora de oracion mental al dia, siete años por cada vez, y todos los meses otra plenaria.

Pero para ganar todo este rico tesoro de indulgencias parciales y plenarias, se han de ir contemplando los misterios por el orden que en varios libros está señalado, aunque si alguno no los sabe, basta que vaya pensando en cualquiera de los pasos de la pasion de N. S. Jesuchristo, como los azotes, el Calvario y demas. Tambien es necesario rezar con atencion; sobre lo cual tengan todos presente lo que la Madre santísima dijo á la B. Eulalia, que mas estimaba cinco decenas rezadas con pausa y devocion, que quince con poca y aprisa. Por esto conviene hacerlo de rodillas delante de alguna devota imagen de nuestra Señora, y al empezar cada diez hacer un acto de amor á Jesus y Maria, pidiendo alguna gracia especial. Adviertase por último, que es mejor rezar en compañia, que solo cada uno.

Acerca del Oficio parvo, que dicen fue compuesto por san Pedro Damiano, Urbano II le concedió muchas indulgencias, y la misma Virgen ha significado diferentes veces lo mucho que le agrada, como puede verse en el P. Auriema (1). Tambien estima sus letanias, que tienen asignados 200 dias por cada vez, el himno *Ave*

(1) T. 1. c. 8.

maris stella, que santa Brígida rezaba diariamente por orden del cielo, y mas el cántico del *Magnificat*, porque en él alabamos á Dios con las mismas palabras con que la divina Señora le alabó y ensalzó.

OBSEQUIO 4.°

Ayuno.

Muchos son los devotos de Maria que acostumbran ayunar á pan y agua los sábados y vigilias de sus festividades. Le consagra los sábados la santa Iglesia, porque como dice san Bernardo, en el sábado que siguió á la muerte de su santísimo Hijo, estuvo firme y constante en la fe (1). Por esto mismo la obsequian sus siervos aquel dia con alguna devocion particular, y especialmente con el ayuno á pan y agua, como lo hacia san Carlos Borromeo, el cardenal Toledo y muchos otros; y aun los ha habido tan fervorosos, que ni un bocado probaban en todo aquel dia, como Nitardo, obispo de Bamberga, y el P. José Arriaga, de la Compañia de Jesus. Los favores especiales con que siempre lo ha recompensado la Madre de Dios, se pueden leer en el P. Auriema (2). Basta por todos el muy singular que dispensó á aquel capitan de ladrones, que por haber tenido, á pesar de su mala vida, esta loable costumbre de ayunar los sábados á pan y agua, mereció quedar vivo despues

(1) Cap. 2. de Pass. (2) T. 1. c. 17.

que le cortaron la cabeza, hallandose en pecado mortal, y confesarse bien, como él lo declaró antes de morir (1).

No hará mucho, pues, en obsequiarla con este ayuno quien pretenda ser su esclavo y especial devoto, y mas si por sus pecados tiene merecido el infierno. Yo digo que dificilmente se condenará ninguno de cuantos practiquen esta laudable devocion, no porque si alguno tiene la desgracia de acabar la vida en pecado mortal, le haya de librar la Virgen con un gran milagro de las penas eternas, como al capitan de bandidos: estos son prodigios muy raros de la divina misericordia, en los cuales sin mas seria locura fiarse para pretender la salvacion eterna. Lo que digo es, que á todo el que hiciere este obsequio á la Virgen santísima, facilmente le alcanzará la divina Señora que persevere en gracia y tenga buena muerte. Todos los hermanos de nuestra mínima Congregacion que puedan, harán bien en observar los sábados este ayuno, y los que no, bueno es que con el ayuno ordinario se reduzcan á un solo plato, ó se abstengan de fruta ú otro manjar sabroso.

Entre las demas devociones que se le pueden ofrecer aquel dia privilegiado, se cuentan igualmente la comunion, misa, visita y oracion á cualquier imagen suya, cilicio y otras semejantes, porque el sábado es dia en que nos hemos de señalar con alguna cosa que le complazca. A lo menos procuren sus devotos ayunar sus vi-

(1) Loc cit.

gilias á pan y agua, ó en la mejor forma que puedan.

OBSEQUIO 5.°

Venerar sus sagradas imágenes.

No ha sabido hallar el demonio arte con que mejor se haya desquitado de lo que perdió cuando quedó por tierra la idolatria, que persiguiendo por medio de los herejes las sagradas imágenes (1). Pero la santa Iglesia las ha defendido siempre, hasta derramar la sangre en las batallas de los gloriosos mártires que ha tenido por esta causa, y la Virgen santísima muchas veces ha significado aun con milagros evidentes lo mucho que le agrada el culto y veneracion de ellas. Cortaron la mano los perseguidores á san Juan Damasceno, porque con la pluma las defendia, y la piadosísima Madre se la restituyó y sanó milagrosamente. Cuenta el P. Spinelli, que en Constantinopla todos los viernes despues de vísperas se descorria por sí mismo un velo de una efigie de nuestra Señora, y acabadas las del sábado, se volvia á correr, tambien por sí mismo. Otra vez se abrió igualmente por sí un velo suyo á san Juan de Dios que oraba delante, y teniendole por ladron el sacristan, le dió un puntapié; pero el pie se le secó en el acto.

(1) P. Séñeri.

Por todo lo cual los devotos de Maria muy frecuentemente van á visitar y adorar sus sagradas imágenes é iglesias; que estas son cabalmente, segun el dicho de san Juan Damasceno, las ciudades de refugio donde nos libramos de las tentaciones y castigos merecidos por nuestros pecados. La primera cosa que hacia san Enrique emperador entrando en cualquier ciudad, era ir á iglesia de nuestra Señora, y el P. Tomas Sanchez de la Compañia, devotísimo suyo, nunca sin entrar en alguna se volvia á su casa.

No dejemos, pues, de visitarla tambien nosotros en templos, en capillas ó en nuestra propia casa, donde á este fin será bueno tener oratorio con imagen adornada de gasas, flores, lámparas y velas, y rezar allí las letanias, el rosario y demas devociones. Con este intento he compuesto yo un libro (impreso ya ocho veces) que se intitula: «Visitas al santísimo Sacramento y á Maria santísima» para todos los dias del mes. Es igualmente cosa muy laudable, que sus devotos manden celebrar solemnemente sus festividades con novena, manifiesto, sermon y misa.

Quiero añadir el caso que cuenta el Padre Spinelli en su obra de los «Milagros de la Virgen (1).» El año de 1611, vigilia de Pentecostes, en el famoso santuario de Montevirgen sucedió que profanando la fiesta con bai-

---

(1) Num. 65.

les, borracheras y otros desórdenes é indecencias la mucha gente que habia concurrido, de pronto se pegó fuego en el albergue donde se hallaba junta, y fue tan voraz y violento, que en menos de hora y media quedó hecho ceniza, y murieron en él abrasadas mas de mil y quinientas personas. Y cinco de las que lograron escapar y quedar vivas, declararon con juramento haber visto á la Virgen con dos teas en la mano aplicando el fuego á varias partes de aquella posada, que era de madera. Suplico, pues, á sus devotos que nunca en las fiestas solemnes vayan á tales romerias, y desvien de ir á todos los que puedan, porque son ocasiones en que mas fruto y ganancia suele sacar el diablo, que honor la soberana Señora. Los que tengan esta devocion vayan mas bien á santuarios ó iglesias en que haya poco ruido y concurso.

OBSEQUIO 6.°

El escapulario.

—

Como en el mundo hay grandes y señores que tienen á honor y decoro de la clase y elevacion en que estan, el que los criados y dependientes suyos se adornen y hagan como gala de llevar puesta la librea de sus casas, así gusta la Reina de los ángeles de ver pendientes sus escapularios del pecho de sus hijos y devotos,

dedicados especialmente á su amor y servicio, cual personas de su casa y familia. Los herejes modenos se burlan como suelen de esta piadosa devocion; pero la santa Iglesia la tiene aprobada y recomendada con diferentes bulas y larga concesion de indulgencias: y segun que hablando del escapulario del Carmen lo refieren el padre Crasset (1) y Lezana (2), hácia el año de 1251 se apareció la Virgen al B. Simon Stock, y dandole su escapulario, le dijo que todos aquellos que hasta el fin lo llevasen puesto, se librarian de las penas del infierno. Las palabras fueron estas: «Toma, querido hijo, este escapulario de tu orden, divisa de mi confraternidad y privilegio tuyo y de todos los carmelitas: ninguno de los que entre ellos acabe la vida, padecerá los incendios eternos (3).» Dice ademas el P. Crasset, que apareciendose otra vez Maria santísima al sumo Pontífice Juan XXII, le mandó hiciese saber, que todos los que usen el mismo escapulario, saldrian del purgatorio el sábado próximo al dia de su muerte, y así lo declaró el Papa en su bula, confirmada por las de Alejandro V, Clemente VII y otros Padres santos (4). Y segun ya dijimos en la primera parte de esta obra (5), Paulo V lo insinuó igualmente, y parece quiso esplicar las bulas de sus antecesores, ordenando en la suya los requisitos que

---

(1) Tom. 2. tr. 6. part. 4. (2) In Marc. 5. n. 10. (3) Apud Lez. loc. cit. (4) Crasset, loco cit. (5) Cap. 8. §. 2.

ha de guardar quien quiera ganar las indulgencias, á saber: observar castidad conforme al estado de cada uno, rezar el oficio de nuestra Señora, ó el que no sepa ó no pueda, que guarde á lo menos los ayunos de la Iglesia, y abstinencia de carne todos los miércoles.

Las indulgencias concedidas á este escapulario, asi como al de los Dolores, la Merced y la purísima Concepcion, tanto parciales y cotidianas, como plenarias, tanto en vida, como en el artículo de la muerte, no tienen número. Yo por mí todos los he tomado. Sepase en especial que al de la Purísima, bendito por los padres teatinos, ademas de otras particulares, le estan concedidas todas las de cualquier religion, lugar pio y persona particular. Y rezando seis Padre nuestros con Ave Maria y Gloria en honor de la santísima Trinidad y de la Virgen concebida sin mancha, se ganan *toties quoties* todas las de Roma, Porciúncula, Jerusalen y Santiago, que plenarias llegan á 533, sin otras innumerables parciales. Todo esto se saca de una relacion que anda impresa de los mismos padres de san Cayetano.

OBSEQUIO 7.°

Hermandades de la Virgen.

—

No falta quien desapruebe las cofradias, diciendo que algunas veces dan origen á disgustos y contiendas, y que

muchos entran en ellas por fines humanos. Pero al modo que no se condena entrar en los templos y recibir los sacramentos, aunque de ambas cosas abusen muchos, tampoco se deben reprobar las cofradias. Los sumos pontífices lejos de condenarlas, las han aprobado y enriquecido con innumerables indulgencias. San Francisco de Sales (1) insta y exhorta á las personas del siglo á que se agreguen en ellas. ¿Y qué no hizo san Carlos Borromeo para establecerlas y multiplicarlas? Hasta en los sínodos que celebró encarga á los confesores que inclinen á ello á sus penitentes (2). Y con razon, porque cada hermandad, especialmente de la Virgen, es como un arca en el diluvio, donde las personas seglares hallan refugio de las tentaciones y pecados que tienen inundada la tierra. Y nosotros, enseñados con la esperiencia de las misiones, muy bien hemos visto lo útiles que son. Ordinariamente hablando, peca mas un hombre que de ninguna es cofrade, que veinte que lo sean. Podemos compararlas á la torre de David (3), de que cuelgan mil escudos y armas defensivas contra el abismo, por razon de los medios de conservar la divina gracia que en ellas se ponen por obra, los cuales fuera de allí muy poco usados son de las personas del siglo.

Digamos algunos y veremos su gran utilidad.

Primeramente, uno de los medios que hay de salva-

---

(1) Introd. p. 2. c. 15. (2) Act. Med. t. 1. c. 6. 58.
(3) Cant. 4. 4.

cion, es pensar y meditar en las máximas eternas. Acuerdate de tus postrimerias y nunca pecarás, dice el Espíritu Santo (1); que por esto se pierden tantos, por no pensar en ellas. Pues dentro de la hermandad se recoge frecuentemente la atencion y los pensamientos á meditar, leer y oir la palabra divina; y dijo el Señor, que los que oyen sus palabras son ovejas suyas (2).

En segundo lugar, para salvarnos es menester oracion: «Pedid, y recibireis (3),» es oráculo del mismo Jesuchristo. Y en las cofradias esto hacen los hermanos continuamente, y allí los oye Dios, porque tiene prometido que oirá las oraciones de muchos en comun (4); sobre lo cual dejó san Ambrosio escrita una sentencia muy preciosa que dice así: «muchos que estando solos son pequeños y mínimos, reunidos se hacen grandes, y es imposible que no sean oidas las oraciones de muchos juntos (5).»

En tercer lugar, en las congregaciones se frecuentan mas los santos sacramentos, tanto por ser de regla, como por el ejemplo que de ello dan los otros hermanos. Así tambien se consigue mejor la perseverancia en el estado de gracia, pues enseña el concilio tridentino ser la sagrada comunion especialmente antídoto con que sanamos de las culpas de cada dia, y nos preservamos de caer en pecado mortal (6).

---

(1) Eccl. 7. 40. (2) Joan. 10. 27. (3) Joan. 16. 24. (4) Matth. 18. 19. (5) Multi minimi, etc. (6) Sess. 13. c. 2.

Por cuarta razon, allí se ejercitan muchos actos de penitencia, humildad y caridad con los hermanos pobres y enfermos. Y seria bien que en todas ellas se introdujese esta santa costumbre de asistir y socorrer á los enfermos pobres de la parroquia. Gran provecho resultaria tambien de fundar á honor de la Virgen cofradias secretas ó especiales, compuestas de los hermanos mas fervorosos, en las cuales se suelen practicar los ejercicios siguientes: media hora de lectura espiritual; vísperas y completas del Espíritu Santo; las letanias de nuestra Señora, poniendose algunos mientras se dicen una cruz acuestas, ó haciendo otra mortificacion; un cuarto de hora de meditacion sobre la pasion de nuestro Señor Jesuchristo; acusarse de las faltas cometidas contra las reglas, y recibir con humildad la penitencia que el padre les impone; leer las flores ó sean mortificaciones y buenas obras hechas aquella semana; anunciar las novenas, fiestas ocurrentes, etc.; disciplina durante un Miserere y una Salve; y finalmente besar los pies del santo Cristo puesto en medio del altar. Las reglas suelen ser estas: oracion mental diaria; visita al santísimo Sacramento y á Maria santísima; examen de conciencia antes de acostarse; leccion espiritual; evitar juegos y conversaciones peligrosas; frecuencia de sacramentos; alguna mortificacion de cadenilla, disciplina, ú otra; pedir todos los dias por las bendidas ánimas y por los que estan en pecado

mortal; y ultimamente visitar á los cofrades enfermos.

Volvamos á lo de antes, y digamos la quinta razon de la utilidad de las hermandades. Esta será volver á insinuar lo mucho que importa para salvarse el venerar y servir á la Madre de Dios. ¿Pues qué otra cosa hacen los cofrades? ¡Cuantas alabanzas le dan allí! ¡Cuantas oraciones y ruegos le hacen! Desde el dia en que entran la escogen por su Madre y Señora, y sus nombres quedan escritos en el catálogo de Maria, y pues ellos son desde entonces sus hijos y siervos, la Madre amorosa los empieza á mirar con mas amor y distincion que á otros, protegiendolos en vida y en muerte, tanto que puede cualquiera de ellos decir con verdad, que ha recibido todos los bienes con haber entrado en la cofradia de esta dulcísima Señora.

En dos cosas principalmente deben todos ellos poner la mira: 1.° en el fin, que no debe ser otro, sino una firme resolucion de servir á Dios y á su bendita Madre y salvar su alma; 2.° en no dejar por ningun negocio del mundo de asistir los dias señalados, pues allí les espera el solo negocio que les importa, que es la salvacion eterna. Procuren tambien inclinar á otros á que se agreguen, y especialmente á los desertores. Gravísimos castigos ha dado el Señor á los que salen sin razon de las hermandades de la Virgen. Salió en Nápoles uno, y exhortandole á volver, respondió: »cuando me rompan las piernas y me corten la cabeza volveré;» y fue profeta,

porque de allí á poco, unos que le querian mal, le rompieron de hecho las piernas y le cortaron la cabeza (1). Al contrario, de los que perseveran cuida como Madre la Virgen benignísima en lo espiritual y temporal (2). Leanse en el P. Auriema (3) los favores que á muchos ha dispensado en vida, y mucho mas en muerte. Cuenta el padre Crasset (4), que el año de 1586, estando para morir un congregante joven que tenia á su confesor á la cabecera, le dijo: ¡Ay, padre! en gran peligro me he visto de condenarme; pero al fin me ha librado nuestra Señora. Presentaron los demonios en el tribunal de Dios el proceso de mis pecados, y ya iban á llevarme consigo, cuando llega la Virgen, y diciendoles ¿á donde llevais ese joven, y qué teneis vosotros que ver con quien tanto me ha servido en mi congregacion? huyen despavoridos, y así escapé de sus garras. El mismo autor refiere poco despues del lugar citado, que otro congregante tuvo en punto de muerte una gran batalla con los satélites del abismo, y quedando vencedor, esclamó: «¡O qué gran fortuna es servir á la Virgen en su cofradia!» y así murió lleno de gozo. Añade finalmente, que en la misma ciudad de Nápoles, estando para espirar el duque de Pópoli, dijo estas palabras á su heredero: «Sepas, hijo mio, que de todo el bien que tengo hecho, aunque poco, mientras he vivido,

---

(1) Serm. d. Cong. p. 1. (2) Prov. 31. 21. (3) Tom. 2. c. 4. (4) Tom. 2. p. 5.

me reconozco deudor á esta hermandad en que me alisté, y así ninguna herencia mas rica ni mejor tengo que dejarte, cual la congregacion de Maria santísima. Mas estimo ahora haber sido cofrade y esclavo suyo, que duque.

OBSEQUIO 8.°

Dar limosna.

—

Tambien acostumbran los devotos de la Virgen socorrer á pobres, especialmente los sábados. Cada sábado repartia lo que ganaba en la semana aquel zapatero santo llamado Deusdedit, que cuenta san Gregorio, y en pago de esta caridad mostró Dios en el cielo á otra buen alma un suntuoso palacio, que solamente los sábados se fabricaba, destinado para su siervo. San Gerardo nunca negaba cosa que le pidiesen en nombre de la Virgen, y lo mismo hacia el padre Martin Gutierrez, de la Compañia de Jesus, asegurando no haberle jamas pedido ninguna gracia que no alcanzase, y habiendo muerto á manos de los herejes hugonotes al pasar por Francia de viaje para Roma, se dignó la misma Señora bajar en persona del paraiso con otras vírgenes á donde quedó el cadaver, envolverle en un lienzo y llevarselo consigo (1). Igual facilidad de concederlo todo por Maria usaba

(1) P. Pepé, tom. 5. lec. 245. in fine.

san Everardo obispo de Salzburg, y en premio vió una vez un santo monje, que le llevaba en brazos como á niño la Madre dulcísima, diciendo así: «Este es mi hijo Everardo que nunca me negó nada.» Otro tanto hacia Alejandro de Ales, y sin mas que rogarle un lego franciscano que por ella se hiciese fraile francisco, al instante dejó el mundo y tomó el hábito (1).

No omitan, pues, sus hijos y devotos de dar todos los dias en nombre de tan buena Madre alguna corta limosna, y los sábados mayor. Quien no pudiere, súplalo con cualquier otra obra de caridad, como visitar á los cofrades enfermos, pedir por los pecadores y ánimas del purgatorio, etc., pues es mucho lo que le agradan las obras de misericordia.

OBSEQUIO 9.°

Acudir con frecuencia á María.

Entre todas las demas devociones con que podemos complacer á la Reina de los ángeles, ninguna le agrada tanto como el que acudamos á ella pidiendole socorro, acierto y favor en todos nuestros negocios y necesidades, como cuando haya que dar ó pedir consejo, en los peligros, en las angustias, y en las tentaciones, y mas si son contra la castidad. Para todo nos favorecerá, y de

(1) P. Auriema, t. 1. cap 12.

todo nos sacará con bien, si nos acogemos á su poderoso patrocinio, llevando en los labios la antífona *sub tuum praesidium*, ó el Ave Maria, y aun con solo invocar su santísimo nombre, que tiene singular virtud y eficacia contra los demonios. Acudió á valerse de ella el B. Santi, del orden de san Francisco, acosado de una tentacion deshonesta, y en el mismo instante se le apareció, y poniendole en el pecho la mano, le dejó libre y victorioso. En semejantes casos es bueno tambien besar el rosario ó estrecharlo consigo, ó bien el escapulario, ó mirar alguna imagen suya. Sepase por último que Benedicto XIII concedió 50 dias de indulgencia por cada vez que se pronuncien los dulcísimos nombres de Jesus y Maria.

10 Y ULTIMO. OBSEQUIOS VARIOS.

—

Pondremos juntas aquí otras varias maneras de venerarla y obsequiarla, á saber, decir misa ó mandarla decir en honor suyo, pues aunque es cierto que el santo sacrificio no se puede ofrecer mas que á Dios, y esto principalmente en protestacion y reconocimiento del supremo dominio que tiene sobre nosotros, no se quita por eso, como enseña el santo concilio tridentino (1), que juntamente se pueda ofrecer en accion de gracias por los beneficios concedidos á su santísima Madre y á los

(1) Sess. 22. c. 3.

demas santos, como tambien para que haciendo aquí memoria de ellos, se dignen interceder por nosotros donde ya reinan, pues á esta causa decimos en la misa: *Ut illis proficiat ad honorem, nobis autem ad salutem*. Por lo cual es cosa muy agradable á la celestial Señora, tanto la santa misa, cuanto el que recemos tres Padre nuestros, Ave Maria y Gloria en accion de gracias á la santísima Trinidad por los favores y privilegios que le dispensó, porque no bastando todas las que ella le da para agradecerle cumplidamente tantos, tan colmados y tan admirables como fueron, gusta que le ayuden sus hijos á bendecir y ensalzar al Señor.

2.° Invocar la proteccion de los santos que le son mas allegados, como san José, san Joaquin y santa Ana. La misma Señora recomendó á una persona principal la devocion de su madre santa Ana (1). Lo mismo digo de la veneracion á los que le fueron mas devotos, como san Juan Evangelista, san Juan Bautista, san Bernardo, san Juan Damasceno defensor de sus sagradas imágenes, san Ildefonso defensor de su virginidad, y otros así.

3.° Leer cada dia en algun libro que trate de sus glorias, excelencias y prerogativas.

4.° Predicar ó exhortar á otros á su devocion, y mas á parientes, amigos y conocidos, acordandonos de lo que dijo á santa Brígida una vez la misma Señora: «Procura que tus hijos sean hijos mios.»

---

(1) Barry, par. ap.

5.° Rogar todos los dias por los vivos y difuntos mas devotos suyos.

Notense ademas las muchas indulgencias que tienen concedidas los sumos Pontífices á todos aquellos que la veneren de otros varios modos. 100 años por decir: «Bendita y alabada sea la inmaculada Concepcion de la B. V. Maria;» y si á *inmaculada* se añade *purísima*, hay otras aplicables á las benditas ánimas, como advierte el Padre Crasset; 40 dias por decir la Salve; 200 por las letanias; 20 por inclinar la cabeza á los nombres de Jesus y Maria; 10.000 años rezando cinco Padre nuestros con Ave Maria á la pasion del Señor y dolores de la Virgen; 3.800 años por oir misa; al que diga los actos de fe, esperanza y caridad con propósito de recibir los santos sacramentos, siete años de perdon concedidos por Benedicto XIII, y haciendolos un mes entero, indulgencia plenaria para sí en el artículo de la muerte, y otra aplicable á las ánimas del purgatorio; por tener al dia media hora de oracion mental, ha concedido muchas Benedicto XIV, y al mes una plenaria, confesando y comulgando; 300 dias por rezar la oracion *Anima Chisti;* 5 años acompañando y 6 llevando luz cuando va el viático á los enfermos, y 100 dias al que no pudiendo ir, rezare una vez el Padre nuestro ; por hacer genuflexion al santísimo Sacramento, 200 dias; por besar la cruz, 1 año y 40 dias; á los sacerdotes que antes de celebrar digan aquella oracion; *Ego volo celebrare*, etc., 50 dias;

á quien bese el hábito religioso, 5 años. Otras hay que pueden verse en el P. Viva (1). Solo advierto, que al tiempo de practicar cualquier acto piadoso de estos, procuren todos hacer uno de contricion con que mejor disponerse á ganarlas.

Omito añadir mas devociones, como la de los siete gozos, la de las doce prerogativas y semejantes, porque estan esplicadas en varios libros; y concluyo con aquellas hermosas espresiones y afectos de san Bernardo, que dicen así (2): ¡O bendita entre todas las mujeres! vos sois el honor y gloria del género humano y la salud de nuestro pueblo. Vuestros méritos no tienen límites, y vuestro poder es absoluto sobre todas las criaturas. Sois Madre de Dios, Señora del mundo y Reina del cielo. Sois dispensadora de todas las gracias, y decoro de la santa Iglesia. Sois modelo de los justos, consuelo de los santos y raiz de nuestra salvacion. Sois puerta del cielo, alegria del paraiso y gloria de Dios.

Hemos publicado vuestras grandezas. Os pedimos, o Madre de bondad, que suplais nuestra escasez, perdoneis nuestro atrevimiento, acepteis nuestros servicios y bendigais nuestras fatigas, infundiendo vuestro suavísimo amor en el corazon de todos, para que despues de

---

(1) Append. Indulg. in calce trat. §. ult.—Vea quien guste el reciente tratado de indulgencias publicado por el cura párroco D. Vicente Solano, é impreso en Lérida, año de 1852. (2) Serm 61.

haber reverenciado y amado en la tierra á vuestro santísimo Hijo y á vos, os amemos y bendigamos eternamente en el cielo. Amen.

Y con esto, querido lector y hermano mio, amante de nuestra dulce Madre, me despido de ti suplicandote que sigas obsequiandola, sirviendola y amandola con alegria de corazon, y procurandolo tambien en otros, con lo cual no dudes que si así perseveras hasta la muerte, te salvarás con certeza. Yo voy á dar punto, no porque en su elogio falte que decir, sino por no cansarte mas. Lo poco que va dicho hasta aquí, es muy bastante para que te aficiones y prendes del gran tesoro que está encerrado en la devocion de la Madre dulcísima, quien en pago, como lo tiene de costumbre, no dejará de ampararte y favorecerte. Estima, pues, el deseo que en esta obra he tenido de que te santifiques siendo muy amante suyo. Y si de él sacas algun provecho para mayor bien de tu alma, te ruego que por caridad me encomiendes á la misma Señora, pidiendole igual gracia que yo pido por ti, y es que algun dia nos veamos en el cielo postrados á sus santísimos pies en compañia de los demas sus queridos hijos.

Y vuelto á vos en fin, Madre de mi Dios y Madre mia, os suplico humildemente que acepteis este corto trabajo y deseo que me ha movido á veros de todos alabada y grandemente amada. Bien sabeis lo mucho que he deseado llegase al término este opusculillo de vues-

tras glorias. Ahora moriré contento dejandole en la tierra, para que prosiga ensalzandoos, como lo he procurado hacer por mi persona desde el dia que por vuestro medio me convertí. Os encomiendo, Virgen inmaculada, á todos los que os aman, y mas á los que lean esta obra, y muy especialmente á todos los que usen conmigo la caridad de pediros por mí. Dadles el don de la perseverancia, hacedlos buenos y santos, y despues llevadlos á que para siempre os bendigan en el cielo. En cuanto á mí, cierto es que soy un pobre pecador; pero tengo el amaros á mucha gloria, y de vos espero muy grandes favores, y al fin el especial de morir abrasado en vuestro amor. Confio que cuando en las angustias de la muerte me ponga el demonio mis pecados delante, me confortará la pasion santísima de Jesus y vuestra poderosa intercesion, para salir en gracia de Dios de esta miserable vida, subir en triunfo á verle y amarle en la patria celestial, y á vos, Madre mia dulcísima, á daros gracias y bendiciones por todos los siglos de los siglos. Amen.

Reina hermosa, generosa,
Pues me amas, en tus llamas
Arda amante mi constante
Corazon cual serafin.
Siga ardiente la corriente

De tu rastro, como el astro
Matutino va vecino
De la aurora en el confin.
No me dejes, no te alejes,
No varies, no desvies
Por enojos esos ojos
En que el mismo Dios se ve.
Dulce estrella, santa y bella,
Rumbo cierto, rico puerto
De esperanza, con bonanza
Por el golfo llevame.
Madre mia, luz del dia,
Pues me amas, y derramas
Mil consuelos de los cielos,
Soberana Emperatriz;
A ti anhele y á ti vuele
Victorioso, jubiloso,
Y en los lazos de tus brazos
Suba salvo á ser feliz.

FIN.